

Elogio del odio

Khaled
Khalifa

Lumen

Elogio del odio

Khaled Khalifa

Traducción de
Cora Cebza

Lumen
narrativa

Para Amina Mohammad Ali,
mi madre

I

Mujeres guiadas por un ciego

El olor del viejo armario me convirtió en una mujer un tanto maniática, obsesionada con cerrar las puertas, con hurgar en los cajones en busca de antiguas fotos que un día había guardado en ellos con esmero. La de mi madre sacudiendo el único limonero que había en el patio de casa y yo de pie a su lado con los ojos brillantes. La de mi padre con su uniforme militar, bien afeitado y con la mirada viva. La de mi hermano Hussam, sonriente con su uniforme de colegial, llevando en brazos a nuestro hermanito Humam, envuelto en sus mantillas azules. Otra foto mía, vestida de negro de pies a cabeza, con el rostro redondo enmarcado por el velo negro y el cuerpo completamente ausente. En segundo plano, una imagen desvaída que el fotógrafo había colgado en la pared del estudio al que me había llevado mi padre y que representaba a unos cazadores persiguiendo con sus perros a una gacela que huye. Mi padre respondía a la curiosidad del fotógrafo farfullando vaguedades. El fotógrafo me cogió de la mano y me hizo sentar en una silla de madera, me habló amablemente y me pidió que clavara la vista en su pulgar, levantado junto al objetivo de la cámara. Luego me dijo: «Sonríe». Yo no sabía cómo hacerlo, miré a mi padre para solicitar su permiso antes de volver la mirada hacia el pulgar del fotógrafo, que no dejaba de pedirme que sonriera. Al final esbocé un amago de sonrisa. Aún recuerdo el disparo de la cámara y la majestad del momento como si saliera en este preciso instante por la puerta del estudio, que despedía un intenso olor a naftalina procedente de los viejos uniformes de oficial colgados en las perchas, junto a harapos de campesinos, sombreros mexicanos y una indumentaria completa de vaquero, parecida a la de Terence Hill en *Le seguían llamando Trinidad*. Y mi manita cobijada en la palma de mi padre, que me agarraba con fuerza para no perderme en el tropel de la calle Tilal.

Jamás dejé de buscar el olor del viejo armario en la habitación que me había reservado Mariam, mi tía la mayor, que, sentada frente a mi padre, intentaba convencerlo de que me permitiese vivir con ella y con mi otra tía, Safah. Dijo que se sentían demasiado solas después del fallecimiento de mi abuelo y de mi abuela y tras la boda de mi tía más joven, Marwa. Mi padre accedió, si bien puso unas condiciones de las que no me enteré. Mariam las aceptó y empezó a reunir mi ropa, mis libros y mis cosas dispersas por el cuartito que mi padre había construido en el patio de nuestra casa, cerca de la cocina, cuando dos pequeñas protuberancias hicieron su aparición en mi pecho y me volví aún más seria y menos parlanchina.

De la casa de mi abuelo, me gustaban la habitación de techo alto, los horarios estrictos de las comidas, las visitas regulares al hammam las tardes de los jueves y a casa de *haya* Radiya las de los viernes, como un ritual cuya utilidad se me escapaba. Al principio me exasperaba la cacofonía de las mujeres que recitaban después de *haya* Radiya, me ahogaba en aquel cuarto atestado, pero nunca me atrevía a huir. Más adelante, el olor a transpiración mezclado con el perfume de las mujeres me ponía melancólica y las salmodias excitaban mis sentidos.

Durante mi primer año en la gran casa, me perturbaba la inmensidad del espacio, casi me perdía entre las escaleras, las balaustradas de piedra y hierro forjado, las grandes estancias de techo alto decorado y pintado minuciosamente por aquel artista de Samarcanda a quien mi abuelo había recogido en uno de sus viajes en busca de alfombras persas. Mi abuela le cedió el piso superior durante los seis meses que vivió en casa. El hombre se despertaba a las cinco de la mañana, hacía las abluciones con mi abuelo, tomaba en su compañía el desayuno preparado por mi abuela y depositado en una mesita baja junto al pilón de la fuente, y luego lo acompañaba a la mezquita de los Omeyas.

Nadie conocía el verdadero nombre del samarcandés, que, en cuanto

volvía de la mezquita, se metía en su habitación, preparaba los colores, limpiaba las brochas, cerraba los ojos y se abismaba con devoción en el éxtasis del dibujo que poco a poco había transformado los techos de las tres grandes estancias en verdaderas obras de arte. Se hizo célebre entre las familias ricas de la ciudad, que se lo disputaban para que decorara sus hogares; sin embargo, vivía retirado en casa de mi abuelo, con quien intercambiaba pocas palabras, y allí siguió hasta que se marchó a París con su mujer alepina y su hijo, en compañía de un oficial francés fascinado por las manos del samarcandés, del que afirmaba que con apenas nada era capaz de crear obras de arte inmortales. Los techos que pintó atestiguarán por siempre jamás su estancia en nuestra ciudad. Estaba agradecido a mi abuelo, que había descubierto su talento e intervenido para concertar su boda con la hija de Abbud al-Samadi.

Con mirada risueña y vestido con ropa nueva, el día de su partida vino a despedirse de mi abuelo, que lo estrechó entre sus brazos y lo besó. «Es usted mi padre», le dijo el artista. Al cabo de un tiempo envió una carta desde París con su dirección y una fotografía —casi un milagro en aquellos tiempos— en la que aparecía con su mujer y su hijo en un gran jardín. Su mujer no llevaba velo y lucía un vestido de flores escotado que dejaba ver el nacimiento de los senos. Mi abuelo tendió la foto a su esposa riendo; esta reprobó la ausencia de velo y la tiró a la estufa de leña. Jamás volvió a evocar a la hija de los Samadi.

Veinte años más tarde, ella volvió con su hijo para visitar a su familia; vestía con suma elegancia y desprendía un intenso olor a perfume que molestó mucho a Mariam. El hijo del samarcandés quedó asombrado al ver nuestra gran casa, con las arcadas de piedra, las bóvedas interiores decoradas y las dos columnas corintias que mi abuelo había colocado a ambos lados de la puerta que llevaba a sus aposentos. Examinó el lugar y fotografió todos los rincones de la casa y los techos pintados por su padre, mientras su madre tomaba sorbitos de café con la desenvoltura de una verdadera parisina en compañía de mi abuelo. Este se mostró afectuoso y sonrió al oír lo que le contaba sobre el samarcandés, su hijo adoptivo, que seguía estándole agradecido por haberlo sacado de una miserable callejuela de Samarcanda para lanzarlo hacia el ancho mundo, como solía repetir a

sus visitantes y a los alumnos a los que enseñaba el arte de la ornamentación. A mi abuelo lo regocijaba ver que aquella joven alepina había renunciado a la ropa negra, se había adaptado perfectamente a un nuevo entorno, había aprendido rápidamente el francés y trabajaba codo con codo con su marido, para quien ella constituía todo su universo. Juntos habían conquistado París con la determinación de una tortuga que escala una montaña escarpada.

A Mariam la cautivó el perfume del hijo del samarcandés, que se filtró profundamente en sus poros y en su corazón. Miraba al joven a hurtadillas, lo observaba con timidez, por temor a que alguien reparase en sus miradas embobadas mientras él se inclinaba hacia el suelo, ajustaba el ángulo de la cámara y examinaba la delicada armonía de la piedra, el nogal y los colores de las líneas, que en su mayor parte seguían siendo enigmáticas. Cuando se marcharon, mi abuela le dijo a su marido, sin mirarlo a los ojos, que se había mostrado demasiado tolerante con la hija de los Samadi. Mariam se sintió triste tras la partida del joven, pensando en el pecado que debía de haber cometido a su pesar.

Al igual que todas las mujeres de la familia, incluida mi madre, Mariam tenía el rostro redondo y la frente despejada, hermosos ojos verde claro y dedos largos y finos como una aristócrata de antigua estirpe siria.

En la espaciosa casa, yo me perdía en el laberinto de pasillos y en las tres inmensas estancias, me fascinaba el gran espejo colgado en la pared del cuarto de Mariam, cuyo ancho marco de nogal tenía esculpidas ramas entrelazadas, plantas trepadoras y rosas. Aprovechando su ausencia me deslizaba en la habitación para ponerme ante el espejo y examinar minuciosamente mi rostro y mi cuerpo, que estaba perdiendo su gracilidad y me quitaba el sueño, pues ignoraba que había empezado a cambiar y a entrar en el universo de la feminidad precoz. Safah, que había advertido mi metamorfosis, me trataba con dulzura, me hacía algunas observaciones, al contrario que Mariam, que se soliviantaba al verme plantada durante horas ante el espejo examinando mi cintura y mis senos, sin prestar la menor atención a los objetos fascinantes de su cuarto. Mandó que me confeccionaran un amuleto, me lo colgó del cuello y me ordenó que no

me lo quitara porque Satanás acechaba mi cuerpo. Me vigilaba con firmeza y dureza; mi dureza se nutría de la suya y mi mutismo se prolongaba.

Radwan el ciego era el único hombre ajeno a la familia que tenía permiso para entrar en el patio y moverse a su antojo por él. Era alto y delgado, siempre llevaba la ropa inmaculadamente limpia y las manos le olían al perfume que elaboraba en su cuartito, situado en un rincón del patio. Preparaba sus mixturas en botellas grandes, con ingredientes cuyas proporciones dominaba a la perfección, luego las trasvasaba a frasquitos que habían contenido penicilina y que, una vez cerrados herméticamente, vendía a sus clientes del barrio de Yallum, así como a los fieles que frecuentaban la mezquita de los Omeyas. Pregonaba su mercancía entonando bonitas canciones donde los versículos coránicos se mezclaban con invocaciones religiosas. Afirmaba que el perfume llamado Radwan el Ciego era conocido en todos los países árabes, y le enorgullecía explicar que unos comerciantes magrebíes habían hecho lo imposible por sonsacarle el secreto de cierta preparación que volvía a las mujeres dulces, seductoras y apasionadas en la cama. Se suponía que otro perfume proporcionaba a los hombres un atractivo y una virilidad a los que las féminas no podían resistirse. Delante de Mariam, afirmaba que dicho perfume era el que el Profeta había recomendado a sus compañeros, una mezcla muy precisa de flores raras del país de Sham.

Radwan comía con los demás ciegos de la mezquita de los Omeyas, que vegetaban alrededor del mausoleo de Zacarías y eran contratados como recitadores en las frecuentes conmemoraciones de los santos, los *mawlid*. Al anochecer, los otros volvían a sus casas, pero Radwan jamás abandonaba la mezquita, como si hubiera nacido en ella y en ella fuera a morir, siempre silencioso, las pupilas en perpetuo movimiento, a modo de antenas que husmearan los colores y la alegría de las ropas de los fieles.

Un día mi abuelo se lo llevó a casa y le asignó una habitación que antaño habían ocupado los palafreneros y el cochero de la carreta de mi bisabuelo. Mariam se encargó de limpiarla y mi tío el mayor, Salim, sacó del sótano una cama de metal oxidado y un colchón de lana. Mi abuelo hizo oídos sordos a las recriminaciones de su mujer, para quien

la llegada del ciego era una intrusión en la intimidad de la familia. No obstante, proporcionó los demás objetos necesarios para el dormitorio de un soltero. Radwan el ciego vivía feliz en aquella habitación, como un sirviente que gozaba de prerrogativas especiales. Formaba parte de la estructura familiar como un elemento de la existencia eterna y yo no podía imaginar la casa sin él. Cuando era niña, Radwan me sentaba en sus rodillas, sacaba de su armarito golosinas y muñecas de tela para regalármelas y me cantaba canciones infantiles con su hermosa voz. Yo me revolvía en sus brazos, hasta que finalmente me calmaba poco a poco. Cuando me fui a vivir a la gran casa, empecé a evitarlo y a tratarlo con displicencia, como habría hecho una dama con un subalterno. Él no protestaba, jamás se extralimitaba, comía en una esquina de la mesa de la cocina y luego desaparecía. Mariam nunca olvidaba el horario de sus comidas y él no faltaba a ninguna. Todos los jueves nos acompañaba al hammam, llevando el hatillo con nuestras cosas, y esperaba a la puerta a que saliéramos para acompañarnos en el camino de vuelta, que la contera de su grueso bastón conocía a la perfección. Caminaba delante de nosotras con la cabeza alta, el paso mesurado y seguro. Esta escena recurrente consolidó el prestigio de nuestra familia en el barrio de Yallum, un lugar que jamás se había visto perturbado por los trastornos que habían sufrido las grandes ciudades.

Todos los jueves, después de la escuela, yo iba a casa de mis padres y comía con mi madre y mis dos hermanos, Hussam y Humam, a los que saludaba como a desconocidos y que me devolvían cortésmente el saludo como si fuera una invitada de paso. Mi madre me besaba sin efusiones y, mientras la ayudaba a preparar la comida, me preguntaba fríamente qué tal me iba y cómo estaban mis tías. En realidad no parecía esperar ninguna respuesta, convencida de que nada había cambiado en la gran casa que ella abandonara antes de cumplir los quince años. Por aquel entonces mi padre acababa de regresar de Alejandría, adonde se había marchado tras la unión con Egipto, contratado por un comerciante de pescado; mucha gente pone en duda esta versión de la historia y asegura que formaba parte de la camarilla de Abdelhamid al-Sarraj. Volvió a Alepo dos años después de la ruptura de la unión entre Egipto y Siria y, sin más preámbulos, pidió

la mano de mi madre. Todo se había desarrollado con placidez, mi madre lo recordaba vagamente: un joven de torso abombado y mangas remangadas, que avanzaba despacio por la calle con gran suficiencia y sin mirar alrededor. Tras la boda mi madre se quedó en casa de mi abuelo mientras mi padre cumplía el servicio militar, que duró tres años y medio. Yo vine al mundo en ese intervalo y en realidad nadie se alegró de mi nacimiento; en la gran casa reinaba un ambiente morboso, pues mi abuela estaba gravemente enferma y todos creían que no tardaría en reunirse con mi abuelo, fallecido siete años atrás. La dramática muerte del abuelo recordaba la de los grandes hombres que eligen cómo quieren vivir y morir y prohíben a los demás que se ocupen de ellos durante su vejez, a la que mi abuelo se refería como «la otra cara del amor que el Señor profesa a los creyentes».

Renunció a seguir trabajando en la tienda, reunió en el salón a mis tres tíos, a Mariam y a mi abuela, y les anunció sucintamente que ya no era capaz de llevar los negocios y que deseaba pasar el testigo a sus hijos ante la posibilidad de una muerte repentina. Recomendó que se repartiera su herencia según la ley islámica. Dado que la casa correspondía a las hijas, ellas tendrían su usufructo de por vida. Mi tío Salim protestó al oír aquellas palabras pesimistas e intentó que se replanteara su decisión. Apoyado en el bastón, mi abuelo se echó a reír, ordenó a su mujer y a Mariam que pusieran la mesa en el comedor de las grandes ocasiones y que sacaran la vajilla de lujo, las bandejas y los cubiertos de plata. Mis tíos comprendieron su decisión una semana más tarde; una semana durante la cual luchó sobremanera por tenerse en pie y caminar como un oficial que pasa revista a sus soldados, sin aceptar la ayuda de nadie, excepto la de Radwan, para ir el viernes a la mezquita o realizar algunas pequeñas tareas. Jamás permitió que mi abuela lo atendiera como a un anciano, y le confió a Mariam: «La esposa no debe ver a su marido en sus peores momentos a fin de que solo lo recuerde con amor». Aquello duró cuatro años, durante los cuales Radwan únicamente se separaba de él al alba, y en ocasiones dormía en un colchón tendido en un rincón del dormitorio. Una noche, mi abuelo mandó a sus tres hijos que se presentaran a la mañana siguiente, porque quería visitar la ciudadela. Ellos discutieron su petición entre sí, pero no se atrevieron a poner reparos.

A las nueve seguían titubeando, pero estaban a punto. Mi abuelo les pidió que lo ayudaran a levantarse y corrieron a sujetarlo, pero él los detuvo con un gesto y salió delante de ellos por la puerta principal, sostenido por Radwan. La gente del barrio se quedó boquiabierta al verlo avanzar al lado de un Radwan sonriente, como si fuera el único que comprendiera el sentido oculto del espectáculo. Mi abuelo se detuvo ante la entrada de la ciudadela, admiró la alta muralla y olfateó las piedras como si ajustara cuentas con el tiempo. Luego bajó al zoco cubierto, se mezcló con la multitud, aspiró el olor de la ropa, las telas, la arpillera, el oro y las mujeres apiñadas, se empapó del mercado centelleante de luces, las capas bordadas con hilo de oro en los escaparates, los motivos de las alfombrillas y las alfombras. Entró en Jan al-Gumruk y se detuvo en el umbral de su tienda, donde Jalil lo recibió con una sonrisa y lo abrazó antes de volver a su puesto en la puerta. Mi abuelo examinó largo rato las alfombras amontonadas en el local y luego, mirando a Radwan, dijo a mis tíos: «Una parte de todos vuestros bienes corresponde a este ciego, y si un día pasa necesidad, ¡responderéis ante Dios!». Salim rezongó y Radwan levantó la cabeza sonriendo y estrechó la mano de mi abuelo, que parecía feliz de ver la luz del día y de encontrarse con los comerciantes del zoco y sus antiguos clientes. Al cabo, tras haber respirado el aire y los ruidos del zoco, volvió sobre sus pasos con resolución y se detuvo en la mezquita de los Omeyas junto con sus hijos a la hora de la plegaria de mediodía. Radwan fue objeto de las chanzas de los otros ciegos, que entonaron un himno en honor de la buena suerte que había tenido su amigo.

De vuelta en casa, mi abuelo bromeó con su mujer y elogió a mis tías por los platos que habían preparado y dispuesto en la gran mesa junto a la fuente. Toda la familia disfrutó de aquellos momentos privilegiados, las manos se cruzaban por encima de la bandeja de cordero relleno de almendras y colocado sobre una montaña de *frikeh*, sabroso trigo verde tostado y luego cocido con mantequilla árabe. Mis tíos trajeron a sus hijos, que estaban ansiosos por ver de nuevo a su abuelo, y a sus esposas, que no acababan de creer el milagro que más tarde disfrutarían divulgando por doquier. Finalmente mi abuelo se levantó de la mesa tras haberse enjuagado los dedos, entró en su habitación, se quitó el *abaya*, se acostó y entregó el alma.

Mis tíos contaron que el abuelo había dado un rodeo para pasar por el cementerio de los Bienaventurados antes de volver a casa y, tras admirar las diversas estelas, había señalado un espacio con la contera del bastón. «Enterradme ahí —dijo. Dibujó un rectángulo y añadió—: Aquí estaré cerca de mis antepasados y mis amigos.» Así había elegido su final con la ayuda de Radwan, que después del funeral desapareció y no se dejó ver durante cuatro días seguidos.

En aquella casa siempre se habían contado numerosas historias incompletas sobre las mujeres, los hombres y los milagros. Aquellos relatos me habían seducido y dejado cautiva de la luz que se reflejaba en la superficie de la fuente del centro del patio, a cuyo alrededor nos reuníamos para disfrutar de la fresca en verano. Sacábamos al patio todo lo necesario: la mesa, los asientos de mimbre y la radio, de la que Safah nunca se separaba. A lo largo del verano Safah tenía períodos de melancolía o de vivacidad cuyo origen nadie conseguía adivinar. Se pavoneaba con un vestido transparente que se subía por encima de las rodillas para regar las plantas y las piedras. Preparaba el café y lo saboreaba lentamente con la primera brisa del ocaso. Mariam reprobaba su desnudez, y el tono de su voz aguda rebosaba severidad y censura. Safah no respondía y, cuando su hermana la prevenía de la inminente llegada de Radwan, replicaba: «¡Pero si no puede verme!». Mariam proseguía: «Dios te ve desde el cielo», a lo que Safah aducía: «Dios nos ve siempre desnudas y en todas las situaciones». La disputa siempre concluía cuando Mariam abandonaba su máquina de coser Singer para sentarse junto a la fuente y tomar el café, tras lo cual reanudaba la lectura de la sura de José. Yo me fijaba en las arrugas prematuras de su frente, la dureza de su mirada y su manera de camuflar una ternura que, el día en que se manifestó bruscamente, a punto había estado de ahogarme. Con su austeridad y sus ropas negras, intentaba matar algo en su interior, sin conseguirlo. Jamás hablaba de ello y no dejaba escapar el menor indicio, lo sepultaba como en el fondo de un pozo abandonado. Yo trataba de interrogarla, hacía acopio de fuerzas y palabras para formar una frase, pero empezaba a balbucear y mi voz se perdía. Ella levantaba la cabeza y clavaba la mirada en mis ojos a la espera de lo que tuviera que decir, pero yo callaba y me volvía hacia el otro lado para evitar que nuestras

miradas se cruzaran de nuevo.

El hijo del samarcandés había ido a despedirse de mi abuelo antes de volver a París. A Mariam se la veía ansiosa, flotando a merced de la fragancia que él desprendía. Feliz por aquella primera visita al país de su madre, el joven pidió que todo el mundo se pusiera en pie para una foto, un recuerdo que alegraría a su padre. Mi abuelo accedió. Todos los miembros de la familia miraron como alelados hacia el objetivo y contuvieron el aliento. Omar parecía asustado, Mariam estaba como ausente. El joven sacó una foto de mi abuelo de pie ante el membrillo, luego otra sentado en una silla de mimbre junto a la fuente, y por último una foto de grupo con su madre, la hija de los Samadi. Reinaba la alegría en todos, excepto en Mariam, que parecía hipnotizada y no lograba sacudirse su torpeza. Antes de la partida del hijo del samarcandés y su madre, mi abuelo fue a su habitación y volvió con un delicado tapiz que representaba a Omar Jayyam entre ríos de vino y poemas persas. El joven admiró aquella valiosa obra de arte, que mi abuelo había adquirido en una subasta en Estambul y que, según dijo, era digna del éxito de su hijo adoptivo. Todo sonrisas, acompañó a sus invitados hasta la puerta. Cuando el muchacho tendió la mano a Mariam para decirle adiós, esta ya había alcanzado el delirio y sus labios repetían: «Me has matado». Nadie reparó en su agitación, salvo mi abuela, que comprendió la desesperación de su hija, prisionera de un amor que no podía confesar. No hacía falta tratar de adivinar cuál era el objeto de esa pasión, pues desde la pubertad no había tenido a ningún otro forastero delante. Intentó acercarse a su hija para que se confiara a ella, pero Mariam se encerró todavía más. Su secreto era conocido por sus hermanas, que trataron por todos los medios de convencerla de que renunciara a tan absurdo orgullo.

Dos meses después de esta visita, llegó de París una carta con la firma del samarcandés, que se dirigía a mi abuelo como «Queridísimo padre» y le agradecía el recibimiento dispensado a su hijo y a su esposa. Le transmitía su inmensa gratitud por el tapiz, cuyo gran valor apreciaba. El sobre contenía también cuatro tarjetas postales: la primera, que era para mi abuelo, mostraba la catedral de Notre-Dame; la segunda, destinada a Mariam, representaba un paisaje con praderas verdes, fuentes, flores amarillas, rojas y violetas, y la tercera era para

mis tíos Bakr y Omar. La última era para Radwan, que lo había convencido de su gran maestría como perfumista, de modo que le enviaba una vista general de París con la dirección de las mayores perfumerías por si deseaba ponerse en contacto con ellas e intercambiar sus conocimientos. Adjuntaba además sus fotos, impresas en grandes tarjetas postales, que pasaron de mano en mano entre exclamaciones de placer. Radwan palpó las fotos y dijo que iba a ponerse en contacto con las fábricas francesas para ofrecerles sus creaciones y sus fórmulas secretas; buscó a una persona que le escribiera las cartas sin desvelar sus secretos ni apropiarse de ellos. Cuando llegaron a manos de Mariam, las fotos desaparecieron, y solo volvieron a aflorar a la superficie tras el fallecimiento de mi abuelo.

Mariam se instaló en la habitación de su padre después de decorarla a su gusto. Había hecho bordar los bordes de su nueva colcha, que llevaba un gran pavo real multicolor en el centro. Mandó tapizar los colchones, puso sábanas rosas y azules, pero también conservó numerosos objetos, como la silla de mimbre, la cómoda y el gran espejo. Colocó la foto de grupo en una mesita junto a la cama para mirarla todas las mañanas, al lado de la tarjeta postal enviada por el hijo del samarcandés. Radwan había llevado la foto y la postal a un carpintero que vivía lejos del barrio para que las enmarcara según las indicaciones de Mariam, y a menudo yo la veía quitar con mimo el polvo que se depositaba en ellas.

Mariam, que todavía no había despertado de su letargo, aprovechó el deseo de Radwan de iniciar correspondencia con los perfumistas franceses; durante mucho tiempo conspiró con él en secreto sin conseguir resultado alguno. Le escribía cartas en árabe y se las leía. Él meneaba la cabeza en silencio para manifestar su insatisfacción. Añadía una frase aquí, suprimía otra allá, y Mariam escribía al dictado con entusiasmo. Si alguien los hubiera visto allí sentados, intercambiando puntos de vista y levantando la voz, jamás habría imaginado qué vínculo había entre ellos, con Radwan vociferando que estaba en juego su futuro internacional y que no había que tomarse a la ligera el estilo de la carta, y que proseguía diciendo que los franceses apreciaban la precisión. Mariam rasgaba la hoja y aguardaba las palabras de Radwan, que recuperaba la calma al recordar que

estaba increpando a su jefa. Se disculpaba, se ponía soñador y acto seguido empezaba a dictar de nuevo el principio de un conjuro que tenía en la cabeza, antes de recordar que se trataba de una carta dirigida a una compañía francesa. Se echaba a reír y le hablaba a Mariam del francés que lo había invitado a su casa para que recitara los himnos del *mawlid* ante unas francesas sentadas en sillas cuyo respaldo de madera de nogal llevaba grabados los noventa y nueve nombres de Dios. Tras recompensarlo generosamente, el francés lo había llevado en coche de vuelta a la puerta de la mezquita con grandes muestras de respeto. Radwan volvía a centrarse en la redacción adecuada de la carta y en la fórmula del perfume que le había encargado Mariam. Poniendo a Dios por testigo, habían acordado guardar la cuestión de las cartas y del perfume como un secreto personal, que fue bautizado como «El contrato del Ciego y de Mariam». Más tarde Radwan lo redujo a una sigla, «Contrato C & M».

Mariam solía prevenirme contra el cuerpo, que, según ella, constituía una mancilla y un pecado. Sus palabras penetraban en mí como una verdad irrefutable y yo me protegía del pecado llamado cuerpo, detestaba mis senos, que despuntaban con firmeza y de los que surgían los pezones oscuros, intentaba disimularlos con un sujetador rígido que Mariam había confeccionado con satén forrado de cartón. Al liberarlos, los tocaba y sentía un extraño placer. Cuando veía a mis compañeras de clase bajarse el sujetador para exponer los senos al aire y al sol en el patio de la escuela, o para seducir a los chicos que se apelotonaban en el camino de los colegios de chicas, montaba en cólera, evitaba mirar sus gestos ignominiosos y prestar oídos a sus conversaciones. Describían las posturas sexuales con ardor y nombraban abiertamente las partes íntimas. Fatima, que era una de las más audaces, intentaba acercarse a mí, pero yo huía de la obscenidad de sus palabras y del olor de su transpiración para refugiarme en el grupo de Dalal e intercambiar libros de papel amarillento con sus miembros.

Dalal, a quien la ropa negra daba un aspecto digno y respetable, tenía el cuerpo macizo y la voz fuerte, y soltaba órdenes firmes y breves. Nos tenía dominadas, y sus cuatro seguidoras nos maravillábamos al ver que nuestra capitana no dudaba en agarrar del

pelo a cualquier muchacha que intentara burlarse de nuestra reserva y de nuestras prendas negras. Afirmaba que las mujeres eran una amalgama de inmundicias ambulantes y, como no encontraba una expresión lo bastante concisa y equívoca, lanzaba frases deshilvanadas y yo asentía a todo cuanto decía con la esperanza de ganarme el paraíso.

Para la habitación que me había asignado Mariam elegí una decoración que siempre trataría de reproducir: la cama metálica de estilo mameluco, el colchón de lana, las sábanas inmaculadas y perfumadas, la vieja mesilla de madera sobre la que extendía un tapete bordado para ocultar los defectos de la decrepitud, una silla cuyo respaldo tenía labradas una serpiente y una mariposa que no sé cómo había reunido el artesano, el armario con mi ropa y unos estantes para mis libros. El más preciado de mis objetos era una pequeña alfombra persa que procedía del ajuar de mi abuela. Era la parte que me correspondía de las alfombras reservadas para las mujeres de la familia. Me gustaba su ornamentación y, como temía estropearla con mis pasos, la había colgado en la pared y había puesto en el suelo una alfombrilla multicolor de bordes raídos. A Mariam le pareció bien que hubiera colgado la alfombra en la pared. Mi cuarto daba al patio, y desde mi ventana veía el reflejo de la luna plateada en la fuente; el espectáculo me fascinaba. Mi dormitorio constituía todo mi universo, me sentía apegada a sus menores detalles; había decorado las paredes con cuadros que había pintado durante mi largo período de mutismo. Había perdido el apetito y pasaba horas sentada en una silla, con la vista clavada en las esquinas del alto techo.

A la vuelta del hammam, Safah se encerraba en su habitación, se quitaba la ropa y se untaba en el cuerpo una crema de color rosa mezclada con el perfume, que guardaba con gran cuidado envuelto en un camisón transparente. Luego se ponía un camisón y una capa marroquí que camuflaba su silueta y se dirigía a la sala de estar, pues se negaba en redondo a ayudar a Mariam a preparar la cena del jueves. Cenábamos en silencio y después Safah volvía a su cuarto, del que no salía hasta la mañana siguiente. Mariam leía la sura de José, como todas las noches, hasta las once en punto, hora en que se metía en la cama. No comprendí el secreto de Safah, por qué se retiraba de

nuestras veladas de los jueves, hasta años más tarde, cuando empezamos a hablar libremente de los hombres que no veíamos y del placer del que no disfrutábamos.

Mi abuela había abandonado el proyecto de casar a Mariam, que rechazó a tres pretendientes con el pretexto de que su madre había exagerado sus cualidades y su linaje. Les encontraba defectos imaginarios y echaba pestes de ellos antes de correr a refugiarse en su cuarto. Se desnudaba, envuelta en aquel extraño perfume que había tomado posesión de sus poros y que se desprendía de sus sueños y de su cuerpo tendido en la cama como un frío cadáver a la espera de la liberación y del calor de un hombre. Había luchado durante mucho tiempo antes de volver a representarse sus rasgos y describir su perfume a Radwan, quien, tras escucharla en silencio, se retiraba a su habitación para tratar de reproducir la fórmula del perfume, compuesto de aromas de manzanilla, anís y rosas. Volvía a empezar al día siguiente y tendía el frasco a Mariam, que tras olisquearlo se lo devolvía o lo tiraba a la basura sin importarle la exasperación de Radwan. Este mascullaba que Mariam despreciaba su saber y sus perfumes, antes de recordarse que ella le escribía las cartas dirigidas a la compañía francesa; que era la guardiana de su secreto y su jefa. Entonces se calmaba y escuchaba la lenta y meticulosa descripción que ella le ofrecía del perfume que la hechizaba.

Tras siete años de discusiones y de experimentos fallidos, Mariam se olvidó del asunto del perfume el día que Radwan le dijo, con una audacia a la que no estaba acostumbrado, que aquel olor era el del hombre al que amaba, no el de un perfume. Él, por su parte, se olvidó de la compañía francesa, que en una breve carta le había pedido que no volviese a molestar a su departamento de relaciones públicas, pues la muestra que les había enviado, más que un auténtico perfume, era una mezcla boba de fragancias.

Mariam leyó la carta con cierta lentitud teñida de complacencia, repitió las palabras más de una vez, pero al final la entristeció ver la decepción dibujada en el rostro de Radwan y las lágrimas que inundaban sus ojos. Le cogió la mano, lo consoló tiernamente y lo siguió con la mirada cuando él se dirigió hacia su cuarto con la carta, tropezando en las losas, como si de repente hubiera perdido el sentido

de la orientación. La carta, que nadie aparte de Mariam leyó, quedó como una prueba de la ingratitud del Occidente infiel para con un verdadero genio. Era lo que Radwan repetía a los otros ciegos cuando les llevaba a la mezquita los platos y la repostería que Mariam preparaba. Avanzaba con seguridad hacia el zaquizamí del jeque Abdeljabbar, que lo recibía y lo invitaba a sentarse a su lado en la cama. En cuanto llegaba al patio de la mezquita, lanzaba el grito convenido para avisar a los demás ciegos, que entonces acudían en tropel a la habitación. Olían de lejos los efluvios de los ricos manjares que llevaba Radwan, quien se apresuraba a responder a su regio recibimiento con un himno en honor del Profeta. Soportaba sus chanzas y sus mofas con indulgencia hasta que se dispersaban por las calles de la ciudad, ajenos a los transeúntes que se detenían para contemplar a aquellos nueve ciegos, divididos en tres grupos, que cuchicheaban en árabe clásico, reían a carcajadas o cantaban poemas de amor en honor de mujeres que poco se parecían a las mujeres reales.

Después de los ataques de angustia y de las obsesiones que me habían asaltado, y de las lecciones de Mariam sobre la pureza y el cuerpo expuesto a las llamas del infierno a causa de sus pecados, en mi interior se desarrollaba algo indescriptible que me proporcionaba una serenidad como nunca había conocido. Me acercaba a la imagen luminosa, cuyas líneas cobraban nitidez día a día, de la casta creyente, profanada únicamente por el cónyuge legal que un día habría de llegar. Entre sus brazos sería una sierva obediente, reconocería su superioridad y le serviría como una esclava. Era la imagen que me había descrito Mariam con pasión y minuciosidad remitiéndose a los versículos coránicos, los relatos del Profeta y la vida de los santos. Me sentaba frente a ella cerca de la fuente cuando el aire refrescaba en las tardes de verano, o a su lado en el sofá en las veladas de invierno, o incluso pegada a su cuerpo durante las reuniones en casa de *haya* Radiya, cuya voz resonaba al ritmo de las panderetas cuando cantaba la historia de la santa mística sufí Rabia al-Adawiyya. Una pasión profunda se apoderaba de nosotras, las lágrimas se deslizaban por nuestras mejillas, nos mecíamos como las gráciles ramas de un álamo,

transportadas en un largo viaje por caminos que conducían a ríos por los que fluía la miel, la leche y la dicha de la certeza. *Haya* Radiya cantaba y el sonido de las panderetas se me metía en los poros; yo sobrevolaba ciudades y casas, me purificaba, me posaba en los muros del paraíso y contemplaba a los santos que flotaban con su *abaya* inmaculada como gaviotas que planearan sobre un mar de un azul vivo. Una inmensa dulzura me inundaba, me lavaba, me desnudaba, me aprisionaba en el sueño que me había obsesionado toda mi vida: el Profeta aparecía a lo lejos envuelto en su capa blanca, caminaba sobre las aguas serenamente, se acercaba a mí mientras yo me alejaba, me tendía los brazos, una nube de pájaros multicolores me rodeaba, su trino me recordaba el tintineo del oro. El Profeta se aproximaba, el agua borraba la huella de sus pasos, yo me alejaba hasta la otra orilla para aguardar su llegada majestuosa. Oía resonar su dulce voz, cuyo eco me inundaba: «Acércate, mi pequeña devota». En cuanto yo obedecía, él alzaba el vuelo. Mariam afirmaba que se trataba de la puerta del cielo. «¡Pero si estaba volando!», le dije, y ella me respondió: «Por supuesto, emprendió el vuelo y ascendió hasta el cielo». Bañada en lágrimas, Mariam me bendecía y me recomendaba: «¡Guarda bien tus secretos!». Yo seguía su consejo, guardaba celosamente mis secretos y evitaba las conversaciones largas con Safah, pues me costaba mirarla a los ojos sin que me entraran ganas de contárselo todo. Ella, por su parte, me advertía de que no me dejara llevar por la pasión y por los rituales de *haya* Radiya. Por la noche venía a mi habitación, se tendía en mi cama, cogía un libro y luego otro, que no tardaba en abandonar. Parecía distraída, con la mirada perdida en el techo, el cuerpo lánguido, aspirando el silencio y la ausencia; al rato abría la puerta que daba al patio y se acomodaba en una silla junto a la fuente, como si esperara algo. En ocasiones se iba sola por la mañana para visitar a Marwa. Yo la oía discutir con Mariam, que le prohibía salir sola, la reñía, la acusaba de libertina y desvergonzada. Safah replicaba con unas pocas palabras secas y duras, se bajaba el velo negro sobre el rostro y desaparecía. Mariam se vestía a toda prisa y echaba a correr tras ella al tiempo que le ordenaba a Radwan que las siguiera. Así se desarrollaba el espectáculo que se había vuelto habitual en el barrio de Yallum: mis dos tías con sus

largas túnicas negras que ocultaban la blancura de su cuerpo hasta la yema de los dedos, y Radwan siguiéndolas en silencio. Nadie veía las lágrimas de Safah bajo el velo negro. Mariam caminaba como si siguiera una línea recta, nunca se volvía, su cabeza parecía orientada hacia un punto fijo en el horizonte. Yo me quedaba sola en la casa solitaria. De pronto me entraban ganas de explorarla. Entraba en la habitación de Mariam y me plantaba ante el espejo para observar mi rostro y las partes de mi cuerpo impuro. Detestaba mis senos, erguidos como los cuernos de una gacela, deseaba que no sobresalieran tanto y me preguntaba cómo moría el cuerpo, cómo morían los pezones, los poros y los deseos. ¿Cómo encontraría la ocasión de avanzar por ese camino luminoso que llevaba a la superficie del agua donde veía a Rabia al-Adawiyya surgir en busca de la faz de Dios? Extendía los brazos hacia ella, le imploraba que me condujera hacia la luz. Ella me tendía la mano, yo casi le tocaba la punta de los dedos, y me recorría un escalofrío que me sacudía de pies a cabeza. Le pedía que me bautizase con el agua sagrada, que me dejara a solas en la ribera de Dios. Un profundo silencio se instalaba entre nosotras y oía en la distancia el sonido de las panderetas que llevaban el ritmo con suavidad, se acercaban y se amplificaban a mi alrededor. A lo lejos entreveía fantasmas, esqueletos, rostros planos sin rasgos ni relieve. No comprendía el himno, la mano de Rabia al-Adawiyya era cada vez más tierna y más cálida, me sudaban los dedos, el éxtasis ascendía en mí como la savia de un árbol siempre verdeante. La caravana se acercaba a nosotras, Rabia seguía sumida en el silencio, yo veía sementales negros, seres sin rasgos, panderetas. Levantaba la vista para preguntarle, pero ella se hallaba inmersa en las invocaciones; el sentido de sus salmodias me resultaba ininteligible. Me llevaba de la mano y salíamos. Yo ignoraba si emprendíamos el vuelo o si sencillamente recorríamos las calles de nuestro barrio, invadidas por los aromas del tomillo y las especias.

Vislumbraba vastas praderas verdes de hierba suave como la seda, un desierto de arena centelleante como plata en polvo, casas de piedras blancas; oía voces de personas a las que no veíamos, risas de mujeres, gritos de niños, la batahola de instrumentos musicales. Nos adentrábamos en una calle angosta que se estrechaba a medida que

avanzábamos, hasta que llegaba un momento en que no podíamos pasar juntas. Rabia me llevaba cogida de la mano y yo perdía el resuello detrás del frufrú de su vestido blanco y su cabello trenzado. Ella no se volvía, proseguía su camino en pos de los caballos, los cantantes y los tañedores de panderetas. Al final de la callejuela, mi cuerpo ya no lograba pasar, mientras que Rabia conseguía deslizarse con ligereza. Yo tenía la impresión de que las paredes retrocedían a su paso. Rabia pasaba y me dejaba sola, yo tendía la mano para encontrar el calor de la suya, pero ella miraba hacia atrás y me sonreía antes de desaparecer. El istmo desembocaba en la inmensidad del agua, la música se alejaba, los caballos se desvanecían y yo me quedaba sola. Todo estaba silencioso a mi alrededor, la piedra, el agua, el cielo; regresaba sola, mi abuelo me cogía la mano riendo y, detrás de nosotros, mis tres tías, vestidas como de costumbre, avanzaban con pasos mesurados. En el primer recodo veía a Radwan, que conducía nuestra comitiva hasta la puerta de la gran casa y luego nos abandonaba en el centro del patio, inmenso y vacío, para entrar en silencio en su habitación como solía hacer. En torno a mí había plantas y delante estaba el agua; entonces comprendía que Rabia no bajaría del techo de mi habitación para llevarme una vez más hacia una fuente como no había otra. Cada vez que intentaba reconstruir la imagen, el agua se desbordaba en mi memoria con su color ocre mezclado de verde. Extenuada, me metía en la cama y me sumía en un sueño profundo. Trataba de evocar los rasgos de Rabia y el color de sus ojos, a los que no había prestado atención. Perdía los rasgos, las voces y los olores como si estuviera inconsciente o como si fuese presa de un ataque de delirio; despertaba más tarde, con el barullo de mis tías.

De pronto oí la voz de Marwa y me levanté con dificultad para lavarme la cara a toda prisa antes de dirigirme a la sala de estar. Marwa estaba deshecha en llanto y yo la tomé en mis brazos. No entendía qué ocurría, mis tías hablaban todas a la vez y luego callaban de golpe. Radwan vino a anunciar: «Llega Salim»; después se retiró y mis tías guardaron silencio.

Mi tía Marwa tenía un lunar en la mejilla. Era una vieja herencia familiar, desaparecida desde hacía dos generaciones. Al verlo mi

abuela había confiado en que aquella señal llevaría de nuevo al linaje por el buen camino: las muchachas serían felices, tendrían hijos, el espectro de la soledad las abandonaría. En cambio mi abuelo, desencantado, no le dio importancia, convencido de que sus hijas no romperían las cadenas del celibato. Estaba seguro de que el destino retomaría su curso normal; por eso no prestó atención a los amuletos que ponían alrededor del cuello de su última hija, ni a los abalorios que mi abuela había encargado para confeccionar cierto número de collares. Marwa los llevaba cuando la acompañaba en las visitas a la familia, que sacaban de sus casillas a Mariam, hasta el punto de que al volver a casa maldecía a todas aquellas mujeres viciosas que, como si estuvieran en un bazar, evaluaban la silueta de sus hijas, la tersura de su cuerpo, la firmeza y el volumen de sus senos. Las conversaciones recordaban las negociaciones secretas entre las mujeres que adoraban comprar, vender o describir la belleza de su progenie masculina y las madres de muchachas que se pavoneaban con vestidos largos cargados de joyas falsas y el rostro embadurnado de cosméticos, y que desprendían un intenso olor a perfume que, al mezclarse con el de las demás, sofocaba a las presentes. Como verdaderas expertas, las ancianas tocaban el cabello y los dientes, palpaban los senos, desnudaban los bustos.

Cuando mis tíos Salim y Bakr entraron, Marwa prorrumpió en sollozos, dijo que ya no soportaba vivir con un marido que siempre volvía a casa borracho, que le pegaba, insultaba a su familia y la acusaba de destruir su vida. Descubrió su blanca espalda y Mariam nos mostró los hematomas azules y rojos dejados por los latigazos. Salim contenía la emoción y Bakr miraba colérico ora a su hermano, ora la espalda desnuda de su hermana. Marwa se calmó cuando Salim le prometió que pondría fin al proceder de su esposo, Ziad Nichani; la tranquilizó y le prometió que no la dejaría volver a casa de su marido si este no cambiaba de actitud. Bakr juró que rompería la cabeza a Ziad con el martillo colgado en la pared de nuestro sótano, y además en presencia de toda su familia, que con frecuencia habían intervenido para obligarlo a renunciar a la violencia. La visita de mis tíos había dado pie a una larga conversación sobre todos y cada uno de nosotros, incluido Radwan, que le habló a su amigo Bakr acerca de su nuevo

perfume, que había bautizado Perfume de los Secretos y que estaba destinado a inundar el mercado en breve. Bakr comentó sus viajes de trabajo a diversos rincones del mundo para ampliar su negocio. Mariam se sintió feliz con aquella reunión familiar y olvidó sus quejas por la actitud de Safah, y también el problema de Marwa en cuanto esta hubo abandonado la estancia. Cuando se quitó el manto me pareció bonita; sin artificios, con su ropa ligera y el cabello suelto bajo un velo fino anudado al cuello. Salim me preguntó si necesitaba algo y Bakr elogió mi buena conducta, dijo que me había convertido en un ejemplo para toda la familia, y repitió con orgullo: «Es mía, es mi hija». Me hacía feliz el interés que sentía por mí el tío Bakr, pues para mí representaba el súmmum del vigor y de la brillantez, con su elevada estatura, su cuerpo musculoso y sus rasgos severos, que ocultaban una inmensa ternura además de una profunda tristeza que nadie había logrado comprender jamás. Desaparecía durante varios días seguidos sin avisar y su mujer se quejó a Mariam, que le repitió las palabras del abuelo: que el comercio tenía sus misterios. A mí me entraron ganas de decirle a Mariam que la ciudad tenía sus secretos, al igual que las calles, las piedras, la gente, las casas, las habitaciones y también los corazones; incluso la risa era un secreto en una ciudad que celebraba la reserva y en la que todo se hacía a escondidas, lejos de las miradas. En aquella época tenía la impresión de que todos conspiraban contra todos. Captaba cierta complicidad en la mirada de Marwa, que recuperó su cama en la habitación de Safah, con quien entablaba largas conversaciones que intentaban ocultarme. Yo trataba de acercarme, de oír sus charlas a media voz mientras hacían punto. Dulce y poco habladora, Marwa me prodigaba su afecto, algo que yo necesitaba más que nunca; me despertaba por la mañana para que fuera a la escuela, me hacía la cama mientras yo me lavaba, preparaba mi desayuno y su café. Las preguntas bullían en mi interior. En la escuela, con Dalal y las otras compañeras vestidas de negro, me entregaba a la descripción de las llamas del infierno, de los sufrimientos de la tumba, cuyas imágenes me aterrorizaban y de los que las chicas hablaban con deleite y gran seriedad. Tenía la impresión de que el ángel negro de la muerte me aguardaba en la acera de enfrente, que hendiría para mí la superficie de la tierra, que yo

pasearía con él entre los cadáveres puestos en pie. En el recto camino, esperaría mi turno; mi rostro carecía de rasgos, era un ser plano, sin relieves ni cicatrices, que avanzaba por ese camino. En la escuela me volvía agresiva con Fatima, que se contoneaba durante el recreo o en la clase de gimnasia y desnudaba su pecho sin el menor recato; se complacía en bajarse el sujetador, confeccionado con delicado encaje rosa, mientras que yo no me atrevía a tocarme los senos por temor a despertar sensaciones contra las que Dalal nos ponía en guardia.

Haya Radiya sollozaba al llegar al relato de Rabia y yo exclamaba: «¡Salvadme!». El velo negro me cubría el cabello y el rostro, hacía que pareciera un pez nadando en negro alquitrán. Aquel día ella tendió la mano y me lo arrancó diciendo: «Ven conmigo». Por primera vez veía su rostro radiante de esplendor sobre las copas de las palmeras y los pistacheros. Los jinetes desmontaban con el semblante iluminado. Me levanté y tendí la mano, pero Rabia tiró de mí diciendo: «Deja eso, el sol lo ilumina todo». Yo pregunté: «¿Y esos hombres?». Ella se echó a reír y advertí que sus labios esbozaban una hermosa sonrisa, descubriendo unos dientes brillantes como un cristal de varias facetas. «Eso no son hombres», respondió. Atravesamos huertos de palmeras y de pistacheros que nos ofrecían su sombra, un perfume desconocido impregnaba el aire mientras caminaba junto a Rabia. Ella alzó el brazo y me preguntó: «¿Has visto la faz de Dios?». Levanté el rostro hacia el azul purísimo del cielo. «¿Dónde está?», dije. Vi que la tierra se cerraba bajo mis pies a medida que me acercaba a los confines de los campos y me sentí más sola y abrumada que nunca. Le dije que había visto a Rabia al-Adawiyya y me preguntó: «¿Vas tú hacia ella o es ella quien viene hacia ti?». No entendí a qué venía la pregunta; ¿qué importancia tenía que fuera yo hacia ella o que ella viniera hacia mí? Lo más importante era que caminábamos por praderas, que atravesábamos ríos que ya no me asustaban porque había visto que las muchachas se lavaban en él sin que el río alterara su virginidad. *Haya* Radiya me contó que se trataba de los ríos del paraíso y no de los terrenales.

Embriagada por mis ensoñaciones, volví a casa por estrechas callejuelas y le pregunté a Mariam: «¿Hay olores prohibidos?». Me respondió de inmediato: «Sí, el de los hombres extraños». Yo no dejaba

de evitar ese olor prohibido, eludía el encuentro fortuito con miradas que hacían estremecer mis miembros, me castigaba a mí misma con una severidad que a ella le complacía. Safah trataba de atenuar el sentimiento trágico que me embargaba y que me llevaba a creer que estaba mancillada por las miradas de los hombres. Sin embargo, estaba protegida mediante amuletos, oraciones, tensas cuerdas sobre las que caminaba hasta alcanzar las puertas del paraíso, desde donde ascendería para ponerme en las manos de Dios.

El hedor de lo prohibido me perseguía, ya no me acercaba a Radwan para no tener que percibir el olor de un hombre extraño, incluso habría conseguido convencer a Mariam de que le prohibiera entrar en la sala de estar sin permiso, de que lo obligara a mantenerse a distancia cuando se dirigía a nosotras, si Safah no hubiera intervenido con una violencia inusitada. «¿Queréis transformar la casa en un convento?», exclamó. Mariam dio marcha atrás porque necesitaba un sirviente. Jamás dejó de describirle el perfume del hijo del samarcandés ni de alabar hasta la saciedad su genio como perfumista. Radwan, por su parte, ya no la tomaba en serio y todos los meses le llevaba un frasco de perfume cogido al azar, describía con detenimiento sus características y terminaba invocando al Profeta.

Marwa deshizo el equipaje y escuchó con calma a mi tío Salim cuando le dijo que su marido había ido demasiado lejos en sus amenazas y exigía que volviera al domicilio conyugal sin condición alguna. Marwa rió con sarcasmo y dijo que jamás regresaría a su casa y que se estaba preparando para vivir sin un hombre. Colgó sus vestidos multicolores al lado de los de Safah en el armario y ambas entablaban conversaciones interminables, salpicadas de sollozos ahogados o risas descaradas que hacían estallar a Mariam. Esta me dirigía una mirada que imploraba para mí la sordera a fin de que no pudiera oírlas. Yo en cambio me moría de ganas de estar con ellas, de compartir sus veladas en la cama de matrimonio, donde se tendían con sus camisones ligeros de colores suaves. Cuando me reunía con las dos, Safah me hacía sitio, pero yo me sentaba muy tiesa en el borde del lecho y no sabía qué decir. Admiraba el busto de Safah, que se parecía al mío, vislumbraba sus senos, que seguían igual de firmes pese a sus treinta años cumplidos, notaba que se estremecían bajo la suavidad del

satén. Marwa se relajaba, hablaba con ironía sobre los perfumes de las mujeres de la familia y sus banales conversaciones acerca de su prole masculina. Un día su suegra la había llevado al hammam con las demás mujeres de la familia, que lo ignoraban todo de la belleza femenina. Le acariciaron el cabello, y la hermana de Ziad estuvo a punto de arrancarle un mechón. Marwa se sublevó y les soltó que su «mercancía» era auténtica. Mientras se enroscaba un mechón de pelo entre los dedos, nos dijo que las Nichani no eran gran cosa y a continuación se burló de su suegra, que tenía mal aliento. «No sé cómo he podido soportarlas durante tres años», comentó. Quien había deseado concertar ese matrimonio a cualquier precio era mi abuela.

Marwa me susurró al oído que el olor de los hombres era delicioso si se trataba de hombres de verdad, pero no entendí el sentido de sus palabras. Se levantó y se dirigió a la cocina para preparar té, al que añadió unas hojas de menta y una ramita de canela, sin preocuparse demasiado por el ruido, que podía despertar a Mariam. Esta dormía profundamente en su ancha cama, junto a la cual había una pequeña cómoda donde escondía la foto de un joven moreno, bastante alto y de mirada ardiente. Había otras fotos que desprendían el aroma que Radwan no había conseguido reproducir. Marwa recordaba haberlo oído exclamar en cierta ocasión en que Mariam lo acusó de ser un mal perfumista: «¡Esta mujer quiere acostarse con el olor de un hombre!».

Marwa regresó con una bandeja plateada y tres vasos grandes de té. En la penumbra vi ondular su bella silueta. Me tendió un vaso con gesto teatral y a continuación hizo una seña a Safah, que se apresuró a sacar de debajo del colchón un paquete de cigarrillos que yo veía por primera vez. Mis tías fumaron con deleite. Al reparar en mi furtivo sobresalto, Marwa dijo: «Es deshonroso, pero no está prohibido». Me avergoncé de mí misma, pues quería mucho a Marwa y a Safah. Me gustaba oír la dulce voz de Marwa elevarse en la noche y entonar canciones de amor, y también cantar a Umm Kalzum. Marwa sacudió el polvo de nuestro ascético repertorio musical, que hasta ese momento solo conocía las invocaciones de *haya* Radiya.

Yo iba con Mariam a sus reuniones del viernes cuando Safah se negó a acompañarla declarando que la aburría la repetición de los himnos y de las historias de la vida de los santos. Mariam observaba la situación

en silencio. Todas practicábamos la hipocresía y el respeto de los rituales al ritmo de un reloj de pared escocés que mi abuelo había comprado a un comerciante judío apasionado por las antigüedades. Ocupaba el mismo lugar desde el día en que mi abuelo lo colgó en la pared de la sala de estar y su tictac seguía siendo el mismo, semejante al croar de una rana sumergida en una ciénaga. Marwa cantaba el repertorio de Umm Kalzum con su voz dulce y profunda, que se me metía muy hondo. Cuando su voz se elevaba en la tranquilidad de la noche, me entraban escalofríos. Cantaba como una profesional, con los ojos cerrados y las manos cruzadas como si retuviera algo precioso. Safah fumaba en silencio, pensativa, y los suspiros quedos de Radwan, sentado en el umbral de su puerta, indicaban un júbilo que desconocíamos hasta que descubrimos que Marwa poseía una verdadera belleza aristocrática para tratar con la noche. Su presencia me llevaba a reconocer que yo era una mujercita que intentaba encontrar un nuevo significado a lo que me rodeaba. Le hablaba del sentido de las cosas que se amontonaban en torno a mí y se alzaban como un muro que nadie más veía o como una trampa de la que debía salir. Marwa no me interrumpía; yo sentía que comprendía mis palabras y percibía en sus ojos cierta satisfacción. Una pizca de incertidumbre, sin embargo, me empujaba a refugiarme junto a *haya* Radiya. El sonido de las panderetas me penetraba, yo echaba a volar por encima de la ciudad y las praderas circundantes, entraba en los conventos, bailaba extasiada al son de una música de laúd. Con los ojos empañados por las lágrimas, Mariam levantaba la vista al cielo y murmuraba plegarias de las que yo solo comprendía la palabra «Dios». En el camino de vuelta a casa, pasábamos por las mismas callejuelas, las mismas piedras, las mismas caras de los vendedores, los mismos recodos, como si tuviéramos una cita eterna e inmutable con las sombras de la ciudad que divisábamos detrás del tupido velo negro que nos ocultaba el rostro.

Plantado a la puerta de *haya* Radiya, Radwan nos esperaba sin hablar con nadie. Nos reconocía por el ruido de nuestras pisadas cuando salíamos y avanzaba un paso por delante de nosotras como para abrirnos camino. Yo me dejaba guiar por la mano de Mariam, que sujetaba con firmeza mi brazo sin decir palabra. La gente,

acostumbrada a vernos pasar todos los viernes, ya no nos miraba. Radwan se detenía ante la puerta de casa sin que se lo dijéramos; la abría con seguridad y entrábamos en silencio en el patio. Mariam se quitaba el velo, yo veía las arrugas incipientes de su rostro. Mi tía seguía viviendo en el ambiente que la acompañaba durante todo el viernes, no le interesaba lo que ocurría a su alrededor. Se acostaba temprano, se levantaba sin dar las buenas noches a nadie, se metía en su habitación, cerraba la puerta y, pocos minutos más tarde, apagaba la luz, dejando solo la pequeña lámpara de cobre, que luchaba por seguir difundiendo su leve resplandor.

También el estado de ánimo de Safah cambiaba los viernes. Se enterraba en el silencio y se quedaba despierta a solas hasta tarde. Apenas me miraba cuando me acercaba furtivamente con mi libro, me ofrecía un vaso de té y me acariciaba el cabello con ternura antes de volver a su silla junto a la radio en busca de una canción que le gustara.

Marwa pensaba que el lugar tenía un alma. Yo no entendí el sentido de sus palabras hasta mucho más tarde, a pesar de mi extremo apego a mi habitación. El viejo armario no perdía su esplendor y, cada vez que lo abría, el olor a madera de nogal emanaba de él y hasta el ruido de sus bisagras evocaba el de tiempos antiguos. La pequeña alfombra persa colgada en la pared semejaba un retazo de sueños inconexos que los artesanos habían reconstruido al anudar los hilos. Me preguntaba si la habría tejido una mujer, una muchacha o un hombre ebrio de colores, si los nietos de esos artesanos seguían reuniendo migajas de sueños o si el linaje se había extinguido. ¿Habrían muerto en alguna guerra o se los habría llevado un torrente impetuoso que había volcado sus telares y diseminado sus ovillos y pigmentos? Sí, el lugar poseía un alma que durante mucho tiempo intenté reconstruir en el tejido de los momentos que pasaba con Mariam, cada día más austera y silenciosa, y con Safah y Marwa, que parecían conspirar para salvarme y devolverme al linaje de las mujeres que asumen alegremente su feminidad. Yo tenía la sensación de que mi cuerpo era un sótano húmedo y oscuro donde las arañas tejían sus telas y donde reinaba el hedor a putrefacción. Esperaba el día del hammam con impaciencia. Cuando Marwa decidió unirse a nosotras, el espectáculo

invariable que ofrecíamos era cada vez más estimulante: cuatro mujeres envueltas en negro, precedidas por un ciego que llevaba al hombro el hatillo del baño. Pasábamos por las mismas calles desde Yallum hasta Bab al-Ahmar. Oía el sonido de nuestras pisadas sobre los adoquines y sentía lástima de la virilidad de Radwan. A pocos pasos de la puerta del hammam, él entregaba el hatillo a Mariam y ella lo despedía en silencio como por un acuerdo tácito. Agachábamos la cabeza para cruzar la pequeña puerta y yo examinaba el dintel, que tenía esculpida un águila con las alas desplegadas bajo la cual habían grabado una inscripción que se había vuelto ilegible y una fecha, también ilegible, del calendario de la Hégira. Me tomaba mi tiempo para entrar y clavaba la vista en los ojos altivos y arrogantes del águila. Adoraba los relatos de Mariam sobre nuestros orgullosos antepasados y pensaba que debían de haberse parecido al águila crucificada en la pared. Aquel pasado sagrado me quitaba el sueño; ignoraba adónde me conduciría la angustia que crecía en mí y que me impedía dormir. Daba vueltas en la cama, me llevaba la almohada a la ventana, acechaba el silencio y la superficie inmóvil del pilón de la fuente. Me dolía el pecho, y luego el dolor se extendía por todo mi cuerpo, lo sentía en la piel, en la yema de los dedos, entre los muslos. Me ahogaba silenciosamente en la oscuridad y tenía la impresión de hallarme desnuda entre personas con los ojos desorbitados y la boca abierta a las que horrorizaba aquel espectáculo. Me repetía sin cesar: «Algo debe morir», pero no sabía el qué. ¿Era mi cuerpo, que temía se rompiera en pedazos como una hoja de cristal, o bien los deseos de mis poros? «Sí, el deseo debe morir.» El deseo, esa palabra cargada de mil significados, debía morir. ¡Ah, ojalá pudiera tocarlo, verlo, conocer sus dimensiones, su color, su olor, para poder matarlo y dispersarlo al viento!

Entrábamos en el hammam según un orden establecido: primero Mariam, luego Safah y Marwa, y por último yo, que me entretenía un poco antes de reunirme con ellas. Nazmiye rodeaba su mesa para recibirnos, besaba a Mariam, bromeaba con nosotras y terminaba invocando la voluntad y la liberalidad del Señor. Yo tenía la impresión de que Nazmiye buscaba a una figura desaparecida: la de mi abuela, cuyo compartimento teníamos reservado todos los jueves aunque no

acudiéramos.

Yo era muy pequeña la primera vez que fui al hammam; vi los cuerpos envueltos en vapor, mujeres de todas las edades tendidas desnudas sobre la piedra amarilla, oí sus risas descaradas, contenidas o estrepitosas. Dejé a mis tías y a mi madre lavándose en nuestro compartimento y oí a mi abuela criticar la deformación precoz de la silueta de sus hijas. Sacó del hatillo unas hierbas que había puesto a macerar para untárselas en el cuerpo, así como el célebre *rasul* perfumado de Alepo para aplicárselo en el cabello, además de otros ungüentos que yo no conocía. Dispuso los tarros, les repartió pomadas y decocciones. Ellas tendieron la mano y obedecieron las órdenes sin rechistar. De pronto sentí que me ahogaba, pero no me quejé por temor a la mirada severa de mi abuela. Con una toalla enrollada en las caderas, el cabello gris suelto y untado de alheña por Mariam y la dentadura postiza depositada a su lado, como si fuera un pedazo independiente de su cuerpo de piel flácida, mi abuela parecía una bruja salida de un cuento. Ese día me alejé para explorar los otros compartimentos y vi mujeres desnudas que charlaban, algunas se frotaban la espalda mutuamente y otras cantaban balanceándose en el agua; una de ellas en especial bailaba como si estuviera hipnotizada. El hammam era una fortaleza y las mujeres, combatientes o cautivas olvidadas que llevaban las orejas adornadas con las anillas de la esclavitud y los senos tatuados por el punzón de sus amos.

Como correspondía a una dama respetable, me quitaba la ropa con lentitud, me envolvía las caderas con la toalla y nunca salía de mi compartimento. Safah y Marwa se vertían mutuamente vasos de agua caliente sobre el cuerpo, rodeadas de vapor. De vez en cuando yo compartía sus bromas subidas de tono sin dejar de observar de reojo la mirada furiosa y reprobadora que Mariam les lanzaba. Ella no reparaba en la sonrisa cómplice que aparecía en mis labios cuando Marwa cuchicheaba con Safah. Se untaban mutuamente la espalda con espuma de jabón perfumado con laurel hasta que brillaba a la luz amarillenta, y seguían frotando vigorosamente hasta que afloraba la sangre. Hacían caso omiso de las decocciones que les había preparado Mariam, deseosa de perpetuar las tradiciones de su madre, que se lo había legado todo, incluso la austeridad y su rincón habitual en el más

lujoso compartimento del hammam de Bab al-Ahmar.

A las ocho de la tarde abandonábamos el hammam. Safah le decía unas palabras a Radwan en son de mofa, lo que excitaba la cólera contenida de Mariam. El agua transformaba por completo a Safah y Marwa, que no dejaban de parlotear durante el camino de vuelta mientras Radwan proseguía imperturbable su marcha. Yo clavaba la mirada en los adoquines de basalto negro de la calzada a través de mi velo. No veía casi nada, las sombras negras lo envolvían todo. Adivinaba que, al acercarnos nosotras, el rostro de los hombres cambiaba de expresión, turbados por los efluvios de la fragancia que emanaban Safah y Marwa. Los cuerpos despedían un grato aroma por las estrechas callejuelas, y ese era el único encanto que Mariam no se negaba a exhibir. Yo no sabía si en verdad la regocijaba ver que los hombres se volvían a nuestro paso con el fin de contemplar aquel espectáculo sorprendente: el de unas mujeres conducidas por un ciego, al ritmo de cuyo paso avanzaban según un orden convenido e imperceptible.

Encerrada en su mutismo, Mariam se retiraba a su habitación mientras Marwa y Safah se quitaban los mantos negros y se quedaban en el patio charlando. Sola en mi habitación y frente al espejo, intentaba superar la timidez, imitar a Marwa, que se pavoneaba con un vestido ligero de seda mientras Safah le cepillaba el cabello, y entreveía los rostros de Mariam y de *haya* Radiya dibujados en el espejo. Esperaba a que fueran las diez para ir al dormitorio de Safah y Marwa, con un recio vestido de algodón que me ocultaba el cuerpo por completo. Me sentaba tímidamente cerca de Safah mientras Marwa se maquillaba ante el espejo. Lápiz de labios bastante caro que Radwan le traía de la tienda más elegante de Aziziye, kohl y un suave bálsamo perfumado. Parecía que aguardaran a un hombre, una sombra o una ilusión. Por entonces yo no comprendía el significado de la espera y solo mucho más tarde se consolidó en mi mente la imagen, que llevaría conmigo a todas partes. Al principio no me hacía demasiadas preguntas en relación con sus secretos, creía que se trataba simplemente de una diversión, pero la seriedad con que se ocupaban de los minuciosos detalles y el respeto del silencio absoluto que se imponían en cuanto surgía la voz de Umm Kalzum me obligaban

enseguida a cambiar de opinión. Su actitud de espectadoras en un teatro invisible, el té, la fuente llena de fruta, el plato con pepitas de sandía tostadas, los cigarrillos, los breves murmullos y los largos suspiros invitaban a pensar que la espera no sería larga, que la llegada de los ausentes era inminente. Yo intentaba dar con una palabra digna de aquel espectáculo y me contentaba con clavar la vista en los labios de Marwa, que canturreaba. Ella sonreía y tendía los brazos hacia Safah, que, acurrucada en su sillón, lloraba a lágrima viva.

Esperar algo que no llega es mejor que no tener nada que esperar, me repetía yo una y otra vez. Después de la canción, volvían a poner orden en la habitación con gestos descorazonados. Se tendían en la cama de Marwa y contemplaban por la ventana la superficie inmóvil de la fuente. Yo entreveía sombras y creía oír pasos, y en una ocasión le pregunté a Safah: «¿Esperas a alguien?». Se echaron a reír tras intercambiar una mirada de complicidad y Safah contestó: «Esperamos la espera».

A menudo me tumbaba a su lado en la cama intentando relajarme y respondía con monosílabos a las pullas de Marwa. Compartía el aburrimiento que rezumaban sus ropas perfumadas. Ovillada en el lecho, volvía a ver a mi abuelo marchándose en su carreta de madera de roble tirada por dos mulos leonados que había comprado en un caravasar de Nazedli, en Turquía. Le gustaba evocar aquella noche de 1945, que relataba siempre que aparecía el arco iris. Cuando la memoria lo traicionaba, Mariam tomaba el relevo a regañadientes para contar la segunda parte, que concernía a Jalil, el cochero de la carreta del abuelo, y a Wissal Janum, la mujer del propietario del caravasar Córdoba:

Ismat Ajekbach, propietario del caravasar, se despertó de repente en su dormitorio, alejado de las otras estancias y de los establos. La voz de mi abuelo era tan débil que Ismat Ajekbach apenas la oía. Era una llamada de socorro distinta de las de los extraviados y los fugitivos que se oían por casualidad en las proximidades del caravasar, en la linde de la ciudad. Cuando Ismat se levantó, su mujer, Wissal, le suplicó que no abriera la puerta a aquella hora avanzada de la noche, ya que la

región estaba en ebullición. Él alzó la lámpara y trató de reconocer al hombre que tosía de aquel modo y golpeaba la puerta con tamaña violencia. Reconoció la voz de mi abuelo, que lo llamaba, y corrió a abrirle. Extenuado y enfermo, mi abuelo apenas se tenía en pie al otro lado de la puerta, y junto a él se encontraba Jalil, de rostro severo, cuya mirada penetrante traspasó el cuerpo casi desnudo de Wissal, que se hallaba algo retirada detrás de su marido, con las manos cruzadas sobre los senos. Mi abuelo se derrumbó sobre el pecho de Ismat, que se apresuró a arrastrarlo hacia el interior de la estancia. Jalil se quedó de pie en la puerta, temblando de frío, y Wissal, cada vez más turbada por su presencia, se puso rápidamente una bata. Todos entraron por fin en la habitación y mi abuelo se sentó en el borde de la cama metálica. Ismat trataba de comprender qué les había ocurrido, pero mi abuelo no podía responderle. Mientras tanto, Jalil se comía con los ojos a Wissal, ocupada en recalentar la sopa y verterla en dos cuencos de cristal de Constantinopla. A mi abuelo le costaba recuperarse; acercó los labios al cuenco, levantó la mirada despacio y vio el semblante descompuesto por la inquietud de su querido amigo, como gustaba de llamarlo. Mi abuelo se alojaba con regularidad en aquel caravasar desde hacía diez años, tras haber decidido modificar el itinerario de la caravana de su padre, que atravesaba las ciudades y los pueblos de Irak para llegar a Ispahán y Samarcanda.

Wissal cogió el segundo cuenco de sopa y se lo ofreció a Jalil, que se tomó su tiempo antes de asirlo y cuya mirada seguía clavada en la bata de terciopelo tornasolado color burdeos, larga y estampada con flores amarillas. Al tomar el cuenco rozó los dedos de la mujer y le transmitió un mensaje de lo más claro. Ella no apartó las manos cuando él las cubrió con las suyas en busca de un poco de calor, parecía hipnotizada, pero finalmente consiguió liberarse y volvió al lado de su esposo, que atendía a mi abuelo moribundo. El calor de las mantas y los vasos de limonada caliente habían calmado su delirio, y se sumió en un sueño profundo, del que se había visto privado en las dos últimas noches. Más tranquilo respecto al estado de su huésped, Ismat se levantó y entonces vio a Jalil, el cochero, de pie en un rincón. Le preguntó por las desventuras que les habían acontecido, pero por su forma de mover los labios comprendió que no hablaba turco. Se puso

el abrigo, cogió el manojo de llaves y se dirigió a una pequeña habitación donde había una vieja cama de madera. Con la ayuda de Wissal puso sábanas limpias y montones de cojines con pavos reales y gallos bordados. Llevó allí a mi abuelo sujetándolo por las axilas. Wissal iba detrás de ellos, ajustando la manta sobre los hombros del enfermo. Lo acostaron en la cama y lo arroparon. Ismat y Wissal se tranquilizaron al oír los primeros ronquidos regulares. Ismat cerró la puerta e hizo señas a Jalil de que lo siguiera, sabedor de que a mi abuelo no le gustaría encontrar a un sirviente acostado en la misma habitación que él. Wissal preparó un colchón limpio en un rincón de la cocina, indicó por señas al cochero que se tendiera en él y, antes de cerrar la puerta, se volvió y vio que sus ojos la devoraban con manifiesto deseo.

A la mañana siguiente Ismat comprendió lo que había ocurrido al ver la carreta llena de barro, las tablas rotas y los radios de las ruedas quebrados. Mi abuelo, que había recuperado en parte las fuerzas y caminaba casi sin dificultad, les habló de su mulo leonado muerto, del torrente que había estado a punto de arrastrarlos, y elogió el vigor de Jalil, que los había salvado. Su relato pareció interesar enormemente a Wissal.

Continuó lloviendo durante diez días, en el curso de los cuales Jalil reparó las ruedas de la carreta. Mi abuelo e Ismat se dirigieron a la iglesia vecina para comprar un caballo al cura, que los criaba. Pasaron varias horas fuera de casa, las suficientes para que se tejiera la historia de Jalil y Wissal. Mi abuelo siempre intentaba encubrir dicho episodio en su relato; además, su estupefacción ante aquella loca temeridad lo llevaba a omitir involuntariamente numerosos detalles. Jalil nunca negó ni confirmó nada, limitándose a veces a sonreír.

Al ver que mi abuelo se alejaba con Ismat, Jalil no vaciló ni un instante; entró en la casa, se dirigió con determinación al dormitorio y abrió la puerta sin llamar. Se detuvo en el umbral y miró a Wissal, que seguía acostada. Ella lo miró a su vez, consciente de la intensidad del deseo que había despertado durante aquellas largas jornadas lluviosas con su coquetería, sus miradas seductoras y sus llamadas, que no carecían de descaro. Pronunció una palabra que él no comprendió, y Jalil se limitó a contemplar su cabello, sus ojos, su busto y sus senos.

Cuando la mujer apartó las mantas y se incorporó, él no pudo contenerse más, ardía. Wissal corrió la cortina y él la vio desperezarse a contraluz. Se acercó lentamente, y ella oyó los latidos de su corazón. La tomó en sus brazos, le tapó la boca con su mano callosa y le arrancó la ropa. La tumbó sobre la alfombra. En un instante todo estaba consumado.

Media hora más tarde bajó a la amplia sala y lo vio sentado con los otros viajeros, tomando la sopa de lentejas y las cebollas que les servía la anciana criada. Cuando esta le dijo que Ismat había ido a la iglesia con mi abuelo, su deseo volvió a despertar. Calculó el tiempo que necesitarían, arrastró a Jalil a la cabaña de las provisiones, lejos de la casa y se tendió sobre los sacos de lentejas, exhibiendo su cuerpo desnudo a la débil luz que se colaba por las rendijas de la puerta. Varias horas sobre los sacos de lentejas en el sótano oscuro bastaron para llevarlos a saltar a la carreta de mi abuelo, cargada de alfombras, y alejarse por caminos que nadie más conocía, lo que supuso su perdición; todos los lugareños quedaron estupefactos y la locura se apoderó de Ismat, que salió en su busca armado con un fusil.

Ismat regresó al tercer día, delirando como un hombre roto. Nunca había querido escuchar a la anciana criada, que en varias ocasiones lo había avisado de que Wissal se acostaba con algunos clientes sobre los sacos de lentejas. Incluso juraba haberla oído suplicar a un iraní de aspecto extraño que le azotara las nalgas y le acariciase los senos con su larga barba. Al parecer la había visto retorcerse como una serpiente entre los brazos de un turco afeminado, que era ministril en las celebraciones de boda.

Diez años más tarde, Jalil entró muy avergonzado en el zoco, arrastrando pesadamente los pies como si llevara grilletes. Mi abuelo lo miró fijamente, sin saber qué pensar. Los dos hombres intercambiaron largas miradas tristes y se comprendieron sin necesidad de palabras. Jalil subió al desván y sus manos reemprendieron la reparación de alfombras como si nada hubiera ocurrido.

Tras largas jornadas de viaje durante las cuales recorrieron senderos de montaña y valles, Jalil y Wissal divisaron a lo lejos las luces de las primeras casas de la ciudad. Se apearon de la carreta y se acostaron en

una alfombra extendida a la sombra de un árbol. Extenuados, muertos de cansancio, durmieron hasta la tarde.

Wissal no hablaba, representaba de maravilla el papel de mujer muda para no tener que responder a las numerosas preguntas con que los asaetearon en el zoco de Mosul cuando Jalil expuso la primera alfombra a la mirada de los comerciantes que buscaban las que lucían motivos iraníes de pavos reales. Jalil parecía bastante persuasivo y competente al hablar de los nudos, los colores y la lana a los comerciantes iraníes y sirios. Logró convencer a todo el mundo de que era un hábil artesano, y de ese modo consiguió vender las alfombras a buen precio y ganarse la confianza de la gente. La presencia de Wissal, extraña al principio, resultaba más bien agradable, su sonrisa alejaba las sospechas y ponía fin a las preguntas.

Antes de derrumbarse, agotados, en la cama del hotel al-Nahrain, se dirigieron a la mezquita, donde el jeque los casó y les entregó un certificado de matrimonio debidamente firmado después de que Jalil declarase que huía de la opresión de los franceses y que Wissal era una prima de la que debía ocuparse tras la muerte de sus padres a causa del cólera. Los cinco dinares pagados por Jalil impidieron al jeque retractarse cuando advirtió que los labios de Wissal, pintados con gran esmero, parecían dos frutos rojos en sazón. Salieron de allí convertidos en una pareja con un futuro prometedor. En la fresca noche, encontraron un restaurante donde degustaron carne a la parrilla antes de volver a toda prisa a su habitación para descansar, lejos de los peligros que habían corrido durante su periplo. Seguían sanos y salvos gracias a la inteligencia que Jalil había adquirido en el curso de sus viajes con mi abuelo hacia Samarcanda e Irán, donde hombres armados pululaban por las carreteras y el desorden imperaba en las ciudades, de modo que los comerciantes se agrupaban en caravanas vigiladas por hombres armados y por guías que conocían las rutas más seguras.

Aquella noche, Wissal olvidó el olor de los hombres sobre los sacos de lentejas en el sótano oscuro, donde reinaba el tufo de berenjenas fritas y cagarrutas de rata. Después de lavarse con el agua de rosas que llevaba en el hatillo, se puso un vestido de novia, que Jalil no tardó en rasgar antes de llevarla al lecho como a una mariposa. Cegada por la

fuerza de los brazos de su esposo y por sus labios ardientes, su voz subió en un crescendo sin contención mientras farfullaba algunas palabras en turco, como si hiciera el amor por primera vez en su vida. Finalmente, una vez calmada, se acurrucó contra su esposo. Más adelante le enseñó turco, a cortarse las uñas y a rociarse con agua de flor de chumbera, cuyo aroma emanaba de las ropas de Jalil cuando deambulaba con seguridad por los mercados de Mosul.

Jalil intercambiaba cigarrillos con los otros comerciantes, los aconsejaba sobre las mejores marcas, trocaba con ellos lanas teñidas por las alfombras que creaba y tejía a modo de iconos, y que sorprendían a lugareños, los comerciantes de paso y los coleccionistas extranjeros, que confiaban en su imaginación, en la precisión de su arte y en su afabilidad.

Intentaba recuperar parte de la seguridad perdida así como proteger a Wissal, que había dado a luz una niña a la que pusieron el nombre de Zahra y que se parecía a su madre como dos gotas de agua, con excepción de los ojos, que eran negros y recordaban su sangre mezclada y su origen extranjero.

Mi abuelo acarició una alfombra en la que estaban tejidos estos versos de la poesía de al-Mutanabbi:

¡Oh, lares! Seguís ocupando un lugar en nuestros corazones.
Aunque abandonados, continuáis viviendo en nosotros.

Así, cuando el comerciante de Mosul le habló de la habilidad del artesano y de la belleza de su mujer, que ofrecía consejos originales para la elección de los colores, comprendió que era obra de Jalil y que este suspiraba por Alepo.

A los clientes extranjeros les fascinaban los motivos de pavos reales, pero también la representación de mujeres cuyos senos semejaban los de las diosas sumerias. Inmerso en una dicha que parecía infinita, liberado por fin de la melancolía que lo había acompañado toda su vida, Jalil mostraba un rostro sonriente y afable durante las conversaciones, en especial con míster John, que todos los días acudía a tomar café con él y a enseñarle dibujos de los grandes pintores del Renacimiento, y que en más de una ocasión lo llevó a las excavaciones

de Babilonia, donde había acampado una misión arqueológica. Ahora bien, lo que Jalil ignoraba era que Wissal empezaba a aburrirse. Se había retirado poco a poco, en silencio, y hacía caso omiso de los platos de porcelana de Cachemira que resbalaban de los estantes de la cocina y se hacían añicos en el suelo. Los dejaba allí días y días antes de recoger los fragmentos y tirarlos. Lamentaba los diez años que había pasado en una ciudad invadida por los mosquitos. Wissal escuchaba embelesada a John cuando describía con todo lujo de detalles las noches de Londres, cuyos bares, que se habían entregado al desenfreno a mediados de los años cincuenta, echaba de menos. Por su parte, John percibía la fascinación que sus relatos ejercían en Wissal y respondía de buen grado a sus numerosas preguntas. Elogiaba su manera de servir el café y la comparaba con princesas cuyo erotismo había espoleado la imaginación en los castillos de Europa. «Este inglés depravado me hace soñar», se decía ella contemplando la aurora desde su ventana. No dormía, adelgazaba, esperando a John, que se presentaba acompañado de los miembros de la misión arqueológica y de coleccionistas, espías o vendedores de caballos en ruta hacia los campamentos de las tribus beduinas. Se desperdigaban por la casa de Jalil, insistían en preparar el té a su manera, parloteaban en inglés, expresaban su admiración por los motivos y los colores de las alfombras expuestas. John circulaba entre ellos como un guía hábil y un intérprete competente, al tiempo que intentaba atrapar a Wissal en sus redes. Ella no tardó en comprender que el hombre estaba fascinado por la redondez de sus senos, que ella, con coquetería, se daba buena maña en ocultarle. Al principio este juego satisfizo a John y a Wissal, pero más adelante se les antojó penoso y abrumador. Jalil vivía confiado al ver que su hijita empezaba a balbucear en árabe y en turco y que su mujer cumplía a la perfección con todos sus deberes, aunque sin gran entusiasmo. Le complacía pensar que el poco dinero que había conseguido reunir en una cajita de ébano que guardaba en el fondo del arcón de la ropa le bastaba para realizar la peregrinación a La Meca antes de volver a Alepo, donde pasaría el resto de sus días en la dicha más absoluta. Le brillaban los ojos cuando se lo comentaba a Wissal, pero ella lo escuchaba y se quedaba largo rato pensativa. Se ponía nerviosa siempre que él expresaba el deseo de tener otro hijo, un

varón, que sustituyera al bebé fallecido antes incluso de que ellos se pusieran de acuerdo en la elección del nombre. Aunque vivían en la misma casa, de la que salían el olor a judías y las tristes canciones iraquíes, cada uno soñaba con un mundo distinto. Wissal acabó huyendo con John a Inglaterra.

La historia de Wissal me hizo soñar. Más tarde supe que había quitado el sueño a mi abuelo, hasta el punto de que le hizo llegar alheña, perfumes y preciosas telas de Alepo como si se las enviara un generoso amigo, en agradecimiento a los privilegiados servicios recibidos cuando era cliente de una posada situada en cierta carretera abandonada. Eso exacerbó la animosidad de mi abuela hacia Zahra, la hija de Wissal, con la que mi tío Bakr se había casado. Mi abuelo siempre hizo oídos sordos a las súplicas de unos y otros para que la convenciera de que se desdijese de su juramento de no permitir que Zahra cruzase el umbral de nuestra casa y de volver a ver a Bakr. Nos gustaba el bello rostro de Zahra, que parecía iluminarse al caer la noche. Se había ganado el corazón de todos gracias a su ascetismo y su profunda fe. Además, formaba con mi tío Bakr una pareja cariñosa y discreta. Eran muchos los que envidiaban la vida que llevaba mi tío, su casa bien cuidada, la sumisión de su esposa, cuya ropa no desprendía un persistente olor a cebolla y a coliflor frita y que, al mismo tiempo, encajaba con paciencia los reveses del destino. Mi abuelo consideraba que, para Bakr, una de las manifestaciones del destino consistía en ver el hermoso rostro de Zahra, disfrutar de su benevolencia y desdeñar el recuerdo de Wissal, a la que Jalil añoraba hasta el punto de ahogarse en llanto y pesadillas. Aquel hombre robusto descargaba con frecuencia su cólera contra los ingleses, las putas y los libertinos, con frases inconexas que nadie comprendía, aparte de mi abuelo y de mi tío Bakr desde la celebración de su boda, cuando la novia había hecho su aparición como una pobre huérfana a la cabeza de un reducido cortejo, al que Mariam se había unido a fin de no disgustar a *haya* Radiya, quien no dejaba de elogiar a Zahra y su piedad.

A decir verdad, Zahra no tenía ganas de conocer la gran casa, se había acostumbrado a que Bakr fuera sin ella. Mi abuela seguía en sus trece, no aceptaba ver a su hijo, pese a sus súplicas y a la intervención

de mi madre, que afirmaba contra viento y marea que mi abuela quería a Zahra pero no encontraba la ocasión favorable para desistir de su desmesurada obcecación. Aseguraba que Zahra no había defendido lo suficiente la reputación de su madre, que, según decían, se había convertido en una prostituta.

Tras abandonar a John el Inglés, se enamoriscó de un taxista paquistaní que la había recogido borracha perdida y casi inconsciente a la puerta de un pub. En la pequeña habitación del paquistaní, ella le ofreció su cuerpo frío a cambio de una noche en una cama estrecha y un cuenco de sopa. Al día siguiente despertó tarde y se encontró sola en un cuartucho miserable, sin conservar otro recuerdo de la noche que el sabor de la guindilla en la sopa. Tomó un baño, escuchó música paquistaní, miró las fotos en las que el taxista aparecía con una inglesa obesa que tenía el aspecto estúpido y fofo de un pescado, y se dijo que aquel hombre de rasgos delicados y cejas gruesas debía de ser un extranjero muy solitario.

Se sintió revigorizada al hallarse lejos de la afectación de John y de su supuesto respeto a las tradiciones inglesas. De forma espontánea, como si fuera el ama de casa de aquel lamentable cuchitril, preparó a toda prisa una comida frugal con unas ramitas de perejil mustio, un colinabo y unas patatas. Ordenó los jerséis y los libros esparcidos por el único sofá, lo que hizo reír mucho al paquistaní, que de ese modo intentaba disimular su turbación al ver a una mujer en su cuarto.

No tardaron en entenderse a las mil maravillas; a ella le gustaba su originalidad, los chistes obscenos que contaba y sus alardes de rudeza. Al tercer día la condujo, previo pago de veinte libras esterlinas, a la casa de Abdelghani Ballani, un comerciante sirio al que le apasionaba visitar el museo de Madame Tussaud, leer las biografías de los grandes hombres y aprenderse de memoria proverbios, máximas y adagios. Wissal enseguida se dio cuenta de la connivencia tácita entre el sirio y el paquistaní. Cuando este los dejó solos, esbozó una sonrisa burlona y asumió el papel de prostituta profesional con cierta ligereza.

En el inmenso dormitorio, felicitó a su anfitrión por la fragancia de su colonia y por su gusto en la elección del color del juego de cama, e incluso se atrevió a manifestar una opinión sobre Churchill, a quien

Abdelghani adulaba. En varias ocasiones Wissal se convirtió en cómplice del paquistaní: invitaba a Abdelghani Ballani a su casa, se lo presentaba a los invitados de John, se desternillaba de risa con él por las calles, desaparecía un par de días en su habitación cuando sentía crecer las ganas de envenenar a John o de abandonarlo con su apestoso perro, sus gruesos libros, sus anales, sus aburridas conversaciones sobre las temporadas de excavaciones, sus recuerdos de misiones arqueológicas con colegas que se enorgullecían de su piel bronceada por el sol de Irak, de haber compartido latas de conserva con los beduinos y de sus estúpidas historias sobre sus caídas al intentar montar a caballo.

«Este paquistaní me comprende», se decía al observar sus pequeñas y reiteradas mezquindades, que unas veces la fascinaban y otras la sublevaban. Acudía a casa de Abdelghani siempre que este iba a Londres, y así logró convencerlo de que la llevara con él a Alepo. Habló con pasión del esplendor de Zenobia y de la amabilidad de los sirios. Comprendió que lo había seducido cuando él insistió en hacerle una foto junto a la figura de Espartaco en el museo de Madame Tussaud. Lo hechizó al desnudar lánguidamente su pecho y dirigirle una sonrisa enigmática y sensual. Abdelghani se transformó en un enamorado extraño de deseos impulsivos, se abalanzó sobre ella y, en lugar de aferrar los senos como si fueran manzanas rojas, se arrodilló a sus pies y recitó los versos de un poeta de Alepo a la manera de un recitador del Corán, preocupado por acentuar las vocales donde era necesario. No tardó en llevarla consigo a Alepo; ella disfrutó paseando por los zocos y admirando las cúpulas y los minaretes antes de decidirse a enviar un breve mensaje a Zahra para avisarla de su llegada y decirle el número de su habitación en el hotel Baron.

A Zahra no le sorprendió demasiado, se habría dicho que aquella cita confirmaba su antiguo presentimiento de que un día se encontraría de nuevo frente a su madre. Durante mucho tiempo Zahra guardó en secreto este único encuentro, del que solo habló en los momentos más sombríos, un día en que se hallaba postrada en el lecho y la muerte flotaba sobre la ciudad como un murciélago bien visible pero inaprensible.

Zahra se sentó frente a su madre en el salón del hotel Baron, sin

prestar atención al ir y venir de algunos extranjeros que acudían en busca del polvo de las suelas de Agatha Christie en el suelo de una de las habitaciones. Se levantó el velo negro para dejar al descubierto su rostro de tez lozana y límpida, ojos negros y dulces. Ambas sabían que no disponían de mucho tiempo para las lamentaciones, de manera que se enjugaron las lágrimas y se comprendieron con bastante rapidez antes de abandonar el hotel y fundirse en la multitud.

«Necesitábamos la presencia de una tercera persona», me dijo Zahra al rememorar aquellas horas compartidas. Veía a su madre al mismo tiempo como a una extraña y un ser querido del que jamás se había separado. Tenía la impresión de que los largos años transcurridos no eran sino un sueño fugaz, como si Wissal estuviera a punto de levantarse para ir a la cocina a añadir sal al guiso de guisantes y luego volver a fin de recoger los ovillos de lana de colores con los que jugaba la pequeña Zahra, como habría hecho cualquier madre pendiente de su familia. Con palabras neutras, Zahra formó frases lacónicas y frías, no para recordar sus penas y sus desdichas de huérfana junto a un padre deprimido, sino para describir a Bakr, su marido perfecto, y a sus dos hijos. Evocó largo rato a mi abuelo, como si pretendiera eludir el deseo de Wissal de abrazar a sus dos nietos. Formuló preguntas a su madre y, antes de marcharse, le hizo jurar que procuraría no morir en un burdel. Una extraña petición a la que Wissal accedió con docilidad haciendo un juramento solemne. Intercambiaron direcciones y abrazos con la efusividad de los amantes que se separan para siempre.

Wissal comprendió que todo había terminado entre ellas. El ciclo de las confesiones comenzó con las cartas bastante duras que Zahra le escribió en respuesta a sus súplicas reiteradas de que trazara, siquiera una vez, la palabra «madre» en la lengua que fuese. Zahra evocó los días perturbadores que había pasado junto a *haya* Radiya, sin prestar atención a sus lecciones. *Haya* Radiya solo comprendió la insistencia de Zahra en repartir el dinero de la venta de su brazalete entre las familias indigentes cuando las cartas empezaron a llegar con regularidad todos los sábados. Se las entregaba sin preguntarle por su procedencia. *Haya* Radiya era una madre, una hermana y una amiga para Zahra; su relación despertaba los celos de las habituales de su

círculo, sobre todo de las que consideraban que su linaje y su parentesco con los santos patronos de Alepo las hacían merecedoras de ocupar el lugar de honor en su casa, y que hablaban sin parar de la cotización del oro, las fetuas de Ibn Malek y la moralidad de las mujeres. Jalil, por su parte, la aceptó sin el menor reparo y Bakr la vio con buenos ojos, sobre todo porque en ocasiones sus estancias en el extranjero se prolongaban durante semanas. Comenzó a sospecharse que Zahra, sola en una ciudad donde era imposible vivir sin chismorreos, con la prohibición de cruzar el umbral de la casa de mi abuelo y cargada con el peso del pecado de su madre, mantenía una relación sexual con *haya* Radiya, conocida por su predilección por las bellas mujeres perfumadas.

Zahra se había aprendido el Corán de memoria, dominaba el arte de salmodiarlo y de tocar la pandereta. *Haya* Radiya no ocultaba su admiración por aquel rostro ovalado de tez clara y aquella silueta que se había desarrollado ante su mirada. Había observado su transformación, cuando Zahra huía del estrépito de las cazuelas y de los mocos de los niños y se refugiaba en su casa. El silencio y el olor a limpio emanaban de los sofás y las fundas de los cojines. El aroma del incienso en la brisa del ocaso envolvía a Zahra y la llevaba a un éxtasis cuyo origen desconocía, sobre todo cuando apoyaba los pies en el borde de la fuente, cuyas gotitas de agua le salpicaban las piernas. Las dudas de Jalil no resistieron mucho tiempo ante la insistencia de *haya* Radiya en que le permitiera hacerse cargo de la educación de su hija. También ella, dos veces casada y madre de dos varones, uno drogadicto y el otro un retrasado mental, soñaba con tener una hija como Zahra. Si ella se ganaba el pan cantando en las bodas y los *mawlid*, salmodiando la vida de la santa mística Rabia al-Adawiyya, era porque trataba de olvidar sus desengaños con los hombres. Una vez le pregunté a qué se parecía el sabor de un hombre y ella me respondió sin vacilar: «A la mierda».

Zahra entró por primera vez en casa de mi abuelo el día que falleció mi abuela. Vino acompañada de *haya* Radiya, que insistió en asear a la muerta y envolverla ella misma en la mortaja. La lloró con dignidad y le reprochó en son de broma los largos años de desavenencias

provocados por la boda de Bakr con Zahra, a quien mi abuela consideraba responsable. Las dos mujeres habían pasado largos años juntas, tostando pipas de calabaza, saboreando mermeladas y chismorreos, cantando himnos religiosos o tumbadas en los compartimentos privados de lujosos hammam.

Nosotras esperábamos en el patio el cortejo fúnebre mientras Zahra deambulaba por la casa admirando los bajorrelieves y las puertas de las habitaciones. Me acerqué, ella me sonrió y me estrechó entre sus brazos, e hizo lo propio con mis tías. *Haya* Radiya salió del dormitorio de mi abuela y nos pidió que dejásemos paso para que los hombres se llevaran sus restos mortales. Los hombres enterraban a los muertos y las mujeres lloraban y despedían el féretro desde lejos. Cierta vez le pregunté a *haya* Radiya por qué las mujeres no enterraban a los muertos; se quedó pensativa, como si se recordase a sí misma que toda la inmundicia y toda la pureza del mundo estaban en nosotras. En otra ocasión le dije que había soñado que enterraba a un muerto: «No lo conocía, pero se parecía a muchos hombres que conozco». Me colgó un amuleto al cuello y me ordenó que leyera diez veces la sura de la Vaca. Lo del amuleto me alegró, y acto seguido cerré los ojos y recité la sura del Botín y la sura de María, decidida a no contar nunca más mis extraños sueños.

Ya no me aterrorizaba ver descender desde la cima del monte Arafat a los peregrinos, que semejaban bolas de nieve que se fundieran y desaparecieran, ni el espectáculo de las mujeres que llevaban ataúdes y rezaban por los muertos antes de enterrarlos entre risas y sorbiendo zumo de moras helado. Una de ellas, que se parecía a Mariam, bailaba al ritmo de extraños *mawal*, esos cantos lánguidos que recuerdan la música siríaca que oí una vez al pasar por delante de una tienda de casetes. Tuve el atrevimiento de entrar a comprar la grabación; luego, aprovechando que aquella tarde Safah estaba de buen humor, la convencí de que la escuchara conmigo. Mis sueños secretos ya no me asustaban; incluso me había propuesto anotar los que recordaba. Compré un cuaderno rosa y lápices de colores, y la escritura se metamorfoseó en dibujos cuya extravagancia apreciaba. Confiaba en que de ese modo mis tías no lograrían descifrarlo si el cuaderno llegaba a sus manos. Dibujé lo más hermoso de aquellos sueños en

forma de un árbol con una ardilla que, subida a una rama, miraba las nubes riendo. En realidad, representaba un sueño en el que un hombre arrancaba a Fatima el sujetador y la violaba en el patio de la escuela ante la mirada de las demás alumnas, que aplaudían con alegría. Vengaba así a mis compañeras envueltas en negro de aquella descarriada que pronunciaba palabras subidas de tono, como las que únicamente se proferían en la alcoba. No me pregunté si el pene del hombre se veía con claridad en el sueño, tanto me aterraba detenerme en una imagen que no conocía y que amenazaba con perturbar mi vida entera. Lo imaginaba como una mazorca de maíz, pues así lo describía Fatima a sus amigas cuando yo, boquiabierta, la oía contar con insolencia una película pornográfica entera, con tanta naturalidad como si se estuviera comiendo una manzana. En otro sueño dibujé un campo de maíz y luego lo cubrí de tinta negra por temor a verme poseída por un deseo que amagaba con devastar mi dignidad y dispersarme como los granos de arena sobre los peldaños de una escalera.

Todo había empezado bastante pronto, los primeros días en el instituto de secundaria me habían vuelto melancólica e irritable. Había algo en mí que me consumía y me hacía llorar y que no se disipaba jamás. No conseguía escapar del deseo que crecía en mi interior, me llevaba al borde de la locura y me imponía su ley. Me compadecía de Safah, que sufría jaquecas y frecuentes distracciones, hasta el punto de dejar caer al suelo los platos, cuyos fragmentos recordaban a las mujeres de la familia que estaban condenadas a un destino al que Mariam se sometía y del que Safah intentaba alejarme induciéndome a usar vestidos ligeros, escotados y de colores claros. Cuando paseábamos por los zocos, me daba suaves codazos como si pretendiera salvarme de una probable inundación y suspiraba con irritación al ver los libros de páginas amarillentas que Bakr dejaba para mí encima de la mesa del comedor. Mariam los examinaba y los soltaba como si fueran cadáveres, los ojos le brillaban de orgullo por «la pequeña sabia», pero no dejaba de recordarme que «las mujeres no tienen derecho a pronunciar fetuas», entre las rechiflas de Safah y los reproches de Marwa, que se inclinaba hacia mí y murmuraba: «Búscame una fetua

que me dé derecho a tener varios maridos». Nos echábamos a reír, mientras Mariam, indignada, pedía a Dios que nos guiara por el recto camino antes de sumirse de nuevo en el Corán y dejarme con las fetuas de Ibn al-Baz.

Los libros amarillos me aburrían y al mismo tiempo no podía abandonarlos, devoraba sus páginas para huir de mi angustia y mi miedo ante algo desconocido cuyo peso sentía y que me asfixiaba. Hurgaba en las fetuas de Ibn al-Baz, experimentaba la exaltación de lo prohibido y miraba con compasión a las muchachas que me rodeaban, hasta tal punto estaba convencida de que irían derechas al infierno. Imaginaba que Fatima ardería en las llamas del averno antes de prosternarse en el suelo, arrepentida y deshecha en llanto, para implorar la clemencia de nuestro Profeta.

El trayecto hasta la escuela, desde Yallum hasta el zoco del cobre, era largo; lo realizaba a pie y cada mañana me resultaba más familiar. Hacía acopio de valor y aminoraba el paso para mirar a los tenderos, que bajaban la vista cortésmente a mi paso. ¿Qué significaba yo para unos hombres que bostezaban en sus tenderetes y se ahogaban en el olor del queso? Un saco negro con una cartera a cuestas, que desde hacía tres años pasaba todos los días a la misma hora, sin carácter, sin perfume, sin siquiera un solo suspiro. Mi sensación de exilio se hizo más llevadera cuando me acerqué a muchachas parecidas a mí. Sin embargo, algunas se quitaban el pañuelo y el pesado manto apenas llegaban a la escuela a fin de reunirse con el grupo de las alumnas que mostraban su hostilidad hacia nuestra pandilla. Nos llamaban «la pandilla de los pingüinos» y a veces «la pandilla de Zouzou», en son de mofa por nuestra negativa a ir a ver la película *Khally ballak men Zouzou*, en la que Suad Hosni efectúa su célebre danza. Las chicas de la ciudad imitaban su manera de apoyar el dedo en la mejilla, soñaban con la gloria, con amantes célebres con los que suspirar en puentes imaginarios de ciudades remotas.

Se trataba de un pacto no escrito: en público intercambiábamos miradas asesinas y animosidad, mientras que en clase éramos compañeras respetables sobre las que pesaba el mismo ambiente entre aquellas paredes siniestras. Y, por acuerdo tácito, detestábamos a las soplonas que escribían informes para los servicios secretos y

mostraban su fidelidad al partido, su orgullo ante la palabra «camarada», cargada de sentido e imponente, que la directora pronunciaba con circunspección. Detestábamos a Nada, que llevaba el uniforme de camuflaje de los paracaidistas, participaba en desfiles y hablaba y vociferaba con voz masculina, adoptando la imagen del oficial de las Brigadas de la Muerte que venía a buscarla en coche delante de todas las muchachas de la escuela. El oficial ponía el magnetófono a tope, hacía tintinear su rosario de ámbar color ciruela y tarareaba con Fuad Ghazi canciones que se habían hecho famosas a fuerza de sonar en la radio y la televisión oficiales. Prácticamente cerraba el paso con su coche a las chicas que salían de la escuela. Nosotras contemplábamos su elegancia mientras la directora bajaba la vista al advertir el descaro del oficial que nos examinaba de arriba abajo sin vergüenza. Nada se subía a su lado llevando un penacho militar que le daba un aspecto aterrador. Entraba en el aula en mitad de la clase, salía a su antojo sin pedir permiso, las profesoras bajaban la vista cuando se marchaba dando un portazo, excepto la de química, que un día no le dio permiso para salir e incluso amenazó con echarla. Nada le lanzó una mirada burlona y se fue de todos modos. Esperamos la siguiente clase de química como quien espera el desenlace de una película apasionante, y cuando la profesora le pidió que saliera con palabras concisas y claras, Nada se rió en sus narices; la profesora se acercó a ella, la agarró del pelo, la sacó de clase, cerró la puerta y volvió a la pizarra haciendo oídos sordos a las amenazas que llegaban desde el pasillo. La directora intentó frenar el asunto e impedir el traslado de la profesora, apenas una semana más tarde, a Izaz, cuarenta kilómetros al norte de Alepo. Ella recogió sus papeles tranquilamente, nos miró de frente y dijo: «¡Esto es una pocilga, no una escuela!».

Con su rostro moreno de rasgos bien definidos, Nada parecía una jugadora de balonmano profesional. Cabello rizado y largo, senos prominentes, movimientos rápidos y lengua afilada, se habría dicho que procedía de un lugar que nos era por completo desconocido. Las chicas trataban de acercarse a ella, pero ella las rehuía, buscaba la soledad mientras pregonaba su pasión por Abu Rami. Le complacía pronunciar su nombre, contar sus secretos a las pocas muchachas que

no ocultaban su admiración ante su cuerpo musculoso, su elegancia, su forma de arrancar el coche a toda velocidad. Le hablaba a aquellas muchachas de sus amigos oficiales, citaba sus nombres, precisaba sus grados, el modelo y el color de sus coches y las invitaba a acompañarla a los restaurantes y hoteles de Alepo que frecuentaban los oficiales de las Brigadas de la Muerte. Estos dejaban la pistola sobre la mesa y prorrumpían en carcajadas al ver que los demás clientes les dirigían miradas furtivas antes de marcharse aterrorizados. Las jóvenes que acompañaban a los oficiales reventaban de orgullo, exigían que les cambiaran los platos varias veces y se deleitaban humillando a los propietarios de los restaurantes, que hacían reverencias y se deshacían en excusas por el servicio.

El odio me perturbaba tanto como la pasión puede perturbar a una enamorada. Buscando la salvación, pasaba horas enteras enfrascada en la lectura de los libros amarillos, desoía la invitación de Safah y de Marwa para que las ayudara a rellenar las hojas de parra, escuchara canciones en su compañía u hostigase a Radwan con peticiones absurdas.

«¡Detesto la escuela!», le dije a *haya* Radiya entre sollozos. Le hablé de la profesora de química, de Nada, de Hala y de su odio a nuestro velo, de nuestro hablar quedo, de sus burlas sobre las fetuas de los jurisconsultos. Me escuchó con interés. Estuve a punto de hablarle de Ghada, que tarareaba en voz alta las canciones licenciosas de Maha Abdelwahab mientras formábamos en fila para saludar a la bandera y entonar el himno del Baaz, o cuando desfilábamos ante la capitana de la juventud militante, que, junto con Nada, nos pasaba revista como si fuéramos una recua de mulas, comprobando nuestros arneses y nuestros collares de abalorios.

Repentinamente Ghada centelleó en el cielo de la escuela como un astro, se quitó el velo y dejó de compartir nuestro silencio en las pastelerías y las tiendas de falafel. Al volver de las vacaciones de verano nos saludó con frialdad, y yo no daba crédito a mis ojos viéndola bailar al ritmo de una canción de Boney M. y coger a Nada del brazo.

A Nada le habían pasado las respuestas a las preguntas del examen para que pudiera aprobar, ante la mirada asqueada de las profesoras,

que, cada vez que se planteaban protestar, recordaban a la profesora de química y a la escuchimizada de geografía, a quien una patrulla de los servicios secretos sacó de la cama, maltrató y rasgó la ropa delante de sus vecinos y sus hijos pequeños porque se había atrevido a poner un cero a una alumna cuyo padre era inspector de los servicios secretos militares. Este la insultó, la llamó puta, amenazó con quemarla, con matarla en la oscuridad de los sótanos si seguía acosando a su hija. Estupefacta, la profesora de geografía se quedó muda; en adelante no fue capaz de mirar a sus alumnas a los ojos ni bromear con ellas. Como un fantasma, dibujaba los mapas en la pizarra y escribía el nombre de los países del mundo.

Yo no podía soportar el abandono de Ghada, no podía admitir que me gustaba darle un beso todas las mañanas y le rogué a Leila que intentara devolverla al camino recto una vez más. Ella no prestó demasiada atención, se limitó a pedirle que renunciara a su impiedad y a su amistad con Nada. Le pedí al jeque Daguestani que le escribiera un talismán y se lo di; ella me besó tiernamente, se lo guardó en el bolsillo de la camisa limpia y planchada de su uniforme caqui y me dijo: «Todavía no has probado la felicidad». No comprendí el sentido de sus palabras, y Hala la interrumpió espetándole: «¡No eres más que una puta!». Me revolví contra aquel insulto y, perdiendo todo control, agarré a Hala del pelo y la abofeteé con una fuerza que ignoraba poseer mientras repetía: «¡La puta eres tú, no Ghada!».

Hala se quedó estupefacta, pero me perdonó al ver las lágrimas que corrían por mis mejillas en el despacho de la directora. La escena resultaba conmovedora, no pude pronunciar una sola palabra, nos abrazamos como dos amigas cuando volvíamos a clase, pero en el fondo me asfixiaba. Los días siguientes sentí que todas las miradas me taladraban, las de las alumnas, las profesoras, la directora, mis tías y mi madre, en cuya casa me había refugiado para llorar sin motivo y de la que me marché sin siquiera decirle adiós. Ghada me pidió amablemente que en lo sucesivo no volviera a defenderla y, con voz dulce, añadió que era lo bastante fuerte incluso para prender fuego a la escuela; a partir de entonces me ignoró por completo. Dejé de salir al patio, Leila intentó convencerme de que nadie se acordaba ya de una pequeña pelea entre compañeras, que la escuela estaba

preocupada por asuntos más graves desde que un Mercedes azul venía a esperar a Ghada todos los días, con un hombre temido al que saludaba con deferencia el mismísimo oficial de las Brigadas de la Muerte. Aparecí de nuevo en el patio, completamente destrozada, y en clase estaba distraída. Las profesoras, que sabían que era despierta e inteligente, estaban asombradas de mi cambio. Las piernas me temblaban cada vez que veía a Ghada enfilar la callejuela para subir al coche de aquel cincuentón que yo intuía enigmático y grosero. Safah no mencionó el asunto de Ghada ni mis lágrimas en brazos de mi madre y mi posterior huida. Me propuso que ayudara a Radwan a elaborar un nuevo perfume y a escribir un himno que debía recitar en la ceremonia del *mawlid* ante Bakr y sus numerosos invitados, que no tardarían en reunirse en casa de mi abuelo, y añadió: «Hombres, hombres prohibidos entrarán en esta tumba, cocinaremos para ellos y los espiaremos desde la ventana de nuestra habitación». Pronunció la palabra «hombres» con entusiasmo mientras me sacudía el brazo para hacerme sonreír. La sonrisa culminó en una risa vulgar que atrajo la atención de Mariam y la hizo salir de su cuarto y venir a observarnos desde lejos.

Yo escribía al dictado de Radwan mientras Safah se equivocaba adrede con las cantidades de los ingredientes del perfume sin que él protestara en absoluto; de hecho, recuperando el papel de trovador que canta en honor del Profeta, incluso la felicitaba por la precisión con que seguía sus directrices. Safah me animaba a no respetar lo que él decía, incluso a escribir lo contrario. Yo carecía de su arrogancia para contrariar a un sirviente, pues lo consideraba un tío olvidado por nuestro linaje en aquel cuarto aislado. Hacía la vista gorda ante sus numerosos plagios de *La cumbre de la elocuencia*, del imam Ali Ibn Abi Talib, ante sus errores de ritmo cuando recitaba los poemas y ante las palabras de la lengua hablada que utilizaba al enumerar las cualidades de sus perfumes y cantar las alabanzas de mi abuelo, de mis tíos y de algunos jeques de la ciudad. Prorrumpí en carcajadas cuando se lanzó a vilipendiar el colonialismo francés en dos versos, él soltó una risa sarcástica y maliciosa y, haciéndome una seña con el dedo, dijo: «Escribe, escribe, Alepo se aprenderá mis versos de memoria, los cantores acudirán a mí como moscas». Disgustada por aquella

familiaridad con Radwan, Mariam levantó la voz para hablar de los preparativos del banquete, mientras Marwa redactaba la lista de lo que tenían que traer de la tienda al día siguiente. Durante tres días Salim envió a sus dependientes con sacos de alimentos, que llenaron hasta arriba la despensa, lo que encolerizó a Safah, en tanto que Mariam, satisfecha, repetía orgullosa que la gente que no daba de comer a los necesitados y cuya despensa estaba vacía no tenía derecho a colgar el árbol genealógico de la familia en la pared y sus hijas solo podían casarse con hombres de bajo linaje.

Por la noche releí el poema de Radwan y, como un juego, añadí versos de amor de mi cosecha en los que me dirigía con ardor a Ghada, describía su hermoso rostro y mi dolor al verme separada de ella. Radwan jamás quiso admitir que esos versos habían sido añadidos a su «oda», que consideraba comparable a los *muallaqat* preislámicos. Le dije: «Te los regalo como recuerdo».

Un día Bakr vino a mí por un asunto importante; había llegado entrada la noche y, tras conversar con Mariam durante unos minutos, entró en mi habitación y, sin darme tiempo a preguntarle por Zahra, me interrogó sobre el incidente de la escuela. Me escuchó atentamente y me hizo preguntas sobre Nada, Hala, Ghada y las otras compañeras; después de oír mi versión sobre el último día de clase de la profesora de química, me confortó y me dijo con voz autoritaria: «¡Aléjate de Ghada y evita los conflictos con Nada a toda costa!». No comprendí la razón de su apremio. Me dijo que me relacionara con Hanah, cuyo carácter dominante yo detestaba, pese a sus reiterados intentos de entablar conversación conmigo sobre el ceremonial de las abluciones y pasar revista a las particularidades de todas las comunidades. Yo le había comentado a Leila: «No me cae bien, cree que es Fatima al-Zahra, la hija del Profeta, ¡no te digo!». Leila se echó a reír, luego calló unos minutos y cambió de conversación, como si dudara en hablar de Hanah.

Percibí reproches implícitos en las palabras de Bakr. «Se acabaron las tonterías», dijo con una solemnidad que entonces no entendí, y en su tono detecté a un tiempo cierta inquietud y cierta exaltación. Acto seguido se dirigió a la habitación de Safah y Marwa, tomó café con ellas y las escuchó como un hermano cariñoso e indulgente.

Mi tío Bakr tenía una mancha del color de las heces del vino que lo distinguía de los otros hombres de la familia; parecía una pequeña moneda en la mejilla. Algunos lo veían como un signo de buena suerte. Su rostro siempre bien afeitado, su presencia, que reflejaba un misterio inefable, y la serenidad con que hablaba —incluso de temas íntimos y apasionados— presagiaban que estaba destinado a una tarea más importante que el comercio de alfombras.

Había heredado de su padre el oficio y todas sus particularidades. Visto de lejos, se habría podido creer que estaba resignado por completo a su suerte, a sus pequeñas ambiciones, a su felicidad conyugal con Zahra, esposa radiante. Veía a sus escasos amigos muy de tarde en tarde y durante breves momentos, lo justo para interesarse por su bienestar, reír con ellos y rememorar recuerdos de la juventud. Había dejado a mi tío el mayor, Salim, todas las cuestiones relativas a la contabilidad de la tienda. Formal y perseverante como mi abuelo, Salim se levantaba al amanecer, iba a rezar a la mezquita otomana y tomaba un buen desayuno antes de dirigirse a la tienda, donde Jalil y él se tomaban un café, como dos ancianos preocupados por el Juicio Final, que se les antojaba tan próximo que parecía que no iba a darles tiempo a preparar su ataúd o remendar las alfombras que esperaban en el altillo de la tienda. Salim había conseguido aprender mal que bien algunas palabras en inglés a fin de convencer a los turistas extranjeros de que compraran una alfombra que se llevarían a sus remotas y frías casas como recuerdo de la ciudad más antigua de Oriente. Dejaba las conversaciones con los especialistas y los guías de los grupos a Omar, el benjamín, que había aprendido inglés y persa durante sus estudios en la facultad de teología. Según la voluntad de mi abuela, Omar debería haber proseguido sus estudios en al-Azhar para volver con un doctorado y distribuir sus fetuas entre los hombres y las mujeres de la ciudad, que confiaban con fervor todos sus secretos a los jeques. Sin embargo, al regresar del servicio militar, Omar guardó sus libros de teología en un arcón de madera que relegó a un rincón del sótano. Se negó rotundamente a ir a El Cairo y dedicó toda su energía a la tienda, en la que se puso a trabajar con entusiasmo, despertando la admiración de sus hermanos y de los comerciantes

vecinos.

Un día mi abuela se presentó en su casa y esperó su regreso durante dos días. Cuando finalmente él volvió y la vio sentada junto a Mariam y Rima, que preparaban mermelada de membrillo, se inclinó y le besó la cabeza riendo. Ella desembuchó de un tirón todas las habladurías que había oído sobre las mujeres de mala vida a las que mantenía, elogió a su esposa, bien educada y paciente, y solo se calmó cuando él juró sobre el Corán que dejaría de frecuentar a los amigos de parrandas. Antes del fallecimiento de mi abuela, Omar juró por novena vez sobre el Corán y se puso en sus manos en una actitud humilde que no permitía albergar duda alguna sobre su sinceridad… Sin embargo, no tardó en volver al libertinaje. Viendo sus ojos de mirada ardiente y su rostro demacrado y pálido, se habría dicho que tenía ictericia. De muy joven quería ser actor, se escapaba de la escuela para pasarse el tiempo en las salas oscuras, buscaba noticias sobre los actores y los imitaba ante el espejo; representaba el papel del joven pobre que se enamora de la hija de un hombre rico y se casa con ella tras haber superado numerosas pruebas. Imitaba sucesivamente a todos los personajes de la película, recreaba los diálogos con un terrible acento egipcio y se metía de lleno en el papel, hasta el punto de proclamar a voz en grito su amor por alguien a quien llamaba Nelly. Una vez incluso subió al escenario para representar el papel de un juez instructor que se disponía a condenar a muerte a un soldado israelí. Con el tiempo dejaron de interesarle los actores y las actrices y, tras reunir todas las revistas egipcias, las quemó en el patio. Mi abuela se alegró enormemente del final de aquella «perdición», como decía ella.

«Era extraordinario, y tan cariñoso…», decía Safah recordando sus numerosos desafíos a las tradiciones familiares. Se reunieron a su alrededor y le hicieron severos reproches que él escuchó con calma, incluso sollozó ante ellos, a todas luces arrepentido, para sorprenderlos al día siguiente con un nuevo disparate.

Un día llevó a casa toda una bandada de ocas. El conductor del camión que había alquilado lo ayudó a entrar las diez grandes jaulas, cuyas puertas Omar se apresuró a abrir; las ocas se desperdigaron por el patio y la emprendieron con las plantas de Mariam. Él, muy alegre,

les arrojaba pan y las conducía como un criador profesional. Mi abuela estuvo a punto de desmayarse, Mariam se puso histérica al ver sus plantas destrozadas y lanzadas a los cuatro rincones del patio y Safah reprimió la risa mientras reprendían a Omar, que, avergonzado, las miró con estupefacción antes de abandonar la casa en tromba, hirviendo de cólera. ¡Adiós a su sueño de convertirse en criador de ocas, de llevarlas por los campos con un ligero bastón para darles en el pico, de disfrutar del aire fresco! Por la tarde, mi abuelo y mis otros dos tíos se pusieron a perseguir a las ocas, que deambulaban por las habitaciones y los sótanos dejando excrementos y huellas de patas en las colchas y los sofás de color rosa.

Mi abuelo, que se mostraba muy indulgente con el curioso carácter de su hijo, fue el primer sorprendido al observar el talento de Omar en la tienda. Fue como si hubiera encontrado su camino. Había sabido explotar nuevos métodos que sacudían el mercado y lo convertía en un compañero apreciado y un temible competidor. Mis otros dos tíos y mi abuelo hicieron la vista gorda ante sus extravagancias al observar que el negocio florecía. En ese período en que las alfombras de Persia y Cachemira ya no constituían el orgullo de las familias, los comerciantes se habían convertido en contrabandistas de vajilla de porcelana y electrodomésticos.

Se habían conchabado con las mafias que comerciaban con cigarrillos occidentales, unos individuos que se dejaban ver en los mejores restaurantes de la ciudad, degustaban platos suculentos y se repartían los beneficios. Sus voces se elevaban al enconarse las disputas, hasta el punto de que a veces se oían disparos, cuyo eco no tardaba en llegar al palacio presidencial, que entonces intervenía de manera clara y tajante anunciando un veredicto irrevocable que todos aceptaban. Acto seguido empezaban a frecuentar de nuevo los restaurantes, encantados de que sus prerrogativas y privilegios les permitieran saquear las riquezas del país. Por otra parte, imponían sus reglas en todas las instituciones. La ciudad ya no era sino una ruina habitada por espectros aterrorizados.

Salim consideraba que la colaboración de Omar con los contrabandistas era una locura y una estupidez que amenazaba con llevar a la perdición a toda la familia. No esperaba que su hermano

defendiera esa colaboración evocando cómo el padre de ambos había agachado la cerviz para capear los temporales, y antes que él su abuelo, quien había entregado al antepasado del jeque Daguestani a los otomanos para que lo ahorcaran ante la puerta al-Hadid. Tampoco se abstuvo Omar de recordarle los cuatro pabellones del palacio Yildiz, en Estambul, cuyas lujosas alfombras habían comprado a su abuelo en recompensa a su delación…, episodio que su padre a menudo había intentado referir de forma que el asunto pareciera más una casualidad que una confabulación. Bakr no abrió la boca para protestar, pues estaba acostumbrado a dar consejos que los demás no siempre estaban dispuestos a escuchar.

Omar, convertido en un mafioso de espíritu inquieto, no conocía el descanso. Ya no aparecía en mitad de la noche, flotando entre los vapores de una leve y alegre embriaguez, para conversar con Mariam sobre las teorías de la jurisprudencia, tomar café con Safah y Marwa, bromear conmigo y entregarme una gran suma de dinero, que Mariam se apresuraba a guardar en mi arquilla personal. Los escándalos de Omar y su notorio desenfreno preocupaban a mis tías, quienes rivalizaban en encargar que le escribieran y bordaran amuletos que envolvían con bonitas telas multicolores y le colgaban al cuello mientras él, entregado a sus manos, se estaba quieto como un erizo. No tardaba en quitárselos y entregárselos a sus aprendices para que los repartieran entre los derviches.

Los ojos de Safah brillaban al oír hablar de su disputa entre Omar y un alto cargo a causa de una mujer. Estando casada, se preciaba de su relación con Omar, lo acompañaba a los restaurantes a la vista de todos, y presumía de él ante sus amigas. Tras una larga conversación durante la cual él había lamentado el excesivo amor que la mujer le profesaba, Safah le propuso que se casara con ella en cuanto se hubiera divorciado, y añadió con una risa sarcástica que una esposa salía mucho más barata que una amante.

No comprendíamos las ambiciones de Omar, sus preocupaciones ni sus angustias, e ignorábamos por qué se entregaba tan locamente a los placeres y desataba escándalos a propósito. ¿Provocaba aquellos escándalos adrede? Cada vez que Mariam miraba el título de teología colgado en la pared, los ojos se le llenaban de lágrimas y se ponía a

murmurar plegarias. Cuando oímos hablar de los inmensos beneficios obtenidos en pocos meses con el comercio de armas, en el que estaba tan enfrascado que descuidaba los estampados de las alfombras y el olor de los hilos de lana y seda dejamos de acompañarla en las oraciones.

Se volvió más circunspecto cuando empezaron los atentados selectivos contra pequeños funcionarios y oficiales a los que los alepinos apreciaban. Esos asesinatos alteraban la quietud de nuestra amada ciudad y hacían temer lo peor. A Omar no le resultó fácil retirarse de aquel tráfico, acosado como estaba por todo cuanto sabía sobre la procedencia de las armas y las personalidades políticas —palestinas, sirias o iraquíes— implicadas en los engranajes de aquel comercio y en el transporte de la mercancía a los pozos abandonados y los pasos subterráneos de algunas casas clandestinas, camufladas y utilizadas como almacenes. Una noche, al entrar en casa de Mariam, sentía que se asfixiaba; se quitó la ropa y se puso un pijama de seda azul. Estuvo tres días silencioso, leyendo con devoción el Corán. Su hermosa voz se modulaba al leer la sura de los Coaligados. Percibíamos hasta qué punto estaba fatigado y cuánta necesidad tenía de la antigua imagen de la familia; se habría dicho que sentía nostalgia de su adolescencia cuando aún era bromista.

Aquellos tres días, que colmaron de dicha a mis tías, me permitieron acercarme a él, atraer su atención hacia mi joven saber y desplegar mis conocimientos sobre la jurisprudencia. Tres días de festines culinarios sin parangón para mí y durante los cuales Mariam nos hizo limpiar a fondo la mesa de nogal, relegada a un rincón de la amplia estancia. Extendió con esmero el mantel de seda roja con instrumentos musicales chinos y flores resplandecientes bordados en el borde. Con la dulzura de una madre, reprochó a Safah su negativa a preparar *kibbeh* asado y luego se volvió hacia mí para hacerme notar que no enrollaba de manera uniforme las hojas de parra rellenas; solo Marwa gozó de su beneplácito, pues parecía haber heredado todos los talentos culinarios de los alepinos. Radwan encontró la manera de quedarse largas horas junto a la estufa, con las piernas extendidas sobre el sofá, charlando con Omar, a quien adoraba, con quien había compartido numerosas peripecias y a favor del cual había intercedido a menudo

para ahorrarle la cólera de mi abuelo.

El espectáculo de los platos dispuestos sobre la mesa despertó en nosotras, las mujeres, que solíamos sentarnos a ella en silencio con modales exageradamente contenidos, un sentimiento de transgresión de las convenciones y de rebelión contra la sobriedad de nuestras comidas. Omar insistió en que Radwan se sentara con nosotros y Mariam no se opuso en absoluto. Su conversación y sus observaciones de payaso nos hicieron reír. Durante la velada, Mariam pasó revista a todas las historias de la infancia de Omar con una vivacidad que me sorprendió; su rostro era hermoso mientras intentaba imitar la cólera de mi abuela cuando desesperaba de poder corregir a su benjamín. Fue la primera vez que oí hablar de su decisión de abjurar del islam, que había puesto casi histérica a mi abuela. Lo había considerado un loco de remate que necesitaba cuidados. Lo llevó a rastras a ver a varios jeques de Alepo y lo obligó a aceptar sus rituales y amuletos; él se apresuraba a abrirlos y descubría en ellos los nombres de Satanás y las claves de los símbolos que le habrían abierto las puertas del paraíso. Acto seguido los arrojaba sin miramientos a los pies de mi abuela, que los recogía y los quemaba por respeto a la dignidad de los santos.

Yo estaba especialmente interesada en la evocación de su adolescencia, intentaba reconstruir los detalles y bosquejar el pasado, pues lo sentía muy próximo a mí. Tras su partida, comprendí el secreto de la melancolía de Safah, la pena de Marwa y los incesantes lamentos de ambas a causa de la preocupación por la soledad y las exigencias de Mariam en que salvaguardaran el honor; «cualquiera diría que nos exhibimos completamente desnudas en mitad de la calle», replicaba Safah nerviosa. Resignada, Marwa parecía no esperar otra cosa que la muerte; asentía a todo y había perdido las ganas de hablar. Safah se ponía la almohada bajo el brazo y se pasaba a mi cama, donde proseguíamos una conversación interminable sobre las familias que venían a visitarnos, aquellas cuyo salón frecuentábamos o cuyas invitaciones a las bodas aceptábamos. Ella siempre terminaba elogiando a las mujeres y mofándose de su debilidad. Se burlaba de la frialdad de Rima, afirmaba que Omar debería repudiarla y la comparaba con Zahra, a la que llamaba «amiga» y de la que admiraba la gracia y la sensualidad.

Yo sentía el aliento de Safah, que dormía a mi lado, miraba su rostro con compasión y me daba cuenta de hasta qué punto la hacía desdichada no conocer el olor de un hombre. Omar abandonó nuestra casa para dirigirse a la montaña, donde pasó tres semanas vagando solo, más parecido a un asceta que al libertino que tenía fama de ser. Se hospedó en hoteles baratos, disfrutó con el aroma de los pinos en los bosques de Frunlok y evitó hablar con los propietarios de los hoteles, que se sorprendieron ante su generosidad y lo tomaron por un asesino fugitivo o un hombre perseguido por la maldición de la soledad y el silencio. Sentía la necesidad de poner orden en su vida, sus relaciones, su fortuna, sus planes y sus sueños, sus lazos con Rima y con los amigos, a quienes había dicho que se iba al extranjero. El aire puro de las montañas de Slonfeh y de Kassab, así como el abandono de la bebida, devolvió la lozanía a su rostro y la agilidad a sus piernas. Se reconcilió con la naturaleza, caminó durante horas enteras por las montañas evitando los caminos frecuentados, deseoso de perderse en lugares que creía vírgenes, allí donde el ramaje de los robles silvestres se entrelazaba con el de los pinos y tras las primeras lluvias el perfume de los cinamomos flotaba en los bosques. Su vagabundeo adquirió pleno sentido cuando se encontró ante la planicie del Ghab: se detuvo y se le ocurrió la idea de saltar. Le entraron ganas de ser una cometa que planeara en el cielo del país. Las imágenes de su infancia afluyeron en tropel, las desempolvó y las guardó mezclando las épocas, evocó el sabor de la inquietud como el de un melocotón amargo pese a su piel resplandeciente y ahíta de sol. «Me sentí más cerca de Dios», le dijo a Mariam cuando regresó, apaciguado, aliviado y como purificado. Sin perder tiempo ni permitir a Mariam dar su opinión, le informó de su decisión de repudiar a Rima y concederle el derecho a vivir con sus dos hijos en el lujoso piso que para él era un infierno a causa del olor a encurtidos que salía de la cocina, que le producía alergia y lo ponía nervioso. Los seis años de matrimonio habían culminado en una calma chicha, habían quedado destruidos por la pasión de Rima por las carnes frías y los encurtidos. Así parecía huir de las extrañas reivindicaciones de su marido, que ella juzgaba inconvenientes para la hija de un jeque cuyas bondades y ascetismo eran conocidos en toda la ciudad. «Quiere convertirme en

una puta», decía llorando, y a continuación iba a la cocina para echar sal al encurtido de judías, deleitada con los efluvios del vinagre. Safah tomó partido por Omar, lo animó a divorciarse, maldijo la estupidez de su esposa y se mofó del olor a talco barato que desprendían sus hijos. Mariam arregló el divorcio con la colaboración de Salim, que en varias ocasiones tuvo que lanzar anatemas contra Omar al tiempo que bendecía a mi difunta abuela por haber elegido para él, entre numerosas jóvenes, a aquella esposa por su reserva, su obediencia y la buena reputación de su familia.

Apenas un mes después de su retiro, Omar se desquitó de todo un pasado de reserva y obediencia. Provocó el escándalo: acosaba a mujeres casadas y a adolescentes, invitaba a las prostitutas a restaurantes, se alojaba durante varios días en casa de estas con total tranquilidad, intercambiaba con ellas hachís y palabras vulgares y las acompañaba a todas partes en los zocos, haciendo caso omiso de cuanto se decía sobre él. «Solo el amor puede salvarme», repetía ante mis tías. Estas escasas palabras reforzaban nuestro deseo de soledad y mutismo. Radwan deambulaba libremente por la casa silenciosa y desierta, contento de no tener que soportar las órdenes de Mariam, las burlas de Safah y mis incesantes peticiones. «Solo el amor puede salvarnos a todos», le dijo Safah a Marwa, que había empezado a dibujar los motivos de una alfombra cuyos bordes estaban decorados con imágenes de dioses de rostro sonriente. Al hojear un libro ilustrado sobre la civilización griega se dio cuenta de que eran divinidades paganas y eso le dio mucho miedo. Mariam se hundió aún más en la soledad, ya no le interesaba nada de lo que ocurría fuera de su habitación, iba de la cama a la mecedora que había junto a la ventana, sacaba del cajón el álbum de fotos, corría las cortinas y cerraba la puerta con llave como si se dispusiera a perpetrar un crimen. Clavaba la mirada en las escasas fotos con expresión ausente y luego se sentaba en el suelo a releer las suras breves del Corán; su voz se alzaba como si participase en una ceremonia de himnos religiosos o quisiera exorcizar los demonios que amenazaban con deslizarse de la araña de luces.

Al cuarto día de nuestro retiro, acudimos juntas a la reunión de *haya* Radiya; mis tías acompañaron el canto de las mujeres que invocaban

al Amado de Dios mientras yo me repetía una y otra vez: «Qué difícil es para una mujer revelar sus secretos». Y por unos instantes incluso envidié la suerte de Omar, hasta que finalmente logré librarme de mis obsesiones y mi melancolía. Ya en la cama, evoqué la imagen de Ghada, luego su perfume, y me sumí poco a poco en un ensueño. Acercaba los dedos a su vestido azul, que tan bien conocía, y se lo desabrochaba. De pronto me levanté, cerré la puerta con llave, corrí las cortinas y me desnudé, volví a la cama y me ahogué en la dulzura de su vientre.

A la mañana siguiente me asaltaron los remordimientos, fui a la escuela aterrorizada, asustada por las voces familiares. Odié a Ghada cuando la vi reír en la fila con las compañeras y aminorar el paso al subir la escalera. Me acerqué a ella y me entraron náuseas. Durante la primera clase estuve a punto de abandonar el aula para ir a la suya, tanto ansiaba verla. Me quedé rezagada a la salida para buscarla y vi pasar el coche del cincuentón y a Ghada sentada en él. Me hizo una breve seña. Mi sonrisa cómplice se sumó a mi dolor, deseé su muerte y la de su amigo.

Decidí ahogarme en el olor de las cebollas, en las montañas de *melujia* y de *bulgur* puesto a remojo en el mortero de cerámica. Era la víspera del banquete que tanto preocupaba a Safah. Zahra llegó con sus dos pequeños y deshizo el equipaje en mi habitación, pues yo había insistido en que se alojara conmigo. Necesitaba compartir mi espacio para tranquilizarme. Decidí hablarle de Ghada, de lo duro que me resultaba su abandono, de mi odio y mi resentimiento, que aumentaban cada vez que veía a aquel cincuentón ir a buscarla a la puerta de la escuela. Ayudé a preparar la comida y advertí la mirada complacida de Mariam mientras elaboraba el relleno de guindillas para el pescado, al que añadí por mi cuenta unas ramitas de perejil. Marwa espoleaba mi atrevimiento animándome a transgredir las tradiciones culinarias. Safah cuchicheaba con Zahra y parecía seria e inquieta al mismo tiempo. Desempeñaba el papel de educadora de los dos hijos de Zahra y de los dos hijos de Omar. Mariam había invitado a todos los nietos para que fueran testigos del prestigio de su abuelo; prestigio que, se decía, estaba en declive.

Los esfuerzos de Mariam por organizar nuestro presente al ritmo del pasado no servirían de nada, no harían sino añadir una filiación ilusoria. Las camas de cobre y los objetos de plata que utilizaban nuestros antepasados, además de los viejos espejos de marco decorado, las cómodas de nogal, los cofres cerrados y centenares de objetos dispersos por la casa, se volvían cada día más sagrados. Nos atenazaban, nos encadenaban y nos subyugaban. Los limpiábamos, los lustrábamos, tomábamos mil precauciones para no romper ningún jarrón.

Aquel día parecía que Mariam me trataba por primera vez como a una chica mayor. Ya no era una pequeña colegiala, tenía permiso para acercarme a Zahra y corregir con voz audible los errores culinarios de Mariam cuando hacía rodar entre sus manos las albóndigas de sebo para rellenar el *kibbeh*.

Llegada la noche, todas compartimos la presencia de Zahra. Al principio de la velada tuvo lugar una conversación seria entre Marwa, Safah y Zahra, a la que de lejos yo veía hablar y tomarse el té con circunspección. Marwa, silenciosa, observaba a Safah, que planteaba preguntas y hacía gestos desesperados con la mano. Me dio la impresión de que deseaban alejarme de los secretos que intercambiaban y, como necesitaba relajarme y tomarme un respiro, decidí ir a bañarme con el pequeño de Bakr. Me sentí dichosa de tenerlo conmigo, incluso disfruté con sus lágrimas cuando el jabón le escocía en los ojos. Me hubiera gustado cantar para él, pero me di cuenta de que solo me sabía las invocaciones de *haya* Radiya y al niño no parecían gustarle. Me apresuré a dejar a un lado la cuestión de averiguar cómo crecía un niño hasta convertirse en hombre. Riendo de mis obsesiones, trataba de ahogarlas en la inocencia del primer varón al que rociaba con agua caliente y risas.

Más tarde, ya entrada la noche, le hablé a Zahra con palabras duras de la traición de las amigas, de mi inquietud y mis obsesiones. Le hablé de Ghada, del miedo que me daba verla lanzarse de cabeza a aventuras arriesgadas que la convertirían en una mujer de mala reputación. Le describí minuciosamente mi sufrimiento, pero ella se limitó a escucharme en silencio, sin aprobar ni discutir mis posturas

pudibundas. Me gustaba su forma de escuchar con seriedad a quien necesitaba que le dieran la razón al tiempo que ocultaba la mitad de la verdad. En sus ojos, que decían: «¡Cuán desdichada eres!», percibí el callejón sin salida en que me hallaba, y a la vez su presencia en mi universo estático me tranquilizó.

Al día siguiente, mi madre llegó temprano, como era su costumbre. Me desperté con el estrépito de las ollas de cobre y los gritos que mi madre daba junto a Mariam mientras preparaba el plato de *frikeh* y lo aromatizaba con azafrán, que le proporcionaba un sabor incomparable. La encontré envejecida cuando empezó a quejarse de la indiferencia de mi padre y a elogiar los éxitos escolares de mi hermano Hussam y su celo religioso. Quería con locura a su primogénito, describía con amor su incipiente bigote y su apostura. Estaba convencida de que sacaría a nuestra familia de la miseria y, como todas las madres, deseaba que fuera médico y filósofo. Después de vivir cuatro años lejos de ella, yo ya no formaba parte de su vida cotidiana, era más bien como una hermana pequeña o una joven amiga. Escuchó esperanzada lo que le conté, aun cuando temía que rebrotara en mí la maldición del celibato que pesaba sobre sus hermanas, y a continuación recordó que mi padre no era más que un pescadero a la entrada del zoco de la puerta de Yenine y que únicamente un pretendiente pobre o alguno de nuestros primos tendría un motivo razonable para llamar a nuestra puerta. Se quedó solo unas horas, y vi cómo Mariam le deslizaba en el bolso unos billetes, que ella no rechazó.

Nos sorprendió la llegada de una treintena de invitados, a los que Bakr recibió en la puerta. No comprendí la presencia de mi hermano Hussam al lado de Bakr, ni su ostensible prestigio cuando vi que lo abrazaban algunos hombres a los que yo conocía. Mariam nos dijo quiénes eran los demás mientras los espiábamos desde la cocina y ellos comían con apetito. Se alegró de la llegada del jeque Daguestani, pues consideró que el hecho de que hubiera aceptado nuestra invitación significaba que había perdonado a Omar. Elogió su sabiduría y su ascetismo, enumeró sus buenas acciones y lo calificó de hombre de Dios por excelencia. «¿Cómo es posible que se hayan reunido todos aquí?», me preguntaba yo. Comerciantes importantes, industriales, un

político retirado que había desempeñado un papel turbio en los gobiernos posteriores a la independencia, jeques que se dedicaban a la política, hombres que se sabía que pertenecían a la organización de los Hermanos Musulmanes, un oficial al que no conocía, un saudí, un yemení de unos cuarenta y cinco años del que Mariam dijo que era comerciante de alfombras e íntimo amigo de Bakr. Desde su posición en el centro del círculo, el yemení podía ver la ventana de la habitación de Safah. Mi hermano y los hijos de Salim servían a los invitados en silencio, y Radwan intentaba convencerlos de que la hora de la comida era apropiada para recitar su *muallaqat* en honor del Profeta. Hussam lo echó con cajas destempladas y Radwan vino a quejarse a mí. Me sorprendió la frialdad y la indiferencia de mi hermano cuando intercedí por Radwan; incluso se negó a escuchar lo que aquella reunión significaba para este. La satisfacción mal disimulada que percibí en el rostro de Mariam no dejó de sorprenderme; la explicó diciendo que la familia acababa de ganar un nuevo hombre. Nosotras nos manteníamos fuera de la vista de los invitados. Extenuada, me eché en la cama de Safah para dormir un poco. Dos horas después, nuestro bloqueo continuaba. Mis tías se habían reunido en la habitación de Mariam y charlaban en voz alta; callaron de golpe en cuanto entré. Bakr acababa de pedir seis vasos de jengibre para él y los cinco invitados que se habían quedado; Safah nos informó de que el yemení, el saudí y el jeque Daguestani ya se habían marchado.

Me alegraba de la presencia de Zahra en mi habitación, ya que mis sueños se habían convertido en pesadillas que no presagiaban nada bueno. Dibujaba en mi cuaderno serpientes inmensas que devoraban a los niños, murciélagos que zureaban como palomas en el cielo de la ciudad, una mujer devorada por los lobos, mientras me decía: «¡Qué difícil es escuchar con absoluta libertad tu voz interior!». Confié a Zahra mis ganas de nadar desnuda en el mar y observé la estupefacción que reflejó su rostro. Me eché a reír para tranquilizarla y añadí que a veces mis sueños iban a la deriva.

Durante tres días Bakr recibió a los mismos cinco hombres que no conocíamos. Pasaban varias horas en la habitación de arriba, mirando unas grandes hojas que tenían extendidas delante. Al cabo mi tío salía

con ellos tras haber cambiado unas palabras con Zahra. Ella asentía con la cabeza y venía a reanudar una aburrida conversación con nosotras; escuchaba con aire distraído a Mariam, que nos refería lo que le habían contado que decían las señoras de la ciudad sobre la calidad de los manjares que habíamos ofrecido a sus hombres el viernes.

Bakr parecía inquieto, agitado, sus párpados caídos indicaban el insomnio que sufría. Al cuarto día preparamos una cena ligera y zumo de moras, que él siempre pedía, y, como de costumbre, nos retiramos a nuestras habitaciones hasta que se marcharan los invitados. Tras la oración de la tarde, Bakr entró acompañado del yemení, y en nuestra presencia le pidió a Safah que reflexionara sobre la petición de matrimonio de Abdallah al-Yamani. Le dejó la libertad de decidir y la de conocerlo más a fondo según las tradiciones religiosas. Los elogios que dedicó a las grandes cualidades del pretendiente incitaron a Safah a aceptar sin vacilación alguna convertirse en la segunda esposa del yemení, el cual deseaba que la boda se celebrara lo antes posible.

Zahra sería la madrina de esa boda sin amor. Mariam intentó en varias ocasiones que la rechazara o aplazase, pero Safah nos sorprendió a todos al exclamar con voz sombría y grave: «Quiero convertirme en una mujer, no quiero morir virgen», tras lo cual añadió con serenidad: «Me gustaría tanto tener un hijo…». A Mariam le faltó tiempo para cantar las alabanzas de su cuñado yemení, de su fe y de su fortuna en los salones femeninos. Mis tíos bendijeron aquel matrimonio inmediatamente. Omar se tomó a la ligera la agitación de Mariam y regaló a Safah un cinturón de oro y un anillo adornado con un singular diamante. Nos comentó riendo que lo había comprado en Beirut para una de sus amantes.

Con un lujoso vestido blanco confeccionado en un tiempo récord y un reducido ajuar que cabía en dos maletas, la novia salió de nuestra casa al son de las panderetas de *haya* Radiya y de algunas mujeres invitadas a la ceremonia, que no duró más de dos horas. El carácter improvisado disgustó a Mariam, que se deshizo en llanto al ver a Safah cruzar el umbral de la casa para ser recibida en el exterior por Abdallah al-Yamani y otros cuatro hombres, dos yemeníes, un comerciante alepino conocido por su amistad con los hombres de

religión y el jeque Daguestani. Una vez cerrada la puerta, reinó un terrible silencio, como si hubiéramos despedido a un difunto. Las lágrimas de Mariam nos trastornaron y nos hicieron llorar, mientras mi madre desgranaba el rosario.

En ese momento recordé que no había visto a Radwan en los últimos tres días, desde que Mariam le había prohibido conducir nuestra comitiva al hammam. Golpeé su puerta con los nudillos y oí sus sollozos, giré el pomo y lo vi comiendo higos secos y llorando. Cuando Safah nos hizo su primera visita de recién casada, Radwan la llamó «mi cariñosa amiga» y le regaló un frasco de suntuoso perfume. La secreta armonía de ambos se reanudó con rapidez y él prorrumpió en carcajadas cuando Safah le prometió poner a su segundo hijo el nombre de Radwan y confiárselo para que le ayudara a aprenderse de memoria el Corán y le enseñara el arte de elaborar perfumes.

Safah consideró bueno su matrimonio con el yemení, tranquilizó a Mariam y cuchicheó afectuosamente al oído de Zahra. La visitamos en su apartamento de tres habitaciones de Yamiliyeh. Mariam estuvo a punto de asfixiarse en aquel reducido espacio que, según dijo, recordaba una tumba. Por primera vez vi resplandecer el alma de Safah en un lugar que le pertenecía en exclusiva. Defendió ardientemente su nueva vida y, por su manera de decorar el piso, saltaba a la vista que detestaba la casa de mi abuelo, llena de muebles viejos. Había puesto varios sillones sencillos de estilo americano en el salón, una cama baja junto a una cómoda lacada en negro con un candelabro de tres brazos y, en la cocina, un pequeño número de utensilios, como si los habitantes de la casa no fueran a pasar allí más que un breve período de vacaciones. Safah no quiso escuchar a Mariam cuando le propuso que se llevara de casa de mi abuelo algunos objetos que le gustaban, como si le correspondieran por derecho; se limitó a darle palmaditas en la mano y dijo que su alfombra le bastaba por toda herencia, como si no estuviera segura de que aquel reducido apartamento o los futuros lugares desconocidos a los que acompañaría a su marido fueran a constituir el final de su recorrido. Sin embargo, Marwa conservó el armario de Safah con todos sus vestidos, sus juegos de cama y sus pequeños objetos, como si aún no tuviera la certeza de que Safah había eludido su destino de solteronas.

Ahora nuestras veladas resultaban monótonas y presagiaban una soledad de la que no conseguía escapar. Marwa bordaba pañuelos, cuyos destinatarios yo ignoraba, y los amontonaba en su armario. Cuando propuso enseñarme a bordar, dije con una seriedad que la sorprendió en extremo: «Yo no estoy esperando la muerte». Seguí acudiendo a mis citas diarias en casa de *haya* Suad, pese a la sensación de soledad que me envolvía estando en compañía de muchachas a las que había conocido el día que Hanah me llevó allí por primera vez a petición de Bakr. No comprendí su insistencia hasta que *haya* Suad nos dividió en grupos con los que se reunía en días fijos. Nos hablaba con autoridad de los Hermanos y del compromiso, nosotras le transmitíamos con vivacidad las noticias de la escuela y nuestros intentos de incorporar a otras alumnas a nuestros grupos, que cada vez eran más amplios. En una especie de semiclandestinidad, nos mostrábamos entusiastas en lo tocante a la creación del Estado sobre el que ondearía el estandarte del Profeta. «¡Castigaremos a todos los impíos!», repetía con convicción *haya* Suad como si ya entreviera ese día, en el que nosotras, las hermanas de los creyentes, estaríamos sentadas en el paraíso, junto al Mensajero de Dios y las madres de los creyentes.

Ignoraba de dónde me venía la fuerza de aquella convicción de que el camino del paraíso se abría ante mí; deseaba convertirme en mártir, ser llevada por palomas blancas —una vez perdonados mis pecados— hacia ese paraíso que nos había esbozado *haya* Suad con seguridad y perseverancia. Mi angustia se había calmado, recuperé de pronto la certeza de la fe gracias a mi parentesco con Bakr, nacido para materializar el sueño de aniquilar el desenfreno y hacer renacer la gloria del califato islámico.

Había encontrado en Abdallah al-Yamani al mejor interlocutor posible, pues Bakr todavía parecía preocupado y no dormía en su casa dos noches seguidas. Mariam no ponía ningún reparo a que me pasara horas con Abdallah al-Yamani conversando sobre la historia de los partidos islámicos y de los mártires, muertos en prisión o en el campo de batalla. Safah parecía estupefacta ante mi fulgurante implicación y mi tenacidad frente a sus intentos de alejarme de la política y de esa senda peligrosa halagando mi feminidad y exaltando mi futuro

científico. Yo empezaba a conocer bien la trayectoria de su marido y me sentía orgullosa de la profundidad de su fe, que había iluminado su corazón y le había hecho abandonar el camino de la perdición después de veinte años de sufrimientos y de inquietud buscando respuestas a las preguntas que se había planteado en su más tierna infancia. Había sido uno de los alumnos más brillantes cuando asistía a la escuela inglesa, que se hallaba en medio de un parque de inmensos cipreses en el barrio de Abdine de El Cairo. Sus profesores apreciaban la pertinencia y minuciosidad de su análisis de los poemas de William Blake y la belleza de su acento, digno de un campesino del país de Gales. Recitó en mi presencia largos extractos de un poema titulado «The Tiger», que no había olvidado pese a los muchos años transcurridos desde que, siendo alumno, soñaba con el *Yemen felix*. De pie, con los brazos levantados hacia el cielo, declamaba con emoción este pasaje:

Tiger, tiger, burning bright
In the forests of the night,
What immortal hand or eye
Could frame thy fearful symmetry?

Parecía un actor de primera clase, presa de una alegría desacostumbrada. Safah lo miraba de hito en hito con ojos brillantes como si lo viera por primera vez. Sonreía tímidamente, pero prorrumpió en carcajadas cuando Radwan insistió en leer la *muallaqat* que Hussam no le había permitido recitar con anterioridad. Se enfadó y la recitó sin autorización. Abdallah lo escuchó cortésmente al tiempo que imitaba su forma enfática de recitar. Lo aplaudimos largo rato mientras Mariam exclamaba: «¡Se han vuelto locos!».

El padre de Abdallah había decidido alejarlo de Adén siguiendo el consejo de un marinero indio que un día entró en su tienda del zoco en busca de una lámpara omeya de cobre que describió con precisión, pues un aventurero inglés al que había conocido en Alejandría le dijo que únicamente la encontraría en Yemen. Pero el comerciante solo entendía algunas palabras en inglés. Este pidió ayuda a su hijo y el marinero expresó su admiración por aquel joven que aún no había cumplido los catorce años y que logró describir la lámpara con la que

soñaba. Abdallah escuchó con atención las aventuras del marinero indio, y la larga y animada charla entre los dos dejó al padre perplejo y orgulloso de la prestancia del muchacho. El indio volvió en varias ocasiones a la tienda para enseñar a Abdallah trucos de prestidigitación, que el joven dominó rápidamente. Antes de la partida del barco, el marinero compró gran número de lámparas, cuencos de cobre y narguiles plateados para revenderlos en otros puertos o regalarlos a los armadores de Atenas. Aconsejó al padre de Abdallah que lo enviara a la escuela inglesa de El Cairo si deseaba para su hijo un futuro distinto del de los otros muchachos, que vagaban por las calles.

Abdallah dio con temor sus primeros pasos solitarios en la escuela y muy pronto se convirtió en el jefe indiscutible de su clase, a la que asistían hijos de reyes, jóvenes príncipes y vástagos de familias adineradas. «Era como un cuento maravilloso», repitió Abdallah al describirnos sus primeros meses en el internado. En El Cairo conoció algo de lo que aún sentía nostalgia: en sus días libres, trabajaba en una imprenta a fin de aligerar un poco la exorbitante carga económica que suponía para su padre, quien no era rico pero deseaba ardientemente ver a su hijo con la toga durante la ceremonia de entrega de los títulos junto a los hijos de reyes y los príncipes, cuyos nombres citaba a todo aquel que le preguntaba por Abdallah y sus estudios. Estaba decidido a conseguirlo aunque tuviera que gastar hasta el último céntimo, vender la tienda y el resto de su rebaño de dromedarios. Cada vez que veía la foto de su hijo con los jóvenes príncipes, recordaba con gratitud al marinero indio y rememoraba la historia de su llegada a la tienda, las largas conversaciones con Abdallah, su amistad con el correr de los días, cuando este guiaba al marinero por las callejuelas de Adén y embarcaba en los sueños de viajes, hasta el final de la historia que todos los miembros de la tribu de Abdallah conocían ya y repetían como el eco de una leyenda interminable.

A los dieciocho años, Abdallah conoció a Salim Dussuki en el sótano de la imprenta. Lo describía con afecto como un genio que se tomaba su tiempo antes de pronunciar una palabra y que siempre sonreía. Salim Dussuki le hizo conocer el marxismo, lo guió por las calles pobres de El Cairo, lo introdujo en la intimidad de pintores y

periodistas que tenían fotos de Lenin y Marx en las paredes y soñaban con un mundo donde reinase la justicia. Abdallah introdujo los libros rojos en la escuela y pasó noches enteras leyendo, sin que le preocupara el riesgo de que lo pillaran con ellos en su poder. «Me convertí en un marxista fanático», dijo con amargura al recordar el día en que proclamó su ateísmo, convencido de que los hambrientos invadirían el mundo y edificarían su reino de justicia. Los sueños de su padre se vinieron abajo cuando recibió un telegrama que le informaba de la detención de Abdallah, acusado de comunismo, y de su expulsión de El Cairo tras sesiones de tortura cuyas cicatrices aún perduraban en su espalda y en su alma. El joven huyó a Damasco y de allí a Moscú con un pasaporte sirio falso que le proporcionaron sus amigos, y solo al llegar al aeropuerto de Moscú se sintió en libertad. Su padre lo buscó en El Cairo, arrepentido de haberlo sacrificado todo por su ingrato hijo, que había preferido mezclarse con la plebe antes que la amistad de los príncipes y su prodigalidad. Por su parte, la escuela borró todas las huellas del paso de aquel brillante alumno entre sus muros e hizo desaparecer su expediente como si quisiera librarse de una penosa pesadilla.

Los pasos del padre lo condujeron hasta Salim Dussuki, quien lo tranquilizó sobre el futuro del muchacho, destinado a liberar al Yemen del yugo del imam. El padre estaba aterrorizado, los días siguientes iban a ver la destrucción de todo cuanto había edificado durante largos años: vendió su tienda, dejó el zoco para ir a vivir al campamento de su tribu, ligado a los hombres del imam por firmes pactos.

Abdallah pasó diez años en Moscú luchando en todos los frentes, bosquejando con algunos camaradas yemeníes un sueño imposible que no obstante sentían cercano. Habían trazado la imagen de su Yemen feliz, donde los niños llevarían ropa de colores claros y aclamarían a una clase obrera inexistente.

Las noches de insomnio llegaron a su fin cuando llegó a su país; buscó en vano el rostro de su padre o el de alguno de sus hermanos entre la gente que había acudido a recibir a los viajeros. Entonces se dirigió a los campamentos de su tribu, donde encontró a su padre tendido en un cuartucho de adobe y rodeado de sus siete hermanos,

convertidos en pastores combatientes que aclamaban la gloria de la tribu. Cuando su padre lo miró, se sintió invadido por los remordimientos. Por su culpa, su padre había acabado en la prisión del imam cuando se supo en Yemen que Abdallah se preparaba para luchar contra él y poner fin a su régimen. ¡Qué terrible que otro sufra en tu lugar las penalidades de tu compromiso! Su reencuentro fue difícil.

El futuro ministro se hallaba inmerso en sus sueños junto a aquellos que, llegados de El Cairo, de Damasco y de Moscú, habían sellado alianzas que se habían revelado efímeras. La partición del país fue la única solución para poner fin a las masacres y salvaguardar las ilusiones de los dos bandos, panarabistas y comunistas, que ni siquiera conseguían sentarse en la misma alfombra para tomar té verde y mascar *qat* a la hora de la siesta.

Pese a la intensidad de su relato, extraño y rico como una saga con sus sufrimientos y todos sus sueños rotos, solo esta confesión alteró a Miriam: Abdallah había sido ateo.

Un periplo doloroso lo devolvió a la fe total al acercarse a los cuarenta. Se sintió por fin libre de todas sus dudas y abandonó para siempre jamás el vodka ruso, que le enviaban desde Moscú sus amigos, grandes responsables del Partido, en reconocimiento al «camarada combatiente».

Abdallah se casó con Zeina. Tras el asesinato de su padre la había adoptado en el mercado de dromedarios como víctima de una vieja venganza. A sus dieciséis años, todavía frecuentaba los círculos de los hombres; había adquirido su rudeza y su libertad de palabra, animada por el jeque Tamimi. Vivía en su casa desde que este se había casado con su madre, conocida por su temperamento, por su rechazo a las costumbres beduinas y por su permanente nostalgia de los oasis de Nayd, donde se había criado. Zeina había heredado de su madre el largo cabello negro y los ojos garzos.

Abdallah la pidió en matrimonio sin ofrecerle dote ni concederle tiempo para reflexionar. El futuro con aquel hombre cuyas complejas aventuras eran conocidas en todas las casas de la tribu preocupaban a la joven, pero su madre aceptó y obligó al jeque Tamimi a

proporcionarle el ajuar. Deseaba casar a su hija, que empezaba a pensar seriamente en vengar a su padre; el clan había renunciado a la venganza tras haberse reconciliado con la tribu del asesino a cambio de diez dromedarios. Al cabo de un tiempo todos los animales habían muerto en extrañas circunstancias, y todo el mundo sabía que Zeina había envenenado su forraje.

Zeina había adquirido la costumbre de montar a caballo y participar en partidas de caza encarnando el personaje de Zir Salem, sobre todo cuando este era presa de la angustia y pensaba en vengarse de Yassas. El aire de Adén y la angosta casa, llena siempre de camaradas y de libros, pesaban sobre ella. Abdallah le contaba historias distintas de las de Zir Salem y los hombres de las tribus, le enseñaba fotos, le hablaba con emoción del regreso de Lenin a Rusia para dirigir la revolución bolchevique y construir el imperio de los trabajadores y los campesinos, capaces de vencer al imperialismo. Pero Zeina añoraba las reuniones del jeque Tamimi, en las que se contaba la saga de Abu Zayd al-Hilali y se recitaban poemas. Por otra parte, había dejado de pasar las veladas con los amigos de Abdallah, tenía jaquecas y había renunciado por completo a su sueño de venganza. Pasaba el tiempo con su hijo, ajena a las rivalidades entre los camaradas, de las que habían llegado noticias a todas las casas de Adén. Por entonces, Abdallah temía una bala perdida o un accidente de tráfico que justificara la organización de funerales solemnes para un hombre de Estado de su categoría. Sus amigos íntimos le aconsejaron que abandonara el país. Zeina se marchó a toda prisa con su hijo a Beirut, seguida de cerca por Abdallah, quien lamentaba los tres años durante los cuales había intentado en vano convencer a sus amigos de que superaran los antagonismos y reestructurasen el Partido. Les había recordado los sueños, los años de lucha, el sabor amargo del exilio y de la cárcel. En vano.

En Beirut parecía agobiado, desesperado, y cuando su antiguo camarada Faisal Izzedine, ahora embajador en Beirut, se negó a recibirlo, Abdallah comprendió que todo había terminado. Vagó de un país a otro y escribió en los periódicos libaneses una serie de artículos en los que analizaba la experiencia del Partido y acusaba a Abdelmuhsen de haber fomentado un golpe de Estado y condenado a

muerte a antiguos camaradas para hacerse con el poder. Supo que sus hermanos habían sido detenidos, interrogados y torturados durante horas enteras en salas oscuras que apestaban a drogas. Sus infortunios llegaron a su fin cuando prorrumpió en sollozos ante la Kaaba, en La Meca. Se había puesto en contacto con el príncipe Chihabeddine, un amigo de la escuela inglesa que aún recordaba su talento para resolver los problemas de geometría. El príncipe lo había ayudado a obtener el favor y el permiso del rey para efectuar la peregrinación a La Meca y lo había invitado a su casa como huésped permanente. Lo recibió calurosamente en su hogar y ambos reanudaron sus partidas de ajedrez como en los buenos tiempos. Abdallah volvió a ver a muchos de los viejos amigos a su paso por el Líbano, donde él y el príncipe Chihabeddine se detuvieron unos días; salieron con ellos a cazar y quedaron en encontrarse en otra parte, en otras capitales.

«En La Meca encontré a Dios», dijo Abdallah con la convicción del asceta. Yo envidiaba aquella visión que había transformado su vida. Zeina no cabía en sí de gozo al verlo delirar en sueños y refugiarse en la oración para salvar su alma. Su amistad con el príncipe Chihabeddine le abrió todas las puertas. En el salón de la esposa del príncipe, que apreciaba su encanto, Zeina reanudó la lectura de la saga de Zir Salem y de la poesía elegíaca. La intensidad del tono de su voz jamás dejaba de cautivar a los invitados. Había adquirido grandes conocimientos entre los hombres y al lado de sus tíos en Nayd, célebres autores de poesía popular de estilo nabateo. Narraba la historia de Sherezade como siempre había deseado y dominaba los secretos del placer y de la metáfora; hablaba con elocuencia de las maneras de montar a caballo haciendo un guiño alusivo a los hombres. Su imagen ocupaba mis sueños: la veía como una mujer que manipulaba las palabras para que la salvaran de la opresión.

Abdallah había conocido a Bakr en el círculo del príncipe Chihabeddine; se entendieron enseguida tras una larga conversación en el jardín del palacio, que se inició con las cualidades de las alfombras de Cachemira y acabó con la política. Bakr no ocultó su admiración ante la metamorfosis de Abdallah y se interesó sobre todo por el período de su presencia en el poder, cuya composición, aspiraciones, secretos y alianzas Abdallah le describió con confianza

antes de evocar serenamente su infancia y sus estudios en la escuela inglesa. Fue como si se deshiciera de su pesado lastre en el fondo de un océano oscuro. Recordó con alegría al marinero indio que lo había conducido hacia su destino ciego, incluso comentó la dureza de ciertos momentos durante las noches frías de Moscú, cuando añoraba correr tras un rebaño de dromedarios, descalzo, sin preocuparse por los cardos ni las zarzas.

Durante tres días fueron inseparables: acompañaban al grupo de cacería, se limitaban a elogiar al príncipe y el resto del tiempo proseguían su conversación. Su amistad naciente alegró al príncipe, y Abdallah no dudó ni un instante en ayudar a su nuevo amigo a conseguir el contrato para decorar el nuevo palacio. Un sueño recurrente había impulsado al príncipe a construir ese palacio en honor de su madre, que en el sueño aparecía rezando sobre una alfombrilla que describió minuciosamente. Mientras Bakr escuchaba con atención la descripción de los pavos reales llenos de colorido, las aves del paraíso y las ramas de albahaca dispuestas alrededor de las fuentes, le vino a la memoria el palacio de Abu Abdallah al-Saguir, al que los cristianos llamaban Boabdil, el último rey de Granada. El príncipe concluyó la narración de su sueño diciendo: «Querría un palacio que se pareciera al útero de mi madre». Abdallah pidió permiso para marcharse con Bakr y juró que lo ayudaría a realizar su sueño. Partieron juntos por carreteras desconocidas, pasearon por callejuelas de Irán, Irak, Afganistán y otros países de Asia a bordo de un viejo jeep. Bakr había elegido expresamente un vehículo viejo para no despertar la codicia de los vendedores de alfombras antiguas, sobre las que se habían sentado sultanes y viajeros célebres, o de arquetas de madera de ébano con incrustaciones de plata regaladas a muchachas que, con el paso de los años, habían tenido que deshacerse de ellas en subastas por una cantidad irrisoria que ni siquiera habría bastado para comprar un frasco de perfume.

Ambos disfrutaban viajando de incógnito, rivalizando en astucia y descubriendo todos aquellos desiertos, ciudades, pueblos y casas, al tiempo que en lo más recóndito de su ser conectaban con la vida del Profeta, quien bendijo el beneficio lícito y el comercio, cuyos engranajes había recuperado Bakr y que permitía que aflorase el

talento secreto de Abdallah y su infalible destreza. Ya se habían descargado dieciséis camiones en los almacenes del nuevo palacio, y durante seis meses seguidos seis decoradores y doscientos cincuenta obreros y artesanos lustraron lámparas antiguas y restauraron muebles bajo la dirección de Bakr, quien en dos ocasiones pilló unas fiebres. Los médicos le aconsejaron que no respirase el humo del oro fundido con el que se fabricaban los grifos diseñados por un joven iraní toxicómano que había conseguido convencer a Bakr y Abdallah de que eran la réplica exacta de los grifos del palacio de Harun al-Rashid, donde el poeta Abu Nuwas se había revolcado con los efebos. En pago a su diseño imaginario había pedido una suma exigua que ni siquiera bastaba para proporcionarle la droga durante una semana. Les gustó el diseño del grifo curvo, que tenía forma de mariposa y desplegaba sus alas para dejar correr el agua. El príncipe Chihabeddine lo aprobó todo, e incluso estuvo a punto de llorar de alegría al visitar las veinte estancias de aquel extraño palacio con sus hermanos y primos. Abdallah, que los guiaba, refería la historia de cada objeto y el lugar donde se había adquirido, mientras Bakr esperaba febrilmente saber si en verdad había conseguido materializar el sueño del príncipe. Al ver la alfombra extendida en el suelo, el príncipe exclamó que era la misma sobre la que había visto rezar a su madre en su sueño. «Es lo que buscaba», susurró al oído de Abdallah, y tras elogiar la genialidad de Bakr maldijo a los falsos comerciantes que se deshacían en reverencias mientras le mostraban camas italianas como las que él solía ver en las películas pornográficas.

Así pues, antes de ser cuñados, Bakr y Abdallah ya tenían recuerdos y proyectos comunes. Fueron pocos los que se enteraron, mucho tiempo después, de que Abdallah entregaba dinero a Bakr y a sus amigos para que compraran armas y trazaran planes destinados a materializar aquello con lo que llevaban tanto tiempo soñando. Consideraban que el descontento de la gente al ver que los puestos más importantes del ejército recaían únicamente en los oficiales del Partido había alcanzado tal grado que estaban dispuestos a morir por Dios. Yo me preguntaba si de verdad los mártires entregaban la vida por Dios y cómo el asesino y el asesinado iban a encontrarse juntos en el paraíso. Bakr recurrió a toda su sabiduría para convencer a los jefes

tradicionales de que el combate era inevitable, pero no supo qué decir cuando le contaron la historia de sus luchas y le recordaron que la política no era un plato de okras cocinado con cantidades fijas de ingredientes. Las noches que Bakr pasó conversando con Abdallah lo habían llevado a pensar que sus objetivos estaban muy claros y que, si este había sido traicionado por sus amigos, era porque creía que la palabra bastaba para resolver las diferencias. Abdallah le hizo leer las obras del Che Guevara, quien soñaba con liberar un continente entero con unos cuantos hombres que confiaban en la mirada perspicaz del comandante. Tras haber leído todos los libros de Trotski, toda la literatura concerniente a las revoluciones y los diversos programas de los partidos comunistas, Bakr dijo con calma: «Los enemigos siempre tienen algo que enseñarnos». Abdallah asintió y, con su voz grave, que le confería un aire digno y comedido, refirió lo que había aprendido de sus enemigos.

Me cautivaba aquel hombre que no era de mi sangre, lo escuchaba con interés y desplegaba mis lecturas ante su mirada. Un día le enseñé mis dibujos, les echó un vistazo y se detuvo en el de Ghada como una gacela herida entre perros de caza de pelaje moteado.

Dos meses más tarde, Safah volvió a nuestra casa para no quedarse sola cuando Abdallah partió hacia La Meca una vez más. Hablaba con calma y lentitud y parecía sopesar las palabras, como si supiera muchas cosas sobre los entresijos de los encuentros entre Bakr y los hombres a los que nosotras no habíamos visto. A nuestros ojos, las largas veladas durante las cuales conversaban en voz alta hasta el amanecer presagiaban peligros, que empezaron con los asesinatos de altos funcionarios. También habíamos oído hablar de los jóvenes a los que Bakr llevaba, junto con el jeque Yaber, a un bosque cercano al mar para que aprendieran tiro, kárate y yudo. Los veíamos reunidos en el pórtico de la mezquita de los Omeyas como si fueran un grupo de amigos que se disponían a ir de excursión al bosque y las llanuras.

Haya Suad me pidió que fuera a su habitación para que conociera a una joven. La muchacha me saludó efusivamente y se presentó: «Me llamo Alia». La miré y casi me eché a reír al ver su nariz, que parecía un pico de oca. Añadió que era mi responsable y me dejó estupefacta

al hablar con vehemencia y precisión de disciplina, de la lucha contra la laxitud de las costumbres entre las hijas del islam. Me uní a su célula sin rechistar; ella me dijo el nombre de la que sería mi contacto y me informaría de la hora y el lugar de las reuniones con las que yo empezaba a soñar.

El verano acabó tristemente; había pasado la mayor parte en casa de mis padres, pues preferí alejarme de Mariam, que sufría un dolor de riñones imaginario y lo curaba con decocciones de regaliz muy espesas preparadas por Marwa en grandes cantidades. Hussam parecía preocupado por nuevos secretos que alarmaban a mi padre. No contestaba a las preguntas que este le hacía sobre sus repetidas ausencias y declaró que la facultad de ingeniería en la que se había matriculado no le interesaba. El sueño de mi madre de ver a su hijo convertido en médico se fue a pique. Pasaba largas jornadas con Bakr y los demás en los bosques de Frunlok, guiándose por la estrella del norte y por las brújulas cuando se perdían en las montañas, liberados de las obligaciones de la vida monótona, para regresar, dos semanas más tarde, curtidos y ardiendo de impaciencia por iniciar su lucha.

Hussam me había dejado su habitación, y yo la sentía fría y abandonada sin su cálida presencia. Nuestra ausencia no se parece a nosotros. Pensé cuán doloroso resultaba ser poseído por los lugares, no poder liberarse de ellos. Volví a casa de mi abuelo tras decidir que me convertiría en la huésped de mis padres sin cita fija. Hussam me prestó sus libros de bachillerato, como si deseara introducirme en sus sueños. Los márgenes estaban llenos de dibujos de pistolas, granadas y formas extrañas: ojos desorbitados y duros, labios de elefante que se parecían a los de Alia, cuyos discursos sobre el odio empezaban a preocuparme.

Una muchacha a la que no conocía me llevó a la primera reunión. Me esperaba delante del mercado de grano de Bab el-Nasr y nos dimos un beso como dos amigas que se encuentran para ir al cine sin permiso de sus familias. Me sonrió y me dijo que la casa no estaba lejos. Fuimos las últimas en llegar. Me quedé cerca de la puerta y observé a las siete chicas presentes, de las que solo conocía a una, Hiba, la hija de nuestro tímido profesor, con la que más adelante mantendría correspondencia. Siete jóvenes que escucharon respetuosamente a Alia cuando nos instigó a odiar a las demás comunidades y elogió la

nuestra, la más próxima al Mensajero de Dios, invocando las enseñanzas de los imames, las biografías de los jeques y los muyahidines. Al acabar la reunión nos entregó unas octavillas y nos pidió que las escondiéramos bien. Las leí ávidamente en mi habitación y las oculté cuando Safah entró quejándose de jaqueca y de la ausencia de Abdallah, que se prolongaría hasta finales de agosto. Yo deseaba que acabara ese mes, detestaba la canícula, que me hacía sudar bajo mis gruesas prendas negras. «Mis poros tienen que morir», me repetía una y otra vez. Odiaba mi cuerpo a causa del olor acre de mi transpiración y me acordaba de los girasoles que Safah había traído de un pueblo cercano; los había cogido al amanecer para que se conservaran bien frescos y se los dio a Radwan a fin de que extrajera el jugo, cuyo olor no sabía describir. «Facilita el parto», dijo sin más. Radwan estaba exultante; las extrañas ideas de Safah siempre le gustaban, sobre todo cuando le suplicaba que mantuviera en secreto su conversación, lo cual no hacía sino añadir misterio a la elaboración de los perfumes, como decía cuando le preguntábamos por los frascos ordenados con esmero en el arca de madera que tenía en un rincón de su habitación.

Al final del verano, el odio formaba parte de mí, me apasionaba, tenía la sensación de que me salvaba al proporcionarme cierto sentimiento de superioridad que andaba buscando. Leía los papeles que nos repartían en las reuniones, me aprendía de memoria algunos pasajes, sobre todo las fetuas que denunciaban la herejía de las otras comunidades. Me acercaba a mis siete camaradas, las quería, intercambiábamos secretos y libros que describían los terribles sufrimientos de la tumba. La complicidad con ellas me liberó de mis sentimientos hacia Ghada, que a mis ojos se había convertido en una muchacha miserable, muy por debajo de la fuerza y la firmeza de mis palabras cuando debía exponer mi punto de vista sobre el castigo que merecían quienes se tomaban a la ligera las enseñanzas religiosas. Les sorprendió oírme exigir que redactáramos una lista de las alumnas de mi escuela y pidiéramos permiso para desfigurarlas con ácido sulfúrico por haber llevado blusas ceñidas que realzaban los senos. Los ojos de Alia brillaron y me pidió que tuviera paciencia, como si conociera la hora del Juicio Final.

«Necesitamos el odio para que nuestra vida tenga sentido», pensé cuando celebré, a solas, mi decimoséptimo cumpleaños. ¡Es muy duro que los demás no te festejen, no te regalen flores ni joyas! Safah había vuelto con Abdallah a su casa, donde pasaría unos días antes de partir hacia Arabia Saudí. Marwa cogió un pequeño hatillo y fue a visitar a Zahra. Mariam consideraba que las fiestas de cumpleaños eran una costumbre extranjera e indigna de las casas habitadas por Dios. Yo estaba sola, con los pies apoyados en el borde del pilón de la fuente, saboreando la dulce brisa de septiembre. Mientras tomaba un zumo de fruta, preparé la vuelta a clase y mi venganza de las compañeras que me hacían pensar que era un ser anodino e incapaz de aprovechar los placeres de la vida. Las gotitas de agua que salpicaban de la fuente me cosquilleaban los dedos de los pies. Necesitaba el odio para llegar al amor, dejaba tras de mí toda la ceniza, la niebla de las cosas y de los rostros. Había leído todas las frases escritas en los márgenes de los libros de Hussam, examinado todos los dibujos garabateados en el manual de química, y me reí al ver el de un burro sobre el que había trazado una N en carácter latino; supuse que se trataba de Naywa, nuestra vecina, que se había casado con un vendedor de maderas, sin comprender la turbación que provocaba a mi hermano, quien le escribía poemas de amor elogiando su pureza. Las anotaciones de Hussam constituían un mensaje para mí, compensaban los numerosos años de silencio y de secretos entre nosotros. Me había dejado leer los márgenes de sus libros para que yo supiera hasta qué punto sufría. Aspiraba al martirio como único camino hacia Dios, su cuerpo endeble ya no podía contener su alma. Sus palabras ardientes, sus amenazas apocalípticas a los impíos me hacían temer por él, por no hablar de los himnos religiosos que hasta entonces yo no conocía y que exhortaban a los muyahidines a morir. Lo echaba mucho de menos, éramos duros, como desconocidos. Pasábamos el uno al lado del otro sin pararnos a intercambiar secretos. Lo echaba de menos pero no lo buscaba, lo observaba en silencio.

Un día que irrumpió muy agitado en casa de mi abuelo, llevaba sobre los hombros un pañuelo con manchas negras y en su camisa había huellas de sangre. Se precipitó a la despensa y lo vi esconder una pistola en el saco del *bulgur*. Así supe que acababa de matar a

nuestro vecino Ussama, el oficial aviador de ojos verdes del que un día Safah había estado enamorada. Hussam se dio un baño e intentó tranquilizarnos afirmando que todo iba bien; se tomó el café en silencio evitando mi mirada. Me fui sin decir palabra a la escuela y vi gente reunida alrededor del cadáver del piloto, cubierto con una sábana. Sin detenerme, vi su mano inerte y a los hombres armados que lo rodeaban tras haber ordenado que se bloquearan las calles. Durante la segunda clase me entraron náuseas, y después mareos. Ghada me trajo un vaso de té y me puso la mano en la frente. Las imágenes me asaltaron con redoblada intensidad; prorrumpí en sollozos y les dije que acababa de ver al muerto. Hanah e Hiba se alejaron para observarme mejor; en su mirada capté un gran desprecio por mi desfallecimiento pasajero. La jefa de estudios me dio permiso para volver a casa y Ghada me acompañó con ternura. Me cogió del brazo por el camino y yo lloré en silencio. Los hombres de los servicios secretos registraban las casas del barrio, entre ellas la nuestra, tras haberse llevado al difunto y haber limpiado la sangre de la calle. La sonrisa de ese hombre al que queríamos, y cuya honradez y generosidad elogiaban todos, ya no resplandecería. Me dormí enseguida, como si me desvaneciera. Tuve pesadillas y vi su rostro risueño, aunque no había llegado a ver la cara del muerto. Por la noche oí a Bakr cuchichear después de que Mariam le contara que habían registrado la casa, incluidos los sacos de provisiones. Mi tía añadió que había tenido la precaución de esconder la pistola de Hussam en la hornacina donde mi abuelo acostumbraba a ocultar el dinero y el fusil, y agradeció a Dios que Hussam se hubiera marchado pocos minutos antes de la llegada de aquellos hombres.

Estuve tres días en cama; las imágenes y los recuerdos que tenía de Hussam se vinieron abajo de golpe. Cuando aún era un niño endeble, apasionado por las matemáticas, su futuro parecía imprevisible. Su costumbre de guardar silencio y pasar largas horas absorto en sus pensamientos, sin prestar atención al guirigay que lo rodeaba, nos invitaba a pensar que sería poeta. Sus desconcertantes ideas recordaban a mi madre y a mis tías la infancia de Omar, llena de contradicciones. Cuando éramos pequeños, se construyó un espacio para permanecer horas enteras entre las ramas del único árbol de

nuestra casa. De adolescente, nunca iba con sus compañeros de clase al cine o a seguir a las chicas; ocultaba y reprimía sus ardientes sentimientos. Yo lo veía levantarse en mitad de la noche, sentarse en el umbral de su puerta y llorar en silencio. No sabía por qué lloraba ni por qué daba vueltas como un poseso por los círculos sufíes, a los que acudía con Bakr, que parecía haberlo adoptado y apreciaba mucho su inteligencia. La dureza y el odio crecieron en su corazón, por fin vio la luz al final del túnel de su vida; pasaba mucho tiempo con nuestro tío, hasta el punto de que lo tomaban por su secretario o su guardaespaldas. Se inscribió en un club deportivo, su cuerpo se desarrolló, sus músculos se fortalecieron, sus movimientos eran vivos y precisos. Al mudarme a casa de mi abuelo, me convertí casi en una extraña para él, y mis escasas visitas al hogar de mis padres desdibujaron su imagen en mis sueños y en mi vida cotidiana. Cuando lo veía, de entrada sentía que era un extraño, aunque lo quería, y protestaba cuando decía que yo era una mujer y como tal debía ser protegida y obedecer órdenes. Mi padre había bendecido su relación con Bakr, aliviado porque la ropa de su hijo jamás olería a pescado, y durante algún tiempo albergó la esperanza de que se convirtiera en vendedor de alfombras, mientras que mi madre, que deseaba que su hijo preferido fuera médico, nos recordaba sin cesar que sus finos dedos y su perspicacia eran dignos de un gran cirujano.

Su imagen de asesino de nuestro vecino aviador me obsesionaba. Al observar la sangre fría con que, tras arrojar la camisa manchada de sangre a la caldera del cuarto de baño, escondía la pistola y se dormía tranquilamente, me había preguntado por la fuerza del odio que había en su corazón.

Ghada vino a visitarme y me trajo rosas, charlamos como dos amigas íntimas; aprecié su amabilidad y percibí su inquietud cuando me habló de su relación con el cincuentón, al que ya no veíamos tan a menudo, pues se mantenía en guardia tras la oleada de asesinatos que auguraban grandes enfrentamientos capaces de arrastrar al país a una espiral de violencia. Me habló de los problemas con sus padres, que desaprobaban la relación pero no se atrevían a decir nada por temor a las represalias de su amante. Ghada desmentía con todas sus fuerzas que él recurriera a la brutalidad para torturar a los prisioneros y lo

describía como un hombre digno de gran estima.

Durante el verano Ghada había madurado como un apetecible albaricoque, rebosaba belleza. Su cuerpo firme, armonioso, y sus senos turgentes que acrecentaban la esplendorosa sensualidad de una mujer hecha y derecha. Por unos instantes envidié su audacia; luego imploré para ella el perdón divino. Impulsada por el afecto, me incliné sobre su brazo llorando y disfruté al sentir que sus dedos se introducían entre mis cabellos. Necesitaba estar enferma y postrada en cama para volver a poner en orden mis pensamientos.

Safah y Abdallah vinieron a toda prisa, alegres y despreocupados, tomaron té en mi cuarto y anunciaron que se marchaban esa misma tarde. Safah lloró al despedirse. La acompañé hasta la puerta y estiré el cuello para seguirla con la mirada; la vi apoyarse en el brazo de Abdallah y desaparecer tras la esquina. Temía perder a mis seres queridos, no volverlos a ver nunca más, y me aferraba a la menor cosa que dejaban atrás. Mi odio había disminuido poco a poco; Alia me riñó y las otras chicas se burlaron de mí y me recordaron las persecuciones que sufría nuestra comunidad y la corrupción de los oficiales, que habían transformado el país en su terreno de juego privado. Me reproché mi debilidad, sentí el orgullo de ser la hermana de Hussam, al que llamaban el Muyahidín amado de Dios. Vi a las chicas que se burlaban de mí como si fueran iconos luminosos y envidié a Alia por la inmensa carga de odio que llevaba en su interior. Le reproché a Marwa que se compadeciera de la familia de Ussama. Cuando ella replicó que estaba estupefacta al verme perseguir la destrucción del país, no respondí y me limité a releer en voz baja algunos pasajes de las octavillas que poseía, sobre todo las que describían a los impíos.

Obedeciendo órdenes precisas, me acerqué a Ghada para averiguar a qué horas y dónde se citaba con su amante. Frecuentaba con ella los salones de té, nos reíamos por las calles, cuchicheábamos secretos de muchachas, nos burlábamos de la voz recia de Nada y del olor que desprendía su ropa. Soñaba con recuperar a Ghada, con liberarla de su verdugo, a quien imaginaba muerto; yo me imaginaba a los parientes de sus víctimas dando las gracias a Hussam y a Bakr por haber vengado a sus parientes, a los que había colgado por los pies durante las sesiones de tortura y obligado a comer sus propios excrementos,

mientras ellos fumaban y los observaban fríamente. Ghada lloraría en mi hombro; yo le pasaría los dedos por sus suaves cabellos y ella se relajaría en brazos de su única liberadora, yo.

Hice un magnífico dibujo con ocasión de su regreso a mí, una yegua que galopaba por las llanuras y llegaba hasta mí lánguida a causa de la nostalgia, fatigada, y suspiraba sobre mi hombro al tiempo que juraba que no llevaría flores a la tumba de aquel verdugo y que siempre me sería fiel. A Mariam y Marwa les sorprendió mi alegre estado de ánimo cuando les leí la carta de Safah, que en el lenguaje coloquial de los beduinos nos contaba con humor que se pasaba el día durmiendo y jugando a las damas con Zeina, la primera esposa de su marido. En la foto que acompañaba la carta parecían amigas íntimas. Algún tiempo después, sus cartas rezumaban lágrimas y tristeza a causa de las casas cerradas, los criados filipinos y la ausencia prolongada de Abdallah, que había partido de viaje con el jeque Nadim al-Salti a fin de recaudar fondos para quienes luchaban contra los comunistas rusos en Afganistán.

En su última carta Safah nos anunció que estaba embarazada. Mariam lloró de alegría como una niña y Marwa lanzó yuyús. Radwan las condujo a las *zawiya* para que cumplieran con los rituales de los *mawlid* y confeccionaran amuletos que la protegieran del posible mal de ojo de Zeina, pese a lo que Safah decía sobre su generosidad y nobleza. Al ver a Marwa proferir aquellos yuyús tan fuertes, quise imitarla, pero mi voz se alzó como el balido de una oveja alejada de su rebaño. Caí en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no se oían esos yuyús en nuestra casa.

Me impacientaba la discreción de Ghada, sus dudas sobre si invitarme a su casa secreta para que yo pudiera redactar un último informe. También me irritaba el joven que nos seguía sigilosamente, con la camisa abierta y una esclava de plata en la muñeca, como un depravado en busca de una presa. Me sentí más tranquila al verlo subir a un taxi conducido por Hussam, que hizo como si no me conociera. Así supe que no se había ido a Jordania con Bakr.

Durante la noche fui presa de una angustia indecible y me temblaban las piernas; el viaje secreto de ambos presagiaba que la serie de asesinatos perpetrados eran de hecho el principio de un sueño

dibujado por Hussam en forma de cuatro círculos y tres triángulos en el margen del libro de álgebra. Comprendí asimismo el significado de algunas palabras trazadas en caligrafía *ruka* y adornadas con estandartes verdes: le decían al Profeta que estaban llegando. Iban seguidas de unas palabras escritas en un inglés impecable: «Daremos nuestra vida por el islam». Le dije a Zahra que deseaba ver a Bakr, pero ella meneó la cabeza y siguió espolvoreando las especias sobre el *frikeh*. Me recomendó que me aplicara una mascarilla capilar con *beiluneh* para suavizar el cabello, que parecía cada vez más una zarza. Por la noche, examiné mi pelo ante el espejo; mi fisonomía recordaba los dibujos faraónicos: ojos penetrantes y párpados caídos en un rostro alargado de tez mate. Finalmente me había cortado el cabello para desembarazarme de los signos de feminidad y guardé mis largas trenzas en el cuaderno de dibujo.

Omar me comparó con Mireille Mathieu. Pasando por alto mis preguntas, no me dio ninguna noticia sobre Bakr y Hussam. En cambio, nos habló con entusiasmo del caballo que había comprado a un vendedor de purasangres árabes y se marchó tan deprisa como había venido. Mariam afirmó que había ganado el caballo en el juego y, siguiendo su costumbre, nos refirió los últimos escándalos de Omar que se comentaban en las casas respetables. Intenté convencer a Marwa de que fuéramos a ver el caballo y ella dijo con ironía que mis tíos estaban perdidos. Salim, que se había convertido en portador de panderetas en el grupo del jeque Daguestani, había abandonado a su familia y la tienda de mi abuelo, alegando simplemente que se habían levantado los velos entre la faz de Dios y su persona y que las columnas de luz se habían desplegado ante él. Ya no nos escuchaba; meneaba la cabeza con conmiseración y expresaba el deseo de que el Muy Misericordioso nos concediera la serenidad. Sacó de su armario los bonitos trajes de tweed inglés a rayas, y se contentó con llevar una chilaba marrón de tela áspera, un turbante de lana y zapatos de goma como los de los campesinos. Dejó de ser un contable diligente, la tarea lo aburría, detestaba poner al día los libros, lo que representaba un peligro para el patrimonio familiar. Omar se puso rápidamente manos a la obra, se ocupó de la gestión de la tienda y del trabajo procurando no ofenderlo, y nos dijo que ya no era posible fiarse de alguien que

necesitaba tres días para volver de Biyanun, situado a solo veinte kilómetros de Alepo. Recurrió a la ayuda de un dependiente, al que dobló el sueldo, y le pidió a Jalil que abandonara su desván para vigilarlo de cerca. Todo volvió a la normalidad.

En cuanto a Jalil, no parecía satisfecho con su cometido y se limitaba a quedarse sentado en una silla de paja de la tienda soñando con Wissal. Lo cierto es que su nueva esposa alepina no había logrado hacerle olvidar el esplendor de las noches de antaño.

Aquel otoño, en casa nos comportábamos como desconocidas que intercambian cortesías. Disimulábamos nuestra angustia para no revelar nuestros sentimientos al saber que Bakr, tras poner fin a la discordia con la dirección de la Organización, se había convertido, junto con tres de sus camaradas más fanáticos, en el responsable de los asesinatos selectivos de hombres de la otra comunidad. Sus aliados de los países vecinos se ponían en pie al recibirlo en su palacio; aprobaban su deseo de devolver al país a su camino natural, así como sus amenazas a la otra comunidad y «al Partido, que nos ha arrojado a los brazos de los soviéticos infieles», como proclamó tras recibir un mensaje con código secreto en el que se le invitaba a ir a Beirut el primer domingo de octubre para una cita especial organizada por Abdallah durante su última visita a Washington. Safah nos contó que le sorprendió mucho ver que Bakr ocupaba la habitación contigua a la suya en el Gran Hotel de Junieh, en el Líbano. Los dos hombres salieron juntos y abandonaron a Safah a la ociosidad del mediodía. Ella esperó largo rato su regreso antes de perderse por las calles de Beirut, cuyas tiendas la llamaban. Pensó en nosotros y compró jerséis de lana para las mujeres y corbatas para mis tíos; todavía están en el fondo del arcón de Mariam. Bakr había entrado en Beirut con una identidad falsa, como Yaber Antabi, y se había inscrito como arquitecto en el registro de clientes. No consiguió hablar con él a solas, pues Bakr evitaba quedarse solo con ella. Por la noche Abdallah los llevó a cenar con un amigo norteamericano con el que aseguraba haberse encontrado por casualidad. Este llegó acompañado de su mujer, que hablaba árabe clásico y que relató los recuerdos de su paso por Alepo en su viaje de Estambul a Jordania, donde trabajaba su

marido. Conversó en inglés sobre cocina libanesa con los hombres. Bakr demostró sus amplios conocimientos culinarios al mencionar las múltiples variedades de *kibbeh* y comparó la gastronomía de Estambul con la de Alepo y el Líbano. Los hombres se ausentaron media hora para dar una vuelta por el paseo marítimo pese al viento que soplaba. Safah se negaba a creer que la compra de dos alfombras persas requiriese tantas precauciones. Bakr regresó a Alepo, adonde llegó bien entrada la noche. Vino a nuestra casa; estaba derrengado y tenía un brillo extraño en los ojos. Nos reunimos a su alrededor mientras él dormía y roncaba de fatiga. Mariam le acarició el rostro y advirtió lo envejecido que parecía, pese a que aún no había cumplido los cuarenta y cinco. Nos arrimamos a ella como para tranquilizarnos mutuamente.

Al día siguiente se reunió toda la familia, con excepción de Hussam, y recuperamos los buenos ratos que tanto echábamos de menos, como si llorásemos a un difunto que de repente abría los ojos para preguntarnos si los albaricoques habían salido buenos el verano anterior. La reunión, si bien presagiaba una larga separación, permitió a Mariam recuperar momentos íntimos y evocar el prestigio y el patrimonio de nuestra familia, pues en los últimos años había renunciado a enumerar las virtudes de nuestros antepasados y se había limitado a quitar el polvo de las fotos colgadas en la pared de su habitación.

A Omar no le gustaban las trivialidades de la familia, sin embargo ese día se embarcó en los recuerdos y nos los explicó con una nostalgia que nos sentó bien a todos. Habíamos puesto la mesa con la vajilla buena y la cubertería de plata. El hecho de que mis tías y mi madre se sentaran a la mesa con Abdallah constituía una señal clara de que se le aceptaba como un miembro de la familia. Tenía derecho a compartir nuestras risas ante los joviales comentarios de Bakr sobre el sufismo de Salim, sobre el hecho de que estuviera sentado solo en el suelo, que comiera en un plato de aluminio únicamente unas pocas verduras, yogur y dátiles, desdeñando las delicias de carnes y almendras bien doradas que cubrían las fuentes de *frikeh*, y que en lugar de zumo de moras y de naranja se conformara con un vaso de agua. Yo ignoraba que Salim poseyera aquel espíritu tolerante y alegre, sobre todo cuando aludió a su abstinencia sexual.

Aquel día me dije que siempre necesitamos momentos triviales para desprendernos de nuestra seriedad. Zahra se quedó en nuestra casa, deshizo su enorme maleta y colgó sus vestidos en el armario de Safah. Ignorábamos que su visita se prolongaría tanto: el mes se convirtió en un año y el año se multiplicó. Bakr se volvió tan inaprensible como un murciélago cuyo batir de alas oyéramos a nuestro alrededor. Safah y Abdallah habían abandonado Alepo a escondidas, después de que él realizara varias llamadas a diversos países desde un teléfono público. Nuestra feliz reunión familiar acabó en un abrir y cerrar de ojos.

Retomando nuestra antigua imagen, acudíamos de nuevo al hammam a las horas que nos estaban reservadas, acompañadas por Radwan. Nos negábamos a admitir que el agua caliente y el aroma a laurel del jabón no conseguían lavar nuestra melancolía. Se reanudaron nuestras charlas, centradas en temas que no iban más allá de la monda de los ajos o las conservas de pasta de guindilla en tarros de cristal o plástico. Me molestaba que Zahra estuviera siempre distraída y eludiera nuestras reuniones alrededor de la fuente al mediodía, cuando el cielo estaba claro y el sol de invierno se hallaba en el cenit. Por la mañana iba a la escuela como si fuera un último refugio y buscaba a Ghada a modo de un espejo para ver mi imagen reflejada en sus ojos tristes. Había perdido su brillo, languidecía, no respondía a mis preguntas. Un día me dijo que se ahogaba y me pidió que saliera a pasear con ella. La cogí del brazo, caminamos por la calle de Kuatli hasta Yamiliyeh, entró en el portal de un edificio y supe que se trataba del apartamento secreto donde se encontraba con su amante. De nuevo deseé su muerte. Abrió la puerta y me miró de una forma extraña antes de prorrumpir en sollozos. Me contó que la había abandonado hacía tres semanas diciéndole fríamente que ya no le convenía. Le había dejado su olor en una camisa y el recuerdo de su compañía en los sofás de cuero, sobre los que había cabezas de faraones y de toros pintadas. Ghada lloró amargamente mientras yo deambulaba por el pequeño apartamento. Sus fotos estaban por todas partes, el aliento de ambos me sofocaba, imaginaba cuántas veces la había tomado entre sus brazos, la había tendido en la gran cama y había devorado su dulzura. Los celos me cegaban, me entraron ganas de llorar, de romperlo todo,

de quemar la casa. Recuperando todo mi odio, me convertí en la jueza instructora y Ghada en la acusada. Él le había dejado dinero suficiente para que una mujer abandonada consiguiera olvidar, había pagado tres meses de alquiler por adelantado y le había ofrecido a uno de sus guardaespaldas por si lo echaba demasiado de menos. Ella mezcló insultos y palabras tiernas, le propuso que lo esperaría todos los días. Al verla recorrer la habitación, mirar las fotos de aquel hombre y besarlas, comprendí que estaba tan obsesionada con él que no oía ni una sola de mis palabras. Me largué sin decirle adiós. Lloré por las calles, con el rostro tapado y el velo empapado en lágrimas. Me perdí por las calles como si visitara Alepo por primera vez. Nadie había reparado en mi ausencia; los últimos días había pasado mucho tiempo con Alia, la necesitaba sobremanera y deseaba parecerme a ella. En mi interior había surgido una fuerza extraña que me impulsó a dirigirme en el acto a su casa. Las muchachas allí reunidas se sorprendieron al verme llegar antes de lo previsto y Alia me permitió asistir al juicio de Lama, a quien había denunciado su amiga Unud por esconder un álbum de fotos eróticas debajo del manto. Añadió que se veía con un joven cerca de la facultad de letras todos los martes y jueves por la tarde, después de la clase de versificación. Nos instalamos con gran solemnidad, Unud juró sobre el Corán que diría toda la verdad, añadió que había visto al joven besar las manos de Lama y señaló con un gesto el lugar donde escondía el álbum debajo de sus ropas negras. Me arrojé sobre Lama sin autorización, la registré con rudeza y cogí el álbum. Pedí perdón a Dios ante aquellas imágenes licenciosas de hombres sonrientes que mostraban su miembro. Alia me apartó y prometió que le impondría un castigo terrible que nos vengaría a todas y nos devolvería nuestro honor de muchachas decentes y combatientes. No pude seguir escuchando y salí corriendo de la casa de Alia.

Le conté a Zahra aquel episodio y me decepcionó su falta de interés. Me sorprendían su pasividad y su apego a las cartas de su madre, que releía durante noches enteras con inmensa nostalgia. Yo empezaba a detestar nuestra casa, que tanto había amado antes; en ella reinaban la pereza y el silencio, así como la espera de los hombres que habían dejado de venir y de los que no teníamos ninguna noticia. Bakr hizo

una aparición de pocas horas, casi como si se tratara de una señal de alarma o de un sueño al que aspirábamos. Se nos había escapado hacia algo desconocido que aceptábamos con impasibilidad. Se retiró con Zahra, y Mariam nos empujó hacia su habitación para que no oyéramos sus suspiros.

Antes de irse, Bakr me abrazó y me dijo que me alejara de Ghada. Le hablé del juicio de Lama, cuyos detalles ya le habían llegado; ordenó que le cortaran el pelo y la excluyeran de nuestro círculo.

Lama se echó a llorar y juró que no volvería a intercambiar álbumes de fotos de desnudos con compañeros de mala vida. La pusieron bajo vigilancia: Unud la vigilaba en la universidad, su hermana Sumaya en casa y Dios allá adonde fuese, al igual que nos vigilaba a todas. Yo Lo sentía cerca de mí y me dejaba guiar por Su aliento. Zahra me recordó mi larga ausencia del círculo de *haya* Radiya. «Ya no la quiero», me dije, al tiempo que recordaba hasta qué punto era amable conmigo, ya que me permitía sentarme a su lado para soñar con Rabia al-Adawiyya. Pensé que había sido muy necia al creer que no necesitábamos el odio para entrar en el paraíso. Vi su imagen de pobre mujer con el corazón rebosante de miedo, a diferencia de *haya* Suad, que me había alumbrado el camino del odio y había dotado de pleno sentido el término «rigor».

Ignoraba por qué Ghada se alejaba de mí, por qué de repente me abandonaba y se iba a pasear con Nada por el patio y, a la salida de la escuela, subía con ella al coche del oficial de las Brigadas de la Muerte. Me refugié en las clases con la intención de huir de la mirada llena de arrepentimiento de Ghada, que solo se me acercaba para llorar y hablar de la humillación que le infligía su amante con la esperanza de poner fin al recuerdo de su deseo, que la volvía loca. En ocasiones rompía cuanto tenía a mano, los jarrones, los objetos de decoración, los marcos de las fotos familiares, y luego barría los fragmentos en silencio. Su padre, un eminente funcionario de Hacienda, sollozó ante el amante de su hija, que se rió de él, le ordenó que abandonara su despacho y lo amenazó con destruir su reputación y acusar a su hija de prostitución. Yo me regocijaba al ver la cara pálida de Ghada y advertir que apenas tenía fuerzas para pronunciar algunos monosílabos. Todas las alumnas de la clase se alejaron de ella

cuando se supo lo de la visita de su padre a aquel hombre y lo de los supuestos informes secretos, inventados de cabo a rabo por sus acólitos con la policía de costumbres, que demostraban que se acostaba por dinero con los vendedores de corderos en los caravasares. Alia me ordenó con firmeza que me alejase de Ghada definitivamente, y no me dio ninguna lástima ver su mirada perdida cuando la directora la expulsó de la escuela. Me quedaba fría como el mármol cada vez que me besaba u olía su perfume cerca de mí. Pensaba que el hecho de quitarse de encima a aquellos a quienes se quiere comportaba un endurecimiento que nos llevaría a ser más fuertes.

Mi idea era transformar la fuerza que había adquirido en una especie de ofrenda que hacía a las familias amigas durante las celebraciones o las felicitaciones por un nacimiento. Mariam aceptaba mi determinación respecto a los regalos que les llevaríamos, la mayoría de las veces un Corán de canto dorado; pedía a las mujeres que lo recibían que lo besaran y lo posaran respetuosamente sobre su frente. Me paseaba por el patio como un oficial inspeccionando a sus tropas y ordenaba secamente a Radwan que no saliera de su habitación durante la noche. Él me obedecía en silencio y mascullaba entre dientes; sin duda echaba de menos mi antigua imagen, cuando era su cómplice y cantaba con él los himnos en alabanza del Profeta. Me habría gustado que comprendiese que lo que dejaba tras de mí no era sino un reflejo insulso e inútil para una mujer que aspiraba a convertirse en una emir, una guía espiritual de su grupo, que deseaba ejercer influencia y tejer su propia leyenda.

No me gustaban el silencio de Zahra ni su manera de observar mi paso mesurado y digno después de que me nombraran comandante de las estudiantes. La voz de *haya* Suad temblaba de emoción al leer el decreto y bendecirlo; enumeró mis cualidades y alabó mi lealtad hacia mi equipo, al que juré que entregaría mi vida y erradicaría la impiedad de la faz de la tierra. Las chicas me felicitaron con frialdad, pues ciertos rumores secretos atribuían aquel nombramiento a mi parentesco con Bakr.

Antes de convertirme en comandante, había dejado de participar en las reuniones del grupo durante dos meses. Me había sumergido en los estudios, plenamente decidida a hacer realidad el sueño de mis tías. Mi

pobre madre se negaba a creer que Hussam estaba bien, pese a la carta que yo le había llevado de su parte, en la cual le pedía que rezara por él y describía a mi padre como un gran hombre, a mi hermanito Humam como un pájaro de alma pura y a mí como la esperanza de todos ellos. Me gustaba su hermosa letra regular. «Lo echo de menos», le dije a Mariam, quien asintió con la cabeza y reanudó la lectura de la sura de José, prosiguiendo lo que había empezado cuarenta años atrás e insistiendo en las declinaciones del nominativo con una distinción digna del texto santo. Vi a Hussam en dos ocasiones, con la aprobación de Bakr, que se había convencido de mis agallas tras oír hablar de mi dureza, mi severidad y mis reiteradas exigencias de que se asesinara a los impíos. La primera vez me mandó ir a la despensa y me dio un paquete de octavillas para que se las entregara a *haya* Suad. La segunda me citó delante del cine Ópera a las tres en punto, me dijo que comprara dos entradas y que actuara como si fuéramos dos jóvenes que habían hecho novillos. Exageré la nota aplicándome un lápiz de labios chillón. El corazón me latía desbocado mientras lo aguardaba delante del cine, y de pronto comprendí que mi hermano aún no había sido desenmascarado por los servicios secretos y que las precauciones en torno a su desaparición eran desproporcionadas. Empezaba a perder la esperanza de que acudiera, miraba con frecuencia el reloj, y estaba a punto de rasgar las entradas y marcharme cuando un joven se acercó a mí y me miró sonriente a los ojos como si atravesara mi velo. Lo reconocí por la voz cuando se disculpó por el retraso con el tono de un muchacho deseoso de desembarazarse de una enamorada que lo persigue, empeñada en que se casen. Me cogió del brazo y entramos en la sala casi vacía; nos acomodamos lejos de los demás espectadores, que miraban aburridos cómo Espartaco liberaba a los esclavos de Roma. Tuve ganas de besarlo, de estrecharlo entre mis brazos, pero me contenté con apretar sus manos entre las mías, y pensé que había crecido de repente, que los rasgos de su rostro se habían vuelto más duros. No habló, escuchó atentamente las noticias de nuestros padres, nuestro hermano y nuestras tías. Yo no dejaba de preguntarme por qué me había alejado tanto de ellos, hasta el punto de no tener otros detalles que contarle ni otras respuestas a sus preguntas sobre Humam, como por ejemplo si

seguía creyendo que el pescado que vendía mi padre se cogía en los árboles como los limones. Le hablé también de nuestras reuniones; describí con profusión de detalles a las muchachas de nuestro círculo y le conté mis actos heroicos y cómo grababa el odio en sus mentes con discursos sobre nuestros enemigos. Supe reconocer la satisfacción en el rostro de Hussam, cuyos ojos brillaban. Vi que era feliz, y se marchó sin haber respondido a mis preguntas, limitándose a decir que salía de viaje con frecuencia. Me dio dinero para nuestra madre y dobló la esquina de las calles de Bustan y Koll Ab sin decirme adiós.

Invadida por un terrible sentimiento de soledad, ya no tenía ganas de hablar y me ahogaba en un mutismo que Zahra contribuía a agravar. No me prestó la menor atención cuando le dije que volvía de una cita importante. Su curiosidad no fue más allá de tres palabras lacónicas: «Mejor para ti». Se acomodó al lado de Marwa para seguir dando la vuelta a las berenjenas secas. Le pregunté a Marwa por el brusco cambio que había experimentado Zahra, y respondió con idéntica brevedad, con palabras que encerraban una desaprobación velada, que era yo quien había cambiado, pero que me trataban con miramientos debido a la proximidad de los exámenes. Defendí con ferocidad mi cambio lamentando que no hubieran captado como yo la belleza de los asesinatos de nuestros enemigos ni la glorificación de los muyahidines, tras lo cual corrí a mi habitación en busca de la última carta que me había enviado Abdallah a título personal, en la cual me calificaba de «pequeña muyahidín». Les leí también las líneas en las que me informaba, como para poner de manifiesto mi condición privilegiada, de su partida a Afganistán para socorrer a nuestros hermanos que sufrían la humillación de los comunistas soviéticos. Como de costumbre, Marwa no prestó la menor atención y reanudó la conversación sobre el relleno de los calabacines y cómo un exceso de especias podía perjudicar su sabor. «Necesito un poco de serenidad», me dije, y me ocupé de ordenar mi cuarto de cara a los exámenes.

Mariam pasó largas noches en vela a mi lado. Cogió un mantel de seda con flores rojas y amarillas bordadas, que según dijo era del ajuar de Safah, y lo extendió sobre mi mesa. El mantel aportó a la habitación un toque luminoso que no me produjo la menor alegría.

Agregué nuevos trazos a los libros de Hussam, con el que mantenía una conversación imaginaria a través de los márgenes, como si estuviéramos tomando café con toda tranquilidad, maldiciendo a nuestros tíos paternos y mofándonos de ellos. Omar vino a ayudarme con las asignaturas de instrucción religiosa y árabe. De vez en cuando le entraban ganas de evocar las reglas de salmodia del Corán; entonces, como dos gallos de plumas alborotadas en el reñidero, comparábamos nuestra pericia mientras Mariam nos escuchaba maravillada. En ocasiones yo añadía adrede conocimientos que no estaban en el libro para llamar la atención de Zahra, que, callada como una tumba, hacía caso omiso de nuestro entusiasmo. Radwan intervino para zanjar nuestras discrepancias sobre el análisis de una palabra en la *muallaqat* de Imru al-Qays, célebre oda que nos sabíamos de memoria y que analizábamos como los grandes gramáticos de Suk Ukaz del período preislámico. La presencia de Omar volvía los días más hermosos, más fáciles y menos rígidos; tras su partida recuperé mi odio para demostrarles que había crecido, que no me avergonzaba ser diferente de mis tías, demasiado permisivas, y que estaba orgullosa de Bakr, a quien consideraba el Mahdi esperado. El último día de los exámenes vi a Ghada caminando sola, con el cabello suelto y descuidado; temblaba, y pensé que era a causa de los nervios del examen y la falta de sueño. Me sorprendió verla sacar del bolso una pistola Makarov, y dijo con indiferencia que su amante, el alto oficial de los servicios secretos, la utilizaba como confidente. Ella no estaba autorizada a ver a su amante, se contentaba con describir su pasión y sus deseos a su ayudante de campo, que recogía su relato. Me confesó que no podía vivir sin él y luego se marchó sin pronunciar una palabra más. Esa misma noche se pegó un tiro en la cabeza tras dejar una carta a sus padres diciendo que los quería, que sentía que estaba de más en la vida y que se negaba a ser una confidente. Añadió que no solo estaba mancillada, sino que además había tenido que abortar en un cuarto oscuro un feto que tenía todo el derecho a la vida.

La enterraron deprisa y corriendo, como si hubiera fallecido a causa de una enfermedad contagiosa. Yo fui a su habitación y contemplé el color rosa de las paredes y los personajes de Mickey Mouse, que le gustaban especialmente, como a una niña que no desea crecer y perder

la sonrisa. Sus amigas la lloraron y rodearon a su madre, mientras yo presenciaba inmóvil las exequias de un escándalo, segura de que Ghada iría al infierno y que el Profeta no intercedería por ella. Al tercer día visité su tumba y lloré a lágrima viva durante horas. Le hablé, evoqué su sonrisa y el olor de su cuello, y luego me encerré con llave en mi habitación.

Mi madre venía a esperar a Bakr todos los días y recordaba lo que Hussam le había escrito en su carta. Guardaba la carta en su armario, y la cubría de lágrimas, la besaba, la olfateaba con la esperanza de encontrar en ella el olor de los dedos de su hijo. La reprendí por tamaña debilidad, con la sensación de que yo era la madre y ella la hija que temía ser abandonada. Esperábamos tener noticias de Hussam y de Bakr, que no había vuelto a aparecer.

Un día, el oficial que había sido invitado al banquete de Bakr salió de su casa, se dirigió a la mezquita para la plegaria de la mañana, recitó unas suras del Corán y por la tarde pidió a su factótum que le preparase un café bien cargado, que se tomó tranquilamente; acto seguido salió del despacho, seleccionó a diecisiete cadetes de la escuela militar que estaban a punto de acabar los estudios y, con total sangre fría, los situó contra la pared y abrió fuego contra ellos con su metralleta como si se limitara a representar su papel en una película. Dejó los cuerpos en un charco de sangre, las costillas y las cabezas reventadas en mil pedazos salpicaban las paredes. Arrojó la chaqueta militar, de la que solo conservó el águila de cobre, que se guardó en el bolsillo de su pantalón caqui, y se fue con sus acólitos, a los que había elegido con cuidado para que vigilaran la puerta de la escuela militar. Pese a que se regocijaban del duelo de nuestros enemigos, nadie supo por qué habían muerto aquellos jóvenes ardientes llegados de las montañas, excepto yo, que celebraba el odio.

Mariam estuvo a punto de perder el habla al ver a los soldados y los agentes de los servicios secretos saltar de la terraza al patio armados con fusiles y registrar las habitaciones y los sótanos en busca de Hussam y de Bakr. Nos empujaron al cuarto de Radwan, que intentó echarlos insultándolos y recordándoles el ascendiente de mi abuelo en

aquella casa donde vivían mujeres solas. Uno de ellos lo tiró al suelo, y vi cómo le plantaba el pie en la nuca mientras insultaba a mi abuelo y a su linaje de putas. Más de sesenta hombres armados irrumpieron en las habitaciones y se dedicaron a volcar las camas, abrir los armarios tras romper los candados, esparcir las fotos y los papeles y desenrollar las alfombras, que desprendían un fuerte olor a naftalina. El oficial nos llamó a una tras otra al cuarto de Mariam, y cuando lo miré directamente a los ojos me dije que el odio me daría suficiente compostura para no reparar en las gotas de saliva que salían despedidas de su boca mientras amenazaba con cortarme la mano y arrancarme los ojos si no les indicaba dónde se escondían Bakr y Hussam. Zahra, aterrorizada, se pegó a mí, olvidando su frialdad de los últimos meses. Yo no dejaba de repetirme que no conocían nuestros secretos. Era la más fuerte en aquel grupo de mujeres; fue como si pusiera a prueba mi potencial de odio. Mariam invocó la misericordia divina para los muertos; se negaba a creer que Bakr guiaba la mano de los asesinos y confiaba en que aquella pesadilla terminara pronto para que pudiéramos recuperar la seguridad perdida.

Ocuparon la casa abandonada de Bakr. Vivían en ella cuatro soldados que jugaban a las cartas a la espera de que cayese en la trampa. Mi madre contó que unos hombres habían tirado del bigote a mi padre y le habían aplastado la cara con sus botas; él guardó silencio estoicamente, abandonó su tenderete de pescado y durante tres días no pudo dormir. Lo vi sentado en el suelo, abatido, con la ropa manchada, sordo, completamente perdido. Lo habían arrastrado en tres ocasiones a la sección del Partido, donde lo humillaron hasta el extremo. Había pasado una noche tendido en el suelo de una húmeda celda en cuyo centro reinaba un recipiente que apestaba a excrementos y a orina. Con todo, eso no le había molestado tanto como los escupitajos del guardia, que en toda la noche no había parado de atizarle patadas e insultar a su mujer. Le azotaron con látigos trenzados, le arrancaron las uñas con tenazas, y se acordó de los hombres a los que había torturado del mismo modo cuando Abdelhamid al-Sarraj estaba en el poder. Fue como si se liberara de aquellos recuerdos dolorosos y pagara los crímenes que pesaban sobre su conciencia desde hacía tantos años.

Me senté a su lado como una gatita ansiosa de lamer las heridas que él ocultaba incluso a mi madre. También vi a mi hermanito Humam ovillado en un rincón, aterrorizado, incapaz de comprender lo que ocurría. Mis tías y mi madre se entregaron a la plegaria y la lectura del Corán, necesitaban a Omar, que venía a vernos a menudo, y nos comprendíamos sin necesidad de palabras. Nos habíamos adentrado en un túnel oscuro que yo esperaba con impaciencia. Temía que mi madre se sintiera abatida por esos acontecimientos, el silencio de mi padre me dolía, sentía lástima de él, incluso lamenté que Bakr no hubiera seguido con el negocio de alfombras y alardease de su fortuna y de su familia como cualquier hombre que se regocija al aferrarse a las alegrías efímeras de la vida cotidiana. Poco faltó para que prorrumpiera en carcajadas cuando nos vimos confinadas en la habitación de Radwan mientras los soldados registraban los arcones y vaciaban los frascos de perfume en el suelo. Cómico espectáculo el de asfixiarse con el aroma de los perfumes, mientras Radwan, que unas veces maldecía a Dios y otras le pedía perdón, afirmaba ante los soldados que no era más que un lúbrico depravado. Mariam le dio un codazo para hacerlo callar, temiendo que acabase por revelarles la ubicación de la hornacina secreta en la que habíamos escondido la pistola de Hussam y donde yo ocultaba los papeles y las octavillas.

Por fin, Zahra, recuperando de golpe toda su vehemencia, nos ayudó a creer que Bakr, Hussam y su Organización habían sido elegidos por Dios para devolver al islam su voz y su esplendor, y citó la vida ejemplar de Bilal al-Habachi, a quien los habitantes de La Meca habían torturado en el desierto. Representamos la escena: Radwan creía ser el mismísimo Bilal, Mariam era Jadiya, la Madre de los Creyentes, y yo asumí el papel de Fatima al-Zahra.

En el círculo de *haya* Suad, exigí la reestructuración de los grupos y el reparto de los cargos, y amonesté a una muchacha que hizo una pregunta sobre la prohibición de asesinar a los miembros de la otra comunidad y a la gente del Partido, basándose en el Corán, que prohíbe el asesinato del alma. A las chicas les sorprendió la virulencia de mis palabras, que calificaban a los muertos de impíos. Me temblaba

la voz al elogiar el heroísmo de nuestros hermanos muyahidines, como si arengara a la multitud en una asamblea. Recordando las palabras escritas por Hussam en los márgenes del manual de química, me proponía llevar armas y combatir a los impíos, aspiraba al martirio por la causa divina, con toda la fogosidad de la juventud. Debajo de la ropa llevaba gran parte de los boletines en los que nuestro Partido anunciaba el inicio de la lucha contra el partido herético. Una colega iba delante de mí, vigilaba los cruces, mientras yo deslizaba las octavillas por debajo de la puerta de las casas. Yo ardía en deseos de llamar a las puertas y anunciar a la gente que los estandartes verdes estaban a punto de invadir el país.

Parapetada tras la opacidad del velo que cubre el rostro resulta difícil conocer una ciudad y amarla; por eso Alepo se me antojaba enigmática y dura. Amenazaba para mis adentros a las muchachas que no llevaban velo, me imaginaba juzgándolas, echándoles ácido sulfúrico en el rostro para desfigurarlas sin piedad y golpeando sus delicados dedos a fin de que nunca más pudieran coger la mano de un hombre ni reír al saborear un helado. Sin duda se veían a escondidas con hombres con los que mantenían relaciones sexuales prohibidas, escupían sobre el matrimonio y vendían barata su virginidad.

Los soldados de las Brigadas de la Muerte paseaban sus siluetas atléticas por toda la ciudad y sembraban el terror con sus metralletas y su temeridad ante la muerte. Nos llegaban órdenes a diario; recorríamos las callejuelas como el aire, como si voláramos, entrábamos en las casas, donde las mujeres rezaban por nuestros hombres y lloraban al pensar en los peligros a que nos exponíamos, recogíamos los donativos, transmitíamos los mensajes, distribuíamos las octavillas. No veíamos los rostros de quienes salían en la noche silenciosa para atacar los departamentos de los servicios secretos, las sedes del Partido, la mayoría de cuyos miembros habían huido hacia sus lejanos pueblos. Cada día teníamos la impresión de que nos acercábamos más a nuestra última peregrinación, cuando el espíritu del Mensajero de Dios vendría a recibirnos y a bendecir nuestra acción y nos entregaría las llaves del paraíso con sus manos inmaculadas.

A medida que el terror aumentaba en la ciudad, me anclaba cada vez más en la certeza de que el odio había hecho de mí una mujer

fuerte, diferente de la muchacha tímida que temblaba de espanto en el umbral de su puerta. Después de dos meses de un verano inolvidable, mi orgullo alcanzó su cúspide tras la ejecución de algunos de nuestros mejores jóvenes, como los había descrito mi tío en la plegaria del ausente recitada por el descanso de sus almas. Nos transmitíamos sus palabras audaces en el tribunal y ante la pantalla del televisor, los envidiábamos porque llegarían al paraíso antes que nosotros. Su temeridad y su firmeza a la hora de denunciar la corrupción del gobierno habían despertado la simpatía de los alepinos, de modo que la plegaria del ausente se rezó en numerosas casas y las exclamaciones de *Allah akbar!* (¡Dios es grande!) resonaron en el momento de su ejecución. Sus cadáveres fueron enterrados sin funeral.

Mi madre se deshizo en lamentaciones al ver subir al cadalso a los amigos de Hussam, a los que tantas veces había preparado la comida y con quienes había bromeado a menudo. Temía que a su hijo preferido le aguardara el mismo destino, y las pesadillas le impedían dormir. Yo la veía como una anciana, siempre sollozando y bisbiseando, y ni siquiera tuvo tiempo para alegrarse de mi éxito en los exámenes —quedé entre las diez mejores alumnas de Alepo—, ni de que fuera a ser médico, lo que la colmaría de orgullo ante sus vecinas. En cuanto a mis primos, les aterrorizaba la idea de leer nuestras octavillas o frecuentar la mezquita. El mayor se había dejado crecer el pelo como un Beatle y usaba pendientes para desmentir la acusación de que era pariente de Hussam si una patrulla acudía en su busca.

Para celebrar mi éxito decidí crear un nuevo círculo en casa de una mujer divorciada que enseñaba costura y bordado. Así estábamos por encima de toda sospecha.

En casa me puse un vestido blanco que Safah había dejado. Le pedí a Radwan que comprase pastelillos y puse la mesa mientras todos observaban con atención mis movimientos. Radwan cantó un himno digno del futuro médico que algún día sería para celebrar mi éxito. Me abrazaron y me felicitaron, y yo oculté cuidadosamente la sorpresa. Hice una seña a Mariam para que despidiera a Radwan, que soñaba con recuperar el pasado, cuando éramos mujeres a las que él conducía y protegía, como si añorara una posición desaparecida hacía un siglo. Zahra nos sirvió el café, yo me subí al borde del pilón con los brazos

en cruz y anuncié solemnemente mi deseo de sufrir el martirio: «¡Aspiro al martirio, soy comandante, soy una emira, ahora soy una princesa!». Bajé y me dirigí a mi cuarto arrastrando el largo vestido. Me miraron boquiabiertas, y antes de retirarme me pareció ver que hacían una reverencia ante aquella princesa que seguía su camino.

II

Mariposas disecadas

Las mariposas acudieron en ayuda de Marwa un día que aguardaba la visita de Safah. Echaba de menos a su hermana las noches en que los soldados de las Brigadas de la Muerte llovían del cielo sobre sus plantas, irritados por nuestro visible desprecio al verlos asaltar una casa de mujeres guardada por un ciego. Cuando arrancaron su rosal favorito, fue presa del pánico y corrió de una habitación a otra, ahogada por los sollozos, en busca de un refugio.

Las alas de la primera mariposa que Marwa cazó tenían manchas de color marrón y ocre. Le recordó el hammam de su boda, cuando las mujeres le aplicaron en el cabello *beiluneh*, alheña y jabón perfumado. Disecó la mariposa con la ayuda de Radwan, que se echó a reír ante su descripción.

Mariam criticó la idea de inmovilizar a las mariposas sobre tableros, sus alas desplegadas daban la impresión de haberse resignado en una época en que la muerte había perdido su soberbia para convertirse en un incidente banal y cotidiano. Los narradores de cuentos profesionales contaban historias sobre los soldados de las Brigadas de la Muerte y otras divisiones militares, que se habían trasladado desde el frente con sus vehículos blindados y cañones para proceder al sitio de Alepo. Los soldados tenían la mirada extraviada, les aterrorizaba tener que enfrentarse a la muerte para proteger a los responsables del Partido, que se habían escondido en sus casas. Los estudiantes exhibían sus pistolas y sus uniformes de camuflaje al regresar de los campos de entrenamiento que se habían organizado a toda prisa para que pudieran lucir los galones de paracaidistas. Los de peor calaña conseguían las mejores plazas en las universidades, transformadas en cuarteles y en campos de desfiles militares. Aquellos guerrilleros adolescentes se burlaban de la dimisión de los venerables profesores, que, convertidos en indeseables, abandonaban el país o se encerraban en casa, clavaban la vista en las baldosas de su salón y rememoraban un pasado digno y desaparecido. Se deslizaban por las calles entre los

vehículos blindados y los soldados lamentándose por su amada ciudad, e intentaban que los combatientes los escucharan. Algunos iban en busca de su amigo, el profesor de poesía inglesa, que a sus setenta años no había soportado ver cómo uno de sus nietos se pavoneaba con su uniforme de camuflaje, pisoteaba las obras de Shakespeare y tiraba al suelo la foto de T.S. Eliot para sustituirla por la del comandante de las Brigadas de la Muerte, con el puño en alto como un bandido profesional. Su otro nieto, apasionado de la química y destinado a un brillante porvenir, se había rodeado la cintura de explosivos y había salido en plena noche. El profesor de poesía inglesa salía de su casa a las seis de la mañana para buscar a sus dos nietos en lugares secretos, y mientras tanto recitaba los poemas de Ezra Pound o contaba la historia de Edipo, su huida de Tebas. Despertaba la compasión de los revisores de la estación de autobuses, donde se refugiaba entre fardos de mercancías. Sus alumnos pasaban a su lado y recordaban con tristeza su brillante pasado, cuando les inculcaba el amor a la lengua de Shakespeare, insistía en la musicalidad especial de sus vocales y citaba antiguos textos latinos que dormían en las bibliotecas de Cambridge.

Marwa atrapó a la mariposa amarilla entre los pistacheros, le gustó su languidez y le reservó un lugar de honor en sus cajas, preparadas como ataúdes de tapa transparente. La disecó ceremoniosamente, le puso el nombre de «reina» y prohibió a Radwan que la tocara o cambiara de sitio.

Marwa se había vuelto rara, estaba casi irreconocible, su calma y su flema se habían trocado en juego febril y deseo de aventura. Vestida con ropas desaliñadas, iba con Radwan por las calles, los jardines y los campos próximos en busca de mariposas. Había abandonado la forma de hablar pausada y ponderada de las mujeres de la familia y ahora se expresaba con palabras vulgares e insultantes sin sentir culpa ni vergüenza. La observábamos estupefactas. Mariam disimulaba su miedo a un escándalo que solo Safah habría podido evitar, pues ella sabía devolverla al estado de mujer afable y dócil.

Yo no me preocupaba demasiado por el estado de Marwa, me decía que todavía disponíamos de mucho tiempo para disfrutar de las

frivolidades de la vida, para charlar atropelladamente y desternillarnos de risa en nuestras habitaciones de techo alto. Rezongaba cada vez que Mariam insistía en que hiciéramos llegar a Bakr un mensaje para informarle de que Marwa se estaba volviendo loca y que se requería su intervención. Mi tía creía que me resultaba fácil acceder a sus numerosos escondites, que habían transformado su desaparición en una leyenda. Bakr se había convertido en un fantasma aterrador que se desvanecía en el aire, deambulaba por las calles y estrechaba la mano de sus numerosos adeptos. En mi círculo, casi tuve un ataque de nervios a causa del gran número de peticiones de adhesión por parte de las chicas, capaces de aprender costura, distribuir octavillas y recaudar fondos. Otras estaban dispuestas a inmolarse con explosivos en los lugares donde se reunían las Brigadas de la Muerte para vengar el asesinato de siete de nuestros hermanos, que habían fallecido tras cuatro horas de lucha.

Aquella noche los alepinos no habían pegado ojo, conmocionados por el espectáculo de los camiones de soldados que arrastraban por las calles los cadáveres atados con gruesas cadenas metálicas. Apartaron la vista ante aquella atrocidad, que a Alia la hizo llorar y jurar sobre el Corán que ya no podía soportarlo más, que se presentaba voluntaria para vengarse, aunque tuviera que convertirse en mártir.

Bakr bendijo nuestro entusiasmo y rechazó la petición de Alia, que leyó el decreto mediante el cual ponían a mi cargo la organización de los estudiantes en el seno de la facultad de medicina en la que me había matriculado, lo que no provocó los yuyús de mi madre, quien de repente se había convertido en una anciana que hablaba de la muerte. En cuanto a mi padre, se había vuelto todavía más silencioso y estaba desconcertado por el hecho de que lo llamaran sin cesar de diversas secciones de los servicios secretos para interrogarlo sobre su hijo, al que llevaba cinco meses sin ver. Ya no le interesaba nada, una deshonra para el yugo de odio que me ceñía. Me recibía con frialdad, farfullaba unas palabras para maldecir a Bakr, despotricaba contra la fiebre del comunitarismo, que nos llevaba directos a la catástrofe, y elogiaba a sus amigos de la otra comunidad, cuyo asesinato constituía para nosotros un acto perfectamente lícito. Yo me negaba a escucharlo, consideraba que sus palabras sobre su precaria vida en las

montañas eran un exceso indigno de un hombre cuyo apellido llevaba, no era sino un impío y un renegado. En mi fuero interno, me dolía imaginarlo en el infierno, privado de saborear las mieles del paraíso. Pedía perdón por él y rezaba por su conversión. No me enfadé cuando lo vi coger su vieja maleta de hojalata, meter algunas prendas y marcharse a Beirut para acabar con nuestra locura y nuestro maleficio, como dijo con franqueza. Mi memoria borró sus rasgos afables, ya no era más que un cobarde que no merecía pertenecerme.

«¿Quién pertenece al otro?», me preguntaba mientras iba al encuentro de Hussam, a quien echaba terriblemente de menos e intentaba ver por todos los medios. Me llevó a un restaurante armenio y nos sentamos como dos enamorados. Me gustaba representar ese papel, el de enamorada de mi hermano, mi amado, mi amigo, mi guía. Escrutaba sus ojos castaños, le pasaba la mano por la cara, tocaba su piel. Su miedo fue para mí como una bofetada; estaba distraído, me escuchaba solo a medias mientras le hablaba de mi decepción con respecto a nuestro padre, mi miedo por nuestra madre, que había tenido que cerrar la casa y venir a vivir con nosotras a casa del abuelo, como si el hecho de estar juntas pudiera exorcizar el espanto y el terror. Hussam volvía la cabeza con mil precauciones y se negaba a oírme relatar nuestras victorias. De repente me cogió la mano y me pidió que abandonara la Organización y me dedicara a los estudios. Con breves palabras me confió su arrepentimiento por haber sido incitado a matar, sus ganas de relajarse debajo del limonero de nuestra casa, de contemplar a nuestra madre mientras quitaba el rabillo a las judías y de hablar mal de los vecinos. Sabía muchas cosas sobre las discrepancias, mantenidas en secreto, entre los líderes respecto a la lista de los asesinatos. La mano le temblaba mientras se tomaba el café. Con la mirada perdida, me preguntó por Humam, y, sin esperar mi respuesta, cogió sus cosas y se marchó sin decirme adiós. Con unas cuantas palabras nerviosas me había confesado su deseo de huir e ir a La Meca para pedir perdón por el asesinato de civiles inocentes. Me quedé sola, llorando como una muchacha abandonada. Es duro constatar que estás vacío, que tu sombra pesa sobre la tierra, que cuanto te rodea tiene un sabor acre, que los sueños se ahogan.

La imagen de los rasgos límpidos de mi padre me persiguió toda la

noche, me sumió en el delirio, me hizo pensar que solo una victoria rápida podía salvar a nuestra familia, devolver la serenidad a Marwa, ayudarnos a reunirnos de nuevo alrededor de la mesa, sobre la que Mariam podría colocar con esmero los cubiertos de plata como una dama que goza de la certeza de que todo va bien.

Me sentía insignificante, detestaba las clases de biología y la manera en que los estudiantes daban muestras de una dignidad precoz. Solicité volver a mi antiguo círculo y ser liberada del de la facultad, adonde todas las mañanas acudía con un miedo cerval a que me detuvieran, a enterarme de que Hussam y Bakr habían sido asesinados. Pensé en nuestro destino futuro y, por primera vez, me dije que las víctimas nos arrancarían los ojos con las uñas si pudieran. *Haya* Suad me ayudó a olvidar mis obsesiones; sin embargo, no le podía confesar a nadie que el arrepentimiento de Hussam me había trastornado, había frenado mi impulso y me había obligado a abrir los ojos a la existencia de mi madre. Cada vez que oía disparos, prorrumpía en sollozos y se golpeaba el pecho. Mariam intentaba calmarla recitándole invocaciones con su hermosa voz. Me daba cuenta de su debilidad, de que tejía la esperanza con las cuerdas del viento y se aferraba a ella, como una niña a un columpio en una casa en ruinas.

Ya no me sentía tan orgullosa de estar ligada a Hussam y prefería cultivar las diferencias ante mi familia rota. Los soldados ocupaban nuestra casa, desparramaban todos los recuerdos que contenía y dormían sobre las almohadas de mi infancia. Sus risas desenfrenadas les eran necesarias para exorcizar el terror a las balas perdidas.

Los cadáveres que caían en ambos bandos como los frutos de una morera volvían el aire pesado. El país aguardaba el final de la lucha. El panorama parecía más oscuro y más complejo, la convivencia no era sino un lejano recuerdo y la gente se entregaba a la nostalgia con circunspección. Habíamos apostado demasiado por los asesinatos y ya no había forma de retroceder. Detrás del velo negro, veía Alepo como un lugar adecuado para buscar el odio. En sueños me transportaba a un universo inmaculado. Yo dibujaba ángeles combatientes armados con fusiles que disparaban a los soldados de las Brigadas de la Muerte, que cada vez se volvían más violentos, más histéricos.

Omar regresó de su viaje antes de lo previsto, su rostro mostraba las

secuelas de hematomas que empezaban a sanar, pero también mostraba las ojeras de tristeza de un hombre frustrado. No dijo que lo habían detenido y torturado durante dos meses sin interrupción para que revelase el escondite de Bakr, del que lo ignoraba todo. Su estrecha relación con oficiales de alto grado y comerciantes poderosos, así como la infame reputación que se había labrado a pulso, no le habían servido de nada. «Todas necesitábamos a Omar», me decía yo mirando sus labios balbucientes mientras él intentaba tranquilizar a Mariam diciéndole que los hematomas se debían a una caída del caballo. Le dijo a mi madre que cogiera algunas cosas y partiera con Humam hacia Beirut para reunirse con mi padre, y se negó a escuchar los argumentos que ella esgrimió para quedarse a esperar a Hussam y a que acabara el curso escolar de mi hermanito.

En cambio, no se preocupó por Marwa, quien se iba con Radwan en busca de mariposas entre los carros de combate y las tiendas de los soldados. Al principio los habían tomado por locos de los que había que desconfiar, si bien su recelo desapareció tras mantener con Radwan diálogos chocantes que al cabo les resultaban apasionantes y divertidos y que durante unos momentos les hacían olvidar el miedo a la muerte. Radwan consiguió vender un supuesto perfume afrodisíaco a un oficial. Dejó a Marwa allí plantada, contemplando la ciudad como si se hallara en un estudio cinematográfico, estupefacta por la inextricable imbricación del miedo, la muerte y la risa al mismo tiempo. Radwan dio unos pasos con el oficial para susurrarle al oído las virtudes de su perfume, y este, admirado de su originalidad, le pagó el frasco por adelantado. Radwan lo abandonó a toda prisa para reunirse con su ama, tras ponderar las cualidades de una familia de tejedores inventada de cabo a rabo, por temor a que el oficial descubriera que la coleccionista de mariposas era la hermana de Bakr. Se pasó la noche elaborando el perfume, lo introdujo en un frasco vacío de aceite de ricino y convenció al oficial de que el extraño olor formaba parte de la composición.

Omar no prestó atención a la historia del perfume, nos pidió que ayudáramos a mi madre a hacer la maleta y al día siguiente un taxi con matrícula libanesa vino a recogerlos a ella y a mi hermano. Omar precipitó su marcha como si pretendiera protegerlos de un peligro

inminente y los siguió pocos días después.

La partida de mi madre supuso para mí un gran alivio. Ya no temía su cobardía; casi se había desmayado al enterarse de que la casa secreta donde se escondía Hussam se hallaba a dos callejuelas de la nuestra y había sido asaltada. Él consiguió escapar por las azoteas de los vecinos y mi madre salió en su busca, lamentándose de no haber percibido que su aliento estaba tan cerca y que casi habría podido estrecharlo entre sus brazos. Volvió de su expedición extenuada y completamente desorientada.

Todas las mañanas nos asegurábamos de que no habían matado a Bakr ni a Hussam, que ninguna de nosotras había caído fulminada por un ataque cardíaco ni se había vuelto loca, y eso nos parecía más importante que las mariposas de Marwa, que ya ocupaban un gran espacio en la despensa. El oficial con la insignia de la calavera en la pechera del uniforme de camuflaje que se encargó de registrar nuestra casa creía que había entrado en un lugar habitado por fantasmas; se negaba a creer que aquella mujer neurasténica hubiera reunido todos aquellos colores y los hubiera clavado en tableros de madera dentro de cajas con tapa de fino cristal cerradas con candados dorados y brillantes como la estrella y el águila que él lucía en las hombreras. De repente temí descubrir hasta qué punto mi tía necesitaba que un hombre la mirase a los ojos con una fuerza que sacudiera su cuerpo, aunque se tratara de un enemigo que esperaba ver caer del cielo a Hussam y a sus amigos para reventarles los sesos. Me entraron ganas de arrancarle el corazón y echarlo en el tarro de las berenjenas que fermentaban en vinagre, a oscuras, en un estante de la cocina. Traté de llevar mi idea más allá y pensé en poner en conserva el corazón de todos sus soldados. Imaginé a Rima inventando nuevas variedades de encurtidos y me eché a reír, tranquila respecto al ímpetu del odio que colmaba mi corazón. El oficial, que era una persona amable, felicitó a Marwa y prohibió a sus soldados que tocaran las cajas de mi tía. Sin escuchar mis frenéticos reproches, ella le dio las gracias con dulzura, invocó a Dios para que le concediera larga vida y juventud perpetua e incluso le estrechó la mano cuando se despidió. Juré a Mariam y a Zahra que el oficial había mantenido la mano de Marwa entre las suyas largo rato y le había acariciado los dedos. A Zahra le contrarió

mi insistencia en aplastar las mariposas y prohibir a Marwa que saliera. Mariam me calmó y me pidió que la ayudara a poner orden en las habitaciones, que los soldados habían revuelto de arriba abajo con gestos que ahora dominábamos a la perfección tras las numerosas veces que habían venido a nuestra casa, a la de mi tío Salim, a las de los primos de mi abuelo y a su tienda, negándose a creer que Bakr y Hussam no se escondían en uno de los túneles a los que, según habían oído, solo se podía acceder a través de los sótanos de las espaciosas casas de los notables. Marwa me cerró la puerta de su habitación en las narices y oí a Zahra mascullar que me estaba volviendo insoportable.

Ya no recibíamos cartas de Safah, Abdallah se encontraba en Afganistán, repartiendo los donativos y apoyando a los muyahidines que luchaban contra los soviéticos. En mi mente, su imagen resplandeciente se asemejaba a aquella otra, espléndida, de los Compañeros del Profeta, que, cual águilas, bajaban de las montañas para abatirse sobre sus enemigos. Safah y Zeina eran como hermanas, se entendían para compartir a Abdallah, habían renunciado a todo sentimiento de celos e iban juntas a los zocos; sus carcajadas asombraban a las oyentes de Zeina, que escuchaban fascinadas la saga de Seif Ibn Zi-Yazan mientras Safah les ofrecía café árabe. En su última carta, enviada antes de final de año, nos había participado su embarazo; a Mariam se le saltaron las lágrimas, Zahra sonrió y consideró el acontecimiento de buen augurio antes de decirnos con despreocupación que su madre llegaría a Alepo la semana siguiente y que la recibiría en nuestra casa. Mariam acogió la noticia con alegría; necesitaba invitados para devolver algo de calor a nuestro hogar y alejarnos de los relatos de muerte. Los preparativos para la llegada de la que iba a mancillar nuestra casa me pusieron furiosa, incluso olvidé al oficial, que había vuelto otra vez, sobre todo para ver a Marwa, cuyos ojos brillaban de contento y deseo. Sin hacer caso de mi indignación, lo saludó con calidez e intercambió con él unas palabras que no logré oír. Él se plantó ante las mariposas, admiró la amarilla y preguntó si podía tocarla. Marwa levantó la tapa de cristal y le dijo que lo hiciera con delicadeza. Finalmente se marchó con su brigada,

sin haber vaciado el contenido de nuestros armarios ni arrancado las fotos de nuestros viejos álbumes burlándose de la mirada orgullosa de mi abuelo en la foto e imitando a Hitler, a quien admiraba mucho, pese al desprecio de este por los árabes.

Escribí una carta a Bakr cargando las tintas en la relación de Marwa con el oficial de las Brigadas de la Muerte. Le pedí que interviniera para salvar nuestra reputación y que prohibiera a Wissal la entrada en nuestra casa. Según la consigna, había que dejar la carta junto a un grifo en desuso de Bab al-Nasr. Al día siguiente, un muchacho llamó a nuestra puerta, pidió ver a Mariam por un asunto importante y le transmitió la decisión de Bakr de prohibir a Marwa salir de casa excepto en su compañía. Se marchó a toda prisa sin responder a nuestras preguntas sobre el estado de salud de Bakr y su situación. Marwa lloró, me escupió en la cara y maldijo a mi padre. Me pregunté si en verdad yo era tan odiosa por haberle impedido enamorarse de uno de nuestros enemigos. Había recuperado su antigua imagen de mujer soñadora, y sollozaba en el hombro de *haya* Radiya cuando el canto llegaba al episodio en que Rabia al-Adawiyya se levantaba por la noche para llorar entre las manos del Amado. Yo hacía como si no existiera durante nuestras reuniones alrededor del café de la mañana. Después, con el corazón encogido, partía hacia la universidad. Las calles se estrechaban a mi paso y la visión de los carros de combate me entristecía. Había patrullas en cada esquina, tenía la impresión de que cercaban realmente la ciudad y estaban a punto de detener a todos nuestros muyahidines para poner fin a aquel sueño que había adquirido un color vivo y un sabor inolvidable.

Aquel invierno Alepo pesaba sobre mí con toda su presencia y me empujaba a poner de nuevo en orden mis sentimientos hacia nuestros mártires, mientras pensaba que resultaba muy difícil para una mujer enamorarse de hombres difuntos a los que no conocía.

Al día siguiente asesinaron a Abdelkarim al-Dali, profesor de física de la facultad de ciencias. Lo vi en el suelo, con el pecho reventado. No se supo quién era el responsable de su muerte, si uno de los nuestros o alguien de las Brigadas de la Muerte. Nuestra Organización condenó el asesinato y negó toda implicación. Ese día, los paracaidistas se desplegaron por doquier y registraron minuciosamente

a todos los estudiantes a la entrada de las facultades; cientos de soldados invadieron las calles colindantes, rompieron las ramas de los árboles, detuvieron a la gente y la obligaron a ponerse contra los muros con los brazos en cruz, y cuando los tiros resonaron en las proximidades, Alepo parecía estar en llamas. Dieron permiso a las mujeres para salir; yo caminaba lentamente al ritmo de las detonaciones como si conformaran una partitura musical. Los soldados disparaban al aire de manera histérica.

Llegué al piso donde se reunía mi círculo y no encontré a nadie. De vuelta en casa, me derrumbé en la cama, agotada. Desperté al amanecer. Mariam estaba a mi lado, aplicándome compresas frías en la frente para bajarme la fiebre. Me dijo que deliraba, que pronunciaba nombres entre los que solo había captado el de mi padre y el de mi hermano. Me incorporé con cuidado, y no encontré mejor lugar para descansar y tomar una tisana que junto a las mariposas de Marwa. Mariam me dejó con mi soledad tras arroparme con un grueso chal de lana. Me hundí en el sillón de piel de Marwa, donde ella pasaba horas enteras contemplando las mariposas dispuestas a lo largo de la pared. Las contemplé yo también, y me fijé especialmente en una blanca con manchas negras y marrones. Buscaba el secreto del silencio del oficial e intentaba responder a una pregunta que me inquietaba: ¿eran las mariposas o la sonrisa serena de Marwa?

La menstruación me salvó de mis obsesiones, era abundante, molesta y llegaba antes de lo previsto. Mariam se mostró comprensiva y soportó mi mal humor cuando insistí en salir muy temprano por la mañana. Echaba de menos a *haya* Suad, necesitaba su fortaleza. De camino a su casa, traté de tomarme a la ligera mis temores. Compré *mamunia* y pan caliente.

Me sorprendió verla pálida y alterada; me dijo que la víspera habíamos perdido a más de diez muyahidines. El enemigo había tomado al asalto una casa en Hamidiyeh y asesinado a cuatro miembros de la célula de Abu al-Nur que se preparaban para salir pitando al enterarse de que su escondite de la calle de Sukkari había sido descubierto por casualidad. Habían matado a tres de nuestros hermanos y se habían apoderado de un almacén de armas detrás del zoco del cobre. Me entró el pánico al oírla citar el nombre de las

víctimas, tenía la impresión de que no me decía todo lo que sabía, y cuando le pregunté directamente por Hussam y Bakr, respondió: «Hussam está herido, lo han detenido». La cabeza empezó a darme vueltas y me derrumbé en el sofá; mi corazón dejó de latir, la mera idea de que el endeble cuerpo de Hussam fuera sometido a tortura me volvía loca. De repente estaba sola y me sentía débil, no oí cómo *haya* Suad me pedía que no me dejara llevar por el abatimiento, que rezara por él y por los otros miles de prisioneros hacinados en la prisión del desierto y en los nauseabundos sótanos de los servicios secretos, a la espera de una muerte casi ineludible. *Haya* Suad me previno contra mi inconsecuencia y mi debilidad; no necesitaba oír más, aspiraba al silencio más absoluto.

No me preocupó ver a Marwa salir de casa para encontrarse con Nazir al-Mansuri, el oficial de las Brigadas de la Muerte. Mariam quedó conmocionada, se golpeaba las rodillas como si le hubiera caído encima una catástrofe. Hizo venir a Salim y lanzó sus invectivas contra Marwa, que mancillaba la reputación de la familia. Salim rezaba con su rosario de noventa y nueve cuentas y pedía perdón a Dios sin levantar la vista hacia nosotras; se limitaba a repetir: «No tirar la primera piedra…». El rostro de Marwa era de mármol. «Le quiero», dijo con frialdad.

Todo se derrumbó, nuestros sueños se desvanecieron, nos quedamos quietas como muertas, necesitábamos que alguien nos arrojara un salvavidas.

Omar se instaló en Beirut, ya no soportaba compartir con Bakr el mismo apellido. A Yalal, el hijo de Salim, que estaba cumpliendo el servicio militar, le arrancaron las uñas durante un interrogatorio y lo trasladaron a un regimiento destinado cerca del aeropuerto de Tanf, en el desierto, donde los escorpiones trepaban por los palos de las tiendas y se escondían incluso en los cargadores de los fusiles. El regimiento estaba al mando de un oficial medio loco que se creía Stalin; sacaba a los soldados de las tiendas y les ordenaba tender vías de ferrocarril desde el desierto hasta Berlín, y se echaba a reír de forma histérica al ver que intercambiaban miradas furtivas y empezaban a alinear las escasas piedras que habían logrado reunir. Un día los envió a buscar

trufas al desierto, donde pasaron tres días excavando y arrancando hierbas en busca del suculento tesoro. El que no encontrara trufas debía llenar su mochila de piedras. El comandante reunía las trufas y las vendía en el mercado de la ciudad, igual que vendía los días de permiso a los soldados, que se armaban de paciencia para no matarlo y huir al otro lado de la frontera con Irak. Seis meses más tarde Yalal volvió con un breve permiso, completamente hundido, pronunciando palabras inconexas; se echó a llorar sobre el regazo de su madre y describió el dolor de los soldados al tener que caminar sobre zarzas porque no entonaban con suficiente brío el himno del Partido. En la canícula estival, el comandante les untaba el cuerpo con mermelada, los dejaba a pleno sol y se regodeaba viendo sus quemaduras y su desfallecimiento. Se vengaba a su manera de los que lo habían exiliado a aquel árido campamento tras un pasado militar honorable durante la guerra de 1973, en la que se había enrolado con entusiasmo y ganado una buena reputación por su valor. Había conseguido dañar una columna de carros de combate israelíes en el curso de una batalla célebre cerca de Sasa, en el sur del país, y los forzó a retirarse. La medalla que le prendieron en la pechera no lo protegió de las artimañas de los otros oficiales, que, celosos de su carisma, lo acusaron de que durante el asedio de Tel al-Zaatar había ayudado a huir a los palestinos por la entrada sur del campamento y evitado así que fueran aniquilados. Se formó a toda prisa un tribunal militar, y se quedó pasmado al oír los informes falsos sobre la cantidad de casas destruidas por sus tanques y de hombres a los que había asesinado. Su amigo, el autor del informe, le aconsejó que en el futuro se mostrara más leal y le deseó que fuera muy feliz al mando de su batallón exiliado. Empezó a imitar a los otros oficiales mostrando una lealtad verbal ilimitada y entabló relaciones muy estrechas con los oficiales de los servicios secretos: les hacía regalos, los invitaba a emocionantes partidas de caza en las que les dejaba las gacelas, que sus soldados abatían por ellos, y disparaba al aire para permitirles disfrutar con unas habilidades que no poseían. Al final de su estancia les preguntaba cuándo tenían pensado poner fin a su destierro. Ellos prometían hacerlo y, tras abrazarlo, le daban las gracias por haberles proporcionado unas vacaciones inolvidables. Su posterior promoción

al grado de coronel le hizo suponer que se acercaba el final de los tres años de exilio; entonces podría librarse de la angustia de que lo asesinara uno de sus soldados.

Salim aconsejó a su hijo Yalal que tuviera paciencia, se abstuvo de lanzar maldiciones contra Bakr y se retiró a la *zawiya* habilitada en su casa, adonde los demás derviches ya no acudían a recitar los versículos coránicos por temor a que los acusaran de terroristas. Se habían dispersado y celebraban sus rituales de *zikr* en privado desde que un oficial de las Brigadas de la Muerte se había divertido arrancando la barba a un imam pelo a pelo. La mayoría de los derviches se afeitaron la barba, sus rostros ya no estaban benditos ni resplandecían con la luz divina. Yalal tomó una decisión y regresó al batallón cargado de bebidas alcohólicas para el coronel. Al principio su nuevo comportamiento resultó extraño; luego el coronel aceptó aquel cambio brusco, cuando Yalal le habló de Omar al-Abaq, el hombre de los célebres escándalos de Alepo, maldijo a Bakr y a su Organización y dejó de ir a rezar a la mezquita, si bien seguía orando en secreto. Yalal tuvo que admitir que, gracias al sabor del alcohol, la noche en el campamento había pasado de los trabajos forzados a la euforia perpetua. Se juró que superaría a su tío Omar en perversión y que pondría en tela de juicio la vida, el compromiso y la religión. Se alejó de sus compañeros de dormitorio y se acercó al coronel, que lo nombró ayudante de campo, y recordando las habilidades culinarias de su madre le preparaba comidas pagadas de su propio bolsillo. Así descubrió un nuevo pasatiempo en aquel árido desierto, y se tapaba los oídos cuando sus camaradas contaban historias sobre sus relaciones sexuales con el coronel. Nadie lo oía llorar cada vez que regresaba de los numerosos permisos que su comandante le concedía para que le trajera de Alepo pistachos, whisky, alfombras y mortadela. Yalal se esforzaba en ser pragmático, capear el temporal y esperaba acabar el servicio militar antes de que se volviera loco y contar con el coronel entre sus futuros socios.

Durante toda la noche intenté alejar la imagen de Hussam, atrapado en sus redes. Sus confesiones podían causar estragos inimaginables. Pese al frío, Marwa permanecía quieta en su silla como si esperase a su

enamorado o meditara sobre su destino. Mariam ordenó a Radwan que vigilara la puerta, cuya llave guardaba en el pecho a fin de dormir con la tranquilidad de que las altas tapias y la puerta con cerrojo impedirían a Marwa reunirse con su amigo. Desoyó las súplicas de Zahra para que le permitiera ocuparse de ella, ya que era su confidente. Por la mañana la encontramos dormida sobre un viejo cojín cerca de las mariposas, con los brazos cruzados y los dedos azulados de frío. Mariam masculló entre dientes y no manifestó la menor compasión por la pobre Marwa, que estaba congelada. Radwan evitó salir de su cuarto para no exponerse a nuestra cólera; ante sus camaradas nos describía como dos locas que habían perdido las ganas de reír, recordaba la actitud autoritaria y digna de mi abuela y la comparaba con la de Mariam, que más bien parecía una muñeca desarticulada entre las manos de un niño mimado.

Con el café de la mañana y mucha serenidad, les informé del arresto de Hussam y, sin esperar a ver el espanto en sus ojos, me largué a la facultad, que había suspendido las clases por los funerales del profesor Abdelkarim al-Dali, considerado un mártir. Liberada, me incorporé al cortejo fúnebre. Necesitaba recuperar mi odio en medio de la multitud, que aclamaba a nuestro muerto detrás de un ataúd portado por estudiantes que vociferaban con los ojos inyectados en sangre. Intentaba encontrar un motivo para aquel crimen, creer en la legitimidad de nuestra Organización, sin por ello dejar de afligirme por su muerte. Los estudiantes, que insistieron en acompañarlo hasta las puertas de Alepo, subieron por la autopista al-Forkan, donde divisé a los vecinos del difunto, que lo lloraban. El profesor Abdelkarim al-Dali era conocido por la franqueza con que criticaba al régimen, sobre todo a las Brigadas de la Muerte, a las que calificaba de escuadra comunitarista y nazi, exactamente el mismo calificativo que aplicaba a nuestra Organización a la que no tenía en estima. No ocultaba su irritación ante la brutalidad que ejercían en la ciudad donde había cursado sus estudios hacia finales de los años sesenta, cuando se alojaba en un cuartucho miserable del barrio de los siriacos.

Después de una estancia en Francia, soportó en silencio las trabas que pusieron a sus proyectos científicos y las presiones para que se afiliara al Partido, pero cuando Alepo se ahogó en la fiebre de los

asesinatos manifestó su postura ante los estudiantes, los animó a rechazar los excesos de ambos bandos y criticó públicamente la altivez de los estudiantes del Partido. Al no poder enfrentarse a él, la dirección de la universidad se vio obligada a tomar medidas especiales en las clases que impartía. En efecto, no permitía a los alumnos entrar en clase con sus jerséis de paracaidistas y sus armas. Cierto día se negó a entregar a un estudiante comunista en busca y captura y echó a una patrulla de los servicios secretos, lo que permitió al joven huir por una pequeña claraboya. Su heroico comportamiento corrió de boca en boca por la universidad antes de resonar en toda la ciudad cuando rechazó la protección que le ofrecía un oficial de los servicios secretos, del mismo modo que se negó a abandonar su apartamento de alquiler en el barrio de Bab al-Hadid, que era especialmente conservador.

Yo me decía que había que prohibir la compasión, que el odio era la mejor arma de que disponía la mayoría para defenderse de la minoría dominante, que no obstante contaba entre sus filas con numerosos responsables procedentes de la mayoría que tenían las manos manchadas de corrupción y de sangre. No me acerqué al coche fúnebre; los estudiantes lo lloraban como si fuera un padre, un hermano y un amigo, recordaban la valentía incomparable de sus conferencias, no exentas de alegría y de liberalismo, en las que animaba a rechazar el velo y el comunitarismo, que según él era la podredumbre que nos asfixiaba. Elogiaba la física, que amaba especialmente y que podía conducirnos por la senda de la reflexión científica que tanto necesitábamos. Iba al teatro y al cine con sus alumnos y seguía manteniendo relaciones amistosas con ellos una vez que concluían los estudios. Le escribían cartas desde todos los confines del mundo para pedirle consejo sobre cuestiones diversas, como historias amorosas o proyectos de investigación.

Miré su foto, que sus alumnos enarbolaban delante del coche fúnebre; contemplé sus ojos castaños y aparté la vista para no enamorarme de otro muerto al que consideraba un enemigo personal. Avanzaba sola, lejos de la multitud, llorando a Hussam, llena de inquietud por mi propio destino. Volví sobre mis pasos hacia el piso donde se reunía mi círculo y de nuevo lo encontré cerrado. Agitada, me apresuré a proseguir mi camino. No me atreví a utilizar mi llave,

pues los postigos cerrados eran nuestra señal en caso de peligro. Le dije a *haya* Suad que quería saber qué había ocurrido con la casa; ella no respondió y me ordenó que me mantuviera alejada de toda actividad o reunión. Me dijo que Bakr deseaba que me marchara para reunirme en Beirut con mi madre, que empezaba a perder los nervios al imaginar a Hussam colgado de seis horcas a la vez. *Haya* Suad me había mentido, me ocultó que lo habían detenido dos días después de nuestro encuentro, durante un altercado en Bab al-Ahmar cuya violencia muy pronto sería legendaria.

Al parecer, cuatro jóvenes preparaban una emboscada a un oficial de alta graduación de las Brigadas de la Muerte que se dirigía en coche a casa de un amigo alepino. La falta de precaución de los muchachos en un barrio aliado había facilitado el cerco. Hussam huyó al cementerio colgante de Bab al-Hadid por las azoteas de las casas. Dos horas más tarde se le acabó la munición y lo detuvieron tras haber resultado herido en el pecho y haber perdido el conocimiento.

Corrí al cementerio en busca de unas gotas de su sangre mezcladas con la tierra. Me senté junto a estelas desconocidas. El guarda me describió el pánico de Hussam y su intento de poner fin a sus días para no caer en manos del enemigo. Señaló con el dedo una estela rota por las balas, junto a la cual había sido detenido Hussam. Su sangre manchaba un fragmento de piedra; me lo llevé como un preciado talismán y lo deposité religiosamente sobre mi mesa, prohibiendo a todos que lo tocasen, sin confesarles, no obstante, que la sangre de Hussam reinaba en el corazón de la casa.

Hussam yacía esposado en una cama del hospital militar, custodiado permanentemente por cuatro agentes de los servicios secretos con el dedo apoyado en el gatillo. Había intentado suicidarse otra vez, pero los médicos se lo habían impedido manteniéndolo drogado siete días seguidos. Sus amigos no lograron colarse en su habitación aislada y finalmente renunciaron cuando lo trasladaron a un departamento de los servicios secretos militares para iniciar la ronda de torturas a fin de arrancarle una confesión y, sobre todo, los secretos de Bakr, los escondites de las armas y de los jefes inaccesibles.

Llegó la Navidad de 1981, los cristianos de Alepo tocaron tímidamente las campanas y rezaron en silencio. Alepo se había

convertido en una ciudad de funerales, el hedor de la muerte flotaba en todas las esquinas y por la noche se imponía el toque de queda; se prohibió entrar o salir de la ciudad sitiada durante quince días, suficiente para registrar cada una de las casas y hurgar en todos los cajones de los armarios. Cuarenta mil soldados de las Brigadas de la Muerte y de las Fuerzas Especiales violaron sus secretos. Los habitantes del palacio presidencial de Muhayirin se mostraban taciturnos; el peligro acechaba al presidente, en la pantalla del televisor sus rasgos denotaban cansancio, todos los días se dirigía con vehemencia a una multitud formada por su partidarios y exigía a los diversos dirigentes militares que pusieran fin lo antes posible a aquel conflicto cuya virulencia nadie había previsto. La escalada de violencia en las demás poblaciones aterrorizaba a todo el mundo, la pequeña ciudad de Hama se había convertido en un campo de batalla en perpetua ebullición. Hama soñaba con tomar la antorcha de nuestra comunidad, con blandir el Corán por encima de la espada. Sus sótanos, sus viejas casas, sus huertos y las riberas de su río también fueron asediados; los habitantes contaban a sus muertos, ya no paseaban por las llanuras del Ghab ni por las montañas de Massiaf en sus días libres.

El asedio era una ocasión para poner la casa en orden, para reflexionar, me decía yo. Me volví perezosa y dormía hasta el mediodía. Pensaba en mi madre, a la que habíamos decidido ocultar la detención de Hussam. Los soldados habían registrado nuestra casa en tres ocasiones, ya nos habíamos acostumbrado. Una vez que se marchaban, volvíamos a nuestra soledad de mujeres tristes y aisladas que habían perdido la confianza y la alegría de vivir. Nuestros pasos sin orden ni concierto por el patio hacían presagiar mayores catástrofes, cuya perspectiva pesaba en nuestros corazones y hacía que sintiéramos la sequedad de nuestros cuerpos tras haber perdido la costumbre de relajarnos en el hammam envueltas en espuma de jabón perfumado. Un día le dije a Zahra que nos habíamos vuelto feas; se quedó callada, pensando sin duda en su madre, que una vez más había aplazado su viaje. Mariam caminaba pesadamente, seleccionaba las lentejas, le pedía por enésima vez a Radwan que extendiera el saco de lentejas sobre un paño en la despensa y seguía vigilando a Marwa, que

permanecía horas y horas sentada en silencio junto a sus mariposas.

Al décimo día del asedio salí a la calle; la ciudad se había convertido en una extraña para mí, el ruido de los disparos y los morteros no cesaba, las fachadas de las casas de Bab al-Nasr, Bab al-Hadid y Yallum estaban salpicadas de sangre. *Haya* Suad me apremió para que volviera y me pidió que no fuera más a su casa. El momento era crítico; el combate final que esperábamos desde el inicio del asedio había desmantelado la cúpula y de nuevo surgieron graves discordias respecto a la movilización general. Proseguí mi camino hacia la facultad desierta pensando en los cadáveres, en las ranas y en los ratones blancos que esperaban la hora de la disección sumergidos en formol, y sobre todo en aquel triste sapo al que, con manos temblorosas, había abierto el vientre para extraerle las tripas tras arrancarle las patas y apagar sus ojos para siempre.

En mis últimos sueños sangrientos, Hussam llegaba riendo y hacía girar en el aire su mortaja. Al despertar, cogía sus libros y los hojeaba de nuevo, contemplaba su hermosa letra, sus sobrecogedoras frases que celebraban a los mártires, a los que no lavábamos porque su sangre abogaría por ellos el día del Juicio Final. El sueño se repetía, mi miedo a no enterarme de la suerte que había corrido aumentaba. La imagen se ampliaba y veía a Hussam en medio de una multitud; la mayor parte de los rostros anodinos y sin rasgos me resultaban conocidos, sus murmullos se elevaban en un himno incomprensible que parecía un cántico de los antiguos siríacos. En mis sueños, los signos se disipaban y se transformaban en enigmas inviolables.

El asedio se nos filtró bajo la piel, percibíamos por doquier el olor de los soldados. Sentadas alrededor de la fuente muda, intercambiábamos miradas tristes e invenciones de recuerdos insulsos. Hice acopio de valor para abandonar la habitación de Mariam y salir al patio a disfrutar del claro de luna, que aparecía entre las nubes, sombría, indiferente a las noches de toque de queda en una ciudad silenciosa que un poeta homosexual había comparado con un paraíso enterrado vivo.

Yo fingía no ver a Marwa, que se recogía el cabello con horquillas adornadas con mariposas de colores, había renunciado a la decencia del pañuelo y fumaba en público. Se quedaba en su habitación junto a

la ventana contemplando el cielo a la espera de que llovieran mariposas como las que atestaban la pared de la despensa.

Marwa solo sonreía cuando estaba con Zahra, mientras, recostadas contra el respaldo de la cama, descascarillaban pepitas de sandía. Yo tenía ganas de acercarme a ellas y retomar nuestras antiguas charlas. Tras el cese de las relaciones con las chicas de mi grupo, mi soledad era casi total. Sentía que mis emociones ya no tenían valor y me daba miedo dormir sola, pero no deseaba estropear mi imagen de dura combatiente.

Hussam se hallaba en el centro de nuestra vida: Mariam se lamentaba por él, Marwa y Zahra sollozaban, en tanto que a mí las lágrimas se me coagulaban en el corazón para estallar durante la noche en mi lecho. Perdí las ganas de dibujar mis sueños, al igual que había perdido otras muchas cosas que me agradaban: leer libros, por ejemplo, compadecerme de Radwan cuando lo veía solo, lamentando su papel de guardián de unas mujeres que no apreciaban en su justo valor la presencia de un hombre con tanto talento y buen humor.

Busqué a *haya* Suad durante tres días y finalmente la encontré temblando de miedo y sumida en la plegaria. Las noticias que nos llegaban de Hama sobre la rebelión eran alarmantes por la crueldad de los asesinatos y la total devastación de esa pequeña ciudad. Los combates llegaban a su fin, cuando lo que habíamos deseado era una lucha larga en la que nuestros jóvenes aguantarían durante muchos años. Un reducido número de familias habían conseguido llegar a las estepas, pero los cadáveres se amontonaban en las calles. La movilización general reclamada por muecines extenuados constituía un mensaje perentorio para una batalla que todo el mundo esperaba. Los combatientes se mezclaban con la gente que había sacado las armas de sus escondites en los pozos de las casas abandonadas para defender su vida contra la furia de las balas que silbaban por doquier. Miles de soldados leían la *Fatiha* que versaba sobre ellos antes de precipitarse por las estrechas calles de la pequeña ciudad. Las generaciones futuras dirían que aquellos acontecimientos fueron una locura furiosa que habría podido evitarse para brindar la oportunidad de vivir a unos chiquillos cuyo pasatiempo favorito era saltar al río al-Assi desde las norias de madera. Las desconsoladas madres juraban

que no se quitarían las prendas de luto hasta la muerte de los asesinos, y eran muchas las que habían rasgado sus vestiduras en un ataque de delirio para salir a las calles casi desnudas, lamentándose por la ciudad y por sus hijos, recitando poemas elegíacos que hacían llorar a las piedras, como había dicho Jadiya al-Mufti.

Haya Suad y yo aguardamos a que Jadiya dejara de llorar; finalmente se levantó y anunció que abandonaba la Organización. Una mañana metió algunas cosas en un hatillo y desapareció en la naturaleza como un pellizco de sal arrojado a las aguas de un río turbulento.

Marwa se echó a reír cuando me oyó decir a voz en grito que había que quemar todas las casas de la otra comunidad y abandonó la nuestra sin siquiera volverse para escuchar las súplicas de Mariam, que había perdido todo control. Tras tratar de convencer a Radwan de que vigilase a su hermana, Mariam se calmó y fue a sentarse a la entrada de su habitación. Marwa volvió por la tarde, muy animada, canturreando una canción de Umm Kalzum. Se encerró en el sótano, apagó la luz y se durmió junto a sus mariposas. Zahra logró convencer a Mariam de que esperase hasta el día siguiente para reprenderla. Marwa reapareció más tarde, tras la plegaria de la noche, dejó la puerta abierta y la cama deshecha, se sentó en el sofá y dijo tranquilamente que había visto a su amado y que iban a casarse; luego se levantó y añadió: «Os dejo el paraíso; yo prefiero el infierno».

De repente todo se vino abajo, la catástrofe era demasiado grande para que pudieran soportarla unas mujeres impotentes desde que sus hombres eran muertos en potencia; tanto daba que fueran mártires o cadáveres en torno a los cuales revoloteaban las moscas. Zahra se pasó la noche hablando con Marwa, que describía embriagada el olor de las manos y del pecho de su amado, exaltando su virilidad, que había devuelto a su cuerpo sensaciones que creía olvidadas para siempre. Empezó a cuidar de nuevo su cuerpo, que recuperó la vivacidad, adoptaba actitudes voluptuosas y su forma de andar por el patio era más cimbreante y coqueta que nunca. Miraba el reloj sin cesar, como si tuviera una cita urgente, y sus salidas intempestivas, completamente

sola, sin pensar en nuestro miedo ni en nuestra reputación, se multiplicaron. Nazir al-Mansuri la esperaba en el coche, en la rotonda de Bab al-Hadid, y ella subía osadamente a su lado para pasar con él unos breves momentos de placer. Zahra se había resignado en silencio y fingía estar preocupada por la visita de su madre. Mariam llamaba en su ayuda a unos hombres ausentes, su cólera explotaba cuando veía llegar a Marwa, depravada, casi ebria, canturreando. Marwa se quitaba los zapatos y avanzaba descalza por el patio, se desprendía del manto y del velo negros, se quedaba con el vestido ligero, que dejaba adivinar las curvas de su cuerpo.

Detestaba mi impotencia y deseaba huir de aquella nada tempestuosa. Quería escribir a Bakr, y al mismo tiempo me decía que tal vez lo habían asesinado o encarcelado, y que si estaba vivo lo único que importaba era que siguiera estándolo. Habían detenido a miles de jóvenes —compañeros de la Organización, simpatizantes, personas independientes— y abierto nuevas prisiones; éramos sospechosos y la relación con nosotros podía costarle la vida a quien fuera.

Zahra intervino con severidad: abofeteó a Marwa y la arrastró hasta su habitación, donde la estrechó entre sus brazos. Marwa sollozó en su hombro, como en una escena de una película; Zahra escuchó su delirio, la oyó repetir que amaba a Nazir y que no lo dejaría aunque le rebanaran el cuello. Mariam recitó la sura de José diez veces, rezó cinco veces la plegaria del alba y luego se sumió en un profundo silencio, hasta el punto de que no se levantó a recibir a tres jóvenes que habían entrado detrás de Radwan y que examinaban el contador de la luz. Solicitaron ver a Mariam en privado, y esta no tardó en indicarles dónde estaba la habitación de Marwa, que aún dormía. Conminó a Zahra a no intervenir, sabedora de que Bakr los enviaba para poner fin a aquella mascarada que podía destruir nuestra reputación. Dos de los jóvenes llevaron a Marwa en volandas a su habitación, mientras el tercero vigilaba en la puerta, arma en ristre. La amordazaron y la ataron con cadenas a la pata de la cama; ella los insultó y rompió a llorar cuando uno le dijo que su amante había sido asesinado esa mañana, tras lo cual añadió que Bakr había jurado disparar mil balas sobre aquel que la liberase de sus cadenas. Se marcharon a toda prisa, no sin que antes uno de ellos besara la mano

de Mariam, que, satisfecha por fin, dejó que Marwa tirase con rabia de sus cadenas, concebidas por Bakr de manera que le permitieran ir al cuarto de baño y mirar por la ventana como una prisionera. Yo pensé que ella no vería la luna, pues la terraza de la habitación de encima impedía la vista del cielo y del limonero cuyos frutos compartíamos en el pasado.

En lo más hondo envidiábamos a Safah por haber escapado de la melancolía de nuestra casa. Marwa se debatió, creí que iba a romper las cadenas, y luego, de repente, se calmó. Ya no le dirigía la palabra a Mariam, ni siquiera le daba los buenos días, no existíamos para ella; yo notaba que su mirada de desprecio atravesaba mi cuerpo.

Al cabo de tres días la ciudad abrió sus puertas y los carros de combate se retiraron hacia los huertos de pistacheros. La tristeza y el miedo se leían en los ojos de la gente, humillada. Lo absurdo de los disparos agotó a los hombres y aniquiló todos sus sueños; los miembros de nuestra Organización perdieron el contacto entre sí, las reuniones de los líderes se habían vuelto expeditivas y se reducían a la mínima expresión, surgían acusaciones por todas partes y la gente ya no intercambiaba miradas amistosas como el año anterior, cuando el avance hacia la escalinata del palacio presidencial todavía parecía seguro.

El hedor de miles de cadáveres se elevó en el cielo de Hama, saturado del olor a humedad del río. Las listas de miles de prisioneros arrojadas sobre la mesa de reuniones desalentaron a nuestros líderes. Bakr se levantó y anunció que abandonaba el comité directivo, se marchó inmediatamente a Jordania con pasaporte falso y de allí a Londres. Envuelto en la niebla, sintió el deseo de pasear por el puente de Berkeley, de llorar a orillas del Támesis como cualquier hombre que se negara a mirar atrás para no acordarse de los centenares de jóvenes que, tras jurar sobre el Corán, habían salido a buscar el camino del paraíso y la muerte ineludible.

Marwa suspiraba por sus mariposas. Las llevó de nuevo a su habitación y, como si quisiera hacer rabiar a Mariam, le pidió a Radwan con tono jovial que le consiguiera pinturas acrílicas y se puso a pintarlas. Marwa se acercaba a mí, yo le hablaba de la belleza de sus labios, de sus mariposas y de mis ganas de ver a mis tíos. Como

cualquier muchacha sumisa y compasiva, intenté quitarle las cadenas, pero ella permaneció indiferente, se negó a escucharme y siguió pintando un girasol en el brazalete de su cadena, contenta al ver que el color amarillo chillón se salía de las líneas de su dibujo como ocurre con los de los niños.

Tras la desaparición de *haya* Suad y la disolución de nuestro grupo, comencé a mirar a mi espalda temblando cuando iba por la calle. Cuando traté de acercarme a Hanah a la salida del laboratorio de química, ella me ignoró por completo, como si me dijera: «Apártate, no te conozco». Finalmente me dijo que Alia había sido detenida y que había que buscar a *haya* Suad. Yo sentía ya la quemazón de las esposas en las muñecas y no encontraba a nadie que pudiera hacer llegar un mensaje a Bakr. Sola, envuelta en negro, salía por la mañana para caminar por las calles. Abandoné la facultad lamentando mi indiferencia ante el olor de la bata blanca que tanto había alegrado a mi madre cuando me la puse por primera vez. Aquel día había salido de mi habitación con el brazo estirado simulando que iba a tomarle el pulso con gestos grandilocuentes que hicieron desternillarse de risa a mis tías y nos indujeron a creer que el futuro no era tan negro como nuestras ropas.

Todo el mundo se ocupó de Wissal a su llegada. Zahra la abrazó con efusión. Wissal llevaba un vestido largo, elegante y decente, y un pañuelo al estilo oriental; se tomaba en serio su arrepentimiento y su deseo de hacer la peregrinación a La Meca. Mariam recibió a nuestra huésped primero con reticencia y finalmente con calidez. La casa recobró parte de su vida pasada, la agitación, las risas y los olores de cocina. Las cadenas de Marwa sublevaron a Wissal, que solicitó para ella el perdón que los demás le negaban, incluido Omar, que había pasado por casa como una exhalación para partir enseguida a Beirut y otros destinos. Habíamos perdido su rastro, vivía obsesionado por el miedo a morir. Cerró la tienda y nos informó de que mi padre se había entregado a la bebida, la pesca y el silencio.

Wissal se sentía orgullosa de Zahra, de su firmeza, de su convicción de que Dios mantenía el miedo alejado de su vida. Tras lanzarse mutuos reproches, las dos consiguieron relajarse y fueron a los zocos

con Mariam y Radwan, que hicieron caso omiso de mi existencia y de mi exhortación a no acoger en nuestra casa a una mujer de mala vida. Mariam me gritó a la cara que tuviera temor de Dios y que hiciera introspección para ver la fealdad que se ocultaba en mi interior. Aquella noche me sentí como una bomba fétida, quise estar sola y llorar mi imagen perdida de muchacha amante de la vida y la tolerancia. Mariam oyó mis sollozos y vino a abrazarme con el cariño de una madre, y pensé hasta qué punto necesitaba amor y compasión.

Mariam me llevó al hammam, y dejamos a Marwa encadenada a su cama, sin experimentar ningún sentimiento de culpa o de piedad. La habíamos oído preguntar por Nazir a los soldados de las Brigadas de la Muerte, que no dejaban de realizar incursiones en nuestra casa y sembrar el desorden por doquier. Sonrió de alivio cuando le respondieron que no estaba muerto, que sus heridas eran superficiales. Le envió un mensaje a través del joven oficial para comunicarle que la tenían prisionera a causa de su amor. Sorprendido y conmocionado al ver a aquella mujer rodeada de mariposas disecadas y encadenada a una cama, el oficial regresó al cabo de dos días acompañado de dos soldados, fue directamente a la habitación de Marwa y le entregó una carta sellada. Le tendió la mano con todo el respeto debido a la esposa de un oficial del más alto rango. No pudimos arrancar a Marwa la carta de las manos, y Zahra, que estaba al corriente de todo y guardaba con ferocidad los secretos de su amiga, hizo oídos sordos a las preguntas de Mariam, cambió de conversación y se puso a hablar de la visita de Wissal al hammam.

La visita al hammam me sirvió para comprender realmente qué significaba la palabra seducción. Wissal masajeó el cuerpo de Mariam con la maestría de una mujer que había conocido la vida. Mariam resucitó. Estaba casi ausente, como perdida en brazos del hijo del samarcandés, lamentando haber sacrificado su vida. Envuelta en los efluvios de laurel en el agua caliente, Wissal nos contó su vida utilizando algunas palabras en inglés que yo conocía. Nos sorprendía estar tan relajadas y temíamos mirarnos a la cara, pues no queríamos vernos obligadas a descubrir que nuestro solaz era efímero. Deseábamos olvidar la pesadilla en que vivíamos. Revivir ese antiguo ritual, ese grupo de mujeres guiadas por un ciego constituía una

verdadera fiesta, al igual que nuestra reunión de los viernes alrededor de la mesa del desayuno era un milagro. Abandoné nuestro compartimento en busca de la niña que había sido y de los pasillos por donde antaño me había perdido. No vi acercarse a Hanah, que me susurró al oído la hora y el lugar de la reunión en la que yo debía participar a toda costa. Los vapores del agua caliente me asfixiaban, no quería que nadie pudiera leer el terror en mi rostro. Ya me veía entre rejas, imaginé el sabor de las cadenas y pensé en Marwa. Quise pasar una noche a su lado, pero me dijo secamente que me largase y la dejara con su espera. Yo la observaba de lejos y, durante unos breves instantes, me parecía que se había acostumbrado a sus ataduras. Caminaba arriba y abajo por su habitación, se pasaba horas mirando el cielo desde la ventana. Su mutismo con nosotras tenía visos de desprecio, sobre todo cuando la oíamos reír con Wissal, que compartía su cuarto y que por la noche le cantaba temas de Frank Sinatra. Cuando le tradujo la letra de «If You Go Away», Marwa no se cansaba de pedírsela. Se detenía largo rato en una estrofa que se sabía de memoria y que cantaba alargando las vocales, lo que hacía reír mucho a Wissal.

Wissal sabía escuchar y hablaba con comedimiento. Rápidamente se integró en nuestros sueños y deseos, y le contó su vida a Mariam trazando la imagen de una pobre mujer solitaria que fue deseada por miles de hombres desde el caravasar Córdoba hasta Londres y Nueva York, adonde llegó en un barco mercante en compañía de un marinero español. Los ojos tristes de este la habían hecho creer sus palabras de que la buscaba desde hacía mil años; los sollozos a su puerta, su forma de tirarse al suelo para besarle los pies despertaron en ella sueños de viajes por el litoral del Atlántico. La vida con aquel hombre le recordó sus días con Jalil, a quien afirmaba haber amado y llorado durante largas noches, en las que asimismo echaba terriblemente de menos a Zahra. Cuando más tarde recibió las cartas de su hija, comprendió que había dado al traste con su sueño de un hogar cálido en el que habría pasado la vejez entre el bullicio de sus dos nietos. Estos se habían acostumbrado a su presencia, ya no lloraban cuando se les acercaba para acariciarlos o limpiarles la boca. La habían observado largo rato a su llegada a la casa, cuando ella abrió las maletas y les entregó regalos

como habría hecho cualquier abuela a su regreso de un prolongado viaje. Tomó su álbum de fotos, envuelto en terciopelo, y les mostró las fotos de su madre cuando era pequeña para convencerlos de que en verdad era su abuela y no una mujer que estaba de paso en su vida. Ellos intercambiaron miradas con su madre antes de precipitarse en sus brazos. La fogosidad de los críos la llenó de gozo; los sentaba a su lado a la mesa, les enseñaba a utilizar el cuchillo y el tenedor como es debido y a comer pausadamente según los buenos modales ingleses. La insistencia de Wissal en hacerles llevar corbata y la rapidez con que los niños aceptaron ponerse el cabestro, como ellos dijeron, sorprendieron a Mariam, que se sintió un poco celosa; le preocupaba la complicidad de Zahra para salvar a los dos chiquillos de aquel infierno y garantizar su futuro lejos de aquel hedor a muerte que se había abatido sobre la ciudad.

Zahra estaba desesperada, se abandonaba a sueños insensatos. Deseaba poner orden en su vida, lejos de Bakr y de sus febriles ambiciones. Había escuchado su voz susurrante cuando afirmaba con seguridad que estaba a punto de materializarse el Estado islámico, de iniciarse la era de la pureza, y lo había creído. Pero entonces estos sueños se mezclaban con sus caricias y ahora la había dejado sola.

Gracias a esos recuerdos y a sus sueños con Bakr, Zahra soportó que la llevaran esposada más de veinte veces a uno u otro departamento de los servicios secretos, donde las palabras vulgares de los hombres la describían como la disoluta mujer del traidor. Sufrió los azotes con cuerdas de cuatro trenzas que le desollaron la espalda, serena porque no conocía las nuevas guaridas de Bakr.

Recuperó algo de confianza cuando un emisario le trajo un breve mensaje: «Estoy fuera del país. Os echo mucho de menos a los niños y a ti». Las discrepancias de Bakr con el comité directivo habían conducido a un callejón sin salida el día en que acusó a sus amigos de haber permitido que la ciudad de Hama declarase la yihad. Zahra apretó el mensaje contra su corazón y se sintió por fin apaciguada; se echó a reír como si hubiera recibido un regalo del cielo. La última vez que tuvo que ir a un departamento de los servicios secretos, ni los insultó ni la torturaron; se limitaron a mirarla con desprecio mientras Zahra permanecía sentada, muy tranquila, en el despacho del

inspector, que la informó de que tenía prohibido abandonar el país. Ella comprendió por su actitud relajada que él había ganado la partida y asintió con la cabeza. Era preciso admitir que la lucha tocaba a su fin, debía poner orden en su vida de mujer casada con un hombre que acababa de escapar a una muerte segura. Mariam reaccionó a la carta de Bakr con un acceso de llanto al pensar en Hussam, que yacía en los laberintos de la cárcel del desierto, adonde lo habían conducido junto con miles de sus camaradas para hacinarlos en celdas insalubres en las que no distinguían ni el paso de las estaciones ni la sucesión del día y la noche.

La inmensa casa se encogió de forma extraña, yo me decía que Bakr me había abandonado, pese a su insistencia en que me reuniera con mis padres en Beirut. Mi padre se negaba a escuchar las noticias que mi madre oía por la radio y le transmitía cuando él regresaba de pescar al amanecer; él no la escuchaba, como si ella se dirigiera a algún otro, se tumbaba en la cama y se sumía en un sueño profundo, preñado de decepción y amargura. Al despertar se vestía a toda prisa y salía para instalarse en su cafetín habitual recordando su despreocupada juventud, cuando apostaba con sus camaradas para ver quién bebía más botellas de arak tras haber acompañado a Abdelhamid al-Sarraj en sus incursiones nocturnas.

Yo me dedicaba a vagar por las calles. Ignoraba que la tragedia tuviera aquel sabor, ya no reconocía los lugares, me sentía completamente desamparada y necesitaba el odio para recobrar parte de mi equilibrio. Marwa me observaba ir y venir por el patio, resignada a un destino que me eludía; ante sus ojos me sentía como en una tabla de madera perdida en un mar embravecido. No me atrevía a mirar sus cadenas, que ninguna de nosotras había intentado romper. Marwa nos torturaba con su silencio, actuaba como si no existiéramos, comía en la mano de Wissal, y desdeñaba también las súplicas de Radwan para que de nuevo formara parte de su coro, pues consideraba que el canto la salvaría y rescataría nuestro hogar. Radwan echaba de menos a Safah y a mi abuelo. Nadie se ocupaba de Radwan; Mariam ya no se fijaba en su ropa sucia, que le hacía parecer un vagabundo en lugar del sirviente limpio y pulcro que defendía ferozmente a sus amos. Se quedaba sentado cerca del pilón con la mirada extraviada,

escuchando el trino de las golondrinas. Ya no se levantaba para anunciarnos la llegada prematura de la primavera; se limitaba a escuchar el silencio que reinaba de pronto por encima de las puertas que ya no abríamos.

Mariam pidió ayuda a Wissal para convencer a Marwa de que permitiera que le quitaran las cadenas, con las que parecía disfrutar. Había compuesto una canción en la que las alababa y describía su sufrimiento; tuvo que cantarla a coro con Radwan en una compañía teatral imaginaria ante un público sordo para que a cambio él cantara su poema. Radwan trató de recuperar el buen humor, pero desde el principio sus palabras parecían frías y tristes, daba la impresión de que su voz se debilitaba y ya no tenía fuerzas para guiar por la calle a las mujeres de la familia. Se equivocaba en la versificación y, no obstante, Marwa lo felicitaba para animarlo a que continuara escribiendo la epopeya de una enamorada a la que su familia había encadenado.

Radwan salió en busca de sus compañeros y, cuando los encontró, vio que se habían afeitado el rostro como gallos desplumados y que llevaban traje y corbata. Sus movimientos circunspectos revelaban que las mezquitas ya no eran lugares seguros para sus actividades, invocaciones y celebraciones improvisadas. Trató de devolverlos al canto, oyó pacientemente sus poemas elegíacos. «Todo ha acabado», se dijo Radwan tras salir de la mezquita de los Omeyas y dirigirse hacia el zoco. Se detuvo ante la tienda de mi abuelo, con los candados oxidados y su gloria ya desaparecida, y se sentó en el suelo con la esperanza de oír los gemidos de Jalil, la risa de Omar o los pasos de mi abuelo.

Rehízo el camino que había recorrido con mi abuelo por última vez y contorneó la ciudadela antes de regresar a casa. Arrastró las arcas hasta el patio, las abrió y empezó a romper sistemáticamente todos los frascos de perfume, cuyas fragancias se esparcieron por el aire y se confundieron con los sollozos de Mariam, que intentaba detenerlo tirando de él con fuerza. Radwan abandonó sus frascos, volvió a su cuarto y se negó a salir para despedirse de Wissal, que le cogió un frasco cuyo aroma le recordó las flores silvestres y raras con las que Jalil le había confeccionado collares un día, cuando se encontraban en las proximidades de Mosul. Wissal apreció la generosidad de Mariam,

que le regaló la pequeña alfombra de Bakr para que se la llevara de recuerdo a Londres. El rostro de Zahra resplandecía; al parecer, el día anterior había llegado a un acuerdo con su madre sobre un montón de cosas. «Ahora tienen sus secretos», le comenté a Mariam, que se levantó, se tomó el café sola, rezó sus oraciones y se puso a preparar sabrosos manjares para los ausentes. Radwan se los llevó al día siguiente y los repartió entre las familias pobres. No se detenía a escuchar sus palabras de agradecimiento, depositaba los platos de carne guisada delante de las puertas, llamaba y luego proseguía su camino con desenvoltura.

Mariam añoraba las disputas que antes tenía con él, le preocupaba su silencio y su miedo a morir. Sus manos temblaban cuando buscaba a tientas el vaso de té después de que ella le hubiera ordenado que acudiera junto a la fuente. Mi tía intentó recuperar las costumbres y los rituales de los que podía enorgullecerse ante Wissal, que había enseñado a sus dos nietos algunas frases en inglés y despertado en ellos cierto sentimiento de fría altanería que habría de acompañarlos toda la vida. Wissal se había ganado su afecto mientras que Mariam acumulaba fracasos.

Yo estaba al acecho de cualquier noticia sobre Hussam, que nos necesitaba. En las ciudades se multiplicaban los encuentros de mujeres para intercambiar novedades recogidas en las cárceles donde se encontraban sus hijos y maridos, que creían que iban a terminar sus días entre aquellos muros. Se habían acostumbrado a los olores y a las sesiones de tortura, a las que acudían sin protestar.

Frente a todos estos sueños rotos, me refugiaba en mi habitación y me quedaba sentada en la cama, con la vista clavada en la alfombra de la pared como una budista, postrada, paralizada, antes de sumirme en un sueño del que no me apetecía despertar.

Marwa recibió otra carta y se la ocultó incluso a Zahra, que todos los días acudía junto a su padre para ocuparse de él. Jalil estaba muy enfermo y no podía levantarse de la cama tras haber sufrido un infarto. Cuando despertaba, preguntaba por mi abuelo; en los momentos de delirio lanzaba invectivas contra Dios o enumeraba las cualidades de Wissal, y en los momentos de lucidez sollozaba y escupía al rostro de su mujer, que lo dejaba sin alimento para

castigarlo por haber evocado a Wissal. Las discusiones entre la esposa de Jalil y Zahra se volvieron más enconadas, hasta el punto de que esta pidió permiso a Mariam para trasladarlo a nuestra casa a fin de que muriera en ella; propuso que se alojara en la habitación de Radwan, que admiraba la historia de Jalil y le pedía sin cesar que se la contara con las mismas palabras y las mismas frases. Impasible, Mariam guardó silencio pensando que Jalil no era tan viejo, pero la insistencia de Marwa en solidaridad con su amiga la impulsó a dar su conformidad. Mariam veía en ello un medio para ablandar a su hermana, que empezaba a abandonar el mutismo sin por ello dejar de aferrarse a sus cadenas por respeto a la voluntad y el prestigio de Bakr, o al menos eso creíamos. En efecto, ignorábamos las visitas secretas que casi a diario efectuaban los soldados de las Brigadas de la Muerte a nuestra casa; venían a echar una rápida ojeada a nuestras cosas y pasaban unos minutos con Marwa antes de irse. Esta parecía recibir a unos amigos íntimos. Había recuperado la costumbre de tomar el café con Mariam, la ayudaba de buen grado a pelar cebollas, machacar ajos y preparar berenjenas rellenas, que a Jalil le gustaban especialmente, hasta el punto de que había enumerado dieciséis maneras distintas de cocinarlas a su mujer, que no compartía su pasión culinaria.

Radwan prorrumpió en sollozos cuando llevaron a Jalil en una camilla. Compartió con él su habitación amablemente y untó el cuerpo del anciano con aceites perfumados. Los cuidados que Zahra prodigaba a su padre le hacían acordarse de Safah, que se mostraba muy afectuosa con él en sus cartas. Mi tía le escribía a él personalmente cuando Radwan se quejó de que lo descuidábamos y él le prometió componerle una colección de poemas cuyos versos serían elegidos entre las perlas del lenguaje. Safah no ahorraba elogios a su esposo Abdallah, que viajaba a Afganistán y a Estados Unidos en misiones secretas cada vez más frecuentes. Los encuentros privados del Abdallah con el príncipe llenaban de orgullo a mi tía, que se complacía al ver las miradas admirativas cuando lo describían como el combatiente por la causa del islam contra los soviéticos infieles, cuya supremacía, ejercida a sangre y fuego sobre un pueblo musulmán, era preciso quebrar. Los salones de los príncipes se abrían para Abdallah, cuya presencia en uno de ellos constituía un honor; le bastaba con

mencionar los donativos concedidos por sus congéneres para recibir otros más importantes que les permitirían comprar el paraíso. Aquel embajador plenipotenciario que gozaba de numerosos poderes no había olvidado su amistad con Bakr, a quien fue a visitar en Londres; se quedó las tres noches siguientes para analizar los acontecimientos. Intentó convencerlo de que se marchara con él a Afganistán, pero Bakr no podía olvidar a los amigos cuyos cuerpos habían volado hecho pedazos por los aires y cuya sangre había caído como hollín sobre su amada ciudad. Abdallah trató de aplacar el resentimiento de Bakr hacia sus camaradas del comité directivo por haber aplazado la movilización general, que en su opinión habría logrado destruir el régimen y el poder de las Brigadas de la Muerte y poner fin al conflicto.

La segunda noche Abdallah escuchó una vez más sus críticas contra la dirección de la Organización, incapaz de reclutar a los miles de jóvenes voluntarios que creían en la existencia del Estado islámico; Bakr añadió con amargura que habían sido unos títeres en manos de los presidentes de los países vecinos. Abdallah no dijo nada, pero le sorprendió la fragilidad del hombre que tenía delante. Al tercer día Bakr tuvo fiebre alta, y el médico al que llamaron a toda prisa le recomendó reposo absoluto e inmovilidad. Convencido de que su amigo estaba en buenas manos, Abdallah cogió el avión a Washington, y mientras sobrevolaba el océano pensó en el sueño que lo había hechizado cuando viajaba con Bakr en busca de la alfombra del príncipe: había que convencer a toda costa a los americanos de que organizaran un ejército islámico único para liberar a todos los países árabes del yugo comunista y expulsar a los soviéticos de Afganistán. Cerró los ojos y evocó la imagen de Safah, que lo colmaba con su bella presencia femenina desde que Zeina estaba ocupada con los concursos de poesía nabatea y las partidas de caza en compañía de sus tíos o de las princesas. Zeina dejaba a los niños al cuidado de Safah, que los integró en el conjunto de sus ocupaciones; los llevaba a los zocos y bromeaba con ellos con tanto cariño que empezaron a llamarla mamá. Ella amaba esa palabra, posaba la mano en su vientre redondeado y recordaba su antojo de dátiles al principio del embarazo. La dicha de Safah no era completa, pues le preocupaba nuestro destino, que había

entrado en un túnel oscuro. Echaba de menos a Radwan y añoraba las conversaciones con Marwa. Se lo comentó a Abdallah cuando él regresó de Washington; su marido la tranquilizó respecto a Bakr y le dijo palabras de amor rebosantes de procacidad. Se sentía en plena forma, aunque no había pegado ojo en todo el trayecto; el agua caliente y el café le habían aclarado las ideas.

Seis horas más tarde, alguien llamó a la puerta de su habitación en un modesto hotel donde le habían indicado que se hospedara. Entró un cincuentón que hablaba con fluidez el árabe; se presentó como el enviado de la CIA, le hizo algunas preguntas y le dijo que descansara hasta la noche antes de salir de su cuarto. Abdallah se acostó y reflexionó sorprendido acerca de tantas precauciones. Las preguntas del emisario sobre su relación con los responsables rusos y sobre sus camaradas de Adén le hicieron pensar que su trayectoria pasada tenía importancia a sus ojos. Cuando llegó el momento, salió tranquilamente del hotel, paró un taxi y le dio la dirección. De pronto lo invadió una sensación de hastío y deseó marcharse de nuevo a Riad.

Su intuición se reveló acertada cuando se encontró sentado a una mesa frente a Philip Anderson. Este poseía un rostro de asesino profesional, rasgos inexpresivos y una mirada glacial; le propuso que se incorporara a su equipo de espías y le concedió el privilegio de escoger los lugares donde le gustaría trabajar, desde Moscú hasta Riad. Sacó de su cartera un dossier de ciento ochenta páginas y le permitió hojearlo; Abdallah vio que era su biografía completa. Sonrió y se ofreció a comprar aquel dossier para que lo ayudara a escribir sus memorias. Philip Anderson no apreció el humor de Abdallah. En un arrebato de cólera, Abdallah se levantó de un brinco y con pocas palabras hizo entender a su interlocutor que él era un político, no un mercenario, y que estaba convencido de la necesidad de combatir a los impíos, de expulsarlos de Afganistán. Ironizó sobre el punto de vista que tenían los norteamericanos de la situación. Acto seguido abandonó la habitación con un breve gesto de saludo.

Con las manos en los bolsillos, Abdallah silbaba como un turista que se detiene a mirar escaparates. Entró en un restaurante aislado para cenar con Saleh, el estudiante al que había educado en el seno del Partido y para el que había conseguido todas las becas posibles e

imaginables, hasta que llegó a ser un hombre importante que trataba de convencer a los norteamericanos de que mejorasen el nivel de la representación diplomática en Adén. Abdallah le preguntó con calma: «¿Por qué me has traicionado?». Apartó el vaso de whisky con soda y pidió un escalope de pollo y una ensaladilla rusa. Saleh carraspeó y pronunció unas frases deshilvanadas sobre el historial de conflictos en el seno del Partido. Abdallah comía pausadamente mientras se decía que su alumno se ahogaba en un laberinto de palabras; solo rompió el silencio cuando Saleh lo sorprendió anunciándole que sus antiguos camaradas lo invitaban a volver al Yemen y le tendió una carta firmada por el director de los servicios secretos, su antiguo camarada y compañero de piso durante cuatro años en Moscú. Abdallah la cogió, la rasgó en mil pedazos y escupió al rostro de su antiguo alumno, que se quedó estupefacto ante la metamorfosis sufrida por su profesor, que en el pasado le había inculcado las reglas de la diplomacia, el arte de sonreír ante los enemigos y de buscar los puntos débiles en sus ojos. Saleh se secó el salivazo y siguió tomándose el whisky como si el incidente fuera un saludo especial al uso en un país remoto. Se reprochó haber informado a Adén de su cita y rememoró los mejores momentos de su vida, cuando Abdallah lo conoció en una reunión del Partido y reparó en su futuro talento de demagogo. Abandonó el restaurante y deambuló por una calle concurrida, con la mirada ausente y el corazón triste, rememorando sus pasadas conversaciones, que con frecuencia se prolongaban hasta la mañana. Recordó que Abdallah lo había enviado a estudiar derecho a la Universidad de Damasco provisto de cartas de recomendación para responsables sirios con los que jugaba al backgammon y a los que enseñaba a mascar *qat*. Hizo que le dieran un nombramiento en Asuntos Exteriores, donde llamó la atención de todos los responsables por su talento. Saleh sentía que se ahogaba y al final envió un largo informe dando a entender lo procedente de asesinar a Abdallah, que vendía los secretos del Partido a los norteamericanos a cambio de que proporcionaran armas a los árabes para combatir al gobierno afgano aliado.

Al volver al hotel ya entrada la noche, Abdallah se encontró con que Philip lo esperaba en la habitación contigua a la suya. Así comenzó su entendimiento, que se transformó en una amistad que costaría a Philip

Anderson todas sus ambiciones de ascender en la CIA. Pasaron toda la noche hablando de las necesidades de los muyahidines. Philip comprendió las concernientes a información y armamento. Los cuatro días que Abdallah pasó en Washington bastaron para que Philip reconociera la importancia de aquel hombre, cuyas ideas, precisión, elegancia, vastos conocimientos y pasión por las antigüedades ya respetaba.

A Abdallah no le sorprendió ver a Safah esperándolo en el aeropuerto con sus hijos, que celebraron su regreso y le pidieron sus regalos. Por la noche no necesitó mucho tiempo para convencerlo de que debía ir a Alepo para dar a luz.

La necesitábamos tanto… Safah sopló sobre nosotras como una brisa fresca en plena canícula, sonriente, afectuosa y cálida. De pie en el umbral de su habitación, Radwan esperó a que lo llamara, y ella no tardó en hacerlo. Vio la sonrisa triste de un hombre abatido al que apenas reconoció. El estado de Jalil, postrado en el lecho, y el espectáculo de nuestra casa convertida en un lugar de convalecencia o de muerte le resultaron extraños. No necesitó mucho tiempo para comprenderlo todo; sobre todo la decepcionó ver a Marwa feliz con sus cadenas, a la espera de que las mariposas despertaran para liberarla. Compartimos a Safah, que tomó el té con Jalil y Radwan en la habitación de ambos, desde donde nos llegaron los ecos de sus risas, y oímos a Radwan recitar sus himnos por primera vez desde hacía mucho tiempo. Con Safah recuperó el buen humor y su despreocupación de hombre. Yo percibía su amargura por haber malgastado la vida a nuestro lado, pese a sus abortados intentos de marcharse sin avisar.

¡Qué difícil es estar solo! ¡Qué difícil es observar que la soledad constituye un destino eterno que se aferra como un tatuaje al brazo! Los cuidados de Zahra y la presencia de Safah alegraron a Radwan, lo devolvieron tímidamente a nuestra mesa y le permitieron albergar la esperanza de una vejez digna. Sin embargo, Safah no logró convencer a Marwa de que se sentara con nosotras, pese a las lágrimas sinceras de Mariam y sus súplicas de que perdonara nuestra dureza. Intercambiamos los papeles del odio, cuyo sabor amargo percibíamos en las miradas que Marwa nos dirigía a Mariam y a mí. Mariam

parecía la madre de todas, había perdido su brillo, justo antes de haber cumplido cincuenta años. Por la noche, los ensueños la torturaban siempre, en ellos el hijo del samarcandés regresaba con su dulce sonrisa y su perfume como un lejano recuerdo. Su imagen se mezclaba con la de otros muchos hombres, y yo sospechaba que uno de ellos era Radwan.

Fue un año difícil durante el cual vimos a Mariam pedir perdón a Dios, implorar la extinción de su deseo y sentir vértigo al preguntarse por qué no se había casado y no se había ahogado en los placeres. En nuestra presencia, recuperaba el dominio de sí misma y daba gracias a Dios por no haber conocido el sabor letal de los hombres, que, si llegaba a faltar, transformaba en rameras a las muchachas de familias honestas. Sus conversaciones con Safah se volvían tediosas; esta las soportaba con mucho cariño y con la estima debida a la hermana mayor, que se comportaba como una madre con todos los niños de la familia y como una abuela cuyos sueños se habían desvanecido.

Safah pasó una noche en mi habitación charlando conmigo como si fuéramos amigas íntimas, y su ternura me hizo feliz y me ayudó a recuperar el equilibrio. No protesté cuando abrió mi armario, me riñó por descuidar mi cuerpo y tiró al suelo mis vestidos de tela basta, que se parecían a los de Mariam; me regaló dos frascos de perfume que no utilicé hasta años más tarde. Le pregunté por Abdallah y respondió brevemente antes de volver a mis problemas. Comprendió mi inquietud y mi miedo a una detención que me había obsesionado durante mucho tiempo tras haber oído hablar de las torturas a las que se exponían miles de nuestros jóvenes: miembros y cráneos fracturados, asesinatos, desapariciones, etcétera. Vi un camión militar que recorría la calle de Baron exhibiendo seis cadáveres de nuestros muyahidines, con un sonriente soldado de las Brigadas de la Muerte que señalaba con el dedo sus ojos apagados. Detrás del camión, un coche BMW arrastraba un cadáver atado a un cable que el asfalto de la calzada despedazaba despiadadamente, mientras el conductor bromeaba con el sonriente copiloto. Ahora que estaban seguros de su victoria y de nuestra derrota, sus desplazamientos por la ciudad eran más resueltos, más audaces, y tenían la sensación de haber escapado definitivamente de la muerte.

Un día, Marwa regresó a su silencio y cerró la puerta y la ventana tras recibir la última carta. No abría la puerta a nadie, y por todo alimento tomaba unos cuantos dátiles y una jarra de agua. Tres días más tarde, Nazir llegó cojeando, apoyado en una muleta y acompañado de un jeque, dos testigos y tres soldados. Marwa les abrió la puerta tras haberse arreglado como una novia. Se miraron sonriendo. Uno de los soldados le cortó las cadenas con una sierra metálica y todos salieron al patio. Mientras el jeque iniciaba la celebración de la boda, Mariam se golpeaba la cabeza con el zapato ululando; luego se dejó caer a los pies de Nazir y le suplicó que no abriera el grifo de sangre, pues anegaría a todos. Safah cogió a Mariam de la mano y la llevó a su habitación. Nazir se sacó del bolsillo trece cartas de amor escritas por Marwa a las que él había respondido. Rebosaba dulzura mientras trataba de explicar su deseo de contraer matrimonio pese a la diferencia de credo religioso. Yo no podía soportarlo más; me habría gustado tener una pistola o un fusil para vengarme de Marwa, que mostraba una sonrisa beatífica. No protestó cuando él alargó la mano para quitarle el velo; al contrario, sacudió su larga melena como una gitana, y una agradable fragancia emanó de sus cabellos. Un soldado cogió la pequeña maleta de Marwa, que nos saludó con un gesto de la mano al abandonar la casa con la vacilación de una recién casada, sin despedirse de ninguno de nosotros, todavía atónitos por la escena que acababa de desarrollarse ante nuestros ojos. Zahra se quedó algo rezagada y no intentó explicarnos qué ocurría; recogió las cadenas para guardarlas en el armario vacío, cuyas puertas habían quedado abiertas. Marwa se había llevado la foto de mi abuelo, su pequeña alfombra y algo de ropa; dejó el resto amontonado sobre la cama a fin de hacernos saber que abandonaba nuestra vida para siempre.

Mariam salió de casa como una loca, yo la seguí, asustada por su frenesí. Entró en tromba en casa de Salim, que estaba sentado en su habitación, ahora desprovista de muebles, con excepción de una estera y dos cojines depositados en el suelo. Alrededor de mi tío había varios pebeteros, de las paredes colgaban tiras de tela verde, y en una mesa baja se amontonaban numerosos ejemplares del Corán, de todos los formatos. Parecía una vivienda abandonada. Mariam no respondió al

saludo de su cuñada, que a mí me pareció que estaba loca de remate al verla menear la cabeza e invocar a Dios para que nos protegiera a todos, mientras sus hijos, vestidos con caftanes de tela basta, compartían una hogaza de pan negro y un cuenco de sopa como unos menesterosos. Yo no los reconocía ya, como tampoco reconocía el aspecto de la casa de mi tío Salim. Mariam lo agarró por la camisa, lo sacudió y le suplicó que hiciera algo para salvar su honor mientras él se retorcía las manos como un alucinado, sin entender realmente lo que se le decía; se limitó a invocar al Señor y a protegerse la cabeza como si unos hombres de mala catadura le estuvieran tirando piedras en un callejón sin salida. Mariam lloró y le habló del rapto de Marwa, dijo que su hermana era una desvergonzada y una traidora a la que había que degollar. Mi tía, rabiosa, estaba irreconocible. Salim escuchó su vehemente discurso, del que ahora se sentía demasiado alejado, y luego volvió a sumirse en la lectura del Corán. Mariam se lo arrancó de las manos y lo estampó contra la pared vociferando que tenía que levantarse y volver al mundo para darse cuenta de lo que nos estaba ocurriendo. Mi sangre se coaguló de horror. Salim recogió las páginas del Corán dispersas por la habitación, las besó sollozando y calificó a Mariam de impía y de demente. Su mirada me dio miedo cuando nos observó como a dos mujeres de mala vida antes de abandonar la habitación para correr a refugiarse en la mezquita vecina. Se sentó con las piernas cruzadas junto a la cabeza del santo enterrado en el patio para lamentarse de su suerte y compadecerse de Mariam, que, vencida por la vida, acababa de cometer el sacrilegio de arrojar las páginas del Corán.

Mariam se encomendó a Dios y poco a poco recobró la calma mientras caminaba apoyada en mi brazo hasta la casa del jeque Daguestani, quien la escuchó atentamente, meneó la cabeza y prometió hacernos una visita. Necesitábamos que nos visitaran personas ajenas a la familia a las que pudiéramos confesar nuestra debilidad y nuestro odio a la comunidad a la que Marwa acababa de unirse dejando tras de sí las ilusiones de nuestra virtud.

Durante largos días pensé en lo ocurrido como si fuera una pesadilla o una broma de muy mal gusto. Sin embargo, el vacío de la habitación de Marwa y su ropa, que Mariam había dado a los pobres como si

hubiera muerto, no dejaban lugar a dudas sobre la verdad. Cogí algunas fotos de Marwa del álbum familiar y las quemé; Mariam me miró con el rabillo del ojo, disgustada, y Safah corrió a salvar el resto antes de que mi venganza quedara satisfecha.

Todo se volvió sombrío para Mariam. Ahora dominaba a la perfección el papel de sorda cuando la conversación le desagradaba. La boda de Marwa la había trastornado, la hacía replanteárselo todo de nuevo. Vino Omar, y su risa, que llevábamos mucho tiempo sin oír, resonó por doquier. Mariam le refirió todos los detalles del asunto, él le dio unas palmaditas en la mano burlándose de nuestro escepticismo y nos contó que había visitado a su hermana, que había conocido a su marido y que se habían hecho amigos. Comprendí que Mariam estaba irremediablemente sola; sus sueños habían muerto a su pesar, solo le quedaba espantar a las moscas de los platos de mermelada que ya nadie comía y cuyos tarros se amontonaban en la despensa.

Los primeros días tras la partida de Marwa fueron duros. Zahra curaba las úlceras de su padre y ayudaba a Safah a preparar la canastilla de su futuro bebé; yo también me ocupaba de Jalil, y eso me acercó a Zahra, cuya amistad hacía mucho tiempo que echaba de menos. Radwan me ayudaba a darle de comer y yo le leía la sura de la Vaca intentando salmodiar según las reglas. Radwan me felicitaba asintiendo con la cabeza y me acompañaba a coro en una especie de elegía dedicada a un hombre querido cuyo delirio entrecortaba nuestra recitación. Era como si lo hiciéramos por nosotros mismos, no por la paz de su alma, de la que esperábamos que emprendiera el vuelo. Se encontraría con tantas otras que en los últimos meses se habían apresurado a abandonar el cuerpo, de tal modo que Alepo se había transformado en una ciudad de lamentaciones, funerales apresurados y elegías silenciosas.

Vi con mis propios ojos cómo el joven Samir al-Nayrabi, al caer en la emboscada que le había tendido una patrulla de los servicios secretos, se metía en la tahona de Bab al-Nasr y se arrojaba al horno. Locos de rabia, los soldados vaciaron los cargadores sobre su cadáver carbonizado, entre exclamaciones de «¡Dios es grande!» proferidas por los aterrorizados transeúntes. El panadero se vio asaltado por las pesadillas y no pudo salir de casa durante todo un año. Después

regresó a su pueblo, donde apacentaba ovejas y huía de los niños que lo perseguían burlándose de él. También vi a la madre de Samir correr descalza por las calles maldiciendo a los hombres del Partido y sollozando amargamente. Los niños la seguían con el puño en alto, como si dijeran adiós al viento. Cuando los soldados le impidieron tocar las cenizas, les escupió en la cara. No me atreví a acercarme a ella, pues sabía que toda palabra resultaba vana. Recordé el rostro demacrado de Samir al-Nayrabi cuando nos cruzábamos en los pasillos de la facultad y él evitaba mirarme o proporcionarme cualquier indicio sobre su adscripción. Hussam, que tenía un año más, había trabado amistad con él e iban juntos a la piscina. Mi hermano consiguió transformar a aquel joven disipado que perseguía a las chicas a la salida de la escuela en un defensor absoluto del Estado islámico y, finalmente, en mártir. Su madre profesó una hostilidad perpetua hacia nuestra familia; juró vengarse de nosotros y de los soldados de las Brigadas de la Muerte que habían sitiado su casa y le impedían salir. Abría las ventanas para lanzar sin descanso invectivas contra todo el mundo hasta el día en que, fulminada por un ataque cardíaco, entregó el alma.

Tratábamos con suma delicadeza a Safah, que estaba a punto de salir de cuentas; necesitábamos ardientemente un acontecimiento feliz para recuperar el gusto por la vida. Ella, por su parte, lamentaba haber vuelto a nuestro lado para dar a luz, haber renunciado a las comodidades de su casa saudí, y estaba preocupada por el bebé. La comadrona vino a examinarla en varias ocasiones y permaneció a su lado los últimos días, durante los cuales preparó con Mariam las hierbas aromáticas, las infusiones de anís y las tisanas, así como la ropa perfumada del recién nacido, que a mí me gustaba contemplar. Mariam seguía a Safah como si fuera su sombra, dormía en el suelo junto a su cama; necesitaba ocuparse apasionadamente de alguien para olvidar los acontecimientos pasados.

Hacía mucho tiempo que ninguna mujer daba a luz en nuestro hogar; la comadrona, Mariam y otras mujeres a las que yo no conocía se reunieron en casa. Zahra me ordenó que trajera toallas y agua caliente, y de repente los gritos del recién nacido se elevaron en la

habitación. Ninguna mujer profirió yuyús, como si hubiéramos olvidado cómo se hacía. La alegría se reflejaba en todos los rostros, Radwan reía y de vez en cuando se acercaba a mirar al bebé; lo cogió en brazos y propuso que lo llamáramos Emir. Yo recuperé mis sueños; nos apegamos a la criatura para evadirnos de una ciudad que se hundía en la anarquía.

Todos reprobaron la muerte de un médico famoso que siempre tenía la consulta llena de gente pobre, conocido por su fanático marxismo y su declarada hostilidad a nuestro partido.

El jeque Yamil al-Maaruf fue asesinado por su flagrante simpatía al régimen; sus hijos aprovecharon la ocasión para heredar el cargo y el poder y recorrieron el país a su antojo como compañeros y socios de la corrupción. La gente evitaba las acusaciones políticas, que podían llevar a cualquier persona a los sótanos, donde se pasaría la vida sin que nadie se atreviera a pedir noticias suyas.

El nacimiento del bebé fue positivo para mí: comencé a soñar de nuevo, lo llamaba «mi príncipe», contemplaba la evolución de un ser humano, su desarrollo, sus deditos, su rostro, sus ojos y sus pies. Safah, que un día había desesperado de llegar a ser madre, estaba apaciguada e intentó ponerse en contacto con Abdallah, perdido en las carreteras de Afganistán junto a un grupo de voluntarios que había reclutado en varios países árabes.

La austeridad de Abdallah y sus hombres causó buena impresión a los afganos, que los acogieron de buena gana y compartieron con ellos unos mendrugos de pan, sin dejar por ello de mantener su neutralidad con respecto a las partes en conflicto que ansiaban repartirse el país. Durante varias noches Abdallah no pudo dormir; situó a las tropas de voluntarios en compañía del jeque Nadim al-Salti, cuya sola presencia impedía los combates entre las divisiones. Se había disfrazado de mujer para llegar a Kabul y de ahí a una casa aislada en las afueras de la ciudad, y había hecho un juramento sobre el pan con sus nuevos camaradas. En aquella casa Abdallah anunció a todos los líderes reunidos que los muyahidines árabes no se alinearían con ninguna facción: su misión consistía en proporcionar el apoyo necesario para expulsar a los enemigos y que estos no disparasen ni una sola bala contra un afgano, fuera de la opinión que fuese.

Afganistán era un país olvidado del mundo hasta la entrada de los soviéticos. Los afganos únicamente deseaban alimentar a sus hijos, pero se habían encontrado en un callejón sin salida y convertido en mercenarios de las facciones que combatían para apropiarse de los campos de adormidera, que garantizaban unos ingresos asombrosos. A Abdallah le encantó el país cuando vio sus montañas, sus cuevas y sus llanuras; el silencio que reinaba le venía bien para poner en orden su mente y sus planes. Tras numerosos viajes, había recurrido a toda su sagacidad para convencer a los norteamericanos de que no abandonaran aquel inmenso país a la fatalidad de su suerte. Philip Anderson lo siguió a Pakistán y, como viejos amigos, hablaron de un nuevo islam que no se contentaría con las cinco plegarias y estudiaron juntos cientos de textos que llamaban a construir el Estado del islam. El primer día comieron en un restaurante popular de Islamabad como dos turistas que pretendían comprar joyas tradicionales y seda de Cachemira, regatearon con los vendedores y adquirieron objetos que no necesitaban. Al enterarse del parto de Safah, Abdallah se alegró como un chiquillo e insistió en celebrar el acontecimiento con Philip Anderson en el mejor restaurante de la ciudad para degustar la *kabseh* saudí, y allí se pusieron de acuerdo sobre un cargamento de armas que llegaría a través de intermediarios a los que no se nombró.

Nos despedimos de Safah con gran efusividad y la ayudamos a preparar sus maletas y las del bebé, que se había vuelto indispensable para nosotras, hasta el punto de que nos costó separarnos de él. Tras su marcha, Zahra, Mariam y yo nos quedamos solas y silenciosas. Mariam se desligaba de todo, Zahra se volvió lacónica, realizaba sus tareas domésticas maquinalmente y ya no respondía a mis preguntas sobre la suavidad de la piel de sus talones y la lozanía de su tez. Solo me quedaba volver a mi habitación y a mis sueños, para dibujarlos a mi antojo. Dibujé a Abdallah con turbante y un fusil; entraba en Kabul a la cabeza de un gran ejército, destruía al ejército ruso en los pantanos de arenas movedizas y reducía los cadáveres a meras calaveras que las mujeres ensartaban en collares para colgarlos en el lugar de honor de las casas de adobe de los afganos.

Durante toda una semana tomamos el desayuno en silencio, sin apetito, y luego me encaminaba hacia la universidad tratando de

identificar los rostros con los que me cruzaba. La decrepitud se había infiltrado en todas partes: en las calles, los rostros, los árboles y las esquelas de unos muertos a los que ya nadie llamaba mártires ni víctimas. Pasaba mucho tiempo con Jalil y escuchaba sus desvaríos, cuando describía la vulva de Wissal, que unas veces sabía a especias y otras a piña. Jalil echaba de menos aquella época, vertía lágrimas amargas en presencia de Radwan, quien sonreía como un tonto y contaba sus propios recuerdos de juventud, que nosotras ignorábamos. Una noche oí que le hablaba a Jalil de una muchacha muda a la que había conocido en la mezquita de los Omeyas y a la que había intentado convencer de que podía curarla. Dieron juntos varios paseos que acabaron en un contrato de matrimonio de derecho consuetudinario redactado por uno de sus amigos, que él rompió en mil pedazos seis meses más tarde, cuando la joven ya se sentía apasionadamente unida a él y lo buscaba entre todos los ciegos de la ciudad, que no podían comprender su lenguaje de signos. Radwan explicó que era una mujer pobre que hacía cestos de mimbre que nadie le compraba y que trocaba por hierbas que se suponía la ayudarían a quedarse embarazada de Radwan el ciego. Este había puesto pies en polvorosa para no tener que cargar con una familia cuya miseria no habría podido soportar.

Mientras que la suerte abría sus grutas secretas a Abdallah, cerraba todas las puertas a Mariam, a quien no logró salvar la prolongada estancia de Omar entre nosotras, cuando vino en busca de la seguridad que echaba de menos. Mi tío daba vueltas por la habitación y luego salía de casa vestido con un traje bastante holgado, desilusionado y sin ganas de retozar ni de provocar escándalos. Intentó abrir de nuevo la tienda tras haber perdido mucho dinero en Beirut con personas con las que se había comprometido en transacciones comerciales.

Al principio Beirut pareció un lugar apropiado para el nuevo estilo de vida de Omar, pero la humedad de su clima marino no le convenía. Se sentía extranjero en todo momento, sus amigos habían perdido su alegre ligereza y decidió volver definitivamente a Alepo después de que los servicios secretos le aseguraran que nadie se ensañaría con él. Hizo muchos regalos valiosos a las esposas de los oficiales omnipotentes con el fin de conseguir que se mostraran clementes con

su familia. Así pues, regresó con su equipaje e intentó ocuparse de nosotras, convencer a Mariam de que Marwa no había cometido ningún delito, que la otra comunidad no era nuestra enemiga, sino gente bondadosa con la que podríamos convivir. Sus repetidas visitas a Marwa ya no despertaban nuestra cólera; muy al contrario, constituían el puente que la devolvería a nosotras, a pesar de que aún nos resultura muy difícil tenderle la mano.

Sin embargo, Omar siempre lograba sorprendernos, afirmaba que la vida era demasiado corta para tomársela en serio. Los últimos meses lo habían convertido en un hombre abrumado, como si las cosas se le escaparan de las manos. Su caballo había muerto y no había encontrado a nadie que lo ayudara a enterrarlo; miró con tristeza el cadáver, o lo que quedaba de él después de que los perros callejeros lo hubieran despedazado en parte. Cogió la cabeza y la limpió con alcohol y decocción de anís a fin de utilizarla como copa, de la que se enorgullecía ante los invitados, acostumbrados a sus extravagancias. Abrió la tienda y el olor a naftalina, esparcida generosamente entre las lujosas alfombras, lo invadió todo. Las ratas y las polillas solo habían podido roer una pequeña alfombra que Bakr había encontrado en un mercado de Esmirna y que consideraba la joya de su colección. Había hecho correr por el zoco el rumor de que la alfombrilla de oraciones era un regalo que habían ofrecido al sultán Abdelhamid durante su visita a un famoso jugador de ajedrez. Omar intentó en vano repararla, pero acabó quemándola tranquilamente mientras el humo ascendía por la tienda, miró en silencio a su alrededor y recordó con nostalgia las mañanas de antaño en el zoco, cuando bebía té y cambiaba informaciones sobre los asesinatos cometidos en los barrios interiores de la ciudad, cuyos altos muros no habían podido proteger a los habitantes.

Omar nos dejó para volver a su chalet, ocupado por los soldados de las Brigadas de la Muerte, que habían destruido cuanto contenía, se habían bebido todo el vino de calidad que envejecía en la bodega sin conocer su valor, habían manchado las sábanas y dejado que el olor a patatas cocidas reinara en la cocina. Hizo intervenir a un oficial de alto grado para que los obligara a salir pitando, pero, desanimado al ver los desperfectos, volvió a su piso de la ciudad para vivir solo. No

respondió a las invitaciones de sus amigos. Al no encontrar mejor refugio que nuestra casa para vivir sosegadamente, volvió como un hombre que regresa junto a los suyos tras una larga ausencia. Tomaba el café de la mañana, pedía la lista de la compra y se iba al mercado en busca de productos frescos. Yo nunca habría imaginado que a Omar pudieran interesarle el perejil y el queso; él jamás hablaba con Marian acerca de su estancia en casa y ella, por su parte, suponía que cualquier día liaría el petate y nos dejaría solas una vez más frente a nuestro destino. Sufríamos nuestro parentesco con aquellos varones que habían soñado con los peldaños del palacio presidencial y habían acabado vagabundeando, en el exilio o en la cárcel.

Hussam me pedía auxilio y me preguntaba dónde estaba el libro de química cada vez que lo veía en sueños. Su rostro parecía un pez muerto que olía a podrido en una ribera lejana; luego su cuerpo se descomponía y desaparecía. Entonces me incorporaba en la cama para dibujar una palmera en una playa; mis dedos y mis lápices de colores me decepcionaban, se volvían negros y blancos y entre ambos no había nada, ni relieves ni trazos, apenas un rostro sin pasado, presente ni futuro. Nuestro desasosiego cobraba cuerpo en las conversaciones deshilvanadas, en las mariposas abandonadas de Marwa bajo las tapas de cristal cubiertas de polvo. «Ya solo me queda heredarlas», me decía yo. Tras limpiar las cajas y ordenarlas, me las llevé a mi habitación; las contemplaba durante largas horas para tratar de comprender qué significaban. Radwan no me ayudaba a cazar otras, pues estaba preocupado por Jalil, que en los últimos días se sumía en el delirio. Omar apenas se preocupaba de él, como si esperara su desaparición para desembarazarse del cadáver y volver a ponerlo todo como estaba, ya que el desorden que había convertido nuestra casa en un lugar de paso para moribundos no le gustaba demasiado.

Omar ordenó con firmeza a Zahra que no mimase en exceso a sus hijos, y a Mariam que no permitiera que las cosas fueran de mal en peor. Habiendo oído hablar tanto del interés de su hermana por los detalles, le sorprendía la manera que tenía de contar historias sobre la familia. Los ojos de Mariam fueron perdiendo su brillo cuando hablaba con énfasis de los actos heroicos de nuestros antepasados. Daba la sensación de estar extenuada, triste, de ser consciente de que nada

volvería a ser como antes; era como una mujer que al volver de viaje encuentra sus objetos personales desperdigados por unos gamberros, sus preciosas chucherías, que daban fe de su lugar ante los demás.

«Ya no cree en nada», se decía cuando la veía levantarse de repente y dejarlo solo tomándose el café para ir a llevarle la comida a Jalil, que ya casi nunca despertaba del coma. Zahra intentaba disipar las huellas de la enfermedad. Le dolía percibir la irritación en los ojos de Omar y, pese a las visitas de cortesía de este, sus intercambios de bromas con Jalil cuando lo encontraba despierto, sus risas, los honorarios de los médicos y el coste de los medicamentos que él pagaba y que ella consideraba una limosna dada a un sirviente que había acompañado a mi abuelo durante años, pidió permiso a Mariam para trasladar a Jalil a otro lugar donde pudiera vivir con él hasta su fallecimiento, como cualquier hija abnegada. Después podría quemar todas sus cosas y regresaría para poner orden en su vida como esposa de un hombre a cuya cabeza habían puesto precio. Dado que Radwan había amenazado con marcharse con su amigo, Omar comprendió el mensaje de Zahra, quien nunca había apreciado su modo de vida y recordaba todo un pasado de mudos malentendidos entre ambos, así como sus disputas con Bakr, que con frecuencia alcanzaban un punto de no retorno y solo se resolvían con la severa intervención de mi abuela.

Bakr era un taciturno, y la obstinación en guardar sus secretos lo había convertido en el heredero de mi abuelo, con su severidad y su espíritu metódico, a diferencia de Omar, el alborotador, que proclamaba en voz alta y clara la vanidad de un modo de vida que ensalzaba exageradamente la virtud en honor y gloria de nuestra casa ante los jeques a los que besábamos las manos. Durante todo aquel conflicto silencioso, Omar jamás había respetado los diez años que lo separaban de su hermano. Yo lo veía ir arriba y abajo por el patio, solo, acariciado por la brisa de la primavera, cuya llegada ya no celebrábamos con una comida de carne asada como antes. Parecían lejanos los tiempos en que Mariam se empeñaba en aprovechar la ocasión para reunir a toda la familia; una ocasión en que ella reinaba sobre sus cuñadas y hermanas como una dama llena de sabiduría que aspiraba a convertirse en la abuela virgen. Las otras intercambiaban

miradas furtivas y sonreían discretamente ante su forma grandilocuente de hablar. Admiraban a Mariam como se admira a una gran actriz a la que el público siempre aplaudía con idéntico entusiasmo, pero que entre bastidores se cuchicheaba sobre su avanzada edad y la huida de sus admiradores.

Omar recordaba las reiteradas reprimendas de Bakr para que dejaran tranquilos a sus aprendices, que estaban restaurando una alfombra persa a fin de ocultar sus defectos. Era una alfombra única a la que los soldados de las Brigadas de la Muerte habían dado la vuelta más de veinte veces cuando buscaban a Bakr. Mi abuelo hablaba de ella como de una preciosa joya que se negaba a vender y que, en el espacio de cincuenta años, pasó del almacén a la pared de la tienda donde se exhibían las fotos de los antepasados. Mi abuelo mostraba la foto de aquella alfombra extendida en el dormitorio de sah de Irán, Mohammad Reza Pahlevi, la cual había salido del palacio imperial de una forma que inducía a pensar que había habido una conspiración. Mi abuelo —y más tarde Bakr— esperaba que el sah o su esposa, que apreciaban los objetos valiosos, intentaran recobrarla a través de algún intermediario y soñaba con arduas negociaciones con los emisarios del emperador y la emperatriz, que pisando esa valiosa alfombra deseaban recuperar el recuerdo de sus pasos de jóvenes recién casados. Durante una de sus incursiones en el almacén de la tienda en busca de armas que, según un confidente, estaban escondidas entre las alfombras enrolladas, los soldados de las Brigadas de la Muerte la habían extendido en el suelo, la habían hollado con sus botas y le habían tirado encima colillas que Jalil se apresuró a apagar.

Las imágenes de Bakr desfilaron ante los ojos de Omar. Lo había llamado desde Londres para persuadirlo de que se reuniera con él, sin abstenerse de reprocharle que hubiera firmado cierto papel renegando por completo de él y que hubiera transmitido a los inspectores información relativa a sus amigos. Él lo acusaba de haberlos ayudado a trazar su retrato completo, al describir el modo de doblar instintivamente la mano izquierda cuando saludaba a alguien y la leve cojera, perceptible solo cuando caminaba deprisa. Omar no se arrepentía de nada y pensaba: «¿Por qué hemos de ser todos como él?».

Al día siguiente, a la hora del desayuno, pidió a Zahra que lo considerara su huésped y actuara en todo como si fuera la dueña de la casa, que juró abandonar si Jalil se marchaba de ella. Incluso se mostró generoso y propuso trasladarlo a la habitación a la que mi abuelo se retiraba durante el mes de ramadán para orar como un asceta en una cueva remota y abandonar los placeres de la vida. Mariam insistió en que Jalil se quedara con nosotros, si bien hizo caso omiso de la propuesta de Omar, pues conocía su aversión por aquel cuarto.

Esa noche me asaltaron de nuevo las pesadillas: vi cadáveres que reían colgados de clavos en el cielo, sus dientes caían como granizo sobre las cabezas de viandantes desnudos, que se refugiaban en el portal de edificios que semejaban ataúdes.

Desperté estremecida y oí cierto trajín y murmullos en el patio; Radwan estaba deshecho en llanto, y vi a Zahra derrumbada en brazos de Mariam, que recitaba versículos del Corán en voz baja. El viejo Jalil había entregado el alma después de la plegaria del alba, tras haberse pasado la noche delirando. Consciente de que todo había acabado, Radwan cerró el Corán por la sura del Botín, y sus sollozos despertaron a Zahra, Omar y Mariam, que dijeron: «¡Dios es grande!». Omar insistió en que las visitas de los dolientes tuvieran lugar en casa, como si se disculpara por la modestia de las exequias, en las que solo participaron algunos parientes lejanos del difunto. Jalil fue enterrado a toda prisa, antes de la plegaria de mediodía, en una tumba que Zahra había señalado en el cementerio de los extranjeros, que rebosaba de tumbas recientes de las que sus propietarios no habían podido ocuparse.

Las jornadas de pésame están cargadas de obligaciones y molestias. Omar no discutió ningún detalle y concedió a Radwan la libertad de vagar por la ciudad durante tres días en busca del alma de su amigo, para huir de los olores que flotaban en su habitación. Regresaba por la noche, derrengado y con la ropa sucia como si hubiera dormido en una acera. Se sentaba junto a la fuente y preguntaba a Mariam si necesitaba que le trajera perejil o berenjenas del mercado. No deseaba abandonar sus obligaciones y no volvía a su habitación hasta

asegurarse de que nuestras puertas estaban cerradas.

Aquel espantoso sueño volvió con colores nuevos: los rostros eran azules y negros; los ojos, rojos en ocasiones. De nuevo los muertos se paseaban por la calle de Tilal, comían pasteles y sonreían, llevando sobre el brazo mortajas estampadas en tonos claros. Eran rostros de vivos y muertos que conocía, así como caras de desconocidos. Rompí a llorar al ver a Emir, el hijo de Safah, que me tiró del brazo para conducirme hacia su tumba mientras me decía: «Mira cómo jugamos los muertos».

La melancolía se reflejaba en nuestros ojos tras el funeral y las visitas de pésame. Las sillas estaban vacías y los tres camareros de uniforme, cuyos servicios había contratado Omar en una agencia especializada, bostezaban. Al cuarto día Zahra se retiró para escribir una larga carta a Wissal informándola del fallecimiento de su padre. Describió sus últimos días con intensa emoción.

Wissal lloró mientras la leía. Recordó su vida pasada y se dijo que era la responsable de la miseria de los últimos días de Jalil. Por otra parte, Wissal tenía la sensación de haber recuperado a su hija, a quien respondió con una larga carta en la que evocaba a Jalil e imploraba la benevolencia divina para su alma citando versículos coránicos y las biografías de los Compañeros del Profeta. También daba consejos a Zahra, que necesitaba consuelo para recuperar su vivacidad de mujer sensual. Únicamente Bakr conocía la llama siempre viva de su amada Zahra, cuyo recuerdo no se había apagado ni en las noches londinenses ni durante los períodos en que, fugitivo, no dormía en la misma casa más de cinco noches seguidas. Echaba de menos su perfume, la lentitud con que se quitaba la ropa dejando que sus firmes senos brotaran como un manantial, su forma de tenderse a su lado, serena, vacilante, deseosa, deseada. De todo ello a Bakr solo le quedaban los recuerdos, así como la presencia de Wissal, a la que observaba durante largas horas, atento al temblor del párpado, que le recordaba al de Zahra.

Al principio, aquella relación obligatoria con su suegra, lo incomodaba, al tiempo que se planteaba muchas preguntas sobre la historia misteriosa y cautivadora de esta mujer que él consideraba inmoral. Nervioso durante su primera visita, Bakr quedó sorprendido

por las atenciones de la mujer y creyó haber sobrestimado su generosidad a la hora de agradarle. Por su parte, Wissal consideraba a Bakr una figura esencial de su familia, cuya aceptación debía ganarse a fin de que sus últimos días transcurrieran apaciblemente. Lo escuchaba, y él era el primer sorprendido de su propia locuacidad; bajó la guardia y describió su exilio y su inquietud, así como su amor por Zahra. Ella quería a toda costa disipar cualquier malentendido a fin de poder entrar en el domicilio de su yerno y pasear libremente con él por las calles de Londres los domingos. Le hablaba con desapego de sus matrimonios con Ibrahim Yazli, Jalil y John, y pasaba por alto a una decena de amantes queridos o detestados que soñaban con el sabor de sus besos.

Ambos habían firmado una tregua, bendecida por Zahra, que se consideraba una mujer huérfana, sola, cansada de llevar tanto tiempo sin un hombre, una rehén, que tenía prohibido salir del país, obligada a pagar por los sueños de su marido, que un día habían sido también los suyos. Se había liberado de la intensidad de su odio hacia la otra comunidad, había bendecido la boda de Marwa y tratado de convencer a Mariam de que la visitara. Esta no se hizo de rogar mucho tiempo, en un momento en que los asesinatos eran arbitrarios, gratuitos, y los errores, voluntarios. El crimen constituía la única válvula de escape para los soldados y los hombres de nuestra Organización. Los muyahidines estaban dispuestos a inmolarse con explosivos para vengar a sus amigos, cuyos cadáveres habían sido arrastrados por las calles y de cuya fe se había hecho escarnio público. Los agentes de seguridad trataban a los prisioneros como hombres que estaban de más, la muerte de uno de ellos bajo los latigazos de los torturadores o con las tenazas electrificadas se había convertido en un asunto trivial. En apenas un suspiro se libraban de los cadáveres y los arrojaban sin ceremonia alguna a una fosa común.

Tras tantos años de soledad, Abdallah adquirió la costumbre, durante la estancia de Safah entre nosotras, de escribirle poemas de amor con una versificación deficiente y giros alambicados, pero que rimaban en consonante con el nombre de mi tía. Sin embargo, la última carta que le envió era breve, extraña y enigmática: le pedía que volviera inmediatamente a su casa de Riad, sin decirle dónde se

encontraba él. Pese al sello de correos saudí, Safah quedó preocupada y habló con Omar, que desde que había regresado a nuestra casa evitaba con sumo cuidado hablar de Abdallah.

Omar la llevó al aeropuerto de Damasco. Durante el camino, ambos habían acordado pasar a ver a Marwa con Mariam, Zahra y sus dos hijos. Mariam recitó la sura de María y la plegaria del viaje más de una vez para que durante el trayecto Dios los protegiera del acoso de las patrullas. En cuanto un oficial conocía su apellido se exasperaba todavía más; registraba el coche más a fondo, repetía incansables las mismas preguntas sobre Bakr, lo que obligó a Omar a renegar una vez más de su parentesco con él y a tomar atajos entre los pueblos para evitar los puestos de control de Hama. Al menos la familia tuvo ocasión de admirar las montañas de Massiaf y de respirar aire puro como si estuvieran en un viaje de placer, antes de llegar a casa de Marwa, quien al verlos prorrumpió en sollozos y abrazó efusivamente a uno tras otro. Era notoria su nostalgia de la casa que había abandonado. Como una niña, escuchó los comentarios de Mariam mientras esta inspeccionaba las tres habitaciones del reducido piso, situado en el barrio de los oficiales de las Brigadas de la Muerte. Mariam sentía el exilio de su hermana y decidió pasar por alto la ausencia de velo. Ella solo se lamentó delante de Omar, quien se echó a reír y, sin decir nada, se tomó el café y esperó la llegada de Nazir. Este no tardó en reunirse con ellos para el almuerzo, preparado deprisa y corriendo. El carácter casi oficial de la reunión no permitió a Nazir hablarles de sus preocupaciones, de sus ambiciones de alto oficial aniquilados por el estado de sitio. Solo le quedaba tratar de poner fin a su carrera. Sus camaradas, ardientes defensores del régimen y de su comunidad amenazada, no comprendían su decepción, y su superior no dejaba de recordarle que la boda con la hermana de Bakr, su principal enemigo, no solo era un capricho y una extravagancia, sino sobre todo un giro brusco y un cambio de bando. Una traición. Nadie quería oírlo hablar de Marwa, de su semblante cándido junto a las mariposas aquel día, cuando sus miradas se cruzaron arrancándolo de inmediato de la realidad. Marwa lo había salvado, le había hecho sentir que había sido absuelto, había lavado su alma mancillada por el odio.

Al oír las voces y las risas de las cuatro mujeres se sintió incómodo y propuso a Omar que, antes de la partida de Safah, pasaran unas horas en los cafés damascenos y dejaran a las mujeres más libres para manifestar el afecto que se profesaban.

Hasta que cayó la noche no me di cuenta de que estaba sola con Radwan. Al recordar que aún no había comido me dirigí a la cocina. El cansancio volvía lentos y desequilibrados mis movimientos; me derrumbé en una silla junto a la fuente, envuelta en la soledad, que se deslizaba subrepticiamente por la barandilla de la escalera y los canalones. Me dije que era la primera vez que me encontraba sola en aquellas habitaciones vacías, entre aquellas camas frías, y me repetí que nunca perdonaría a Marwa y que Mariam no tardaría en entrar en razón. La fresca noche me obligó a volver a mi cuarto para mirar las mariposas de Marwa e indagar la verdadera índole de mis sentimientos hacia ella. Creí encontrar lo que buscaba al observar la mariposa azul con motitas amarillas, que parecía pedir auxilio para librarse de la cola que la inmovilizaba y le impedía volar. Me pareció ver la sombra de una sonrisa en los labios de una mujer resignada a su suerte. No dejaba de pensar en el peso de las cosas, en nuestro peso sobre la tierra, en el peso de los árboles y en el peso de los muertos, que al liberarse del alma no eran sino materia inerte en el hueco de la tierra, mientras sus almas flotaban en libertad. Me vino una idea a la mente: coger la mariposa en mi mano y rezar para que su alma regresara al cuerpo, para que recuperase la capacidad de volar. Echaba de menos a Marwa, pero no cesaba de repetirme: «¡No se lo perdonaré!». Los colores se entremezclaban de nuevo y sentí náuseas; la fetidez que se acumulaba dentro de mí me asfixiaba y se propagaba por el aire.

Me acerqué sigilosamente a la habitación de Radwan por si percibía ruido de pasos o el leve soplo de aire que su gesto desplazaba mientras preparaba un perfume, pero solo oí ronquidos. Abrí la puerta y lo vi en la oscuridad, sumido en un sueño profundo. Accioné el interruptor para observar su cuerpo frágil y su cabeza menuda sin el gorro, que nunca había querido sustituir por un turbante como sus amigos. Tenía los ojos hundidos en las cuencas y parecía muy ligero, como si no quisiera pesar sobre la tierra. Me embargó una gran compasión por él y sentí remordimientos porque mi odio le hubiera prohibido hacerme

compañía en mi soledad. Me entraron ganas de despertarlo y llorar en sus brazos, pero me aterrorizaba la idea de llorar en brazos de un sirviente, así que cerré la puerta y volví a la cama, lastrada por el odio, que no obstante me salvaba de una estúpida compasión.

Pronto el ruido de disparos, primero esporádicos, luego intensos, rompieron el silencio de la noche. Metralletas, granadas y exclamaciones de «¡Dios es grande!». El combate parecía tan cercano que daba la impresión de que tenía lugar en la habitación contigua. Pasado el primer momento de pánico, salí al patio y vi a Radwan caminar a tientas, tan alterado estaba. Me quedé quieta para no atraer su atención, pues no deseaba ayudarlo. Me llamó por mi nombre varias veces pero no respondí; avanzó hasta mi habitación y se acercó a la cama. De pie en el umbral, le dije: «Estoy aquí». Se relajó y, como un actor que anuncia una verdad sabida de todos, exclamó: «¡Están luchando!». No dije nada y él comprendió que no tenía ganas de hablar. Se acurrucó en el peldaño de la cocina como si tratara de esconderse en un lugar seguro. Los gritos de «¡Dios es grande!» me enardecían y murmuré instintivamente una larga plegaria que, temblando de exaltación, había aprendido al lado de *haya* Radiya. En aquella época solo quería acercarme a Dios y a Rabia al-Adawiyya, que en mis sueños era una mujer de luz que se infiltraba en nuestro corazón para aportarnos serenidad. Seguí rezando mientras el combate se intensificaba. Oí los disparos incesantes y los RPG y traté de hacerme una idea de la escena entre las sirenas de las ambulancias; supuse que la lucha tenía lugar en el cruce, cerca de nuestra casa. Me imaginé esperando a que alguien bajara de la azotea a por mí. El tiroteo cesó al amanecer, y por primera vez no se oyó la llamada a la plegaria del alba. Nos prohibieron abrir las puertas y unos soldados irrumpieron en nuestra casa, lo volcaron todo a su paso y dieron patadas a las puertas. Radwan intentó preguntarles qué buscaban, pero ellos lo trataron con violencia y lo tiraron al suelo; vi cómo temblaba de miedo mientras respondía a sus preguntas y les informaba de que los propietarios no estaban en la casa, y por primera vez lo oí presentarse como el sirviente de la familia y señalarles que aquel hogar estaba emparentado con el teniente coronel Nazir al-Mansuri. Los soldados intercambiaron miradas de perplejidad y se marcharon

furiosos y excitados, con el dedo en el gatillo. Registraron asimismo las demás viviendas del barrio; escupieron al rostro de los hombres y los obligaron a permanecer varias horas de rodillas, sin que ninguno se atreviera a moverse ni a protestar. Sus rostros traicionaban un miedo cerval que no sabían expresar, trataban de comprender por qué su virilidad se convertía en blanco de humillaciones infinitas por el mero hecho de vivir en el perímetro de una lucha que la mayoría de los habitantes de la ciudad afirmaba no comprender. Para nuestro inmenso alivio, los soldados de las Brigadas de la Muerte abandonaron el barrio tras la plegaria de mediodía.

Salí de casa, donde dejé a Radwan temblando como una hoja. Restos de sangre salpicaban el muro cerca de la fuente pública. Un reducido número de personas se atrevió a detenerse para observar los estragos causados por la lucha de la víspera. Nadie advirtió que las lágrimas mojaban el velo que me cubría el rostro cuando vi a un soldado repartir gratis el periódico local, en cuya primera plana aparecían las fotos de doce rostros tumefactos y un cadáver carbonizado bajo un gran titular que los tachaba de criminales y asesinos. Incluía también la foto de unos soldados que hacían el signo de la victoria mientras bailaban alrededor de varios cadáveres y un montón de armas dispuestas con cuidado delante del objetivo de la cámara para poner de manifiesto que habían sido confiscadas durante el combate de la noche anterior. Lamenté no haber reparado antes en aquella casa, no haberme detenido a hablar con el muchacho, el tercero por la derecha en la foto, cuyas marcas en el cuello indicaban que lo habían degollado a toda prisa con un cuchillo mellado. Lo veía caminar a paso vivo y levantar la vista hacia mí, decidido a mirarme fijamente y escrutar mis ojos bajo el velo. No había sabido apreciar su audacia y ahora, demasiado tarde, comprendía su miedo y su muda petición de asilo; el rostro lampiño y la ropa elegante me habían hecho creer que no era más que un mujeriego.

La segunda noche di vueltas y más vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Preparé una cena consistente: huevos cocidos, tajadas de carne, pepinillos y un gran plato de queso, del que Radwan solo comió un trocito. Intenté prolongar la cena para huir de mi soledad, pero el hastío se infiltró y levantó una barrera entre nosotros.

El juego no podía prolongarse, y cuando me acosté, recurrí a las caras de los tiempos de secundaria, pero no conseguí escapar de los rostros de las víctimas en el periódico. El del joven asesinado me perseguía; me sumí despierta en un largo sueño que monté de cabo a rabo como un largometraje. Tuve la osadía de desearlo, lo invité a mi cama, pero rechazó ir más lejos, como si él solo quisiera estar muerto y rechazara todos los placeres que lo aguardaban. Su imagen de cuerpo sin vida emergía y lo estropeaba todo; sentía repugnancia de mí misma por querer acostarme con un hombre fallecido esa misma mañana, ignorando si el cadáver había sido enterrado o aún yacía en el depósito de un hospital.

Yo siempre llegaba tarde. La muerte de todos ellos me remordía la conciencia como si los hubiera matado yo misma al permitirles alejarse, si bien era consciente de que estaban allanando el camino hacia el Estado islámico con el que soñábamos y que se nos había escapado.

La idea de que mi cuerpo necesitaba sexo me aterrorizaba, culpaba a Mariam por haberme dejado sola, sin embargo, yo tenía necesidad de estar sola para poner en orden mis pensamientos tras una ruptura de dos meses con la Organización. Suponía que dicha ruptura se debía a las órdenes de Bakr desde Londres o al temor de los miembros de la dirección, de la que él discrepaba en lo tocante al fin de las operaciones armadas y el retorno a las negociaciones con el jeque Mahmud Hreitani. Este venerable hombre, enviado por el poder, había pasado el invierno vestido con un caftán de lino burdo y llevaba varios rosarios de ámbar alrededor del cuello. Llamaba a deponer las armas y acusaba a nuestra Organización de matar a inocentes y de haberse apartado de los preceptos del islam. La única manera de silenciarlo era matarlo, dejar que su sangre se derramara entre los dos partidos a fin de abrir la puerta de las negociaciones al jeque Yamil al-Nayrabi.

El jeque Yamil poseía la antigua elocuencia de los estudiantes de al-Azhar, de los que había formado parte a finales de los años cincuenta. En los austeros pasillos de esa prestigiosa institución había soñado con pronunciar sus fetuas ante los reyes para borrar la imagen de su padre, el venerado jeque a cuyos funerales había asistido todo Alepo. Sus tres hijos dormían en la misma habitación sobre un colchón de algodón y

sábanas de tela áspera, cuando los hijos de los otros jeque*s* heredaban *tariqas* y *zawiyas*, y la gente les besaba la mano cada vez que entraban en la mezquita. Yamil detestaba el único cuadro colgado en la pared de la habitación, que representaba el versículo del Trono, envuelto en plástico; soñaba con sustituirlo por un marco de oro puro con la foto de su padre, cuya tumba se había convertido en un mausoleo al que acudían las mujeres que deseaban resolver sus problemas de esterilidad y de abandono conyugal. Había buscado en El Cairo a alguien a quien confiar sus sueños y encontró a un profesor de jurisprudencia que le regaló *El príncipe*, de Maquiavelo. Discutieron largo y tendido en el patio de al-Azhar y por la noche, paseando por la Cornisa del Nilo, analizaron los diálogos de los jurisconsultos en torno a la legitimidad del poder y del califato. Yamil se enfrascó con pasión en la lectura de Maquiavelo en inglés gracias a sus esfuerzos personales y a la ayuda de madame Jeannette, la institutriz cristiana jubilada que un día se había planteado convertirse al islam en presencia del padre de Yamil. Las diez sesiones consagradas a la conversión constituyeron el principio de una larga amistad con la familia del jeque y garantizaron el eterno agradecimiento de Jeannette a quien había disipado su angustia y aplacado su temor al infierno. A cambio, daba clases de inglés a los hijos del jeque, pero de ellas solo sacó auténtico partido Yamil, para quien la presencia de una cristiana en su casa era un regalo que había que conservar dando muestras de inteligencia y delicadeza.

Yamil añoraba el tiempo pasado junto a madame Jeannette y le alegraba pensar que, para poner fin al despotismo, él y los otros jeques eran más necesarios que unos políticos que tenían por costumbre pelearse y tirarse sillas a la cabeza en la sala del Parlamento, y que habían acabado por sellar una unión que las multitudes habían aclamado en Alepo, corriendo detrás del coche de Nasser, el héroe que prometía que devolvería a la nación su gloria de antaño.

Con su hermosa letra, escribió una carta a su profesor de El Cairo en tinta china verde. Tras una introducción en la que invocaba el nombre de Dios y la plegaria sobre el Profeta, le describió la situación de Alepo, donde la gente colgaba la foto de Nasser, el salvador, en su casa. Se quejó de la falta de interés por sus fetuas, que nadie quería

retribuir, y del elevado coste de la vida, que privaba a sus dos pequeños de calzar zapatos de piel. Le rogó asimismo que hablara en su favor ante los príncipes saudíes como una solución provisional hasta que se impusiera de nuevo la razón, que volvería a situar el poder de los jeque*s* en el lugar que le correspondía. Apreciando el tono humilde de la misiva e interesado por la descripción de los acontecimientos en Siria, el profesor envió una carta a la cancillería saudí para rogar que recurrieran a la ciencia de su querido discípulo, el jeque Yamil al-Nayrabi, cuyas cualidades enumeró con grandilocuencia. Al cabo de pocos días convocaron al jeque Yamil, que se apresuró a hacer las maletas, como si fuera a escapar del infierno, feliz de dirigirse a la pozos del petróleo, a la fe y a la generosidad de los príncipes.

Una vez en Arabia Saudí, comprendió que el camino para acceder al Consejo de los Dones Supremos sería largo, de manera que aceptó enseñar los hadices en una modesta escuela religiosa de la periferia de La Meca, si bien estaba resuelto a acercarse al círculo de la luz. Rezó después del gran muftí, intercambió unas palabras con él, mostró sus conocimientos y su elocuencia, y escribió en los periódicos una serie de artículos sobre la peregrinación y sus rituales. Asimismo, se mantuvo muy activo en los círculos de debate, aunque evitando enfrentarse a los hombres del muftí, y decidió escribir una obra sobre los wahhabitas y dedicarla al rey, cuya cancillería resolvió por fin invitarlo. Las puertas del Consejo se abrieron para él, presentó el primer ejemplar de su obra sobre la historia de la familia reinante, que disculpaba a los wahhabitas y refutaba los argumentos de sus enemigos remitiéndose a textos de investigadores extranjeros y árabes, así como a los jurisconsultos que lo habían precedido. Insistió en la obediencia debida a los notables, situó al rey y a su familia al mismo nivel del Profeta y alabó su papel de guardianes de los lugares santos.

Esperó largo tiempo antes de ser admitido en presencia del rey, quien lo recompensó con la módica suma de diez mil dólares. Tuvo la impresión de que se había equivocado al mostrarse demasiado elogioso y demasiado apremiante, cuando no dejaba de ser un desconocido, sin discípulos que le besaran la mano a la entrada de la mezquita. Durante siete años se aburrió de esperar, solo, entre

alumnos que iban descalzos, bostezaban cuando explicaba la Sentencia de la Pureza y despreciaban su sonrisa forzada y petrificada, que intentaba imitar la de los hombres abrumados por el destino. Sus sueños habían palidecido, el vacío de La Meca se le agarraba a la garganta y le impedía respirar. Hizo la peregrinación por última vez y decidió volver a Alepo con el dinero que había reunido gracias a la austeridad de su vida diaria al haber vivido como cualquier asceta que aguarda la limosna de los padres de sus alumnos y de los príncipes locales.

Acompañó su regreso de supuestas cartas en las que se le suplicaba que se quedara en Arabia Saudí, y se las leía a quienes acudían a darle la bienvenida a su nueva y espaciosa casa. Un día, tras la derrota de junio de 1967, mientras sustituía en la oración al célebre jeque Abdeljabbar, que se hallaba indispuesto, pronunció un sermón grandilocuente y, al percibir el pasmo y la veneración en los ojos de los fieles presentes en la mezquita de los Omeyas, creyó que era su día de suerte. Dejándose llevar por fuerzas renovadas, condenó la depravación, atribuyó la responsabilidad de la derrota al desenfreno de los infieles en bares y casinos y a las faldas cortas de las mujeres. Un oficial de los servicios de seguridad lo mandó llamar y lo reprendió por haber traspasado la línea roja al instigar a la gente contra el Partido, ya debilitado por las luchas intestinas. Tres días más tarde el jeque Yamil abandonaba el departamento de los servicios secretos como un héroe del que todos en la ciudad hablaban e imploraban su bendición. Se convirtió en el invitado de honor en los salones de las grandes familias y los comerciantes importantes, que le pedían que arbitrara en sus altercados.

Muchos años más tarde, el jeque Yamil consiguió introducirse entre los ulemas emisores de fetuas y, al descubrir en la biografía de su padre una fuente inagotable, se ocupó del mausoleo que mandó construir para él un rico comerciante jugador desgraciado y arrepentido.

No tardó en hallarse a la cabeza de una delegación de eruditos y hombres de religión de Alepo que bendijeron el golpe de Estado del 16 de noviembre. Le presentaron sus peticiones para expandir el espíritu del islam, edificar nuevas mezquitas y combatir el vicio. Cenaron a la

mesa del presidente, cuya foto sobre el escritorio de Yamil indicaba que por fin había encontrado lo que deseaba. No cesaba de consultar obras de referencia en busca de argumentos que ofrecer a los nuevos hombres fuertes para justificar sus actos.

El jeque Yamil trabajaba sin descanso, las puertas de los grandes se abrieron para él y se convirtió en uno de los elementos destacados en la emisión de fetuas.

Apenas unos años más tarde, los servicios secretos añadieron a su expediente documentos y fotos comprometedores sobre sus hijos, que hacían contrabando con oficiales de alta graduación y con comerciantes. Detallaron asimismo todas las sumas que le había ofrecido el poder en pago a sus servicios, así como los títulos que le habían sido concedidos hasta elevarlo casi a la categoría de santo, al mismo tiempo que incrementaba el número de espías a su alrededor. Sus discípulos habían propagado tantos rumores sobre sus milagros que estos adquirieron visos de realidad, y cuando le preguntaban al respecto, asentía con la cabeza y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Las mezquitas se disputaban su presencia y las homilías. Se consideraba un futuro santo que se había adentrado en una senda dolorosa antes de alcanzar el equilibrio y mantenía en secreto sus relaciones con los oficiales de los servicios secretos, quienes le dejaron muy claro que su expediente había llegado a las seiscientas páginas y que podían hacerlo público en cualquier momento, lo que no le dejaba otra opción que inclinarse aún más y besar el suelo que pisaban.

Desde la primera octavilla repartida por nuestra Organización para anunciar el principio de la yihad, el jeque Yamil se dio cuenta de que la situación se volvía complicada y que la crisis podría hacerle perder todo cuanto había construido. Puesto que no podía guardar silencio ni retroceder, atacó públicamente las operaciones de la Organización, se rodeó de guardaespaldas y se convirtió en una figura habitual en la televisión oficial, desde donde enumeraba las cualidades del presidente y elogiaba su fe al tiempo que trataba de conservar el respeto de la gente. Y cuando el presidente de la república lo eligió para que negociara con la Organización el final del conflicto, intentó acercarse a esta durante la primera reunión evocando el pacto de Hadibiya entre los primeros musulmanes y Qoreich. Ignoraba que en

el otro bando habían preparado un dossier donde se recogían todas sus palabras y todos sus sermones, habían subrayado con tinta violeta los párrafos de sus fetuas que atacaban el islam y lo habían juzgado como un traidor a este.

Ninguna de las personas reunidas en la casa adonde lo llevaron con los ojos vendados olvidó aquella conversación más próxima a la conspiración política que al respeto de la doctrina: Yamil depositó las peticiones del poder sobre la mesa ante los amigos de Bakr, que las leyeron con atención. Estos no tardaron en convenir en que era necesario entablar negociaciones. Él trató de prolongar el diálogo, de ahogarlo entre la interpretación de versículos y la de los acontecimientos políticos a los que aludió, desde los primeros califas hasta Muawiya. Pasó tres días entre papeles y discusiones, esforzándose por permanecer en silencio para no cometer ningún error en un ambiente impregnado del hedor a sangre, y recordando las lecciones de su maestro de El Cairo, así como frases enteras de *El príncipe*. Dio muestras de una gran capacidad para aguantar las humillaciones de que le hacían objeto los dos partidos, algo que pese a todo no era tan malo como el duro exilio en Arabia Saudí.

Al cuarto día, el oficial de enlace le dio la orden de poner fin a las negociaciones. Por la noche, durante el toque de queda impuesto desde hacía meses, coches y camiones militares asediaron los barrios de la ciudad con desacostumbrada intensidad; tomaron setenta y seis casas, seis de las cuales eran lugares de reunión de la Organización y depósitos de armas. Los combates se prolongaron durante doce horas; no se conocieron los detalles, pero los rumores del día siguiente y las octavillas anunciaron la victoria en ambos bandos. Las tremendas pérdidas obligaron a la dirección de la Organización a hacer hincapié en las represalias durante una reunión improvisada tres días más tarde, y pocos días después cuatro jóvenes, con la parte inferior del rostro cubierta, irrumpieron en casa del jeque Yamil mientras este hacía sus abluciones. Uno de ellos le agarró la cabeza mientras el otro le rebanaba el cuello; dejaron su cadáver en la escalinata donde solía tomar el café de la tarde antes de dirigirse a la asamblea. Aquella muerte repentina y silenciosa no halló su compensación en el imponente cortejo fúnebre que atravesó la calle de Jandak bajo la

protección del ejército. Los dos hijos de Yamil, que querían hacer gala de su poder, organizaron unos funerales grandiosos y mostraron el telegrama enviado por el presidente de la república, que amenazaba a los asesinos con una terrible venganza. Entretanto, los líderes de la Organización se lanzaban acusaciones por el asesinato de un hombre tildado de alimaña y juraban sobre el Corán que la Organización no lo había liquidado. Los hijos y los discípulos del difunto recibieron asimismo una carta de la Organización que condenaba el asesinato, pero cuyos términos, secos y duros, no expresaban demasiado respeto. El hijo mayor hizo desaparecer la carta y, tras una larga noche pasada en el silencio y la oscuridad del mausoleo de su abuelo, se enrolló en la cabeza el turbante de su padre, recapituló los conocimientos que había adquirido a través de sus jóvenes profesores de la facultad de teología, de los comerciantes y de sus amigos, y, consciente de que el ascetismo forjaba a los santos mientras que la fuerza forjaba hombres de Estado, declaró sin dilación que estaba dispuesto a pagar el precio de la sangre de su padre.

Durante toda la noche yo había tratado de expulsar la imagen de aquel hijo de ermitaño convertido en un hombre del poder con turbante que justificaba la hegemonía de la otra comunidad y la injusticia que sufría la nuestra. La desolación que reinaba en el patio me abrumó, cuando, incapaz de dormir me senté en la escalera, cerca de la habitación de Radwan, bajo el balanceo de las ramas del ciprés gigante. Decidí darme una ducha de agua fría diciéndome que el mes de mayo me alteraba. Cerré los ojos bajo la ducha para resistir el frío. Atravesé el jardín envuelta en una vieja bata. Y, como cualquier muchacha desvergonzada que no teme las miradas indiscretas, volví a mi dormitorio, relajada, me acosté y acaricié mi cuerpo, primero los senos, luego el vientre. Me sorprendió la ligereza de mis dedos, que volvían rápidamente a los pezones por temor a cometer pecado. Mi cuerpo se distendió y sentí la suavidad de su tacto. Cerré los ojos y permití que los dedos se deslizaran hasta el sexo, húmedo desde la primera caricia. Me sacudió el estremecimiento de lo prohibido, que había evitado durante tanto tiempo, y seguí gozando; me di la vuelta sobre los suaves cojines, sin preocuparme por la ventana abierta ni por

mi voz agitada, entrecortada, y después armoniosa y agradable. Por mi mente pasaban las imágenes de los hombres muertos con los que había soñado y las risas burlonas de las muchachas de mi clase.

Ignoro cuánto tiempo permanecí así, tocándome el sexo para provocar un estremecimiento que afluía cálido y deleitoso, antes de que me sintiera cansada y me entrara sueño, que me salvaba de los remordimientos. Fue como si hubiera descubierto un sortilegio que me libraba de la tensión nerviosa. Desperté al oír los pasos de Radwan y la llamada a la plegaria de mediodía, y me apresuré para llegar a tiempo a mi cita. Las rodillas me flaqueaban, las articulaciones me dolían, estaba extenuada. Me dije que aquella extraña noche me había debilitado. No esperé mucho rato en el campus antes de que una anciana se acercara a mí y me pidiera que la ayudase a volver a su casa. Pronunció fríamente la primera contraseña antes de apoyarse en mi brazo. Subimos a un taxi en silencio y llegamos a una calle tranquila en el barrio nuevo de Alepo. Entramos en un piso de la planta baja de un edificio aún sin terminar. Al fondo del gran salón se encontraba *haya* Suad, inquieta. Yo fui la última en llegar; me besó y me dijo que no me quitara el velo. Al cabo de pocos minutos, la puerta se abrió y apareció el emir Chukri. Estuve a punto de soltar una exclamación al ver a aquel hombre conocido por su dureza y severidad. Entre nosotros lo llamábamos el Príncipe Creyente. Una sonrisa triste relajó sus rasgos, nos contempló tranquilamente y luego su mirada se detuvo largo rato en mí; me hizo preguntas sobre Marwa, sobre su boda y sobre la actitud de mis tíos. Farfullé unas palabras confusas antes de recuperar el dominio y afirmar que la consideraba una renegada con respecto a la comunidad por haber desobedecido las órdenes de Bakr y avergonzado a nuestra familia. Asintió con la cabeza en señal de conformidad.

El tiempo que nos había reservado era breve, consultó el reloj varias veces y empezó a hablar antes de que las chicas hubieran callado. Estas habían intentado crear un ambiente de alegría al exponer las opiniones que la gente expresaba en casa y en la calle y hablar de su solidaridad hacia nosotros y de las oraciones que rezaban por nuestra victoria. Me sorprendió que manifestaran con tanta confianza su optimismo y omitieran decir que la gente nos atribuía cierta

responsabilidad en los estragos que habían sacudido a la ciudad. Decidí expresar mis pensamientos más íntimos esbozando la verdad tal como empezaba a entreverla. Pedí la palabra, pero solo me la concedieron tras la intervención del emir, quien comenzó citando un versículo del Corán que repetíamos a diario: «Y preparad, para luchar contra ellos, todo cuanto podáis…». Lo pronunció lenta y enfáticamente antes de informarnos de que las negociaciones con las autoridades no se reanudarían y que nos habían asestado fuertes golpes que sin embargo no habían logrado socavar a la Organización. Ensalzó la resistencia de nuestros prisioneros a las salvajes torturas sufridas, nos pidió que rezáramos por ellos en vez de abismarnos en los laberintos de la retórica, que no nos servía de nada, no calmaba nuestras angustias ni respondía a nuestros interrogantes. Se mostró amenazador respecto a las autoridades y prometió terribles represalias y juicios a todos los personajes clave del régimen tras la «gran victoria».

Mi deseo de intervenir se había enfriado cuando el emir me concedió la palabra haciéndome una seña. Me levanté y miré a las seis muchachas y a *haya* Suad, que me animó con un gesto. Planteé a bocajarro la pregunta sobre mi exclusión durante los dos últimos meses; quería saber si estaba relacionada con una orden procedente de Bakr o con su partida. En cuanto dejó el país, sus detractores propagaron rumores sobre su oposición al asesinato de un célebre médico que había entregado a uno de los nuestros, un hombre herido que se había refugiado en casa del médico huyendo de sus perseguidores tras haber disparado a una patrulla de las Brigadas de la Muerte. Describí con todo detalle la situación de la gente aterrorizada, su pesadumbre mientras esperaban una victoria que les habíamos prometido, y añadí que empezaban a odiarnos y que ya no estábamos a salvo en la ciudad. Pregunté por qué se nos ocultaba información, lo que había conducido en abril a atacar diversas casas en el curso de una operación que olía a traición. El emir me miraba fijamente con expresión irritada; buscaba la razón que me empujaba a esgrimir de ese modo una verdad incómoda en una pequeña reunión de muchachas que, fascinadas por sus líderes, en quienes confiaban ciegamente, solo pensaban en obedecer las directrices. Me interrumpió

diciendo con firmeza que yo no tenía por qué conocer los secretos de la Organización. Elogió a Bakr, lo describió como un gran muyahidín e insinuó que su partida se debía a una decisión del comité directivo, que le había encomendado una misión en el extranjero. Se levantó para marcharse y nos indicó con un ademán que no nos moviéramos. *Haya* Suad lo acompañó hasta la puerta, donde el emir volvió a ponerse su disfraz de mozo de cuerda del mercado central, con un poblado bigote, pantalones saruel negros, un chaleco bordado con hilos de oro y un rosario de gruesas cuentas amarillas cuyo tintineo se oía desde lejos. Intercambiaron unas palabras y desapareció mientras nuestras miradas estaban pendientes de él; las chicas soltaron suspiros de admiración e invocaron al Señor para que lo protegiera e impidiese que los ojos de sus enemigos los percibieran a él y a los demás muyahidines.

Haya Suad nos ordenó que nos quedáramos una hora más y propuso que preparásemos tabulé y patatas fritas antes de repartirnos las tareas. Las risas de las chicas en la cocina y la voz aguda de *haya* Suad me molestaban y me recordaban que no había sido tratada como una emira; me habían arrebatado mi corona de jefa y tenía la impresión de que todas estaban al corriente de que había pecado masturbándome la noche anterior. Me sentí mareada y no se me ocurrió otra cosa que acercarme a la sexagenaria que me había conducido allí, pero vi que estaba sumida en sus invocaciones con la ayuda de un largo rosario, los ojos cerrados, como si se evadiera de lo que ocurría a su alrededor. Intenté llamar su atención, pero siguió murmurando sus plegarias con voz inaudible. El guirigay de las chicas recordaba el alboroto de un grupo de amigas que se preparan para dirigirse a una boda. Exasperada por la altivez de Leila, a la que habían nombrado princesa en mi lugar, hice ver a *haya* Suad que me desazonaba que me hubieran arrebatado el título de aquella manera y sin motivo; me tomó del brazo y me condujo a un dormitorio muy elegante que invitaba a pensar que los propietarios del piso eran bastante acomodados. Me hizo sentar en la cama y procedió a repasar la historia de mi compromiso. Me acusó de negligencia, me recordó el día que fui a su casa sin cita previa, me dio unas palmaditas en el hombro diciendo que los títulos carecían de importancia y, para consolarme, me

informó de que iba a recibir octavillas para que las repartiera en la universidad durante los exámenes. Comprendí que podía marcharme y dar por concluido el episodio de mis reproches al emir Chukri por haberse negado a tranquilizarme sobre la suerte que había corrido Hussam. Se limitó a decir que mi hermano había sido trasladado a la cárcel del desierto y que la dirección estaba satisfecha de su resistencia a confesar y a facilitarles la información que poseía sobre los meses en los que había acompañado a Bakr de una casa secreta a otra. Por último afirmó que podía sentirme orgullosa de lo que mi familia había entregado a la organización.

Fui la última en marcharme, pues quería ver los ojos de Um Ramez, la sexagenaria que llamaba a asesinar a los soldados de las Brigadas de la Muerte para vengar a su hijo, al que cortaron los dedos y paralizaron la espalda mientras estaba en prisión. Sin embargo, no podía quedarme más tiempo, mi retraso en abandonar la casa podía considerarse una infracción del reglamento y valerme un castigo. Salí a la calle al caer la tarde, cuando el cielo se teñía de colores que nunca había visto; el oeste, bañado del rojo transparente del crepúsculo, anunciaba un verano prematuro. Me dije que se trataba de un espectáculo desacostumbrado para mí, me levanté el velo y permanecí varios minutos contemplando el cielo. Me acordé de Hussam, que solía llevarme a la azotea de nuestra casa para que admirase la luna llena, y se entretenía en calcular las fechas de la Hégira. Lo echaba de menos, añoraba nuestra lejana infancia. Me dije que de la ausencia nace la preocupación y recordé a mi madre, con su dulce rostro y su carácter apacible. Me habría gustado que mi habitación poseyera aquel magnífico panorama abierto a un horizonte remoto en el que se divisaban los olivos y los pistacheros, cuyas fragancias transportaría el viento.

Me hallaba sola en un barrio alejado donde solo veía a algunos obreros extenuados que se dirigían a la parada del autobús; el polvo de la piedra blanca cubría sus ropas y les daba el aspecto de fantasmas, semejante al de la gente envuelta en blanco de mis sueños. Abandoné la idea de continuar hasta el horizonte hasta que saliera la luna creciente, que asomaría bien entrada la noche, y avancé refugiada detrás de un anciano. Una patrulla de los servicios secretos apareció y

escrutó los rostros de quienes aguardaban en la parada del autobús, que tardaba en llegar a aquel lugar remoto.

Debían de ser las ocho y media pasadas cuando entré en casa. Radwan se precipitó hacia mí, nervioso por mi retraso, y lo tranquilicé con algunas palabras secas. Me informó de que Omar y Mariam habían proseguido su viaje hasta Beirut, que Zahra se había quedado en Damasco y que no regresarían hasta dos días más tarde. Solté un suspiro de irritación, me habría gustado irme con ellos. Me eché en la cama y me sumí en un sueño profundo, que anhelaba desde hacía meses. Ni siquiera oí la lluvia, que no dejó de caer en toda la noche y que mojó las tazas, los platos, la chaqueta de lana que había dejado en una silla junto a la fuente y el libro de Sayyed Qutb, *Justicia social en el islam,* que estaba intentando leer. Era demasiado tarde para salvarlo, así que lo tiré a la basura junto con la comida que Mariam nos había preparado en abundancia y que se había estropeado.

Al día siguiente me entraron ganas de cocinar y Radwan se alegró de mi comportamiento de ama de casa. Sus intervenciones me complacieron; probó el *frikeh* como un verdadero gourmet y me aconsejó que añadiera un pellizco de sal y una pizca de especias. Durante los dos últimos días parecíamos un par de amigos que habían conseguido recuperar la calidez de su relación y olvidar los reproches. Le di las gracias de todo corazón al oírle pronunciar mi nombre en voz alta; era la única manera de ahuyentar la pesadez que me asfixiaba y me ponía mortalmente triste. Le propuse utilizar fórmulas de química biológica para elaborar un nuevo perfume que oliera a piedras viejas tras la lluvia. Sonrió ante la idea y reflexionó en silencio hasta la tarde, mientras tomábamos el té junto al rosal. Le pedí que me ayudara a escenificar el espectáculo de bienvenida que deseaba preparar esa misma noche para recibir a los viajeros. Se echó a reír antes de confiarme con voz profunda que ya no esperaba otra cosa que la muerte. Vi que su rostro recuperaba el color mientras proseguía su monólogo, como un actor que, tras subir al escenario, se lanza y maldice a la gente estúpida y sorda, así como a la ciudad inicua que ha reducido sus sueños a cenizas que amenazan con caer sobre sus habitantes como una nube negra para vengarlo de tantos años de soledad.

Habló de la muerte como un guerrero griego, hizo su propia elegía y condenó la vanidad de la vida, que había hecho que sus ambiciones se marchitaran en un rincón oscuro que olía a ratas muertas, lejos de los campos de batalla en los que había soñado alcanzar cierta gloria. Me subyugó su voz, clara, grave y profunda. Era como si no lo conociera, como si ninguno de nosotros lo hubiera conocido jamás; nunca habíamos pensado en sus sufrimientos ni insistido en que se confiara a nosotros, era nuestro sirviente, había escuchado nuestros cuchicheos, guardado nuestros secretos, se había preocupado por nuestras enfermedades y nuestros problemas. Había asistido a mi nacimiento, había recitado para mí el versículo del Trono y me había puesto alrededor del cuello un amuleto que conservé hasta el día que el cordón me quedó demasiado pequeño; entonces mi madre lo guardó en uno de sus numerosos hatillos.

Radwan habló del niño que había sido sesenta años atrás: a los cinco supo que era diferente de los demás y que era ciego. Avergonzada de su ceguera, su familia abandonó a la pobre criatura, que, minada por el silencio y la soledad, perdida, vagabundeó por las calles del barrio de Ayn al-Arab. La gente tropezaba con su cuerpo acurrucado contra el muro de la mezquita, un niño carcomido por el silencio y la soledad, perdido. Escuchaba la recitación del Corán, que le llegaba desde el círculo del jeque Bahzad, sin atreverse jamás a acercarse ni a sentarse bajo la gran morera del patio de la mezquita al-Omari. Intentaba atraer la atención de los demás chiquillos haciendo acrobacias ante ellos: saltaba en el aire y daba una voltereta antes de caer de nuevo sobre los pies; los críos lo aplaudían, pero no tardaban en abandonarlo en cuanto caía la noche. Buscaba refugio junto a los serenos, que le dejaban dormir a la puerta del mercado y le daban de comer las mondas y los restos de sus sandías. En invierno le pasaban las sobras de *bulgur* y de la salsa de las okras y le permitían acercarse a escuchar las aburridas conversaciones que mantenían mientras fumaban. En las largas noches de invierno se cobijaba en el caravasar que acogía a los extranjeros, donde la mujer del propietario se apiadaba de él y le permitía dormir sobre la paja y calentarse con el aliento de las mulas y los burros. Ayn al-Arab lo había adoptado y él conocía a fondo el barrio. Al pasar ante la casa de su madre, aminoraba el paso hasta que

ella salía, lo agarraba del brazo y lo hacía ponerse ropa limpia de tela áspera, tras lo cual lo dejaba marchar de nuevo hacia su destino para evitar la cólera de su segundo marido. El padre de Radwan predicaba el Apocalipsis por los pueblos y los campamentos beduinos desde que, durante la Noche del Destino, había visto en sueños al Profeta, quien le había ordenado que se levantara y transmitiera su mensaje a los musulmanes. Vagaba por todo el país tras haber repudiado a su esposa, a quien solo había dejado unos harapos, una habitación de adobe y un burro viejo como dote. Ella no puso ningún reparo a abandonar a su hijo ciego en casa de su abuelo, como exigía el hombre que la había pedido en matrimonio como tercera esposa para que lo ayudara a trabajar la tierra de sus amos. Agobiado por la aversión que su ceguera inspiraba a la familia del anciano abuelo cuyo nombre llevaba, Radwan huyó a las calles. Soñaba con volar como un águila y odiaba el apodo de Topo que le habían puesto los otros niños con la intención de atormentarlo.

Relató su infancia en Ayn al-Arab con cierta ironía: olisqueaba las piedras, dibujaba en su imaginación los rasgos de las personas, las reconocía por la voz y por el olor, bromeaba con ellas sin sucumbir jamás a la tristeza, se burlaba de la estupidez de los campesinos y de su pesadez, aprendió a cantar en lengua kurda y memorizó las historias de los beduinos y sus elegías. Intentó convertirse en plañidero profesional en los funerales, pero lo despidieron a causa de su sonrisa, pues daba la impresión de que se burlaba de los hombres de las tribus. Se le ocurrió hacerse pasar por hacedor de milagros y ante un público numeroso afirmó que era capaz de curar a los paralíticos, y cuando aquella mujer junto a la cual se había sentado murmurando plegarias con voz trémula, y a la que había pasado la mano por la cabeza, no se levantó, sus siete hijos lo echaron a patadas. Abandonó aquel plan y decidió que la frugalidad «era una estupidez que no se correspondía con los sueños de delicias inconmensurables». Durante el verano dormía en las chozas de los guardas forestales, se alimentaba de productos de la tierra y recogía las espigas de trigo que dejaban atrás los segadores. Chantajeaba a las mujeres adúlteras cuando oía las voces de sus amantes y los gemidos de ambos detrás de los muros; en pago a su silencio, ellas le daban huevos, yogur y trigo, y él los vendía

y guardaba el dinero en una bolsa que llevaba colgada al cuello. Le hechizó el circo que pasó por Ayn al-Arab y suplicó al saltimbanqui que le enseñara acrobacia y a hacer saltar a los tigres a través de un círculo de fuego. La idea de tener un acróbata ciego agradó al propietario marroquí, pero tuvo que renunciar a ella al tercer día, cuando un elefante estuvo a punto de aplastar al joven aprendiz. Radwan se incorporó entonces al equipo del mago, que hablaba alemán y escupía fuego ante los embobados habitantes de Ayn al-Arab. Estos pasaban horas observando al hombre de los brazaletes, que declaraba públicamente su odio a Francia, desafiaba a los soldados, hablaba alemán y fascinaba a los espectadores aunque no entendían ni una sola palabra de lo que decía. El hombre intentó enseñarle a sacarse pañuelos de la boca, pero Radwan estuvo a punto de ahogarse con ellos. Regresó a los campos, como un águila que no se avenía a vivir entre muros, y aprendió a dormir en las ramas de los árboles para huir de los hombres que buscaban niños a los que violar. Tenía sueños que no lograba comprender y anhelaba irse lejos. Sollozó ante la mujer del propietario del caravasar y le suplicó que lo enviase a Alepo con un carretero, tumbado sobre los sacos de avena. Muhra Jatun habló con uno de los carreteros y le pagó para que llevara a Radwan a la mezquita de los Omeyas de Alepo.

Durante el camino, el carretero veía sonreír a Radwan, embriagado por el aire de los pueblos y del río que atravesaron sobre un pontón maniobrado por un viejo que agradeció parloteo. El carretero estuvo a punto de tomarlo como ayudante tras haberlo oído cantar durante dos horas seguidas. Lo llevó a casa de Hamid, el vendedor de discos, que siempre buscaba talentos para hacer la competencia al coro de la escuela Rachidiya, dirigido por un músico siriaco al que la célebre cantante Munira al-Mahdiyya había pedido que musicara la *muallaqat* de Antar Ibn Shaddad para que pudiera cantarla ante los cónsules reunidos con ocasión de la visita de la reina de Inglaterra a El Cairo. Radwan pidió un vaso de agua azucarada, cantó un himno kurdo que se sabía de memoria y que tradujo como mejor supo a Hamid, quien lo incorporó a su grupo, pero, seis meses más tarde Hamid tuvo que ponerlo de patitas en la calle porque su grupo no daba nada. Radwan no lo lamentó, ya que estaba harto de los olores de su casa y de las

peleas diarias con su mujer, que tenía la voz aguda y con frecuencia se olvidaba de darle de comer. Aún recordaba las largas horas pasadas en la pequeña tienda de discos escuchando las interpretaciones de Zakaria Ahmad, al que adoraba, hasta el punto de que creía que el destino lo había llevado a aquel lugar para que descubriera aquel gran músico. Aprendió muchas canciones y *muwashahat* andalusíes, y afirmaba que el timbre de su voz se parecía al de Zakaria Ahmad cuando cantaba «Los que aman» con desgarradora tristeza. Radwan se llevó consigo aquel disco el día que Hamid lo dejó en el patio de la mezquita de los Omeyas. Exhaló un hondo suspiro, feliz de encontrar olores que le gustaban, y presintió que por fin había dado con su lugar predilecto. Y descansó algunos días. Los otros ciegos, que lo acogieron con su jocosidad característica, si bien trataban de mantenerlo alejado de sus medios de sustento, como la recitación expeditiva de rituales para mujeres que acudían a pagar sus ofrendas todos los viernes.

Radwan apreciaba sus tejemanejes, incluso lo divertían, y no se sentía en absoluto extranjero cuando se acostaba, bien entrada la noche, sobre magníficas alfombras en un rincón de la vasta sala de plegarias y se sumía en un sueño profundo junto a algunos compañeros de infortunio. Siete años más tarde, se jactaba de ser alepino, inventaba de cabo a rabo historias sobre un linaje que no existía, sobre supuestos parentescos con grandes familias de las que solo conocía el nombre. Silencioso, trataba de descubrir la red de secretos que los ciegos habían tejido durante largos años para construirse un universo al que al fin sentía que pertenecía.

A veces sus compañeros se marchaban y lo dejaban atrás con el pretexto de que era demasiado joven. Sus pasos lo llevaban hasta el zoco, donde los olores y las voces lo cautivaban. Un día se detuvo ante la tienda de mi abuelo, que vio cómo besaba la mano de *hayi* Abdelghani y le pedía que le enseñara a elaborar perfumes. Su originalidad agradó a *hayi* Abdelghani, que le permitió quedarse delante de su tenderete para cantar las canciones de Zakaria Ahmad y ayudar de vez en cuando a distinguir las esencias, que archivaba de memoria. Su presencia no tardó en resultar indispensable en el pequeño puesto, hasta el día en que tropezó con unos frascos, su jefe montó en cólera y le dio dos bofetadas. Radwan lloró amargamente y

regresó a la mezquita, que no volvió a abandonar en todo un año, durante el cual esperaba a mi abuelo para saludarlo cada vez que acudía a rezar. Le hablaba de sus sufrimientos y de sus sueños y recibía su limosna los días festivos. Como apreciaba su conversación espontánea y su buen humor, mi abuelo insistió a su mujer en que lo incorporasen a su hogar como sirviente, alegando que de un ciego no había nada que temer.

Radwan cargó con su pequeña maleta y entró en casa de mi abuelo, donde llegó a ser imprescindible. Se convirtió en un criado con prerrogativas que no eran muy del agrado de mi abuela, pero tuvo que aceptarlas a fin de no disgustar a su marido, que tenía confianza en él y lo tomaba como confidente durante las noches de lluvia, cuando se sentía solo y no le apetecía salir a llamar a la puerta de algún amigo. «Mariam tenía cinco años», dijo Radwan entre risas, y bebió un sorbito del té a la menta que yo le había preparado para animarlo a proseguir su extraordinaria historia.

De pronto, escuchándole contar su vida, tuve extraños pensamientos, como si estuviera a punto de ir a tenderse en su lecho de muerte. Sentí miedo por él, más de una vez intenté interrumpirlo para hacerle una pregunta o pedirle más detalles, pero parecía haberse vuelto sordo de repente. Se tomó el té en silencio, luego se levantó y, sin siquiera darme las buenas noches, se dirigió a su habitación arrastrando los pies. Yo que creía que desprenderse de la carga de sus recuerdos de infancia lo había aligerado… Cuando le pregunté si echaba de menos a mi abuelo, respondió con circunspección: «Me queda su olor. He amado esta casa y su olor».

Al despuntar la aurora, seguía fascinada por la silla vacía frente a mí. Pensé que sin duda Radwan había estado enamorado de alguna de mis tías, probablemente de Safah, cuyo nacimiento había evocado, así como los cuidados que él le prodigaba cuando era niña. Descarté a Mariam, convencida de que sentía lástima de ella, que la consideraba una mujer desdichada que flotaba entre sus ilusiones, como un gusano de seda que teje pacientemente su capullo hasta asfixiarse en su propio olor, y que, cuando había intentado abrir una pequeña brecha para respirar, las paredes se derrumbaron dejándole tan solo la oportunidad de llorar por las ruinas de una prosperidad pasada.

La noche acababa sosegadamente y no oí disparos. Dormí como un tronco, liberada de la inquietud de los últimos días. Desperté con el guirigay de los viajeros, que habían regresado y parecían haber pasado unas buenas vacaciones. Mariam quiso inspeccionar sus cosas, que encontró revueltas y empezó a ordenar con entusiasmo: sus escasas fotos, su ropa, que la envejecía; una pandereta antigua que sacaba cuando *haya* Radiya venía a nuestra casa y tenía ganas de cantar; su alfombra y dos pequeñas bolsas de aseo con viejos productos de belleza o perifollos que habían pertenecido a una mujer que había emigrado de la vida hacía mucho tiempo: un frasquito de cobre que contenía khol y llevaba grabado en persa el nombre de una princesa famosa por sus hermosos ojos negros; pastillitas de jabón al laurel que utilizaba con parsimonia pensando que eran artículos difíciles de encontrar; pendientes de cuentas de cristal que habían estado de moda en los años cincuenta entre las damas de la alta sociedad y que todavía utilizaba, como si se negara a creer que los días de dicha habían quedado atrás. Me habló largo rato sobre mis padres y mi hermano, como si pretendiera tranquilizarme, y se mostró indulgente respecto a Marwa. Sin embargo, los días siguientes su cólera se disparó de nuevo: reprobó que Marwa no se cubriera la cabeza con un velo, censuró la ebriedad de mi padre, que maldecía a su mujer, a Bakr y a toda nuestra Organización y elogiaba a la otra comunidad, entre la que tenía amigos que lo habían acompañado a Alejandría y le habían enseñado a pescar. «¡Es como si nos provocara a sabiendas, como si no quisiera volver a vernos!», dijo Mariam expulsando con un ademán el recuerdo de su viaje y de sus decepciones.

El aburrimiento se deslizó de nuevo entre nosotras, necesitábamos un milagro para salvarnos de nuestra melancolía y nuestro miedo exacerbado tras las violentas escaramuzas de la plaza de Yallum, que se habían extendido hasta Yamiliyeh. La ciudad parecía iluminada en pleno día, nos acurrucábamos en el sótano, en silencio, envueltas en el olor de la sopa de lentejas que Mariam había cocinado. Después de fingir que no le preocupaba lo que ocurría a menos de doscientos metros de nuestra casa, rompió a llorar y expresó su malestar por el toque de queda, los asesinatos y los registros que habían expuesto su

intimidad a las miradas ajenas.

Sus sollozos me daban miedo, y mis obsesiones volvieron con renovado brío cuando Omar me transmitió un mensaje de Bakr, quien me ordenaba que me retirara de la Organización porque me estaban vigilando. Una vez más Omar estaba harto de representar el papel del hombre en una casa habitada por mujeres desequilibradas que lo contradecían en todo y se negaban a abrir sus ventanas a la vida. Recuperó sus viejas costumbres y sus escándalos, que a nadie interesaban ya en Alepo, convertida en una ciudad de ruinas y de madres vestidas de luto por hijos que se pudrían en cárceles o en la fosa común. ¡Resulta tan difícil ser neutral cuando tu vida está amenazada! Me dije que solo me quedaba llegar al final del camino. La facultad no era más que un lugar donde recibía las órdenes de mis misiones. Recogía las octavillas que me dejaban en una papelera o que una mujer deslizaba bajo mi manto en el taxi colectivo antes de apearse una parada más allá sin siquiera estrecharme la mano por solidaridad.

El miedo me conducía al goce y a la despreocupación. Me sentía espiada continuamente, y me aterraba la idea de que me vigilaran, o de que pudieran indagar en mis sueños. Intentaba mirar a los hombres a los ojos, desafiarlos, a fin de no desmayarme en la calle. Miraba fijamente al lechero, un cincuentón que acababa de instalarse en la esquina de nuestra calle, y no me dejé engañar por su aparente inocencia y su dulce voz cuando me acerqué para comprar leche, aunque no la necesitábamos. Lo detestaba, lo miraba con odio, deseaba su muerte. Escribí un informe a la dirección de la Organización para pedir su eliminación y, a la espera de su ejecución, empecé a pensar en él como en una persona que yo no tiene tiempo para arreglar sus asuntos. Repartía las octavillas por callejuelas vacías, doblada bajo su peso. Rasgaba el resto, las tiraba a una papelera y huía porque tenía la impresión de que me seguía un joven, pero no tardaba en desengañarme al verlo entrar en su casa sin preocuparse de mí.

Las palabras de Omar habían hecho que perdiera toda mi audacia y me habían dejado como un papel secante, tragando saliva cuando un transeúnte me miraba. Mis sueños habían muerto en una ciudad que

parecía un inmenso cementerio, pensaba que la huida me salvaría de aquel vértigo, que podría vivir de nuevo al lado de mi madre e intentar acercarme a mi padre. Busqué a Omar para comunicarle mi decisión y permanecí horas sentada en los escalones de su descansillo, pese a las miradas recelosas de los vecinos, que conocían el libertinaje de mi tío. Me dirigí a la tienda de mi abuelo para preguntar a los nuevos aprendices, pero fue en vano. Le dejé mensajes en todos los lugares que solía frecuentar. Me sentía perdida sin él, era el único que podía salvarme, necesitaba a alguien que pusiera fin a mi aturdimiento, que me devolviera la serenidad para que pudiera sentarme de nuevo en el umbral de mi puerta a observar las flores que se marchitaban al final de la primavera y a contemplar la indolencia de Zahra.

Omar se hundía cada vez más en la depravación con sus nuevos amigos, comerciantes que se habían dado a conocer de pronto en la ciudad tras haber acaparado el comercio de harina. Sus métodos eran simples: robaban los sacos de los almacenes del Estado para venderlos en el mercado, se dedicaban al contrabando de electrodomésticos y de tabaco, así como a vender chivatazos ficticios a las madres que, afligidas por la desaparición de sus hijos en las cárceles, vivían pendientes de cualquier información que les diera un soplo de esperanza. Vendían sus pulseras y el mobiliario de sus dormitorios por un trozo de papel que dijera que sus hijos seguían con vida. Era un comercio próspero, gestionado con la complicidad tanto de los oficiales de las Brigadas de la Muerte como de los servicios secretos, que se habían cobrado el precio de su lealtad arramblando sin vergüenza con la ciudad. El país era ahora un territorio donde las mafias mataban a sus enemigos a sangre fría. Familias enteras habían emigrado tras abandonar sus casas o venderlas a bajo precio para huir de aquella horrible influencia. Todos añoraban su ciudad, donde aquellos hombres se jactaban de sus grandes viviendas y de la coquetería de sus mujeres.

El sombrío cuadro se oscurecía cada vez más, la esperanza se encogía y permitía que los bajos instintos y el odio se enseñorearan de la ciudad, donde a principios del verano las voces y las panderetas se alzaron. La gente subió a las azoteas para contemplar el eclipse de

luna que ofrecía a la ciudad la insólita oportunidad de gritar a voz en cuello, de expulsar la fetidez y el moho que se habían infiltrado en sus vidas. Tras los largos días de toque de queda y las largas veladas de invierno junto a la estufa pelando nerviosamente pipas de calabaza tostadas, la ciudad se preparaba para recuperar rituales que habían caído en el olvido. La inmigración de cientos de miles de campesinos que llegaron para hacerse un hueco en aquel lugar prestigioso que los grandes viajeros extranjeros adoraban había conllevado a su rápida desaparición.

Los alepinos se acordaban de su última excursión al campo y a las montañas Ansari para elevar plegarias implorando la lluvia, que había tardado en llegar. Hacía mucho tiempo que no oían las panderetas ni los llamamientos a solicitar la misericordia divina. La provisional laxitud de los soldados de las Brigadas de la Muerte, la mayoría de los cuales jamás había visto salir a una ciudad entera para invocar al cielo. Los sollozos de las madres se alzaban entre el sonido de las panderetas y los cantos de los recitadores, cuyas voces se animaban al entonar *muwashahat* religiosos. Mariam se había preparado todo el día para subir a la azotea, vestida con esmero, cantó entre los sollozos que se elevaron al grito de «¡Dios es grande!». Las panderetas se unieron en un ritmo único y rápido cuando comenzó el eclipse lunar. Los colores del cielo cambiaron y se entremezclaron, cubrieron la ciudad de un rojo bermellón en un espectáculo mágico que durante breves instantes me hizo olvidar mi angustia. La escena continuó hasta medianoche, aprovechando una tregua que los dos bandos habían respetado en consideración a la multitud, que se asfixiaba por haberse alejado tanto de su legendaria tolerancia hacia comunidades de lenguas y costumbres diversas. Mariam abandonó la azotea sin dejar de tocar la pandereta, parecía distinta y le costaba contener la emoción. Siguió cantando, entonando una elegía por mi abuelo, por mi abuela, por la ciudad, por su familia con expresiones sentidas, los invocó a todos para que vinieran a observar las ruinas que nos rodeaban. Zahra probó a sacudirla, para evitar que sufriera un ataque de histeria total, cuando la vio bailar en el patio maldiciendo al destino, que la había convertido en una mujer abandonada. Llamaba a su querido Bakr para que regresara, a Salim para que despertase de su letargo y a Omar

para que volviera a vagabundear por el jardín, que añoraba el sonido de sus pasos. Yo no me acerqué a ella, pues consideré que era imposible detener el impulso de su cuerpo, que había entrado en trance.

No pude reprimir el llanto. Nos imaginaba aplastadas por el carro de la Muerte, que parecía no querer detenerse antes de segar con la guadaña la ciudad entera, aquella Muerte a la que habíamos domesticado, como si fuéramos amigos íntimos, o a la que habíamos odiado, como a un enemigo falaz que aguarda el momento en que le volvamos la espalda para apuñalarnos. Imaginaba mi cuerpo liberado de la gravedad, la sangre coagulada en mis venas tras perder su calor. Toqué la mano de Mariam, que, tendida en la cama, parecía resignada a su destino misterioso; entonces su cuerpo, presa de sacudidas, se calmó poco a poco, y por fin se sumió en un sueño profundo.

Al día siguiente no se levantó de la cama, tenía la voz rota y la mirada abatida, nos necesitaba, deseaba ardientemente olvidar aquellos instantes en que se había abandonado, como una mujer que se despide con amargura de su juventud y lamenta haberse privado de los placeres del cuerpo y del alma. Pasamos tres días a su cabecera, contándole historias, pero nada la animaba, ni siquiera los cumplidos que Zahra y yo dedicábamos a su voz y a la flexibilidad de su cuerpo. Ella volvía la cabeza y permanecía horas con la vista clavada en un punto de la pared, como si se ejercitara en atravesarla para ver más allá, dándonos a entender que la dejásemos en paz, pese al agradecimiento que nos profesaba.

Omar llegó de buena mañana. Parecía cansado tras una velada orgiástica, apestaba a alcohol y, en un descuido que no era habitual en él, tenía manchas de lápiz de labios en la camisa. Todo ocurrió con rapidez, tomó el café con nosotras y escuchó distraído nuestro parloteo. Confiábamos en que pudiera sacar a Mariam de su melancolía, pero ella apenas reparó en su presencia. Mi tío me dijo que me marchara cuanto antes a Beirut, si aún podía hacerlo, puesto que, según añadió, me habían prohibido abandonar el territorio. Nos dejó mucho dinero y bromeó con Radwan antes de desaparecer a toda prisa, como si fuéramos una epidemia de la que había que alejarse rápidamente.

Miré a Mariam, tendida en su ancha cama, con el rostro apergaminado de una anciana, inerte como una muerta. La imaginé en el paraíso, y a las mariposas de Marwa revoloteando a su alrededor. Cubiertas de polvo, ya no interesaban a nadie. Yo había arrumbado las cajas en un rincón de mi habitación, que ahora parecía un almacén de chatarra. Cuando Marwa descubrió que habíamos descuidado sus mariposas, prorrumpió en sollozos, luego se arrodilló en el suelo y les quitó el polvo con el bajo del vestido llamándolas por sus apodos, que aún se sabía de memoria.

¡Qué duros somos al tomar a la ligera las cosas de los demás, al abandonarlas a su suerte, sin pensar en lo que representan para ellos! Yo creía que Marwa había sido expulsada definitivamente de nuestro hogar, que era cuestión de tiempo que la olvidáramos y la borráramos de nuestros recuerdos, que fingiéramos haber dejado atrás el dolor que nos había causado al ir en contra de las tradiciones de nuestra comunidad. No me había tomado en serio la visita de Mariam, Zahra y Omar a su casa, y ni por un segundo me pasó por la cabeza que recuperaría su habitación y prepararía en ella café para su marido.

Entró sin previo aviso, abrió la puerta con su propia llave. Nazir la siguió con la maleta, parecía intimidado, pero el cálido recibimiento de Mariam rompió el hielo. Se dirigieron al cuarto de Marwa y se tendieron en la cama como si acabaran de volver de una breve estancia en la montaña. Mi tía me había perdonado, pero yo no podía pasar por alto su cabeza sin velo, su vestido azul, que no le cubría por completo las rodillas, ni su ligero maquillaje, que casi la hacía parecer una extraña. No sabía de dónde sacaba tanta confianza en sí misma, pero lo cierto es que, una vez superada su frustración, se había revelado como una mujer tolerante e inteligente. Se compadecía de nosotras por seguir envueltas en velos que pesaban sobre nuestra alma y nos daban un aire de pingüinos de andar pesado y temeroso. La gracia de sus pasos por el patio y sus risas estridentes nos recordaban a Safah, a quien se parecía cada vez más. Me decía que ambas habían intercambiado sus sueños y disfrutaban de sus respectivos destinos con alegría.

Nazir abandonó de repente a Marwa al enterarse del intento de asesinato del presidente de la república. Trastornado, la besó en la

mejilla y desapareció a toda prisa. En el camino de Damasco, fue presa de la angustia y lo acometió de nuevo la urticaria en la nuca, que siempre lo prevenía de los peligros. Ya lo había salvado de una muerte segura durante la guerra de octubre de 1973, cuando el lugar donde se hallaba su batallón fue bombardeado pocos minutos después de su retirada. Imágenes que creía olvidadas para siempre invadieron su memoria: recordó a su padre, el jeque Abbas, que le había inculcado la tolerancia y que dejaba que los demás imames promulgasen fetuas incitando al odio, a la unión contra las otras comunidades y a mantener los puestos clave en su poder. La gente hablaba en voz baja del empeño del jeque Abbas en defender la tolerancia como única fuerza capaz de proteger a la comunidad y conservar su brillante imagen. Para ello se apoyaba en la palabra de los grandes teólogos y en los acontecimientos históricos, y exponía ante los otros jeques sus vastos y profundos conocimientos del Corán y de los hadices. Debido a su dignidad, su popularidad y el prestigio de su familia, nadie lo criticaba abiertamente, pero se le había acusado en secreto de pasar por alto la injusticia cometida por las otras comunidades contra los miembros de la suya cuando vivían en las montañas, descalzos, desposeídos, hambrientos, asediados por las nieves.

A pesar del miedo, había rechazado participar en polémicas que los otros buscaban para minar su prestigio. Se había retirado en silencio a su habitación, que daba a los bosques de pinos y a los olivares, consciente de la gravedad de los acontecimientos que se avecinaban y que él no podría impedir si la gente se dejaba guiar por las fetuas del jeque Tawfiq, que instigaban a matar al enemigo por el mero hecho de pertenecer a una comunidad.

La sonrisa, que jamás abandonaba a Nazir, pudo más que su ansiedad. «Al presidente no le ha pasado nada; es su guardaespaldas, que se arrojó sobre la granada, el que ha muerto. Su familia recibirá una sustanciosa compensación para premiar su lealtad y se verá aureolada de prestigio», se dijo.

Nazir llegó por la tarde a la oficina de la sección principal y, al observar la expresión de los guardias que lo saludaban, comprendió que las cosas iban mal. Subió la escalera con calma, tomó asiento en el despacho del secretario del comandante en jefe y durante más de una

hora pasó con tristeza las hojas del calendario a la espera de que lo llamaran para una entrevista cuyo desarrollo esbozaba en su mente. El trajín que reinaba entre los guardias, los empleados y los oficiales dejaba traslucir un gran nerviosismo y una reacción futura tan estúpida como el acto que acababa de perpetrarse. A las ocho en punto, cuatro oficiales a los que conocía bien entraron en el despacho. Al saludarlos reparó en su frialdad hacia él, ya que no lo abrazaron como era su costumbre tras una larga ausencia. El secretario abrió la puerta y les hizo una seña para que entraran. En el despacho los esperaba el comandante de las Brigadas de la Muerte, cuyas ojeras delataban un insomnio de dos noches por lo menos. Les indicó con un gesto que se sentaran, se dirigió brevemente al oficial de mayor graduación, explicó los detalles del intento de asesinato contra el presidente y añadió con frialdad: «Atacaremos la cárcel del desierto esta misma noche». Acto seguido dio un puñetazo en la mesa. «No permitan que el sol salga para ninguno de ellos», exclamó, y le tendió un dossier que llevaba en caligrafía cúfica el título de «Operación Mariposa Dormida», con las misiones asignadas a los cuatro oficiales, y les dio el abrazo de rigor antes de retirarse por una puerta secreta, prohibida a cualquier otra persona.

Nazir sintió vértigo al oír aquella decisión improvisada de asesinar a presos políticos, de atacarlos como a fieras en una arena cerrada para verlos caer como moscas. Respiró el aire fresco del barrio de Mazzeh y tomó una decisión, consciente de que el tiempo se le echaba encima: en menos de una hora los aviones despegarían rumbo al desierto cargados de soldados armados hasta los dientes, como si fueran a participar en una cacería de patos salvajes o de gacelas en el oasis. Llegó al aeropuerto, donde ya se encontraban el comandante de la operación y otros oficiales, así como los soldados, que se habían levantado al toque de corneta. Se acercó al coronel, a quien le unían lazos de parentesco por parte de sus tíos maternos, lo saludó y solicitó hablar con él en privado. Le informó de que le resultaba imposible participar en aquella misión, se arrancó los galones y abrió los brazos, listo para un consejo de guerra en el que le condenarían a muerte por no obedecer las órdenes militares. Irritado, el coronel no lo dejó proseguir. Comprendía el significado de aquella negativa, sobre todo

después del matrimonio de Nazir, que los altos oficiales consideraban un ultraje. Entonces Nazir le tendió las llaves de su vehículo militar y se dirigió a pie a la salida, alejándose de los soldados que gritaban los juramentos de fidelidad al comandante de las Brigadas de la Muerte con el puño en alto. Empezaron a subir a los diez aviones que esperaban en la pista el amanecer. En la estrecha carretera que discurría entre los campos de chumberas, Nazir se volvió para verlos despegar, sin prestar atención a las lágrimas que le nublaban la vista. Cruzó por su mente la idea de que había oído mal las órdenes, de que estaba demasiado cansado o había dormido mal la noche anterior y por eso no había entendido bien la decisión de aquel lunático de asesinar a hombres desarmados en una cárcel del desierto de la que era imposible salir vivo.

Nazir se encontró en un taxi colectivo junto con otros tres pasajeros que lanzaban temerosas miradas de reojo a su uniforme de camuflaje. No comprendían qué hacía entre ellos aquel oficial taciturno, absorto en sus pensamientos, que parecía imponer silencio a sus compañeros de viaje. Intentó dormir en aquel viejo Mercedes que daba tumbos con mil precauciones por la carretera de Alepo como un ataúd cerrado, pero las pesadillas se lo impidieron. Estuvo a punto de ponerse a hablar en voz alta al imaginar lo que estaba ocurriendo en el desierto en ese mismo momento. Calculó que los aviones habrían aterrizado media hora antes cerca de la puerta de la cárcel y que sus camaradas habrían tenido tiempo de comprobar sus fusiles, pues sus enemigos se hallaban reducidos al estado de despojos humanos sujetos con cadenas a las paredes.

Al día siguiente de aquella jornada estival, el país despertó con los relatos que se habían propagado a la velocidad del rayo. Entonces comprendí por qué Nazir se había quedado a la puerta, destrozado, aniquilado, había pedido a Marwa que se reuniera con él en el taxi y se había disculpado tímidamente, susurrando palabras incomprensibles, por no tomar el café con Mariam. Añadió que había abandonado el ejército y que lo que estaba a punto de ocurrir quedaría grabado en la memoria colectiva del país durante un millar de años. Como un fugitivo, partió con Marwa, que le pasó una mano cariñosa por el cabello y el rostro y murmuró: «¿Qué ocurre, cariño?». Él

depositó un beso en la palma de su mano y prorrumpió en sollozos, sin importarle la curiosidad del taxista. Marwa estaba desolada al verlo tan desdichado. No tardó en recuperarse, le secó las lágrimas y lo besó en los labios antes de pedir al conductor que acelerase para que pudieran llegar a tiempo a la cabecera de un moribundo que los aguardaba. De ese modo ahorró a su marido las explicaciones ante el taxista, que se compadeció al ver las lágrimas vertidas por la pérdida de un ser querido, pese a que el uniforme le recordaba a aquellos hombres que daban órdenes y disparaban sus fusiles y sus pistolas para liquidar a todo aquel que se interpusiera su camino, exaltados por la pulsión de muerte.

No tardó en saberse cómo los soldados, tras bajar de los aviones, habían entrado en las celdas, abierto fuego contra los presos, cuyos sesos habían salpicado hasta el techo, y apilado los cadáveres en los pasillos. Aparecieron banderas negras en las ventanas de numerosas casas, por todas partes se veía a gente sacudida por sollozos mudos. Más de ochocientos prisioneros habían sido exterminados en menos de una hora, los bulldozers habían llevado los cuerpos a una fosa secreta cuya forma y profundidad nadie conocía. Quien llegara a Alepo y a Hama habría podido creer que a primera hora de la tarde había comenzado un ritual fúnebre que recordaba la conmemoración de la muerte del imam al-Hussein en Kerbala.

Haya Suad se precipitó hacia mí llorando, me tomó entre sus brazos y la oí rezar por Hussam, ya en el paraíso. Aquello que con todas mis fuerzas intentaba negar se me impuso como una verdad que debía escuchar. Era incapaz de mover los labios, la parálisis se infiltraba en mi sistema nervioso; negué con la cabeza y huí corriendo. De vuelta en casa, encontré a mi madre derrumbada en el patio, apretando una foto de Hussam contra el corazón. Luego se levantó para lanzar yuyús y bailar como una loca en medio del círculo formado por Mariam, Zahra, Omar y Radwan, que impidieron que saliera a la calle, hasta que perdió el sentido y la llevaron a la cama.

Antes de que rayara el día partimos hacia la cárcel del desierto en el coche de Omar. Madres llegadas de todas partes nos habían precedido para aspirar el mismo aire que habían respirado sus hijos; se negaban a creer aquella espantosa historia. Las barreras y los fusiles de los

soldados impedían a los miles de personas que habían dormido al raso llegar hasta la prisión, donde de nuevo reinaba la tranquilidad. Después de retirar los cadáveres, lo habían limpiado todo con agua a presión, como si los soldados se hubieran limitado a cumplir con sus tareas habituales.

De pronto caí en la cuenta de que no había abrazado a mi madre a pesar de nuestra larga separación y, sin decir una sola palabra, puse mi mano sobre la suya. Un frío extraño me penetró hasta la médula y, de no ser por el intenso brillo de sus ojos, habría creído que mi madre estaba muerta.

El espectáculo ante la cárcel del desierto parecía una escena de una película épica, de fantasía. Era un mundo que se podía oler y saborear. Resultaba imposible creer que aquellas ejecuciones hubieran sido reales. Mujeres vestidas de negro, arrodilladas en hileras como si rezaran a un dios en cuya misericordia habían creído durante mucho tiempo, blandían las fotos de sus maridos, hermanos o hijos. El miedo se reflejaba en sus rostros. De repente vi a mi madre saltar del coche de Omar y abrirse paso entre una multitud de mujeres que se parecían a nosotras. Se precipitó sobre un vehículo blindado que cerraba el paso hacia la puerta y lo golpeó con los puños al tiempo que lanzaba improperios a los soldados de las Brigadas de la Muerte que la miraban, ocultos en el vehículo y asustados por el gentío apiñado a su alrededor.

Reinaba la histeria. Carretas, coches, hombres con semblante abatido, niños de los que nadie se ocupaba y que recogían piedras, erigían estelas y luego las derribaban con otras piedras; vendedores de bocadillos y de bebidas frías llegados de los pueblos vecinos que, aprovechando la ocasión, montaban sus tenderetes; olores a carne asada que a nadie le apetecía, ensaladas preparadas deprisa y corriendo, como si una pequeña ciudad surgiera de la arena. La canícula no impedía a las mujeres lamentarse, con la boca seca y los labios agrietados a causa de la sed; se golpeaban, renunciaban a los placeres mundanos, deseaban seguir a sus seres queridos en la muerte. Intenté sacar algo en claro de las historias que contaban mujeres y hombres, con contención al principio; más tarde, pasado el mediodía, las voces de los narradores se alzaron y lo verdadero y lo falso se

mezclaron. Yo imaginaba a Hussam, un cadáver frío, transportado como un desecho por los bulldozers, arrojado en alguna parte, tal vez al aire libre, y despedazado por los perros. Me entraron náuseas al oír relatos sobre supervivientes que se aferraban a la vida sujetándose las entrañas con las manos y pasaban por encima de los cadáveres de sus hermanos, que, amontonados en celdas exiguas, habían superado los latigazos, la pleuresía y la sarna para seguir con vida. No hubo nadie en la cárcel que pensara en salvar a aquellos heridos después de que los soldados de las Brigadas de la Muerte se hubieran marchado en avión. Pasaría mucho tiempo antes de que se conocieran los detalles de su irrupción y el nombre de los oficiales que dieron las órdenes a sangre fría. Perseguidos por la maldición de los cadáveres, seis soldados enloquecieron: los vieron encaramarse a las ramas de los sauces y dejar una nube de polvo tras de sí mientras huían de enemigos ficticios que los perseguían hasta sus lejanos pueblos. El ejército los dio de baja y los devolvió a sus familias con las medallas de honor que les entregó el comandante de las Brigadas de la Muerte, quien recibió personalmente a todos los soldados que volvieron a sus cuarteles. Pronunció un discurso elogiando su bravura y los recompensó con una suma de dinero que ellos gastaron en bocadillos de falafel antes de regresar a sus miserables cuchitriles en las afueras de Damasco.

Silenciosos y abatidos, avanzamos por la carretera del desierto en la oscuridad. Mi madre iba sentada conmigo en el asiento trasero. Omar evitaba mirarla por el retrovisor. A su lado, Mariam tenía los ojos cerrados; se oía el tintineo regular de su rosario mientras murmuraba oraciones que yo no oía. La monotonía de la carretera y la inutilidad de las palabras nos sumieron en el silencio. Rememoré las imágenes de las mujeres decididas a quedarse a la puerta de la cárcel para recibir los cadáveres de sus hijos. La escena parecía sacada de un espectáculo surrealista. Evoqué las imágenes y tuve la impresión de que el coche era un cofre cerrado y móvil que nos recluía a los cuatro en la oscuridad. A la luz de los faros, observé el rostro de mi madre, que tenía la vista clavada en la negrura. Cerré los ojos y, antes de llegar a la entrada de Alepo, recordé una vez más que no nos habíamos dicho ninguna palabra de condolencia. Nos negábamos a creer que en el

futuro Hussam no sería más que una foto en la pared de nuestra habitación que miraríamos con dolor recordando su hermosa mirada y su elegancia. Me acordé de su terror la última vez que nos vimos y comprendí que mi hermano ya sabía entonces que la muerte era su único camino, que no escaparía de ella si la victoria tardaba en llegar, y que tenía la certeza de que esta era imposible. Me entraron ganas de abrazar a mi madre y llorar en su regazo como cuando era niña, pero las lágrimas se habían helado en mis ojos. El odio me poseía de pies a cabeza, los dedos se me congelaban, los notaba agarrotados, me adentraba en un túnel oscuro del que no deseaba salir. «Debo dominarme», me repetía una y otra vez mientras veía las luces de Alepo y la estatua de la diosa de la fertilidad que considerábamos impía. La miré y la encontré hermosa, portadora de todos los signos de la belleza y de la fecundidad de las mujeres. Sin embargo, al instante recuperé mi convicción absoluta y eliminé de mi mente la idea de ahogarme en pensamientos impíos. Imaginé a Hussam en el paraíso y mi mente se calmó. Tendí la mano hacia la palma abierta de mi madre, palpé sus dedos y los sentí fríos, se los apreté; necesitaba su apoyo, pero su frialdad se infiltró en mí. La observé de nuevo a la luz de las calles, desiertas a aquella hora de la noche, y le estreché la mano varias veces, pero noté cómo se aflojaba y lloré en silencio sin que nadie se diera cuenta. El coche de Omar enfiló nuestra calle tras atravesar la plaza de Yallum, en cuyas cuatro esquinas había vehículos blindados. Lloré a mares y, cuando el coche se detuvo, Omar y Mariam se negaron a creer que mi madre había muerto.

Omar pidió a Radwan que lo ayudara a llevar el cuerpo de mi madre a la habitación de Marwa, la depositó en la cama y la cubrió con una manta. Enseguida llegaron algunas personas, entre ellas *haya* Radiya y mi tío Salim, que se sentó y se puso a leer la sura de la Vaca, así como otras más breves. Repartió las páginas del Corán entre Mariam, *haya* Radiya y las vecinas. Yo estaba en mi habitación, Zahra me tomó en sus brazos, lloramos un poco y nos sumimos de nuevo en el silencio, para luego prorrumpir otra vez en sollozos, en una sucesión cuyo secreto se me escapaba. Oí murmullos cuando acabó la recitación del Corán por el descanso del alma de mi madre. Al día siguiente Omar reunió a sus aprendices para que lo ayudaran con los preparativos del

funeral, que se realizó con rapidez porque mi tío se negó a aguardar a la llegada de mi padre y mi hermano desde Beirut. Quise levantar la manta para ver el rostro de mi madre, pero no pude. La miré furtivamente cuando llegó Marwa en compañía de su suegro, el jeque Abbas, que se sentó junto al jeque Daguestani en el patio. El fallecimiento de mi madre fue un acontecimiento corriente que no despertó demasiada emoción en una ciudad donde la muerte había perdido prestigio y el luto por las víctimas de la cárcel del desierto se había impuesto en más de trescientos hogares en el curso de un mismo día. Mi madre fue enterrada al lado de mi abuela, y se reservó un espacio para los restos mortales de Hussam. Cuando mi padre llegó esa misma noche para recibir las visitas de condolencia, se opuso a esa decisión e insistió en que Hussam fuera sepultado en la tumba de su familia. Omar le dijo que no tenía derecho a imponer nada porque había descuidado a los suyos. Me pareció una estupidez que se pelearan por un cadáver ausente. Cuando concluyeron las visitas de pésame, mi padre volvió a Beirut dejando con nosotros a mi hermano Humam. Maldijo a Bakr, al que culpó del asesinato de su hijo y de la muerte de su mujer. Humam no acababa de entender lo que ocurría ni por qué las mujeres lo abrazaban y le acariciaban el cabello, compadecidas por su condición de huérfano. Apenas tenía diez años y su acento libanés se prestaba a la sonrisa. Lo que más le gustaba era colgar columpios entre las ramas de los limoneros y volar por el aire con los dos hijos de Bakr.

El silencio cayó de nuevo sobre la casa. El verano pasó, triste y lúgubre. Ya no teníamos fuerzas para soportar ni las sorpresas ni las catástrofes que se abatían sobre nuestras cabezas. Me parecía inútil presentarme a los exámenes de la primera convocatoria y miraba los libros como si pertenecieran a una desconocida. Zahra y Mariam me animaban a volver a la universidad aunque fuera una sola vez, y yo pensaba que salir de casa me relajaría un poco.

Un día, tras visitar la tumba de mi madre con Mariam, Zahra y Humam, me dirigí sola a la mezquita de los Omeyas. Me senté y noté que me invadía una devoción que casi había olvidado. Recé largo rato, sin contar el número de mis genuflexiones, esperando el regreso de

Rabia al-Adawiyya para que me salvara de la amargura y las náuseas en que me ahogaba desde hacía muchos días. Me quedé un buen rato contemplando los arabescos de la mezquita y aspirando el olor de sus magníficas alfombras. Una mujer se acercó a mí para rezar y me tiró un trozo de papel antes de desaparecer sin que me diera tiempo a distinguir sus rasgos. Desdoblé la hoja, que contenía un mensaje claro y breve en el que se me advertía de que no visitara la casa de ninguna mujer de la Organización y se me ordenaba que aguardara instrucciones, todo ello acompañado de unas secas palabras de pésame. Poco me importaba ya que Hussam fuera calificado de mártir. Rasgué el papel y lo tiré en los lavabos antes de abandonar la mezquita. Paseé por las calles con la cara descubierta, cuyo reflejo vi en el escaparate de una zapatería; el mío era un rostro cansado, extenuado, apagado, sin lozanía ni vida. Todo en mí estaba marchito. Me palpé el cuerpo bajo el manto y noté que mis senos eran como dos esponjas secas, insensibles a la caricia de mis dedos. Me encaminé sin pensar hacia el restaurante armenio para arrojarme en la silla donde Hussam se había sentado y obligado a sonreír. Pedí unos platos que ni siquiera probé, bocadillos de queso, de salchichón y un vaso de té al que di dos sorbos. Los clientes que me miraban debían de pensar que era una joven a la que había abandonado su enamorado. Hice oídos sordos a la pregunta del camarero de si esperaba a alguien y pagué la cuenta. Por la tarde entré en otra cafetería para tomar un zumo de fruta, sin prestar atención a las risas de las chicas y los chicos sentados en torno a las pequeñas mesas. Tenía la impresión de ser una indeseable, pero no me moví y seguí hojeando mis cuadernos de clase. A los camareros les sorprendió verme pedir zumos de fruta que no bebía, así como la generosa propina que les dejé. Necesitaba un lugar que bullera de gente para olvidar la casa y sus frías paredes, que tanto detestaba. Me asombró mi indiferencia hacia los jóvenes que cortejaban a algunas muchachas coquetas. Antes de volver a casa para irme derecha a mi habitación, decidí disfrutar de la brisa del otoño en el parque. Caía la noche, las calles de Yallum se hallaban desiertas aunque todavía no eran ni las ocho. Apreté el paso al notar que me seguían. Cogí la llave para entrar. Una patrulla de los servicios secretos me esperaba al otro lado de la puerta. Dos hombres retenían a

Radwan, a mi hermanito, a Zahra y a Mariam en mi cuarto. Un hombre me agarró del brazo con rudeza y me puso las esposas. Sin pronunciar una sola palabra, salí con ellos, con la vista clavada en la ventana, donde se habían reunido todos. El rostro de Omar, familiar y dulce, estaba enmarcado por el de las dos mujeres, que desde lejos me apretaban las manos y me animaban a sobrevivir.

III

El aroma de las especias

Tenía que acostumbrarme a vivir sin especias y a renunciar a todas mis costumbres, me decía, muy decidida a no morir. Pensaba en los bellos momentos intensos cuya pérdida me suponía un dolor insoportable. Recordaba sobre todo los reproches de Mariam cuando olisqueaba las especias como una drogadicta. Las espolvoreaba sobre las zanahorias, que a continuación mordía con deleite, la cabeza echada hacia atrás, embelesada por los aromas fuertes que me cosquilleaban las fosas nasales y el paladar.

Debía volver a poner mis pensamientos en orden para adaptarme a la vida en una celda estrecha de suelo agrietado y glacial, que habría podido servir de caseta a una perra callejera a la que hubieran arrojado entre un montón de botes de plástico y mondas de sandía. Esa perra abandonada, roída por la roña y muda, era yo. Mis carceleros esperaban que ladrara, que aullara a la muerte por esas heridas que no cicatrizarían jamás. Las marcas del látigo, de los cables trenzados, de las tenazas eléctricas y de la punta de cigarrillos encendidos quedarían como tatuajes que los dibujos con alheña no conseguirían ocultar. Cada vez que me desnudara ante el espejo, esas señales me confortarían con la idea de que el odio es digno de un amor pasional que crece en nuestro corazón minuto a minuto y al que mimamos pese a los estragos que causa en nosotros.

Más de cien días habían transcurrido y seguía aislada en mi celda. Pensaba en el mar, que solo había divisado en contadas ocasiones, sin zambullirme nunca en él ni entregarme a las olas. Habría querido perderme en él para olvidar la imagen de mi madre muerta, para huir de las miradas severas de mi padre, que me acusaban de haberla matado. El rostro petrificado de mi madre mirando al vacío me perseguía, y a menudo me preguntaba por qué a los muertos les gusta tanto el vacío y por qué abandonan tan deprisa sus recuerdos. La imaginaba flotando, desnuda y sola, en el espacio, buscando a Hussam. Dibujaba su lugar en el paraíso, que adornaba con aves que zureaban

dulcemente, y a mi madre sonriendo como si quisiera disculparse por su mutismo. La imagen de mi madre muerta y la del mar y sus fascinantes profundidades me devolvían a una época perdida para siempre mientras oía el ruido de los pasos presurosos de mis carceleros en ese oscuro túnel.

Durante los primeros días de reclusión me había acercado a la muerte, había visto con claridad sus colores y sus rasgos, pacíficos y serenos, que introducían al ser humano en el reino de los cielos, lo conducían por una línea luminosa entre el infierno y el paraíso. Esa sería mi eterna morada porque era una muyahidín, según las octavillas repartidas por mi grupo y las largas historias que se relataban sobre mi fe y mis actos heroicos, que yo no recordaba. Mis ojos no habían brillado cuando el inspector me puso delante una octavilla en la que aparecía mi foto junto a la de otras chicas a las que conocía en su mayoría y chicos a los que no conocía muy bien, excepto uno por el que había sentido simpatía. Observé, durante tanto como se me permitió, su sonrisa sarcástica. La idea de que yo amaba la vida más que el título de mártir cruzó mi mente: nada me importaba tanto como salir viva de aquel pozo de amargura. Mi tranquilidad era falsa, al igual que mi bravura, digna de la Amada de Dios, como me calificaba la Organización de manera altisonante. Comenzaba a reflexionar únicamente sobre cosas reales. Se habría dicho que hasta entonces me habían faltado tiempo y soledad para hacerlo, pese a que me había pasado la mayor parte de la vida sola entre mis tías. Estas se me aparecían ahora como cisnes nadando en un río tranquilo, mientras Radwan dirigía su coro con amor y se limitaba a alisarles las alas y a seguir sus cuchicheos con su mirada de ciego. Un instante después, la imagen estallaba y todo se embarullaba en mi memoria. Pensaba en mi almohada, que me había introducido en miles de sueños que yo dibujaba para tratar de conjurar el miedo en mitad de la noche. En la vasta casa, el silencio y el espacio estaban poblados por el murmullo de las almas de antepasados que vivían a nuestro lado, como Mariam creía con fervor. Sin embargo, no tardó en olvidarlos cuando nosotros nos convertimos en fotos sobre las que lloraba. Se aferraba a Zahra, a los hijos de esta y a mi hermanito para no quedarse sola con las telarañas y el aliento de Radwan, que inevitablemente le recordaba sus

sueños de amor perdidos. Yo no podía olvidar su rostro, cariñoso hasta la compasión. Esa mujer, que dormía en una cama ancha y disfrutaba de una existencia pacífica, había despertado un día rodeada de muerte y escombros. ¿Recuperaría una mañana al despertar el sabor del tedio? En los últimos días, yo había percibido el estupor que se había adueñado de ella. Las otras mujeres la habían ayudado a envolver a mi madre en la mortaja y la habían acompañado cuando cantó sus elegías con voz firme. Había sacado de su armario un poco de alheña de La Meca para untar las trenzas de su querida hermana a fin de prepararla para la tumba, tal como había hecho mi abuela para su boda antes de que la mano vigorosa de mi padre la asiese y la condujera por los laberintos de una vida cuyo final ella había elegido.

Tras el fallecimiento de mi madre, Mariam entró en una prolongada fase de silencio. Mi madre no había encontrado mejor solución que la muerte, una elección que no me pareció muy diferente de aquello en que se había convertido mi vida cuando los hombres de los servicios secretos se burlaron de mi incapacidad para subir la escalera del edificio que, para los alepinos, era una zona de terror, de tortura y muerte. Su director era el símbolo de los estragos que habían devastado el país. Aquel hombre disfrutaba contando anécdotas sobre las torturas a que sometía a los presos y parecía haber recibido la ciudad en ofrenda tras la traición de sus camaradas durante un golpe de Estado. Los había enviado uno a uno a la horca en el sótano de uno de los cuarteles del ejército. Ahora controlaba todos los negocios de la ciudad y tenía el monopolio de todas las rutas del contrabando. Los miembros de su familia habían abandonado las cabras para convertirse en supuestos hombres de negocios que imitaban los modales de los comerciantes, y la gente ser reía a escondidas de su indumentaria carente de gusto.

Las esposas me hacían daño y me sentía carcomida por el intenso olor a podredumbre que reinaba en la celda a la que unos brazos vigorosos me habían arrojado. Un terrible aturdimiento me hizo caer al suelo, y durante un breve instante el espectro de la Muerte se me apareció con las facciones de un hombre cuyo aliento percibía. Tendido a mi lado, me acariciaba y yo me apartaba; él me volvía la espalda y yo lo

insultaba para mis adentros, pero él me oía y no me abandonaba. «Debo implorar la misericordia divina», no dejaba de repetirme a mí misma mientras me abandonaba al paso del tiempo. Sabía que tardaría mucho en recuperar mis objetos íntimos, que de momento me resultaban ajenos: la sedosa colcha me lanzaba reproches, al igual que mi mullida cama y la pequeña alfombra colgada en la pared como un icono eterno. El mantel de la mesa esperaba a la estudiante de medicina y compañera de canto de Radwan que yo era. Alejaba de mí tales detalles para no deshacerme en llanto e inundar el pasillo flanqueado de celdas de aquel sótano. De ellas escapaban voces apagadas que mendigaban un poco de aire o una gota de agua antes de que la piel purulenta se agrietara. Al cabo de tres días nadie me había dirigido aún la palabra; una mano, de la que solo veía los gruesos dedos, me tiraba un plato infecto sin especias. Los olores se mezclaban, me transformaban en una naranja podrida. En aquel lugar solo disponía de mi memoria, pero tardé en recurrir a ella, consciente de que era la única manera de poner a prueba mi capacidad para no perder la cordura. Ellos esperaban que les suplicara que me hablaran, que me insultaran para no quedar abandonada al vacío de los gemidos. ¡Qué terrible es desear oír la voz de tus verdugos para darte cuenta de que no estás sola! Me acordé de Marwa cuando nos miraba con desprecio agitando las cadenas, símbolo de su amor por Nazir. Juré que le besaría los pies para que me perdonara, y ese juramento me acompañó largo tiempo. Lo imaginé y dibujé en mi cabeza miles de veces, me obsesionó como un estribillo mortificante.

Al cuarto día, si mis cálculos son correctos, vino un hombre que me arrastró por el brazo, con los ojos vendados, al despacho del inspector; tras unas palabras, fui conducida, sumisa como un cordero llevado al matadero, a otra habitación, donde me tiraron al suelo. Los latigazos cayeron sobre mi cuerpo. Yo flotaba en un universo oscuro donde se oían voces rudas que insultaban a mi madre, que había muerto de pena, y ensalzaban la grandeza de su comandante. La negrura se volvía más negra, Rabia al-Adawiyya batía las alas como un ave blanca; yo intentaba seguirla, pero los murciélagos, con alas como cuchillos, me lo impedían. Nadaba en salsa de judías podridas, las especias llovían sobre mí, pero no conseguía atraparlas ni olerlas. Cada

vez que me colgaba del brazo de Rabia al-Adawiyya, las uñas se me caían y mi cuerpo se despedazaba en pequeños fragmentos que se dispersaban antes de ser comidos por los lobos. Al principio trataba únicamente de proteger mi cuerpo, luego los ojos y por último el aliento en ese reino de tinieblas en que me hallaba y donde las cosas eran diferentes. Perdía el sentido hasta el punto de no notar los pies que me pateaban las costillas y reabrían mis heridas, por las que rezumaba el pus. Debía amarlo igual que amaba mi dolor a fin de sobrevivir y reunir de nuevo mis miembros desparramados.

Sulafa tenía los ojos cerrados, su hermosa tez morena brillaba a la pálida luz. «Pasa la mano por mi cabello, acúname como si fuera tu muñeca.» Su petición me sorprendió, como si me hablara de mis interminables fantasías. Se apoyó en mis rodillas y se abandonó a mis dedos, que le masajeaban el seco cuero cabelludo. Como siempre, Um Mamduh despertó en mitad de la noche y observó largo rato a las mujeres dormidas, que se habían acostumbrado a permanecer inmóviles en un espacio minúsculo y a acallar sus gemidos. Tras mirarnos un momento con una sonrisa en los labios, se acercó y, siguiendo el juego, me ayudó a trenzar el cabello de Sulafa. Yo me había acostumbrado al silencio, a no participar en las incesantes conversaciones sobre las fetuas que iniciaban las chicas de nuestra Organización para tratar de llevar hacia Dios a las muchachas de los otros partidos. Las palabras estallaban entre los dos bandos y la conversación desembocaba siempre en un intercambio de acusaciones. Durante la noche paraban y se oían sus gemidos, y el hedor a pus aumentaba tras las sesiones de tortura. Apoyé la cabeza en la rodilla de Um Mamduh, deseando a mi vez convertirme en una muñeca. Sulafa y yo necesitábamos una madre y nos enfrascábamos en aquel juego una y otra vez, haciendo oídos sordos a las reprimendas de *haya* Suad, que nos tachaba de pervertidas.

Al cabo del primer año los torturadores dejaron nuestro cuerpo en barbecho: habíamos confesado todo cuanto querían, ya nada tenía importancia. Decidí reorganizar mi vida pasada: me deslicé del útero de mi madre para reptar por las losas frías, resuelta a creer aquella mentira, a vivir con una desenvoltura que no poseía, con una ligereza

que siempre había mantenido a distancia. Lamentaba mi carácter serio. Intentaba convencerme de que estaba en aquel infierno para aprender a querer más a mis tías. Renuncié voluntariamente a los subsidios que, pese a mil obstáculos, la Organización nos hacía llegar a través de las presas comunes que atravesaban nuestro universo durante unos días. Con sus palabras vulgares y la manera que tenían de describir a sus clientes, las prostitutas proporcionaban un ambiente sensual. Conscientes de que estaban de paso, se compadecían de nuestra situación, y cuando las trasladaban a otras secciones se alegraban de abandonarnos y lanzaban yuyús. Se despedían de nosotras abrazándonos como si jamás fuéramos a ver de nuevo la luz del día. Entre *haya* Suad y yo hubo un malentendido que nos condujo primero a la ruptura y después a la indiferencia absoluta. Me tomé la libertad de sentarme con Sulafa y Um Mamduh, a la que llamábamos madre. Si alguien me hubiera dicho que Sulafa se convertiría en mi amiga más íntima, lo habría tildado de loco. Más adelante mantendríamos conversaciones interminables en las que trazaríamos una nueva línea para nuestros destinos. Olvidando el pasado, retomábamos el hilo de nuestra vida de otra manera. Hice que compartiera mi habitación, y cantábamos juntas los *muwashahat* de Radwan, encendíamos la linterna de los *mawlid*, nadábamos desnudas en el mar en Latakia antes de tendernos en la arena blanca, felices de beber un zumo de fruta bajo la única palmera de la playa. Nos perdíamos en los bosques, vagábamos por los senderos de los campos, recibíamos a la magnífica aurora entre los pinos del monte Nabi Yunes, luego nos deteníamos ante la tienda de mi abuelo como dos clientas en busca de la alfombra sobre la que Scheherazade se había sentado para salvar a sus compañeras gracias a sus mil y una historias.

¿Qué significaba ser mujeres solas en una celda estrecha donde resultaba imposible hasta estirar las piernas? Yo pensaba que todo cuanto ocurría no era más que un juego que pronto terminaría, y que los vencidos no tardarían en regresar a sus casas lamentándose de su suerte.

Pedí a Sulafa que reanudara su juego y me despertara en el momento en que llegara su amado. Ella estaba acostada, la cabeza tapada con la manta, que apestaba a las ventosidades de los soldados y

los presos que nos habían precedido. Era medianoche, la hora de la cita con su amigo Mudar se acercaba. Todos los días Sulafa se retiraba a su soledad y, con una sábana hecha jirones que parecía una tienda de campaña montada a toda prisa, construía una pequeña casa en la que dejaba una estrecha rendija para que él pudiera entrar, del mismo modo que en el pasado le dejaba entreabierta la puerta de su habitación para que se deslizara en sus brazos en mitad de la noche. Rememoraba esos momentos con el entusiasmo de una mujer que se negaba a creer que las higueras de la casa paterna con vistas al mar ya no eran más que un sueño. Sentada a su lado, yo observaba sus movimientos, presenciaba la llegada tumultuosa de Mudar, oía el fuerte ruido de sus pasos. Me quedaba levantada, mordiéndome las uñas y tarareando unas estrofas de una canción de Umm Kalzum que había aprendido a fuerza de oírla. ¿Cómo podían compartir a un hombre dos mujeres, una mujer y su criada, la esposa y la amante invisible? Cada vez que Sulafa desplegaba la tienda, yo reconstruía la imagen de Mudar para llevarlo a mi habitación en aquella gran casa que jamás había visto a una de sus mujeres acostarse con un hombre extraño. Sonreí al recordar a Abdallah, que en casa dormía a solas en un cuarto vacío, rodeado de una hospitalidad digna de la reputación de los antepasados que habían confiado a una solterona la tarea de salvaguardar su prestigio. Mariam ordenaba que bajaran un colchón de lana que pesaba cuarenta kilos, sacaba del armario de los invitados las sábanas, que perfumábamos de vez en cuando, las almohadas y el edredón de raso, traído especialmente de Estambul para unos invitados a los que la familia había esperado en vano. Sentada junto a Marwa, Safah se sentía frustrada por no poder abrazar a Abdallah, por consideración a Mariam, que no dormía y daba vueltas y vueltas por el patio como si fuera la guardiana de nuestras vaginas y nuestros suspiros. La dignidad impedía a Abdallah responder a los guiños lascivos de Safah, y en cada una de sus visitas tenía que alquilar un apartamento en la ciudad para ahogarse hasta la mañana en la dulce feminidad de su esposa. Más tarde se convirtió en cliente de los hoteles de lujo para no despertar sospechas, como si fuera un hombre de negocios del Golfo con múltiples proyectos, mientras vendía el paraíso a quienes querían ir a luchar a Afganistán contra los soviéticos impíos.

Su entusiasmo y su ternura, así como su historia repleta de fracasos y éxitos, me habían llenado de anhelo un día; lo imaginaba como un padre o un marido al que habría velado hasta el alba. Junto a la tienda de Sulafa, pensaba en lo absurdo que era compartir el recuerdo de un hombre con una amiga y con una madre a la que se suponía que debíamos ocultar nuestros secretos y que nos reprendía cariñosamente cuando intercambiábamos miradas culpables.

Habíamos perdido la cuenta de los días y nos habíamos vuelto sumisas, apáticas. El tiempo se estiraba como una bestia mítica sobre nuestros cuerpos. «Está lloviendo —me dijo Sulafa, y añadió entre risas—: Debe de estar lloviendo, Mudar pasa por delante de mi habitación y llora al ver la luz apagada.» Me gustaba la imagen del enamorado que lloraba bajo la lluvia a la espera de que se iluminase la ventana de su amada. Sulafa me describía con todo lujo de detalles el nervioso batir de las pestañas de Mudar sobre sus ojos negros como golondrinas. Me apretaba la mano al verme apartar la cabeza. Yo me disculpaba, turbada por la imagen de esos ojos. Ella proseguía la narración en un susurro para que las demás no nos oyeran. Todo cuanto decía iba dirigido exclusivamente a mí, y eso me apasionaba. Era como un secreto precioso que solo nos concernía a las dos. Sulafa describía con pocas palabras su elevada estatura, el sabor de sus labios entreabiertos y carnosos, el placer que le proporcionaban sus besos ardientes, que ella había creído que serían eternos. Se habían conocido por casualidad y ella se sintió como una gata que confiaba en encontrar la cama caliente durante los rigurosos inviernos. Lo había defendido ante el tribunal del Partido y no había retrocedido ni ante las súplicas ni ante el desprecio de sus camaradas, furiosos al verla retractarse de su juramento de dedicarse por entero al Partido. Cuando le pidieron que lo convenciera de que participara en su lucha, ella guardó silencio. Ardiendo de deseo, dejaba entreabierta la puerta de su habitación para él, sin importarle las miradas curiosas de los vecinos. Todas las noches él cruzaba la plaza de Bab Tuma, doblaba hacia Hammam al-Bakri y se dirigía tranquilamente a aquella vieja casa donde se alojaban cuatro estudiantes y dos enfermeras. Estas se turnaban en la cama y en el trabajo y olían a hospital y a cosméticos baratos. Silenciosas y tímidas, sus peleas y sus alegrías estallaban sin

motivo. Las cuatro estudiantes se dejaban el cabello suelto sobre los hombros para parecerse a Sulafa e imitaban incluso su manera de llevar los periódicos bajo el brazo y de bailar al estilo oriental. Ella cerraba los ojos y cantaba con el jeque Imam, el célebre intérprete de la izquierda árabe. Sus canciones sorprendían a las muchachas llegadas de pueblos lejanos en busca de un futuro mejor en una ciudad despiadada que les arrebataba todas sus ilusiones. Las cuatro estudiantes vigilaban el pasillo que llevaba a la habitación de Sulafa para alejar a Jeannette, la propietaria. Esta esperaba a Navidad para lucir su vestido de terciopelo tornasolado, reliquia de la moda de los años sesenta, y para ir a cantar los himnos compuestos por su padre, el cura de la iglesia de carillones mudos, construida por Filipo el Árabe y destruida por las tormentas. Hanna Esber la había hecho restaurar a su regreso de Brasil tras encontrar a Jeannette ante las ruinas, llorando y rezando bajo la lluvia, negándose a admitir la muerte de su padre. Su voz melodiosa cuando subía al púlpito se había apagado en un pueblo donde solo quedaban siete ancianos y cuatro ancianas casi impedidos cuyos hijos habían emigrado a Sudamérica y dejado las historias sobre el paso del emperador ante sus casas al cura que seguía predicando la resurrección de Cristo y reavivando la gloria de los antiguos sirios.

Hanna se había acercado a Jeannette al oír el himno arameo que esta repetía una y otra vez, como un estribillo. El cabello mojado confería cierta elegancia a aquella apasionada muchacha de apenas dieciséis años. El hombre se puso a cantar con ella, como si el Señor lo hubiera enviado para glorificar al difunto y convertir la profecía de Jeannette en una historia conocida en el mundo entero. En su relato esta describía a Hanna, el ardor de su fe y su boda.

Al cabo de los años, todas las inquilinas de Jeannette habían oído la historia de su vida en São Paulo, se habían empapado de la leyenda de la casa que Hanna había regalado a su adorada esposa antes de morir, habían admirado el vestido de terciopelo tornasolado y oído el chancleteo de sus sandalias por el camino de la iglesia. Jeannette recordaba con frecuencia al joven cura al que ella había llevado en brazos cuando era un bebé. Se ponía en primera fila, cruzaba los brazos, cerraba los ojos y murmuraba el mismo estribillo en arameo, cuya letra le traía suerte. Un día se lo había traducido a Sulafa, quien

se mostró interesada cuando las cuatro estudiantes le propusieron que lo colgara en la pared de su habitación. Según ellas, eso ayudaría a Mudar a entrar en la habitación, facilitaría la misión de vigilancia durante la noche y convencería a Jeannette de que el visitante nocturno no existía, pese a los gemidos de placer que Sulafa no podía reprimir y que las chicas escuchaban, tímidamente al principio y después con atención.

Montaban guardia por turnos, de la misma forma que yo vigilaba la ilusión que ambas compartíamos.

Me sentí conmovida cuando me contó entre risas el momento de su venida al mundo, que había llenado de felicidad a su madre tras cuatro hijos varones. El cordón umbilical se le había enroscado en el cuello y había estado a punto de asfixiarla, para espanto de las mujeres, que la salvaron in extremis. Más tarde, cuando cayó en un pozo y la sacaron sin un solo rasguño, su madre supo que había nacido para vivir. Cuando intenté a mi vez recordar mi nacimiento, me invadieron la imagen del rostro de mi madre muerta y el silencio.

Las caras de los carceleros ya no nos aterrorizaban. Formaban parte de nuestra cotidianidad, casi las necesitábamos para sentir que nuestra vida iba a continuar lejos de los barrotes. Algún día nos los encontraríamos y les pediríamos cuentas de sus abusos. «Un día moriréis, como nosotras», les diríamos. Apareceríamos en sus sueños, nos deslizaríamos en sus recuerdos, estropearíamos las delicias de su vejez serena dedicada a jugar al chaquete y a llevar a los nietos sobre los hombros. Sulafa y yo habíamos imaginado innumerables juicios, nos habíamos puesto la toga, habíamos cogido el mazo y los habíamos interrogado. «¿Cómo pudisteis masturbaros sobre el cuerpo de una mujer colgada de un gancho, mientras con tenazas eléctricas le atormentabais los pechos?» Aquel a quien sus amigos llamaban Abu Ali respondía: «Servía a mi amo y a mi patria». La palabra «patria», pronunciada con respeto y deferencia por todo el mundo, desde mi Organización hasta los verdugos, me hacía reír.

Nuestra tendencia a buscar un concepto abstracto en medio del absurdo no dejaba de asombrarme. Había reflexionado mucho sobre el significado de la palabra «patria». Nosotros la queríamos islámica, Sulafa y su grupo la querían marxista, los verdugos la veían como un

coto privado, lleno de cárceles, para poder seguir masturbándose y gozando del poder al que se aferraban. «¿Cómo puede ser el país marxista?», pregunté a Sulafa. «Rojo, sin ningún otro color», respondió fríamente. «Y nosotros lo queremos verde», pensé yo. Todo el mundo quería volver monocromo un país policromo, como las togas de los tres jueces ante los que fui conducida dos años después de mi encarcelamiento. Mi deseo de especias se había vuelto absurdo, irritante y abominable mientras estaba con las otras mujeres, que se preocupaban por sus maridos, sus padres o sus hijos. Ya no confiaba a nadie mis pensamientos más íntimos y callaba muchas cosas, como, por ejemplo, que compartía a Mudar con Sulafa y que me tendía a su lado en casa de Jeannette.

Tras dos años en prisión, se me llevaron junto con nueve de mis camaradas de la Organización, nos esposaron y nos arrojaron a un furgón cerrado. Ni siquiera nos concedieron permiso para echar una ojeada al cielo nublado. El furgón atravesó las calles de Damasco y oímos los cláxones de los coches. Intercambié una larga mirada con *haya* Suad, cuyo terror percibí; era como si fuéramos a mirarnos por última vez, y ante la entrada del tribunal ni siquiera pude tocarle la mano para animarla debido a las esposas, pero ella captó mi intención y cerró los ojos con un murmullo. Necesitaba sentir su aprobación tanto como necesitaba las invocaciones de Um Mamduh, que se había despedido de mí como si yo fuera una niña que se iba a la escuela con todos sus sueños de futuro. Me había abrazado y me había ajustado el cuello de mi único jersey. Olisqueé el jersey en busca del olor de sus dedos. Tenía el aspecto de una vagabunda que deambula por las aceras de una ciudad extranjera, cubierta de suciedad, y desprendía un intenso olor a sangre menstrual, que detestaba tanto como las demás, que huían de mí como de la peste.

El tribunal se había formado deprisa y corriendo, el estrado de los jueces estaba bien lustrado, la sala bien caldeada, con fotos del presidente en todos los rincones, como si nos amenazara. Los jueces parecían aburridos, como si acabaran de abandonar sus tazas de café todavía llenas y hubieran venido a pagar el importe de sus numerosos privilegios: pisos lujosos, coches y cuentas bancarias en todas las divisas del mundo. Perdida toda esperanza, las chicas de nuestra

Organización parecíamos resignadas, con la mirada vacía y apagada, como si ya nada nos importase. Habíamos olvidado el olor de nuestras sábanas, nos habíamos sometido por completo al reducido espacio de la celda. Ya no soñábamos con nuestra boda ni con comidas familiares; no éramos más que pilas de papeles sobre la mesa, expedientes redactados por confidentes e interrogadores. Habíamos respondido a sus necias preguntas sobre nuestros secretos más insignificantes. ¿De qué servían nuestro honor y nuestro intento de derrocar al régimen frente a la arrogancia de su pluma y a sus acusaciones?

Todos quedaron fascinados con los ojos de Suheir, que los miró como un águila y soltó: «Sí, quería derrocar al régimen y matar a todos mis enemigos de la otra comunidad». Con una determinación que los sacó de sus casillas, elogió la apostura de su marido, tres años menor que ella, al que había cubierto el pecho de amuletos para evitar que cayera en la tentación. Sucumbieron todos a la seducción de su cuerpo extenuado, y el inspector jefe se enamoró locamente de ella. Suheir le tiró la taza de café a la cabeza y le escupió en la cara cuando él anunció triunfalmente que su amado había sido ejecutado con uno de los grupos que eran conducidos con regularidad a la horca montada a toda prisa en el patio de la cárcel del desierto. De vuelta en la celda, se quedó largo rato de pie, con la mirada perdida, como una reina que llorara la caída de su reino. Luego dijo: «Soy la viuda del Amado de Dios, el padre del hijo que llevo en mis entrañas. Soy la viuda de Sobhi al-Yanadi». La reina guardó silencio y todas las chicas de nuestro grupo reanudaron las lamentaciones y los yuyús. Entonces me di cuenta de que no sabía proferir aquellos grititos agudos y prorrumpí en sollozos, al igual que *haya* Suad, coreada por Um Mamduh y por todas las muchachas. También las marxistas rezaron la oración fúnebre por el amado de aquella mujer orgullosa. Aquella noche no pudimos dormir, nos arrastraron a una tras otra hasta aquella silla que conocíamos tan bien. Les dejamos maltratar nuestra piel, nuestros pechos, nuestro vientre, para que nuestras heridas se reabrieran antes incluso de haber cicatrizado. Los carceleros fueron presa del pánico cuando, desde las atestadas celdas vecinas, las voces de los hombres, cuyo aliento sentíamos cerca, se elevaron con exclamaciones de *Allahu Akbar*, «¡Dios es grande!». Era un acuerdo tácito entre nosotros: cada

vez que ellos vociferaban, nosotras lanzábamos yuyús para decir adiós a uno de los nuestros, y cada vez que nosotras lanzábamos yuyús, ellos gritaban a voz en cuello.

Suheir se había unido a nosotras siete meses atrás. Su silueta se había vuelto imponente y tenía el rostro cubierto de manchas. Sus antojos de embarazada nos preocupaban. Era como si compartiéramos al futuro bebé. Elegíamos para ella las patatas en los barreños de alimentos inmundos, las secábamos e intentábamos convencerla de que eran melocotones para calmar un poco sus obsesiones.

Racha, la única de nosotras que tenía derecho a recibir visitas, pidió a sus padres ovillos de lana de colores para tejer ropita al bebé y una mantita. Entró en conflicto con el responsable del Partido, que la trataba con clemencia por consideración a la elevada posición de su familia. Sus padres, amargados por los sueños marxistas de Racha, habían intentado en varias ocasiones que renunciara a sus principios para sacarla de aquel infierno, pero ella siempre se había negado. Incluso había amenazado con no volver a aceptar sus visitas si criticaban su aborrecimiento a los cubiertos de plata que a ellos les enorgullecía tanto poner sobre la mesa de roble.

Aquella mesa era obra de un carpintero con el que a Racha le gustaba conversar. Él le cantaba los himnos que las brigadas internacionales entonaban en las montañas de España y le hablaba de su amigo Lorca. Estaba convencido de que por las venas del poeta corría sangre árabe. Soñaba con conocer a Picasso para hablarle de su deseo de esculpir el Minotauro con una corona de laurel como Alejandro Magno y el rostro de una alegre andaluza. El carpintero Mutih embarcó en Marsella con marineros franceses para ir a España a conocer a Picasso y se encontró entre las filas de los republicanos. En los años cuarenta vivió entre los comunistas franceses en París, donde se sumía en disquisiciones teóricas con ellos y malvivía con el poco dinero que ganaba vendiendo periódicos. Veinte años más tarde regresó a su casa tan campante, como si solo se hubiera ausentado unos cuantos días. Al tío Mutih, como Racha lo llamaba, no le gustaba la mesa de la gran casa de los padres de esta. Les pidió herramientas y se puso a serrar, tallar y cepillar la madera mientras canturreaba las canciones que había aprendido junto a sus antiguos amigos franceses.

La pequeña Racha se quedaba horas enteras escuchándolo y viéndole dar forma a la mesa, que, una vez terminada, dejó estupefactos a todos y le aseguró una habitación en el huerto de su prima, la madre de Racha. Contaba a la niña las batallas en que había participado y le hablaba de países lejanos. Al crecer, ella se había ocupado de Mutih, agradecida de que le hubiera enseñado a desconfiar del comunitarismo y a cantar en francés «La Internacional», que reunía a toda la humanidad bajo su ala.

Como la intervención de Racha tuvo éxito, sus padres nos trajeron la lana y las agujas y nos pusimos a tejer la ropita de nuestro futuro bebé. La lana y las agujas hablaban de lo que nosotras no nos atrevíamos a confesar en voz alta: de la nostalgia de nuestros hogares y de nuestra infancia. Detestábamos a las muchachas a sueldo del responsable del Partido que nos espiaban y Racha les prohibió categóricamente que se acercaran a nuestro bebé. *Haya* Suad hizo otro tanto con algunas chicas de nuestra Organización. Tuvimos la audacia de hacerles el vacío. Pronto fueron trasladadas a la cárcel central de mujeres, adonde todas esperábamos que nos mandaran para librarnos por fin de nuestros carceleros y nuestros torturadores, que nos obligaban a limpiar sus inmundas letrinas.

Nos turnamos para tejer y terminamos dos camisetas y una mantita de colores para nuestro futuro bebé, que Suheir aceptó de buen grado compartir con nosotras. Lo necesitábamos muchísimo, sobre todo al ver que se alejaba nuestro sueño de abandonar aquel lugar. Me había acostumbrado a mi vida cotidiana e iniciaba mi tercer año carente de ilusiones. A fin de colaborar en la labor de punto, besé la mano y la cabeza de *haya* Suad para que me perdonara mis frías miradas, mi amistad con Sulafa y mi ausencia en las sesiones de plegaria y aprendizaje del Corán que organizaba todas las tardes. Tras rechazar mis disculpas, algunas chicas me acusaron de haber abandonado los sueños de nuestra Organización y de mostrarme indiferente ante las torturas y las ejecuciones de los hombres. Mientras intentaba excusarme, veía el rostro de mi madre y el de Hussam. Sentí el inmenso deseo de llorar en sus brazos, de volver a la inocencia primigenia. *Haya* Suad sonrió y prohibió a las chicas que me acosaran, que hicieran alusión a mi parentesco con la otra comunidad y que

insultaran a Marwa, a su marido y a toda mi familia, de la que únicamente se libraba Bakr.

Cuando Suheir tuvo contracciones, las veintidós presas nos despertamos y llamamos a la puerta con todas nuestras fuerzas proclamando nuestro apego a la vida de nuestro futuro niño. Los carceleros acudieron con el dedo en el gatillo de la pistola y los fusiles amartillados. Um Mamduh ordenó a las chicas que montaran con las mantas una mampara para la parturienta, tendida en el suelo. Racha exigió a gritos una ambulancia antes de salir a hablar con ellos. Suheir se asfixiaba, aspiraba el escaso aire de la celda y luchaba por su vida. Racha volvió corriendo para trasladarla al cuarto de los celadores junto con otras cuatro mujeres. Las voces de los hombres se elevaban en las celdas contiguas con invocaciones que parecían arrancadas a los peregrinos de la Kaaba. Una voz hermosa recitaba y el coro repetía, desafiando a los carceleros, que, perplejos, como si el bebé contraviniera todas sus reglas, esperaban ante la puerta del pasillo que conducía a la planta baja. En ausencia de su jefe, daban muestras de compasión guardando silencio, mientras los vagidos de nuestro bebé colmaban ya el espacio. Um Mamduh lanzo yuyús de victoria tras haber asistido, ayudada por Leila y Tuhama la Muda, a Suheir en el parto con la destreza de una comadrona diplomada, destreza que había adquirido viviendo en una ciudad donde las mujeres no descubren sus partes íntimas a los médicos varones.

Cuando nos llegó la señal de Um Mamduh desde el piso superior, después de tres largas horas de ansiedad y esperanza, intercambiamos sonrisas circunspectas. Los presos recitaron versículos de la sura de María y enviaron felicitaciones. Repetían el nombre de su camarada, cuyo cadáver había sido arrojado a toda prisa junto con otros a la fosa común; sus restos aparecerían un día, envueltos en una mortaja, y perseguirían al juez que firmaba las órdenes de ejecución con la misma facilidad con que orinaba; perseguirían también a los verdugos, que, demasiado perezosos para llevar cuerdas y montar horcas, habían utilizado hilos de plástico, que al apretar el cuello cercenaban la garganta dejando que la sangre saliera a chorros y se apagase la voz.

La infracción del reglamento consentida por el oficial de guardia no complació al responsable del Partido, que escupió al rostro de Racha.

La acusó de simpatizar con nuestra comunidad y de abandonar la suya, y mandó que la trasladaran al calabozo tras una sesión de tortura durante la cual la joven chilló, escupió a sus torturadores y los maldijo. Um Mamduh se echó a llorar y besó los pies del responsable del Partido para que le permitiera permanecer junto a Suheir, transida de dolor, a quien todas abrazábamos con ternura en el rincón que le habíamos preparado, pues no la habían autorizado a quedarse en el exterior. Acercábamos a la criatura por turnos a la reja del respiradero, como si mendigásemos para ella un poco de aire.

El nacimiento de nuestro niño pospuso nuestras penas y discusiones. En aquel lugar siniestro, nuestros intercambios de insultos hacían presagiar un recrudecimiento de las hostilidades y los sufrimientos. Movidas por ideas antagónicas, nunca imaginamos que nos encontraríamos en el mismo lugar, compartiendo el aire, los mendrugos de pan y los suplicios. Pertenecíamos al bebé de Suheir y percibíamos lo vano de las palabras frente al ímpetu de la vida. Traté de analizar el odio que había venerado y recordé los rasgos conmovidos de mi padre, las firmes palabras con que defendía a la otra comunidad y se negaba a atribuirle la responsabilidad de la persecución de la nuestra. Mi padre citaba decenas de ejemplos de verdugos y estadistas corrompidos que pertenecían a nuestra ciudad y a nuestra comunidad, así como ejemplos de hombres íntegros de la otra comunidad que habían defendido la verdad al precio de su propia vida; quería salvarme y salvar al país, que solo podía ver multicolor y capaz de acoger a todo el mundo fuera del bando que fuese. Yo tenía ganas de verlo siquiera un breve instante. No comprendía por qué se había marchado a Beirut ni por qué su voz se había perdido entre nuestros tumultos y nuestras emociones.

Sumida en los recuerdos, me alejé de nuestro niño, que crecía día a día. Sus gorjeos y la primera vez que batió palmas nos habían vuelto locas de amor; le besamos los pies, y la felicidad de verlo gatear y tratar de incorporarse nos hacía olvidarlo todo. Contemplábamos cada uno de sus gestos y le ofrecíamos incesantes manifestaciones de amor.

Racha salió del calabozo al cabo de siete días. Se lanzó sobre el bebé llorando y le besó las manitas sin siquiera reparar en nuestra presencia. Suheir tenía permiso para tomar el aire media hora al día

vigilada por los carceleros, a los que habíamos entregado las pocas monedas que teníamos a cambio de botes de leche en polvo por los que pagamos el quíntuplo de su valor. Las escasas visitas a que tenían derecho las presas comunes nos permitían alimentar a Suheir para que pudiera amamantarlo. Nos las habíamos ingeniado para mantener a la Muerte alejada del pequeño, al que durante una ceremonia jubilosa vestimos con la primera camiseta que le habíamos tejido. Improvisamos discursos humorísticos y Sania, una chica de nuestra Organización, se puso a cantar con una voz hermosísima que nos dejó atónitas. Las demás la acompañamos en voz baja para no llamar la atención de los celadores, ya que temíamos que nos arrastraran a aquel horrible cuarto donde los látigos colgados en la pared habían lacerado con tanta frecuencia nuestros cuerpos desnudos. El amplio repertorio de los temas cantados por unas y otras nos hizo olvidar durante unos instantes aquellas siniestras paredes; flotábamos con Sania, que, abandonando de pronto su timidez, se había convertido en nuestra hermana. Éramos las tres hijas de Um Mamduh, como nos llamaban las otras hasta que esta salió de la cárcel, tres años más tarde, tras haber contado a todas las muchachas la historia de Hama, la ciudad destruida, donde los cadáveres yacían en la calle hasta la putrefacción total.

Necesitábamos al bebé para soportar nuestra situación, para descubrir lo hermoso que era ver cómo un ser humano crecía con alegría y empecinamiento, incluso en una celda. Nuestros verdugos no lo entendían. Los primeros días esperaban que muriera; más tarde lo miraban como a un ser extraño. Yo me decía que era fantástico que un ser diminuto tuviera veintidós madres.

Sulafa comprendía mis obsesiones. Empezó de nuevo a hablar de Mudar, quien impedía que surgiera la imagen de mi madre apoyada en el brazo de Hussam y conducida por mi padre a un lugar misterioso. Volví a ver el sótano de nuestra casa, donde las sombras de la tarde se deslizaban en el silencio impuesto por Mariam cuando tomábamos café con las almas de los antepasados. Habría querido quedarme allí para contemplar las mariposas de Marwa y aspirar el aroma de las especias.

Durante mi tercer año de cautiverio me obsesionó, me aterrorizó, la

idea de la muerte, sobre todo cuando contraje una grave dermatosis. Pese a las palabras tranquilizadoras del médico, que afirmó que la enfermedad no era contagiosa, las miradas temerosas de mis compañeras me incitaron a implorarle que me pusieran en cuarentena en el calabozo, privada de toda voz amiga. Se limitó a arrojarme unas pastillas, que me negué a tomar con la esperanza de acabar así con mi vida.

Con la firmeza de una verdadera madre, Um Mamduh me ordenó que me recobrase y expulsara las obsesiones que me entregaban a la debilidad. Yo soñaba con volver a los pasillos de la facultad de medicina, con llevar la bata blanca, con divertirme con mis amigas por las calles de Alepo, cuyo recuerdo me obsesionaba. Durante los días de fiebre, las imágenes se entremezclaban, se enredaban, y descubrí la belleza de someterse a las fantasías, que confiaba en que fueran interminables. Deseé tener un hijo que se pareciera a nuestro pequeño para huir de la falsa sensación de que nos pertenecía. Aquel bebé no era realmente nuestro hijo; Um Mamduh, la madre que nos miraba con reprobación cuando Sulafa me pellizcaba para hacerme reír, no era realmente nuestra madre; Mudar, el amado de Sulafa, no lloraba al pie de mi ventana suplicando que la abriera, que me arrojara a sus brazos para que pudiera besar mis labios con fogosidad y metamorfosearme en una mujer loca de amor.

El odio que había defendido como una verdad única se había descompuesto por completo. Me había devuelto a mis primeras preguntas sobre el compromiso, sobre mi existencia como individuo concreto que flota en un espacio gelatinoso. Mi vida no era más que un montón de metáforas tomadas de los demás. Durante todo el tiempo había creído lo que otros querían que creyera; habían elegido para mí un nombre que debía amar y defender, habían elegido para mí un dios al que adorar, y yo tenía que atacar a quien no estuviera de acuerdo y blandir mi bastón sobre la cabeza de aquellos a los que denominan impíos. Cuanto más silban las balas, en mayor medida la muerte se convierte en una realidad. Como un tren lento que siembra la destrucción en las planicies y cuyas ruedas gimen mientras avanza cargado de muertos que esperan sepultura, sus ojos vacíos mirando al cielo como un sueño o una postrera esperanza insatisfecha; el viento

azota el rostro del maquinista ciego, que se detiene cuando el olor de los muertos le da la señal. Hace sonar el silbato en homenaje a los seres efímeros, baja a los campos en busca de los cadáveres amontonados como sacos de lentejas olvidados bajo la lluvia, los acarrea y los dispone en el frío suelo de los vagones. El tren prosigue su camino y el maquinista se desliza en los sueños de los muertos. Veo ese tren atravesar, desapercibido, las vías públicas de una ciudad que conozco bien: Alepo, con sus estrechos callejones y sus plazas, en las que había carros de combate, soldados y cadáveres diseminados. Nadie presta atención a ese monstruo, del que baja un anciano ciego para tomar su carga antes de partir de nuevo sin hacer preguntas ni quejarse del peso de los cadáveres. El de Hussam patalea, busca alrededor a alguien que le haga cosquillas hasta que se desternille de risa. El tren pasa junto a las norias de una ciudad que se parece a Hama. Um Mamduh exclama: «¡Es Hama!», y pide al maquinista ciego que se detenga porque quiere buscar los rostros de sus hijos y sus vecinos, abandonados a los buitres. El maquinista reduce la marcha y baja a tomar el té con los soldados que han segado vidas a la entrada de laberintos cuyos secretos solo conocen sus habitantes. El tren llega hasta mí, veo sus faros amarillos estremecerse como arañas, me regocijo como si anhelara las llanuras al aire libre y puro, como si corriera tras los corderos blancos que guardan el paraíso. Su balido semeja una música divina inaccesible a los seres humanos, mancillados por el amor a las nubes y fascinados por los placeres del rocío. Yo, la enferma de viruela, temía tener que conducir ese tren cuando perdiera la conciencia; las imágenes se entremezclaban, la oscuridad me asediaba, me volvía ciega y me sometía por completo. «¿Dónde está tu mano?», le decía a Sulafa. Ella me la tendía y yo sentía que me penetraba un extraño calor. Recuperaba la vista, al principio nublada, luego cada vez más clara. Durante tres meses, la enferma de viruela en que me había convertido saboreó el delirio que me devolvía a la infancia y dibujó de nuevo todo cuanto había vivido a través de mis sueños inconfesables. Desnuda, tendida en la hierba verde, imaginaba a viandantes que me violaban y a enamorados a los que deseaba conservar a cualquier precio. Evocaba la imagen de Ghada, de la que siempre había querido huir, su aliento cálido y su joven cuerpo en

ebullición, que reventaba todos los sujetadores y nos hacía sentirnos avergonzadas.

Las mujeres me miraban con compasión y susurraban: la viruela había dejado su rastro en mi rostro, como una señal de mi paso por aquel lugar. Luchábamos por sobrevivir y nos peleábamos por una monda de manzana. ¡Habíamos cambiado tanto en el curso de los últimos años! Queríamos seguir siendo como melocotones frescos cuando la sequedad había alcanzado nuestros corazones. Nos habíamos esforzado por ocultarla a la mirada de las demás, condenadas por vivir hacinadas sin horizonte alguno. Al abandonar el lecho tras mi larga enfermedad, me di cuenta de que en verdad necesitaba aquella prolongada tregua. Me avergonzaba mi rostro, aun cuando Sulafa afirmaba que mi hermosa tez mate no se vería afectada por las pocas secuelas de la enfermedad. Yo me decía que carecía de sentido que me preocupara por mis facciones macilentas. Todo a mi alrededor se había vuelto pálido y sombrío, me sentía atrapada por aquello de lo que siempre había huido. Ya no aplaudía al ver que el bebé intentaba tenerse en pie o levantaba los brazos como un gato que quiere atrapar un pájaro al vuelo. Me faltaba el aliento, oía latir mi corazón como un martillo o como un inmenso reloj en una ciudad fantasma. Tuve ganas de fumar y pedí un cigarrillo a Linda, que no hablaba con nadie y estaba resentida con su partido iraquí por haberla abandonado. Su habilidad para mantenerse al margen de los asuntos de las demás era prodigiosa; miraba en silencio a las dos presas que conversaban hasta la saciedad sobre la «verdad», en cuya posesión se hallaban sus respectivas organizaciones, o que se palpaban el cuerpo maravilladas al comprobar que las enfermedades que se llevaban a sus vecinas las habían pasado por alto a ellas. Me aburrían las conversaciones en las que participaba, mi voz queda se perdía en el estrépito de las certezas. Lo único en lo que estábamos de acuerdo era en que nuestra ignorancia sobre las otras comunidades había engendrado todos aquellos dramas. Las chicas de la Organización ya no me reprochaban mi amistad con Sulafa, se acercaban a ella, se apoyaban en su hombro mientras oían cantar a Sania la última estrofa de una canción de Umm Khazum y compartían con ella el té frío, que reservábamos para las largas veladas, tan largas como nuestros

cabellos, que habían crecido y se habían apelmazado, como si fuéramos vagabundas que no hubieran encontrado un río donde lavarlos para luego trenzarlos y complacer así a sus hombres.

¡Qué difícil resulta ser una mujer en una prisión donde todos los celadores son varones! Oyes sus pasos, percibes su olor, adviertes su deseo, antes de acordarte de que son tus enemigos, de que te han pateado, de que han deseado tu muerte para poder dedicarse tranquilamente a su partida de cartas. ¡Qué duro es para una mujer estar sola, sin nadie que la espere, sin un futuro que pueda tejer como habíamos tejido la ropa de nuestro bebé! A fin de no enloquecer, en cuanto acabábamos una camiseta para el pequeño, la deshacíamos y devanábamos la lana en ovillos para turnarnos otra vez con las agujas, con seriedad y entusiasmo, esmerándonos en cada punto. Cuando a nuestro niño se le quedaban pequeñas las prendas, volvíamos a coger las agujas para tejer un jersey más grande, cuyas mangas y cuello doblábamos. Con ese pobre atuendo, la criatura parecía lo que era: un huérfano con una sola prenda que unos bienhechores le habían regalado. Durante las escasas visitas de la madre de Racha, los celadores confiscaban la ropa de colores que ella elegía cuidadosamente en las mejores tiendas por compasión a aquel pequeño ser cuyo padre había intentado asesinar a los hombres de la otra comunidad. Lo había condenado un juez adormilado que informaba al comandante de las Brigadas de la Muerte. Este, embriagado con el inmenso número de cadáveres que había sembrado a su paso, estaba convencido de que el país se hallaba en sus manos. Empujaba con el pie la puerta del consejo de ministros, entraba y descargaba el puño sobre la antigua mesa de nogal reivindicando su porción del país. Asustados, los ministros firmaban sus órdenes sin chistar, convencidos de que la dignidad de que disfrutaban dependía de la de aquel hombre. Algunos se identificaban con él, otros partían hacia islas remotas para escribir sus memorias y maldecirlo tras haberle cedido más de la mitad del tesoro del Estado. Él guardaba el dinero en bancos europeos y americanos que codiciaban aquella fortuna por la cual se había asesinado a miembros de nuestra Organización, exterminado a presos desarmados y destruido una ciudad que prefería los pasteles a la muerte. La leyenda del líder había

crecido, sus partidarios colgaban las fotos de aquel hombre fuerte que amaba la vida y sonreía con el puño en alto, como si fuera el salvador de Jerusalén. En realidad, parecía un niño mimado cuyas rabietas todos intentaban evitar para no estropear la fiesta. El líder se había convertido en el símbolo de su grupo, que oprimía al país. Se hablaba de sus escándalos sexuales, de hermosas muchachas que eran raptadas por sus guardaespaldas, llevadas por la fuerza a alguna de sus residencias en los barrios elegantes de Damasco, encerradas, violadas, echadas como perras y entregadas a un destino desconocido. La prensa extranjera informaba de los escándalos económicos que lo rodeaban, por lo que se le prohibió la entrada en el país y se castigó a sus lectores, y también de la sospechosa eliminación de sus asociados, hombres de negocios que reclamaban su porción del pastel entre aquellos que no habían logrado huir al extranjero con la fortuna que habían amasado. Uno de sus socios fue arrojado desde un séptimo piso y al día siguiente una espléndida corona de flores, entregada en nombre del comandante de las Brigadas de la Muerte, precedía al cortejo fúnebre. Este presentó sus condolencias a los hijos del difunto, que le dieron las gracias cortésmente, renunciaron a las represalias y, haciendo oídos sordos a los rumores sobre el asesinato de su padre, declararon que la causa de la muerte había sido una pérdida de equilibrio fortuita.

Nazir se encontró de nuevo frente a él, los brazos caídos, esperando que le dispararan una bala desde detrás de las cortinas corridas de su lujoso despacho, lejos de la ciudad. Sin mirarlo, el comandante le preguntó:

—¿Acaso no íbamos a la misma clase?

—Sí —respondió brevemente Nazir.

El comandante prosiguió su interrogatorio, que pretendía que fuese amistoso.

—¿Por qué me has traicionado?

Inquieto, Nazir intentó expresarse con palabras que no encolerizasen a su interlocutor.

—No le he traicionado, señor. Tan solo quise anteponer nuestro honor militar no atacando a presos desarmados.

Se hizo un largo silencio y por fin el comandante se levantó y lo

miró directamente a los ojos.

—¿Acaso no crees que eran criminales que querían asesinar a los miembros de nuestra comunidad? —preguntó.

La expresión «nuestra comunidad» resonó como un dado que rodase por el suelo. Nazir recordó cuando eran colegiales que iban camino de la escuela con sus carteras, tratando de protegerse de los aguaceros y riendo como dos amigos que hubieran de salvar impetuosos torrentes. Esa imagen le ayudó a reunir el valor necesario para decir:

—¿Adónde pretendes llevar al país? —A continuación lo llamó por su nombre de pila, sin títulos ni grados militares—. ¿Por qué quieres destruir a la comunidad haciéndola cargar con la responsabilidad de crímenes que no ha cometido? Haz lo que te plazca, pero deja al margen a la comunidad. ¡Tú conseguirás salvar tu fortuna, pero serán nuestros pobres quienes tendrán que apoquinar!

El comandante mantuvo la calma mientras palpaba su pistola. Luego puso fin a la entrevista haciendo una seña a su guardaespaldas, que se acercó para decirle a Nazir que se fuera. Antes de que saliera del edificio, un joven oficial le ordenó que devolviera el coche y el piso oficiales durante las siguientes horas y que esperase las instrucciones del comandante.

Nazir sintió que un enorme peso le aplastaba los hombros, pero no tardó en relajarse y sonreír al joven oficial, que observó sorprendido cómo sacaba del maletero de su coche las cajas de mariposas multicolores. Las llevó con sumo cuidado a la camioneta que había alquilado para dirigirse a su apartamento, que ya no le pertenecía. Tranquilizó a Marwa, recogió algunos efectos personales y dejó tras de sí sus uniformes militares como una especie de mensaje a su amigo de la infancia, ahogado en un mar de sangre.

De camino hacia el pueblo, Marwa le acarició las manos y trató de romper el pesado silencio que reinaba como un mal presagio. Su llegada en mitad de la noche despertó al jeque Abbas, que se retiró con su hijo durante unos instantes mientras Marwa y la hermana de Nazir ordenaban las cosas en la antigua habitación de este.

El comandante rabiaba por no poder descerrajarle un tiro en la cabeza. Tenía miedo de que la simpatía que Nazir despertaba entre los soldados y los jóvenes oficiales lo convirtiera en un mártir y un

símbolo, pero también temía provocar una escisión en el seno de la comunidad.

Un pequeño papel con el sello del estado mayor relevó a Nazir de todas sus funciones. Se le asignó una pensión como funcionario del Estado al que ya nadie quería. El decreto de destitución le fue entregado por un joven oficial que lo saludó por última vez antes de marcharse a toda prisa sin responder a ninguna pregunta. Nazir rompió el papel, que le permitió pasar página y preocuparse únicamente por las fechas en que debía pulverizar los naranjos. Desayunaba antes del amanecer, como cualquier campesino con numerosas tareas por delante, para trabajar las tierras abandonadas por los tres hijos del jeque Abbas. Cuando los visité por primera vez con Mariam y Omar, tenía un aspecto muy diferente del oficial fascinado por las mariposas de la mujer a la que quería liberar de las cadenas de Bakr. Su sonrisa era más dulce cuando me animaba a sonreír a mi vez y a reanudar los estudios. Ambos habíamos perdido nuestros sueños e intentábamos reconstruirlos como quien retoma una alfombra inacabada.

En el furgón que nos trasladó a la cárcel de mujeres, reflexioné sobre la vulnerabilidad de nuestros sueños tras los cuatro años pasados en la celda del sótano. Nuestro estado era lamentable, y sin embargo nos sentíamos dichosas de que nos llevaran a aquella prisión, donde tendríamos derecho a tomar el aire dos horas al día y a mirar al cielo como un reflejo de nuestra liberación, que ya ni siquiera esperábamos. Nuestro infierno familiar se había convertido en parte integrante de nuestro ser, hasta el punto de que los ruidos y los cláxones de los coches en la calle nos hacían desfallecer. Sulafa había sido enviada a la nueva cárcel dos semanas antes. Nada más verla me arrojé en sus brazos llorando, como si recuperara la mitad de mí ser. Su rostro era luminoso y parecía más limpia y más alegre. El lugar era amplio, el aire que entraba entre los barrotes alejaba de nosotras el espectro de la asfixia. Nos habíamos repartido los dormitorios y Sulafa me había reservado un sitio a su lado. Por primera vez desde hacía cuatro años pude estirar el cuerpo con total libertad y darme la vuelta una y otra vez antes de sumirme en un sueño profundo.

No obstante, el lugar con el que tanto habíamos soñado no dejaba

de ser una cárcel, con puertas blindadas y una muralla sobre la que se apostaban los centinelas. Era un edificio que un gobernador otomano había mandado construir en las afueras de Damasco, entre ciruelos, para reunirse con su mujer circasiana todos los jueves por la noche. Temía que echaran mal de ojo a su esposa debido a su belleza, que había destrozado la vida de su primer marido, un comerciante damasceno, y lo había vuelto medio loco.

La primera vez que ella fue a exponer sus quejas al gobernador, conocido por su clemencia, su nobleza y la amistad que lo unía al marido de la mujer, él apenas oyó lo que decía, tan fascinado estaba por su fino talle y sus senos bajo el traje cerrado hasta el cuello. Le costó bajar la mirada para escuchar su sorprendente petición: «Quiero divorciarme de Mohieddine, no me colma. Su amigo el magistrado se niega a recibirme y a oír mi petición». Él la contempló con calma, se rascó la barba y le pidió que se casara con él. Era como una historia de *Las mil y una noches*. Ella volvió tres días más tarde, que el gobernador pasó melancólico e insomne, y solicitó que le concediera el divorcio y otorgase a su hermano el pueblo de Dadine como dote, así como un grado militar que le permitiera servir a la Sublime Puerta y proteger a su familia. De este modo ambos redactaron un extraño contrato que acabaría convirtiendo en un bandido y un borracho a Mohieddine, quien, una vez que el juez hubo emitido la sentencia de divorcio, juraba allá adonde iba que asesinaría a la pareja. Ese mismo juez aconsejó al gobernador que protegiera a la circasiana de las miradas. Le presentó a un arquitecto que todas las mañanas se plantaba ante la mezquita de los Omeyas, señalaba con el dedo la ancha puerta y el minarete cuadrado, y criticaba el error del arquitecto del califa al-Walid Ibn Abd al-Malik por haber trazado una planta rectangular. Lo acusaba de no haber leído a Pitágoras y elogiaba el círculo, que habría sido la única forma arquitectónica digna de aquel lugar santo.

El gobernador le pidió que construyera un palacio para un hombre perdidamente enamorado que desconfiaba de la brisa de verano y no quería que tocase a su amada. Por eso no protestó al ver la planta circular y aceptó todas las condiciones del arquitecto. Este puso en práctica sus teorías y trabajó sin descanso por espacio de tres años a fin de que el gobernador pudiera mudarse al palacio junto con su

esposa circasiana. Las criadas no tardaron en contar a los narradores de la ciudad los secretos de las noches del gobernador y la circasiana para que, con nombres falsos, tejieran historias sobre un respetable hombre al que su esposa había hecho perder la dignidad antes de suicidarse junto a la fuente dejando un breve mensaje en el que afirmaba que el amor no había nacido en su corazón y que no conseguía sentirse a gusto en un magnífico palacio concebido por un loco como una prisión, no como un refugio para enamorados.

Los narradores alargaron la historia, contaron que la mujer se había enamorado del hijo del gobernador, que la cortejaba instigado por su madre, la esposa abandonada.

Una noche le dije a Sulafa: «La alegría me ha abandonado, mis sueños se han disipado», y señalé que habíamos olvidado a Mudar. Ella meneó la cabeza. «No, no lo he olvidado —aseguró—. Creo que es él quien me ha olvidado por otra mujer.» Entonces comprendí que las cartas que habíamos conseguido escribirle con lápiz en los envoltorios plateados de los paquetes de cigarrillos no le habían llegado. Sin domicilio fijo, Mudar se había perdido en lugares que a Sulafa ya no le pertenecían pero que constituían puntos de referencia para su sueño imposible. Un cuartito pobre pero elegantísimo donde la joven que sonreía en todo momento había confeccionado cortinas de tela de yute.

Los padres de Sulafa venían a visitarla y, pese a su pobreza, pagaban a los celadores para que nos dieran comida y pijamas de algodón. Su hermana intentó tranquilizarla diciéndole que encontraría a Mudar y que traería una carta suya en su próxima visita. Sin embargo, ante la insistencia de Sulafa, no tuvo más remedio que confesar que Mudar había rehusado coger las cartas y que negaba conocerla. Añadió que se había casado con la hija de un oficial de los servicios secretos que lo había perseguido y conducido hacia un destino diferente. Se decía que había empezado a hacer contrabando con su suegro.

Sulafa no fue la única mujer abandonada: el marido de Sania le hizo llegar los papeles del divorcio sin aguardar a su liberación, aunque ella no hubiera protestado cuando él se casó con otra mujer veinte años más joven. Él había regalado a esta las joyas de Sania y había borrado

toda huella de su presencia en la casa donde ella creía que la esperaban y a la que ansiaba volver.

Detestábamos las visitas que se nos permitía recibir, cada tres meses a nosotras y cada mes a las marxistas. El mundo libre venía a nuestro encuentro y nos arrancaba las ilusiones. Mariam no se saltaba ninguna; había envejecido y se la veía cansada, taciturna. Yo necesitaba que me tranquilizara acerca de Radwan, cuya fuerte presencia en mi interior me sorprendía. Radwan constituía el reflejo jubiloso de la vida que había dejado atrás. Mi tía me traía mucha ropa, la mayor parte de la cual robaban los carceleros, y comida, que se había molestado en preparar durante varios días y que sazonaba con toda clase de especias. Yo disfrutaba evocando un pasado cuya desaparición me negaba a aceptar porque no deseaba enfrentarme a mis verdaderos sentimientos de huérfana. Me había resistido a la tentación del suicidio olvidando las aves del paraíso que revoloteaban sobre mi cabeza, como me recordaba *haya* Suad, quien nos había encontrado en perfecta armonía con las marxistas y las presas comunes con las que compartíamos las celdas.

Mi padre tardó en venir. Yo necesitaba verlo a través de la reja y miré fijamente sus ojos tristes, por primera vez con atrevimiento. Me sonrió para darme ánimos, intentó tocarme los dedos y transmitirme el calor de nuestros lazos. Al verlo allí, con una leve sonrisa en sus delgados labios, olvidé todo cuanto quería decirle desde hacía cinco años. De golpe lo había recuperado, y pasé por alto las palabras de Mariam, que lo llamaba borracho y traidor porque se planteaba contraer matrimonio con una armenia de Beirut tras haber estado casado con una mujer de una gran familia. Eso me había hecho reír y Mariam dedujo de mi risa que aprobaba la nueva forma de vida de mi padre. Estuve a punto de pedir a mi padre que trajera a su novia en la siguiente visita, pero no regresó y no me ofendí por ello. Esa noche me quedé despierta hasta el amanecer e hice reír a las chicas imitando al alcaide de la cárcel, que nos llamaba «hijas mías» cuando estaba de buen humor y «putas» cuando no lo estaba, y entonces su rostro se volvía amarillo como un melón podrido. Sí, me sentía dichosa tras la visita de mi padre; por fin admitía que lo quería y que nuestros lazos de sangre eran muy fuertes.

El estado mental de Sulafa empeoró: estaba siempre distraída, no escuchaba lo que se decía, ni siquiera parecía oír. Yo la apoyaba, me peleaba con las que se burlaban de ella, realizaba sus tareas. Por la noche la oía gemir y delirar llamando a Mudar. La veía como a una hija pequeña y observaba cómo, asustada por el mundo exterior al que tanto ansiaba regresar, se volvía muda antes de venirse abajo. Tres meses más tarde ya no pronunciaba el nombre de Mudar, como si fuera ella quien hubiera roto con él. Cuando le señalé el ciruelo florido, único testigo de la memoria del lugar, me dijo: «Sí, está en flor, ya te dije que florecería», y se abotonó la chaqueta de lana para protegerse de la brisa primaveral, que hacía que nos sintiéramos optimistas. No sé por qué la primavera nos volvía optimistas; al fin y al cabo, solo se trataba de las flores del único árbol que había en el pequeño patio de nuestra prisión. Todos los años, sin esperar a que aparecieran los frutos, cogíamos las flores del ciruelo y las llevábamos al dormitorio para ponerlas en una especie de jarrón; como todas las mujeres, celebrábamos las flores para demostrarnos a nosotras mismas que dominábamos la espera.

Sin embargo, la alegría de los primeros días se desvaneció, las horas pasadas en el patio y las tristes visitas nos traían sin cuidado, echábamos de menos el mundo exterior. Solo pensábamos en los detalles de la vida que habíamos abandonado, como si quisiéramos escapar de las falsas esperanzas de un indulto que aguardábamos cada vez que se aproximaba una fiesta o una celebración del gobierno. Hablábamos de ello como si fuera casi una certeza, hasta que condujeron a Tuhama la Muda a la horca levantada en el patio y nos obligaron a verla colgada, con un brillo de reproche y pesar en los ojos. El espectáculo nos conmocionó y nos hizo reflexionar sobre nuestra suerte. Se había recurrido su sentencia, en la que se la acusaba de haber hecho saltar por los aires un vehículo blindado en una calle de Hama; el informe médico decía que fingía ser muda para eludir su responsabilidad. Tuhama había compartido nuestro colchón y nuestros sueños, y su cadáver colgado como un farol en el patio nos recordó que éramos igual que ella, cadáveres en potencia suspendidos en el aire.

Tuhama se había quedado muda tras haber cargado con los

cadáveres de sus tres hermanos. Había salido a la calle en busca de dos metros cuadrados de tierra para inhumarlos. Tal como la describía Um Mamduh, debía de parecer una actriz trágica en un teatro abandonado: las balas silbaban a su alrededor, pero no le impidieron recoger los tres cuerpos sin vida. Enterró a sus tres hermanos a orillas del río Orontes, rezó por sus almas y, cuando quiso recitar la Fatiha en voz alta, supo se había quedado muda.

Tuhama había pasado entre nosotras como un soplo. Apenas percibíamos su presencia.

Recuperando el estilo de las lamentaciones, Um Mamduh nos recordó que nos aguardaba el mismo destino, luego corrió hacia el cadáver e intentó cogerlo entre sus brazos. Comenté a Sulafa que buscaban una víctima para asustarnos. Ella no dijo nada, y tampoco participó en la plegaria que rezamos las mujeres de la Organización por el descanso de su alma. *Haya* Suad asumió el papel de imam. Necesitábamos uno para que nuestra oración fuese solemne y parecer respetables acompañantes de nuestra amiga de los días sombríos.

El bebé empezaba a andar, se pavoneaba con Racha, que seguía protegiéndolo. Balbuceaba las palabras de la cárcel y se había familiarizado con ella, hasta el punto de que habría podido proseguir su vida allí sin pesar. Yo reflexionaba sobre el poder que tenía sobre nosotras y lo miraba fijamente esperando encontrarle algún parecido con Hussam o con Mudar. Quería encariñarme con él tanto como Racha, que le cambiaba los pañales y lo perseguía de un dormitorio a otro por temor a que se extraviara.

El ciruelo había perdido su encanto, parecía miserable y desnudo. Las peleas se habían convertido en la sal de nuestras mañanas; deseábamos olvidarnos de nosotras mismas. «La única manera de no desfallecer es que olvides tus recuerdos y tu pasado», no cesaba de repetirme mientras me preparaba para perder a Sulafa, que había recibido la orden de que estuviera lista para su excarcelación. En aquel sitio todo ocurría sin previo aviso, la muerte, el nacimiento, la libertad, las peleas, las lágrimas, la danza, que una vez nos había seducido y a la que nos habíamos entregado moviendo el cuerpo al compás del sonido de las cacerolas y el canto de Sania. Pese a las protestas de algunas presas de nuestra Organización, enfrascadas en el

aprendizaje del Corán y en la recitación, todo servía de pretexto para el regocijo.

Una mañana nos llamaron al patio. Un hombre del servicio de seguridad leyó en voz alta los nombres de las que iban a ser trasladadas al centro de seguridad con vistas a su próxima liberación. Nos embargó una indecible confusión de sentimientos que me recordó el momento en que nos invitaron a dirigir una última mirada al cadáver de Tuhama. En la lista de las nueve muchachas liberadas figuraban tres de nuestra Organización cuyo único delito era tener hermanos en busca y captura que habían conseguido huir al extranjero. Mi lengua paralizada no me permitió participar en el coro de yuyús que se alzaron con entusiasmo. Apremiadas por los celadores, no tuvimos oportunidad de despedirnos como es debido de nuestras compañeras de noches de dolor que ansiábamos olvidar. Abracé a Sulafa evitando su mirada, que me atravesaba como una flecha afilada. Las que se marchaban nos dejaron todos sus efectos personales, que no necesitábamos tanto como seguir juntas nuestra historia. Levantaron el brazo para decirnos adiós y la aflicción reinó sobre nosotras como una verdad a la que deberíamos acostumbrarnos cada vez que dejaran en libertad a una de las presas.

Me hundí en el sueño, solitario y penoso. La inesperada visita de Safah me salvó de la depresión. La compañera de mis noches llegó como un torbellino de aromas. Entregó mucho dinero a los celadores para que nos dejaran tranquilas. Sentada a nuestro lado, Mariam se sumió en las invocaciones desgranando su largo rosario, y pensé que se parecía a mi abuela. Safah no nos dio la oportunidad de ahogarnos en el llanto. Observé su cuerpo rollizo y su rostro sereno; parecía la reina de un cuadro del Renacimiento, cuya elegancia poseía asimismo. En cambio mi cuerpo apestaba a cárcel; parecía una huérfana miserable a la que Safah hubiera recogido en la calle más que la amiga de las noches perfumadas junto a la fuente. Me deslizó discretamente un trozo de papel entre la ropa mientras me enseñaba las fotos de su hijo Emir, que, de pie sobre una silla, con semblante serio, apuntaba a objetivos ficticios con un fusil de plástico. Safah creó un ambiente alegre, se convirtió en una payasa durante unos instantes. Observó mi rostro con disimulo, advirtió mi extrema palidez y mi malestar por

haber olvidado el universo de los humanos y su sabor. Repartiendo regalos y pagando por una taza de café una suma equivalente al sueldo mensual del alcaide de la prisión, consiguió convencer a los celadores de que era una princesa salida de *Las mil y una noches*. La visita privada con la que jamás me habría atrevido a soñar se prolongó más de dos horas, durante las cuales me bañé en la fragancia de su perfume y sentí el calor de sus manos, que no abandonaron ni un instante las mías. Recuperé, intacta, su manera de mimarme cuando yo era pequeña. Me dijo que Abdallah pensaba en mí, que rogaba a Dios por mi liberación y, con un guiño, señaló la carta que yo me había apresurado a esconder en mi pecho. ¡Qué difícil es resumir seis años en dos horas! Al final de la visita le expresé el deseo de ver a mi hermano pequeño y a Radwan, y ella me describió la alegría desbordante de este cuando la había visto llegar. En voz baja me habló de la soledad, la irritación y el recelo de Mariam al verlos tan unidos. Durante toda una semana no dejé de recordar sus risas… y sus lágrimas cuando se despidió de mí como si no fuéramos a vernos nunca más. No me había confiado sus preocupaciones ni me había dado a entender que aquellos instantes mágicos no eran sino una añagaza bien urdida para que yo pudiera dormir tranquila. Ansiaba cumplir mi condena, unirme de nuevo al coro dirigido por Radwan. Safah me dejó mucho dinero; se lo entregué a *haya* Suad, quien me bendijo y me prestó el Corán durante una hora adicional cada día. Esa noche me encerré en el lavabo y temblando desdoblé la fina hojita, plegada con la habilidad de alguien avezado a las actividades secretas, para leer las palabras que Abdallah me había escrito: «Mi querida y perseverante hija, ¡que Dios te guarde! Debes saber que me siento muy orgulloso hablando de ti, la Creyente, en los círculos de los muyahidines de Afganistán entre los que me encuentro en la actualidad. Vengaremos tu sufrimiento y el de todos los musulmanes. ¡Que Dios te bendiga!». El mensaje no iba firmado.

Releí la carta con fervor, haciendo caso omiso de los golpes cada vez más fuertes en la puerta del lavabo. Antes de salir, oculté la carta debajo de mi ropa, sin ser consciente de mi extrema palidez, que *haya* Suad señaló mientras me conducía al círculo de las muchachas que recitaban el Corán. «Necesito estar sola para interpretar debidamente

las palabras de Abdallah.» No entendía por qué había corrido el riesgo de enviar a una presa una carta que mencionaba su estancia en Afganistán. Me sentí aterrorizada y, pretextando un cólico repentino, corrí de nuevo a los lavabos. Las chicas me cedieron el turno, cerré la puerta, rompí la carta en diminutos trocitos, los arrojé al retrete y vertí el cubo de agua. No me sentí tranquila hasta ver desaparecer el último fragmento con las aguas sucias. Esa noche me embargó un sentimiento extraño y me reproché severamente haberme deshecho de las palabras de un hombre tan dulce como Abdallah, que nunca había dejado de consolarme y de darme fuerzas para que soportara las montañas de injusticias que pesaban sobre mis hombros. Había querido ayudarme a recuperar la serenidad en aquel lugar olvidado del mundo, donde el tiempo se había detenido y pesaba sobre las prisioneras como un mamut inamovible. Ni siquiera el niño lograba ya alterar el curso de nuestras tediosas jornadas yendo de un dormitorio a otro en busca de los mimos de las veintidós madres a las que tanto habían alegrado su llegada. Racha se había vuelto irritable, ya no soportaba el llanto del chiquillo por la noche. Suheir tenía que aguantar nuestras protestas cuando oíamos a su pequeño lanzar grititos semejantes a los de un ratón para suplicar a los celadores que le permitieran trepar a las ramas del ciruelo.

Imaginé a Abdallah en los senderos de Afganistán, transportando provisiones a lomos de mulas raquíticas y burros que avanzaban lentamente por las escarpadas montañas cargados de medicinas, alimentos y dinero para repartir entre los muyahidines. Abdallah había encontrado una nueva causa junto a los afganos árabes que llegaban a las calles polvorientas de Peshawar.

Peshawar era el lugar ideal para entregar los donativos de los musulmanes que consideraban suya la causa afgana y a los que habían conmovido sobremanera las palabras del jeque Nadim al-Salti durante la temporada de la peregrinación a La Meca. Los peregrinos afganos jamás olvidarían el espectáculo de sus compañeros corriendo hacia ellos en La Meca para que los bendijeran. Millones de dólares llenaron las cajas verdes, millones que el jeque Nadim al-Salti obtenía gracias a su carisma en los salones de los príncipes, quienes le cedían el lugar de honor y satisfacían sus peticiones. A un gesto suyo, los tesoreros de los

príncipes hacían llegar donativos al lugar que les indicaba.

Cierto día de otoño, tras haber pasado la noche con su amigo Philip Anderson en un lujoso hotel de Islamabad, Abdallah llegó a Peshawar extenuado por el largo camino recorrido. Habían dejado atrás el estadio de los convencionalismos y eran casi amigos; sus respectivas misiones les impedían confiar por completo el uno en el otro, pero no eran óbice para que intercambiaran pequeños regalos, como perfumes caros, corbatas de seda, etcétera. Aquella había sido una larga noche, con una agenda tan repleta que no pudieron cenar hasta después de la plegaria del alba, que Abdallah rezó con gran fervor, bajo la mirada atenta de Philip Anderson. Este aún no había podido decir a los generales del Pentágono si ese hombre de pasado marxista y tendencias guevaristas que soñaba con expulsar de Kabul a sus antiguos camaradas era un mercenario o un agente de los servicios secretos soviéticos. Abdallah se levantó a toda prisa y aconsejó a su amigo, en correcto inglés y con tono jocoso, que se convirtiera al islam. Cenaron tras haber acordado la mejor manera de hacer llegar a los muyahidines afganos de las montañas de Kandahar las armas que Abdallah había comprado a los traficantes americanos que frecuentaban los bares del hotel. Vestidos con vaqueros y camiseta, hacían preguntas sobre el mercado de las alfombras y sobre la carretera de Cachemira como si fueran auténticos turistas, si bien eran en realidad subordinados de Anderson encargados de cerrar el trato y cobrar las comisiones que se transferían luego a bancos americanos. Abdallah dio una vuelta por los zocos de Islamabad antes de dejarse caer en el asiento trasero de un coche de alquiler junto a un joven barbudo que intentaba venderle un mirlo que cantaba en árabe. Tras examinar al pájaro, regateó con el muchacho, que, feliz de encontrar a un árabe de La Meca, se negó a cobrarle menos de tres dólares. Abdallah compró el mirlo y lo soltó por la ventanilla del vehículo, que circulaba a tumba abierta por una carretera llena de baches. Sorprendido, el joven paquistaní afirmó que el pájaro moriría tras haber volado unos pocos metros y contó historias sobre mirlos que nacían en cautividad y que los turistas compraban para luego dejarlos morir en campo abierto tras haberlos liberado. Abdallah necesitaba precisamente un compañero de viaje que le hablara de las localidades

que atravesaban y charlara sin interrupción a fin de no dormirse.

El jeque Nadim al-Salti lo esperaba en su salón, donde había voluntarios llegados de Argelia, Egipto y Arabia Saudí repantigados en los cojines. Entre ellos se encontraba un joven que no aparentaba ni diecisiete años. Abdallah observó al muchacho cuando tendió tímidamente la mano para servirse de la fuente que tenía delante. No le sorprendió que llevara vaqueros y el cabello largo como otros tantos chicos de su edad que sin duda se divertían en cafés remotos. El jeque Nadim se lo presentó con sumo orgullo: «Wassim al-Helwani, el hijo del célebre neurólogo egipcio Samir al-Helwani». Abdallah sonrió y saludó cálidamente al joven, como si lo animara a zambullirse por primera vez en un mar agitado. «Te conozco bien, hijito», dijo, para asombro del muchacho, y luego se dirigió a la habitación que le habían reservado. A la mañana siguiente, el jeque Nadim no lo esperó para tomar con él un café con mucho cardamomo, que supuestamente curaba el dolor de cabeza. No ocultó sus temores ni su insatisfacción ante el comportamiento de Abdallah el Yemení, que dilapidaba el dinero de las subvenciones comprando armas para repartirlas de manera no equitativa entre las facciones afganas.

Años más tarde, Abdallah seguiría el cortejo fúnebre del jeque Nadim al-Salti apoyado en el brazo de Wassim al-Helwani, al que la barba confería cierta prestancia, y recordaría la indignación con que el jeque había afirmado aquella mañana que su misión consistía en brindar ayuda a los afganos pobres, a los huérfanos y a las viudas, no en combatir a su lado. En la gran mezquita sagrada de La Meca, había hecho resonar su voz a fin de reunir donativos que servirían para alimentar a los niños hambrientos y comprar lana a las mujeres cuyos maridos se encontraban en las montañas o en las cárceles de Kabul o de Moscú, y no para atizar los combates entre las facciones.

Aquella mañana, Abdallah no había prestado suficiente atención a las palabras de aquel hombre al que apreciaba y respetaba y que solía reír de todo corazón al oír el relato de sus líos de faldas en la Unión Soviética. Zeina había puesto incluso el nombre de Nadim al hijo de ambos, al que el jeque había llevado sobre los hombros durante la procesión de la Kaaba, lo que despertó los celos de príncipes y

princesas, que miraban a Zeina con el rabillo del ojo. Cuando el ulema murió, Zeina no ocultó su tristeza y compuso una elegía en su honor. No la firmó para no sentirse obligada a escribir otras dedicadas a los numerosos miembros de la familia real. Recitó su poema en los salones de las princesas, que intentaron aprenderse varios versos y convencerla de que lo pusiera por escrito, o que al menos les permitiera grabarlo para que lo oyeran sus esposos, que ansiaban escuchar aquellas palabras que partían el alma. Finalmente cedió de mala gana cuando fue el rey quien le ordenó que lo escribiera: lo caligrafió y añadió su firma en caracteres diminutos, y regaló el manuscrito al monarca.

Abdallah lloró amargamente tras el funeral del jeque Nadim al-Salti. Este le había dicho: «Debes saber adónde vas antes de salir de casa, debes conocer a tu compañero de viaje y permanecer constantemente en guardia». Era una alusión a su amistad con Philip Anderson, quien le había presentado a uno de los embajadores americanos de la región, llegado especialmente para conocerlo y transmitir los saludos del presidente estadounidense a todos sus camaradas, así como para expresarles su orgullo al ver que habían conseguido expulsar a los rusos y a los comunistas de Kabul. El embajador comunicó asimismo a Abdallah las órdenes del presidente respecto a las facciones afganas que tenían derecho a compartir la victoria, sin darse cuenta de que los voluntarios árabes contaban con recibir su parte del pastel. En cuanto a la postura norteamericana en relación con el Estado islámico estricto, se anduvo con rodeos; al principio manifestó cierto entusiasmo, pero no tardó en echarse atrás y exigir que no se liquidara a todas las facciones en conflicto.

Abdallah recordó sus conversaciones con Bakr durante las peregrinaciones en busca del objeto que habría de devolver al príncipe el calor del útero materno, las discusiones que habían mantenido sobre el poder y su esplendor. También evocó el rostro del jeque al-Salti cuando se había despedido de él: su mirada delataba cierta inquietud por su vida en un momento en que se adentraba en un túnel hacia el que se había visto empujado, metido en los sombríos meandros de la

política, de cuya sofocante fetidez había huido. Abdallah se había vuelto por última vez hacia el digno jeque, que había salido a la puerta para decirle adiós, y le había pedido que le permitiera llevarse a Wassim al-Helwani, prometiendo no decepcionarlo. Cuando consultaron a Wassim, este adoptó la actitud de una tímida jovencita que confía su destino a su tutor. Salieron juntos del salón del jeque al-Salti. En las afueras de la ciudad les aguardaba una caravana de mulas conducida por un silencioso afgano con turbante que conocía bien la misión que debían cumplir. Cruzaron la frontera de noche y, en la oscuridad, Abdallah habló a Wassim de la amistad que lo había unido a su padre en los pupitres de la escuela inglesa. A Wassim le sorprendió que trajera a colación la historia de su familia, de cuyos lujos había huido, en aquel lugar donde ni siquiera los lobos encontraban nada que comer. Abdallah le contó que Olfat, la hija del bajá, acudía con los cuatro guardaespaldas nubios que la esperaban a la puerta de la escuela para acompañarla a casa, y que él cubría las espaldas a su amigo Samir, el padre del muchacho, que estaba perdidamente enamorado. «Te pareces a él en todo», dijo a Wassim en inglés. Miró al joven, que evitaba levantar la vista hacia él por respeto y deferencia. Abdallah había adquirido hacía poco la fama de ser un halcón de guerra y un muyahidín capaz de desbaratar todas las artimañas de los impíos. Los artículos en que incitaba a la yihad en Afganistán habían sido publicados y difundidos masivamente por un grupo islamista en Egipto, y su lectura había impulsado a Wassim a dejar la cerveza y la caza de muchachas. El joven adivinó que su maestro quería poner a prueba sus conocimientos de inglés, de manera que le respondió en pocas palabras que bastaron para tranquilizar a Abdallah. A continuación le pidió que completara la historia, que habría querido oír de labios de su padre, ocupado en amasar por todo el mundo una fortuna colosal que su esposa se apresuraba a gastar.

Durante largas noches Abdallah habló de su pasado a su nuevo secretario y compañero muyahidín, como si por fin hubiera encontrado al confidente ideal, el depositario de su historia y el encargado de ponerla por escrito a su muerte, que sentía próxima y que respiraba a cada momento.

Safah se había reunido en Afganistán con su marido y los combatientes árabes, que habían sobrepasado su papel de salvadores de los desheredados y se habían convertido en parte activa del conflicto. Habían tomado las armas con la esperanza de ver resplandecer de nuevo el califato islámico.

Recordé cada palabra de la carta que se había descompuesto en el agua fétida y durante largas noches evoqué el rostro sonriente de Abdallah. Estaba sereno ahora que había encontrado la fe.

Abdallah había dejado a Safah en el aeropuerto de Riad y le había indicado que esperase a que le enviara una carta con consignas sobre su futuro lugar de residencia. Le entregó la nota para mí, besó a sus hijos como si los viera por última vez y le dio suficiente dinero para que pudiera vivir como una princesa allí adonde fuera. Todo el mundo se inquietó ante la repentina llegada de Safah a Alepo. Sin esperar a que fueran a buscarla al aeropuerto de Damasco, cogió un taxi para ir a casa. Durante el camino reflexionó sobre su futuro y el de su hijo, más incierto. Zeina, a quien estaba unida por el amor de un hombre que perseguía un sueño inefable, se había negado categóricamente a abandonar el palacete que ambas compartían.

El séptimo invierno había llegado a su fin. Muchas cosas habían cambiado. El lugar con el que nos habíamos identificado, hasta el punto de convencernos de que no era una cárcel, recuperó su imagen aterradora cuando nombraron alcaide a un nuevo oficial cuyo pasatiempo favorito era exhibir sus medallas e insultarnos. Apasionado de los perros de caza, deambulaba todas las noches por nuestras celdas con ellos, a los que mimaba con absoluta desfachatez, y reía como un actor necio que por fin ha encontrado un escenario en el que desahogar su frustración. Dormía en la prisión, que solo abandonaba cuando lo llamaban sus jefes el día del reparto del botín: sobornos y dinero que nos habían robado a nosotras y a nuestras familias. Ahora todo tenía un precio, y las presas comunes, acostumbradas a pagar sobornos, nos lanzaban los restos de la comida que les proporcionaban sus chulos y los cómplices de estos en el contrabando y el crimen. Nosotras intercambiábamos miradas furtivas y en ocasiones nos burlábamos de Um Nidal, la prostituta cincuentona que había

ingresado en aquel lugar más de quince veces. Llevaba una larga bata de nailon y olía a perfume barato. Um Nidal se levantaba, solicitaba ver al alcaide y se pavoneaba ante él maldiciendo al país, que no apreciaba su talento, y amenazando con partir en dos a una tal Asmahan. Cuando volvía, casi borracha y apestando a hachís, nos trataba con una generosidad inmensa que en realidad no nos sorprendía: parecía un tigre, pero lloraba como un bebé si una de nosotras se hacía un rasguño en el dedo.

«La primavera es aburrida este año», comenté a Suheir mientras paseábamos por el pequeño patio con la tristeza de quienes conocen el número exacto de hormigas ocultas en los intersticios de un lugar. Ella no dijo nada, como de costumbre. Era mi única amiga desde la marcha de Sulafa, que había venido a visitarme tras untar la mano a la mujer del alcaide, en cuyo despacho tuvo lugar el encuentro, que no duró más de cinco minutos. El alcaide me aconsejó que no se lo comentara a nadie, dada la ilegalidad de la visita. Me reí de su miedo, que lo llevaba a mencionar las leyes. Atisbé el rostro de Sulafa por la puerta entreabierta y temí que la hubieran detenido otra vez. Me abrazó llorando y un instante después me separaron de ella violentamente. Habíamos intercambiado unas pocas palabras, que después me repetí más de mil veces. Abrí el pequeño paquete que me habían autorizado a conservar y desdoblé el sencillo vestido azul que Sulafa había confeccionado para mí. Una chica de mi Organización me transmitió la orden de *haya* Suad de que no me lo pusiera y no discutí con ella. El paquete contenía también una bolsita, y al abrirla se esparció el aroma a especias. Supe que procedían de nuestra cocina. Por las pocas palabras que Sulafa me había susurrado, comprendí que había estado en mi casa, había dormido en mi cama como yo le había pedido y había cantado con Radwan los *muwashahat* como hacía yo en otro tiempo.

Esa noche me puse el vestido azul y me deslicé bajo las mantas para que los celadores no vieran el escote, que dejaba al descubierto el nacimiento de los senos. *Haya* Suad no se opuso. Había entre nosotras un acuerdo tácito que ambas respetábamos: ella me daba órdenes por mediación de una tercera persona y no se inmiscuía en mis relaciones con las presas comunes, cuyos relatos heroicos me fascinaban. Tal vez

fueran imaginarios, pero yo deseaba con toda el alma creerlos. Me desternillaba de risa recordando el relato de Sania, acusada de haber pasado hachís por la frontera libanesa. Nos había convencido de que era libanesa y la única hija de un célebre diamantista que poseía varias tiendas, una de ellas en la calle de Hamra de Beirut. Lo cierto es que sus apellidos eran parecidos. «Debemos creernos las mentiras para no reventar», me decía yo mirando el techo en busca de mi estrella, que imaginaba colgada en el húmedo salitre. Traté de convencerme de que dormía en el mismo lugar donde se encontraba el lecho en el que la circasiana había ofrecido la blancura de su cuerpo y la turgencia de sus senos al gobernador enamorado. Acaricié la tela del vestido, que me había puesto sobre la piel desnuda, y su suavidad besó mis poros; el deseo me volvió loca. Tomé prestado el rostro de los hombres que conocía, los estudiantes de la facultad de medicina, los celadores e incluso Radwan, y lloré de frustración. ¡Qué desdichada era! ¡Qué desdichadas éramos todas! ¡Y aquella primavera, que no acababa! «Es casi imposible matar el deseo de una mujer», me dije. Imaginé a Sulafa durmiendo en mi cama, tomándome en sus brazos, compartiendo a Mudar conmigo, perdonándolo por habernos abandonado. Por primera vez, deseé reconstruir la memoria de la cárcel, pues me pareció más fácil que rememorar rostros imposibles de conseguir. El poder del lugar acentuaba nuestra impotencia, el odio del que no podíamos desprendernos o el amor que nos era imposible vivir.

Nuestro niño crecía, nos llamaba por el nombre, le enseñábamos a leer y a escribir, así como algunas palabras en inglés que él repetía para nuestra inmensa alegría. Se plantaba frente a nosotras gesticulando como un orador ante una multitud inexistente y se convertía en el centro de atención. Yo era la que se mostraba menos entusiasta con sus juegos, pero de vez en cuando ayudaba a Suheir a confeccionarle una prenda con algunos retales. Dábamos puntadas minuciosas y esmeradas para que no pareciera un pequeño indigente o un huérfano, lo que en realidad era. Mendigaba la compasión de sus madres, que estaban hasta la coronilla de sus berridos.

Los años rodaban como granos de granada desparramados. Teníamos que parecer valientes, no temer la tortura ni la frustración para que no nos destruyeran las miradas de nuestras compañeras. Esas

miradas duras y despiadadas nos hacían desear la muerte al dejar al descubierto nuestra debilidad. Durante todo aquel tiempo que se escurría como arena entre los dedos, yo pensaba en nuestros torturadores, que regresaban a sus casas por la noche llevando verduras y pan a sus hijos como la gente corriente. Recordaba a las víctimas de ambos bandos, caídas para dar vida a una idea.

Dalal, la marxista, a la que sus compañeras habían obligado a llevar velo y a rezar con fervor junto a *haya* Suad por haberse desmoronado durante el interrogatorio y haber revelado el escondite de los archivos del partido, me recordaba a la Dalal de nuestra Organización, que había logrado huir a Arabia Saudí. Su partido la había expulsado y había formado a toda prisa un tribunal que carecía de los elementos de defensa más elementales. El juicio al que sometió a Dalal su propio partido no era distinto del que nosotras habíamos intentado montar a Suzanne, que se había arrojado a los pies del responsable de la sección implorando su liberación. Escribió más de mil cartas al presidente de la república para suplicar el indulto y escapar de nuestro castigo, que la aislaba definitivamente y la atormentaba lo indecible. Mendigó la clemencia de la Organización, que se había vuelto más rígida y la expulsó de nuestra mesa como a una perra sarnosa.

En aquellas celdas fétidas donde apenas teníamos espacio suficiente para estirarnos sobre el frío suelo, la pertenencia a un grupo era una cuestión de supervivencia. No me atrevía a consolar a la dulce Suzanne, a acercarme a ella después de todos aquellos años ni a pedirle que me perdonara por haber asumido el papel de juez junto a *haya* Suad. Impasibles, habíamos firmado su sentencia de prisión dentro de la prisión y le habíamos prohibido coger en brazos a nuestro niño, aquella mentira con la que intentábamos defender nuestra fertilidad.

En la cárcel se aprenden otras reglas de supervivencia. Todo posee un valor diferente para quien no puede mirar libremente el sol ni correr a refugiarse de la lluvia. Los gestos más insignificantes del exterior adquieren un nuevo sentido, la muerte devuelve a la ausencia su significado primigenio y, en esa oscuridad, las metáforas tras las que nos ocultamos para escupir a la cara a nuestros enemigos se extinguen. «La vida es una terrible metáfora —me dije—, igual que

amar o retozar en un huerto de lechugas.» Sonreí al recordar las lechugas, que no probaba desde hacía siete años. Me entraron ganas de morder unas hojas tiernas espolvoreadas de especias e imaginé cómo se deshacían en mi boca.

En nuestra casa, la lechuga romana era cosa de Safah, del mismo modo que las mariposas eran cosa de Marwa. Lavaba las hojas frescas y las mordía con ganas, como un conejo. Yo me echaba a reír cuando Mariam la reprendía con severidad. Observaba cómo cogía la lechuga por el troncho y la sacudía para que cayeran las gotitas de agua, como si tuviera en la mano el pene de un hombre.

Había conseguido huir de su extraño destino hacia una vida no menos extraña que la había llevado de Alepo a Arabia Saudí y luego a Afganistán, tierra de muerte o de locura. La princesa que había venido a verme a la cárcel había advertido que tan solo quedaba en mí un leve rastro de dulzura femenina que se negaba a desaparecer por completo. Me obsesionaba la suerte que me esperaba. Una embarcación mítica iba a llevarme hacia mi destino. Cuando la vida se nos escapa, solo nos cabe someternos por completo y de buen grado. «Estoy cansada, madre, estoy cansada.» Imaginaba a mi madre ante mí, callada, sonriente, recogiendo los restos del tenderete de pescado de mi padre para freírlos y ponerlos a nuestra mesa antes de que se pudriesen. Mis dos hermanos y yo odiábamos el pescado y el olor rancio de las manos de mi padre. Como dos niños bien educados, Hussam y yo hacíamos como si comiéramos, mientras Humam devoraba con un apetito que nos asombraba.

Cuando Humam vino a visitarme con Omar, lo besé cariñosamente. De ese modo intenté disimular mi sorpresa al verlo convertido en un jovencito que lucía un tímido bigote. Él constituía la única certeza de mi vida y no necesitaba adjetivos falaces para que me proporcionara una sensación de seguridad; era mi hermano, sin metáfora alguna. Me dieron permiso para tener su foto en la celda; las otras presas se la pasaban y yo oía sus comentarios con la alegría de quien sabía suyo ese bello rostro cuyos finos labios ellas deseaban besar.

Durante mi séptimo año, al acercarse el final de mi condena, empecé a reflexionar sobre la realidad de mi liberación. «Me resultará difícil volver a mi habitación.» Tendida en mi camastro, me abandonaba al

miedo que había crecido en mi interior como una planta silvestre. Recordaba las sesiones de tortura, el pus, las heridas, los forúnculos y los piojos que nos habían invadido sin que nos atreviéramos a confesar que los teníamos. La viruela se había cebado en mí en tres ocasiones y me había convertido en una perra sarnosa a la que nadie osaba acercarse. No había tiempo para reproches, como tampoco lo había para la vida. Debíamos proteger nuestro cuerpo por si acaso lo necesitábamos algún día. Al respirar, nos aliviaba percibir el buen funcionamiento de los pulmones y las arterias y el flujo de la sangre por las venas. Nadie puede sentirse tan cerca de sus órganos y sus sueños como un preso. La necesidad de compasión nos llevaba a elogiar a nuestros carceleros cada vez que hacían la vista gorda ante pequeños detalles, como cuando nos entreteníamos antes de entrar en los dormitorios o nos reíamos a carcajadas. Asimismo habíamos perdonado a los enemigos del exterior, pues toda hostilidad resultaba extemporánea. Yo buscaba una compañera a la que hablar de los sueños que había dibujado en los cuadernos que me habían sido confiscados. En ellos había copiado fragmentos de los hadices y extractos de las obras de Sayyid Qutb, de al-Ghazali y de las fetuas de Ibn al-Baz, en las que en otro tiempo había creído, al igual que había creído en la gran mentira del odio, hasta el punto de elogiarlo.

La vida se disponía como las cuentas de un rosario. Nos acostumbramos a sus detalles más ínfimos y a sus actos repetidos a diario, e incluso encontramos cierto sabor en la regularidad de nuestros hábitos.

El silencio reinaba en nuestro dormitorio aquella noche fría que presagiaba un invierno prematuro. Yo oía caer la lluvia. Sentada en la oscuridad, escuchaba los ronquidos de mis compañeras, su respiración, confortada al saber que no estaba sola. Compartíamos la misma suerte, conocía sus costumbres nocturnas, su manera de darse la vuelta en el lecho. Pasaba noches enteras en vela, implorando el sueño como una mendiga, pendiente de que alguna despertara para decirle que antes del invierno estaría en mi habitación. Algunas veces dormía hasta tarde y los ruidos que oía alrededor me arropaban gratamente. Pasar lista a diario era uno de los actos más absurdos en ese recinto cerrado,

lleno de celadores y puertas metálicas. Nos contaban una y otra vez, en ocasiones se contentaban con que dijéramos a gritos nuestro número o nos hacían ponernos en pie para asegurarse de nuestra existencia. Una tras otra, nos desplazábamos hasta la pared de enfrente y esperábamos a ver de qué humor estaba ese día el celador. El alcaide iba y venía delante de nosotras, orgulloso de su virilidad y de su bigote bien recortado, se pavoneaba ante mujeres de deseos muertos. La inspección se prolongaba horas y horas, y luego volvía a empezar; se habría dicho que también ellos temían la soledad y nos necesitaban para distraerse. El ayudante del alcaide no perdía la ocasión de hablarnos de moral y buenas costumbres. Adoptaba la pose de un orador que hubiera accedido a una tribuna, nos insultaba, nos llamaba «putas», como si se hallara ante un público que bebiera sus palabras. Con calma, hacía su propio panegírico, el de su líder, el de su partido y el de su islam antes de ponerse a predicar como si fuéramos mujeres perdidas. Pronto sus palabras se volvían afectuosas y nos llamaba «hermanas mías» e «hijas mías». Nos ponía como ejemplo los valores que había inculcado a sus cuatro hijas, de las que conocíamos tanto su nombre como el de sus maridos, el color de su pelo y los perfumes que les gustaban. Sulafa, burlona, me daba codazos en el costado y, cuando él volvía la cabeza, murmuraba: «Pregúntale por su hija Muna». Yo sonreía sin apartar la vista de la prominente barriga y la calva mal disimulada. Habían pasado muchos hombres por nuestros dormitorios sin autorización…, resultábamos sumamente accesibles. Los soldados frustrados nos espiaban, oíamos los ecos de su masturbación al otro lado de la puerta. El temor a ser violadas nos había obligado a tomar precauciones hasta en los lavabos. Ese temor nos acompañó durante mucho tiempo, hasta el punto de que habríamos deseado llevar cinturones de castidad para proteger lo que quedaba de nuestra intimidad.

La noche se retiraba lentamente mientras yo seguía absorta en mis pensamientos. Los monólogos se estrellaban unos contra otros en mi cabeza; se entremezclaban fotos y conversaciones, con mis tías, mis tíos, mi madre, mi padre y mi hermano Hussam. Veía a Hussam acercarse a mí, desafiando a la muerte, como en los primeros días de su encarcelamiento, estupefacto al ver el agujero miserable en el que

éramos capaces de vivir.

Sulafa y algunas chicas de nuestra Organización habían dado muestras de un heroísmo insólito. Por un instante creí que la fe que había en ellas podía derribar los muros de hormigón, romper las cerraduras de hierro y arrojarnos bajo el sol como a gacelas nacidas para correr por las praderas y retozar en el río. A Bussayna le habían roto la pierna en dos ocasiones, le habían arrancado un ojo y cortado un dedo, pero no reveló el escondite de la imprenta que dirigía. Pasó tres años en el calabozo y nosotras la oíamos maldecir a sus torturadores. Tenerla cerca hacía que nos diéramos cuenta de que nuestro sufrimiento no era gran cosa; oíamos sus gemidos de leona herida cuando despertaba de sus síncopes recurrentes. La trasladaron con nosotras después de que hubiera pasado dos años en la cárcel de mujeres y la recibimos con abrazos, yuyús y canciones. Aunque extenuada, sonrió y dio las gracias a las marxistas, que habían manifestado la admiración que les inspiraba su coraje cantando nuestro himno. Les devolvimos la cortesía cuando los carceleros trasladaron a Helena, la muchacha de baja estatura y rostro fino, a otra sección con la esperanza de arrancarle algo más que «¡Perros! ¡Perros! ¡Traidores!». La firmeza de la joven desconcertaba a sus verdugos, que le pusieron el apodo de Abu Ali. La evitaban, aunque estuviera encerrada en una jaula. La violencia de su hostilidad los asustaba y les hacía lamentar no haberla enviado a la muerte durante la época de las ejecuciones, que habían segado la vida de miles de hombres y mujeres. Helena y Bussayna estaban condenadas a veinte años y habían elegido el mismo rincón para dormir una al lado de la otra tras haber discutido sobre Dios, Marx, Lenin, el sexo, los hijos y las canciones. Cada una a su manera, celebraban sus diferencias. La estancia en el calabozo las había vuelto feroces, minimizaban nuestros sufrimientos pasajeros y nosotras no nos defendíamos cuando arremetían contra con nuestra «débil naturaleza», expresión con que se referían a nuestro deseo de volver a casa o de salir en defensa de aquellas que, incapaces de aguantar la tortura, habían acabado por confesar. Es duro ver cómo te hacen pagar tu heroísmo y no tener nada que ofrecer aparte de la sumisión a una idea que ha quedado obsoleta durante tu reclusión. Al principio me había acercado a

Bussayna, pero no tardé en detestarla, pues no soportaba oír cómo difamaba a mi tío Bakr, al que tachaba de traidor. La respetaba porque había plantado cara a los torturadores y al mismo tiempo odiaba su arrogancia. La observaba cuando se sumía en un sueño inquieto. La veía manotear como si quisiera espantar un insecto de su nariz y darse la vuelta en el camastro como cualquier mujer nerviosa. Cuando se hallaba en el calabozo, lejos de nosotras, hablaban de ella como de un mito, le escribían loas que la elevaban a la categoría de santa cuya bendición había que buscar. Resulta desconcertante ver que un mito respira como una mujer normal y corriente y se pelea por un trozo de pan y un poco de la salsa de las judías sobre las que flotan moscas muertas.

Había celebrado mi vigésimo sexto cumpleaños sin pena ni gloria y sola. Las que se acordaban se acercaron para felicitarme con ternura, sabiendo que al cabo de diez días saldría y me reintegraría al universo que había abandonado como si hubiera salido a comprar un manojo de perejil y no hubiera vuelto. Prepararon la vela que guardaban para los cumpleaños. Una única vela, que Racha había encargado para celebrar el cuarto cumpleaños de nuestro niño. Había pedido también un pastel, que devoramos con avidez hasta la última migaja. Cantamos al pequeño y lo ayudamos a apagar la vela mientras él nos miraba, asombrado de que la extinción de una sola llama provocara tanto alboroto. Racha había salido en libertad, pero había dejado la vela como recuerdo. La encendíamos durante unos segundos y la que cumplía un año más la apagaba. Expresábamos en voz alta el deseo de libertad. ¿Qué otra cosa podía desear una presa? Soplé la vela, algunas chicas aplaudieron y me besaron. Um Mamduh me estrechó entre sus brazos llorando. Yo era su hija, aunque tras haberme peleado con Bussayna por el turno en el cuarto de baño ya no comía a su lado. Le besé la mano y le prometí que volvería a ser una hija para ella y que no la abandonaría ni un solo minuto durante aquellos diez últimos días.

Diez días durante los cuales prometí que ayunaría y haría cincuenta genuflexiones diarias. A las chicas de nuestra Organización les sorprendió mi repentina devoción después de no haber rezado ni una oración durante tres años. Um Mamduh salió en mi defensa cuando

Bussayna soltó que Dios no aceptaba la plegaria de los descreídos. «Podría guardar silencio durante diez días», me dije, pues temía que mis carceleros cambiasen de opinión y me llevaran al edificio de la sección del Partido por segunda vez, como habían hecho con otras muchas prisioneras que tuvieron que volver al infierno en espera de la libertad. Me encomendé a Dios mientras observaba a las que me habían acompañado durante aquel viaje al infierno. *Haya* Suad había inventado una manera original de contar los días: todas las mañanas daba una puntada con hilo negro en su único vestido, que se quitaba cada tres meses para lavarlo. Contaba las puntadas a diario, y las chicas se echaban a reír cuando alguna intentaba ayudarla y le restaba dos o tres días de golpe. *Haya* Suad empezaba a contar de nuevo como si se burlara del tiempo suspendido en el dobladillo de su vestido. Las puntadas de hilo negro atestiguaban la miseria en que vivía en aquel lugar. Su resignación ante la suciedad de su vestido nos llamaba la atención, como si implicara la resignación a una muerte ineludible.

Dos años después de que saliéramos de prisión, Sulafa y yo llamamos a su puerta, en el barrio de Sabil, y me costó reconocerla de lo elegante que iba, con los brazos cargados de pulseras de oro como era costumbre entre las alepinas, que lucían las joyas que poseían. Nos besó con cariño a las dos, las «diplomadas del palacio del gobernador», como llamábamos a la cárcel. La besé y percibí su contrariedad al verme con la cabeza descubierta. Fue la última vez que la vi. Más tarde oí decir que se había aureolado con el prestigio de las combatientes y que relataba su historia a las familias de los comerciantes que simpatizaban con nuestra Organización. Algún tiempo después, tuvo sus más y sus menos con Um Mamduh, que había intentado atenuar su influencia en Hama. El día de nuestra visita reímos libremente, contentas de saborear los platos preparados por mujeres mañosas. Mi posición de estudiante de medicina y el ascendiente de mis tíos en el zoco de alfombras impidieron que años más tarde *haya* Suad, que seguía viviendo en el pasado, emprendiera un juicio contra mí. Me di cuenta de cuánto la quería al ver el vestido de la cárcel, con las puntadas de sus desdichas, expuesto en el lugar de honor del salón, como un tótem sagrado que daba testimonio de que por fin habíamos borrado las huellas de nuestros verdugos.

Pasé los diez últimos días angustiada, el ayuno me alivió y me volvió más ligera, como convenía a una mujer que salía del infierno y regresaba a la vida. Dejé mis escasos efectos personales para quienes los quisieran y pedí a Um Mamduh que los repartiera. Cerré los ojos y soñé con un viaje sin fin durante el que sobrevolaría los ríos, escalaría las montañas con la ligereza de una mariposa y daría vueltas alrededor de la casa de Marwa para que me atrapase; entonces le confesaría que era la niña de antaño que volvía a sus cuadernos, con la foto del hijo de Safah escondida entre sus cosas. Había dejado la foto a Leila al ver que la besaba como si se tratara de su propio hijo, cuyo cuidado había confiado a su anciana madre casi ciega y que vivía en una casa de paredes prácticamente derruidas por los proyectiles de mortero. También la pared del dormitorio de los recién casados quedó destruida; Leila había salido para preparar café a su marido y al volver lo encontró hecho trizas.

Nuestro niño durmió en mis brazos toda una noche, le conté una historia sobre un zorro aunque él ignoraba cómo eran los zorros… A decir verdad, solo le gustaban las historias de Racha, que nunca habíamos conseguido igualar. Ella le decía: «El zorro Abu Ali fue a decirle al perro Abu Munzer…», y el pequeño reía al imaginar a los personajes de la historia encarnados por los celadores a los que tan bien conocía. Propuse llevármelo conmigo al salir, como habían hecho todas las que habían sido liberadas, pero Suheir se negó a separarse del testigo de su historia.

La última noche no logré conciliar el sueño. Tenía miedo de que olvidaran mi nombre.

Omar y Mariam esperaban ante la puerta de la cárcel desde el amanecer, pero de mí solo pudieron ver la seña que hice con la mano desde el coche cerrado que me llevaba a la sección del Partido. Había abrazado a todas mis compañeras, habíamos llorado como nunca y lanzado yuyús, que denominábamos los veintiún cañonazos en homenaje al anfitrión del gran palacio parodiando la entonación revolucionaria del locutor de Radio Damasco. Firmé unos papeles sin leerlos y no me despedí de los verdugos, cuyas miradas sopesaban la

cantidad de odio que sentía por ellos. Subí al Peugeot y tendí los brazos hacia las esposas que mostraba el agente de los servicios secretos, quien se negó a detenerse un segundo para dejarme tocar la mano de Mariam y tranquilizarla. El vehículo atravesó la plaza de Bab Mussalla y se dirigió al departamento de seguridad militar. Al ver el cielo, al ver que la vida proseguía, sentí vértigo. Por el retrovisor vi el coche de Omar y Mariam, que asomaba la cabeza por la ventanilla como si quisiera decirme algo que no podía esperar.

Los celadores, los inspectores y los oficiales habían envejecido siete años y medio, mientras que yo había crecido siete siglos y medio. El ayudante Abu Yamil, cuyo cabello empezaba a encanecer, me recibió mofándose de mi deseo de salir de la cárcel. Al elaborar la lista de mis nuevos enemigos, me acordé del hombre que no vacilaba en proclamar la grandeza de la masacre en la cárcel del desierto. El oficial que se había enamorado de Suheir tenía cáncer de pulmón; nos habíamos guaseado al enterarnos de la noticia y Suheir había bailado con su hijo en brazos. Lo vi más débil, pero tan hipócrita como siempre, y estuve a punto de darle una patada. No necesitaba que me indicasen el pasillo que llevaba a la celda; era como si volviera a una casa que conocía bien. Esperé en silencio otros cuatro meses, durante los cuales me dediqué a sacar con destreza las piedrecitas de la olla de *bulgur*, antes de que me condujeran al despacho del director, cuya salud había mejorado después de que el gobierno lo hubiera enviado a Francia para que recibiera tratamiento. «Siéntate», me dijo. Me senté, renunciando al sueño de mi liberación. Dijo muchas cosas sobre el magnánimo comandante. Asentí con la cabeza. Dijo que confiaba en que los últimos años me hubieran enseñado el buen camino y afirmó que mi Organización era criminal. No abrí la boca. Se levantó, me entregó el papel de mi puesta en libertad y, cuando alargó la mano hacia mí, yo le tendí la mía para inocularle el veneno de mi odio, para saludar a un enemigo que, al mirarle a los ojos, supe que estaba muerto.

IV

Llueve miel

Llovió miel hasta anegar las calles de la ciudad, en la que había entrado vestida con harapos, como una pobre vagabunda en busca de un público al que contar la trágica historia de unas mujeres a las que un día habían sacado de su casa, esposado y arrojado a los asientos de un coche, y que regresaban a su hogar mucho tiempo después. Mariam atravesaba desnuda la plaza de Bab al-Hadid, seguida del coro femenino de *haya* Radiya con sus panderetas. Nadie las veía, lo que las regocijaba. Llenaban de miel sus jarras y las llevaban a las mesas que acababan de poner. En el cielo de la ciudad planeaba una bandada de pájaros que llevaban en el pico piedras de colores y buscaban a los desaparecidos.

Entré en mi habitación, que Mariam había mantenido cerrada con llave en mi ausencia, prohibiendo la entrada a todos, excepto a Sulafa la vez que los visitó como yo le había pedido. Mis cuadernos seguían tal cual sobre la mesa, mi camisón echado sobre la cama, mis pendientes en la cómoda, el espejo frente a la alfombra colgada en la pared del fondo. El polvo lo cubría todo, oí los gemidos del dormitorio abandonado y me dije que los lugares desamparados se convierten en un mito en nuestro recuerdo. Mariam se había negado a creer que estaría ausente tantos años, mis objetos habían adquirido un valor simbólico y estaba prohibido hablar de mí en tercera persona. Había perdido a muchos seres queridos, cuyo destino se había confundido con la suerte de aquellos que habían desestabilizado el régimen.

Durante siete días no dormí. Vino mucha gente a darme la bienvenida, a asegurarse de que conservaba el juicio y no me había convertido en un zombi. Abracé a mujeres que no conocía, me mostré amable con chiquillos que deseaba que se marchasen para estar a solas con mi padre, que me apretaba la mano, sosegado al sentir que su sangre corría por mis venas. No tardó en irse con su esposa libanesa, que se sentía como una extraña entre nosotros. Yo estaba demasiado cansada para acercarme a ella o para decirle que el olor a manzanilla

de sus cabellos no me gustaba mucho. Me resultó simpático su acento libanés un tanto afectado y la abracé con cierta cordialidad que disgustó a Mariam, ofendida porque mi padre se hubiera atrevido a traerla a casa. Yo deseaba que él viviera a su manera, que no esperase a que nuestras fotos se tendieran a su lado para no sentirse tan solo. Marina, su nueva esposa, tenía un rostro amable, dulce, que delataba asimismo un duro pasado de desdicha.

Los primeros días Radwan se quedó largas horas a mi lado. Sus arrugas revelaban su edad, y su alegría al verme no lograba ocultar la angustia que percibía en él cuando salmodiaba lentamente extrañas plegarias. Me pasaba la mano por el pelo y me bendecía. Yo me sometía a los caprichos de todos, accedía a todas sus peticiones, agradecida de hallarme de nuevo entre ellos. Daba vueltas por el lugar, que al principio me resultaba ajeno. Las viejas puertas se me antojaban melancólicas, mis primos habían crecido, su presencia y sus movimientos me sorprendían, sus miradas me hacían sentir que no era de la familia. Tendían ceremoniosamente la mano a quien en otro tiempo jugaba con ellos y los protegía de los castigos que merecían sus travesuras y diabluras. ¿Cómo podía pertenecer a todas aquellas personas que habían crecido sin que me diera cuenta? Ansiaba ver a Zahra, de quien Mariam tenía en su habitación una pared entera de fotos en que aparecía con sus hijos. Marwa se deslizó en mi cama, me abrazó y me acarició el cabello como cuando yo era niña. El calor de su cuerpo ahuyentó los reproches y las disculpas que había preparado durante los años de prisión como un monólogo silencioso que me libraba del lastre de las palabras. Todo cuanto me rodeaba me recordaba que había crecido y que ya no era la misma. Mariam tenía las manos arrugadas y su paso era pesado. El cabello blanco confería a Omar una dignidad y una serenidad que yo nunca habría imaginado; de su antigua imagen solo quedaban retazos, su risa alegre había desaparecido y sus ojos irradiaban una fuerza sosegada. Haber reabierto la tienda de alfombras y abandonado sus sueños insensatos lo había acercado a la antigua imagen de mi abuelo. Con prudencia y sentido del negocio, calculaba los beneficios y las pérdidas, jamás corría riesgos y bajaba la cabeza para capear el temporal. Su pasión por los caballos se había transformado en actividad comercial. Me

regaló un potro y me describió con orgullo sus caballerizas y los excepcionales ejemplares de su explotación agrícola, donde, abandonando definitivamente la ciudad y su tumulto, había acabado por instalarse. Le devolví el regalo diciéndole: «No quiero nada que me encadene a un sitio». Asintió con la cabeza, pues comprendía perfectamente que los lugares habían perdido su atractivo para mí. En lo sucesivo mi alma no hallaría la paz en ninguna parte. Trataba de ocultar la desesperanza, que me volvía distraída, respondiendo lacónicamente cuando me hablaban, y no defendía jamás mis inclinaciones. Las presas, compañeras de las largas noches solitarias, que habían salido antes que yo vinieron a visitarme: sus risas tenían la amargura de quienes buscan olvidar días inolvidables.

Únicamente Sulafa se quedó conmigo en mi habitación, que Mariam había abierto una semana después de mi liberación, al acabar los festejos que habían devuelto a la casa su antigua atmósfera. Mi tía se esforzaba por restituir la antigua imagen de la familia, se afanaba en ordenar la parte de la herencia que correspondía a los nietos, legatarios de una gloria desaparecida. Entré con Sulafa en la habitación que le había descrito durante largas noches y quité el polvo a un cuaderno donde había dibujado mis sueños y que no me habían confiscado. Me resultaba insoportable la idea de que Mariam hubiera detenido el tiempo para mí de ese modo durante todos aquellos años, como si todas las mañanas me hubiera tomado el café antes de irme a la facultad de medicina como una simple estudiante que sueña con un futuro magnífico.

Me planteé seriamente abandonar mi habitación e instalarme en la de Zahra, que al marcharse a Londres había dejado las ventanas abiertas a los cuatro vientos. ¡Qué difícil es volver a la vida después de tantos años! Ya no reconocía las cosas y las cosas no me reconocían a mí; mis ropas negras colgaban en el armario como cadáveres. Llevé al patio los libros que tenía ordenados en una estantería, les prendí fuego y me quedé un buen rato contemplando las llamas, que purificaban mi antigua memoria. A excepción del Corán, tiré todas las obras de los jurisconsultos y de los jeques que hablaban de los sufrimientos de la tumba sin mencionar jamás la misericordia divina. Mariam me observó desde su ventana antes de apagar la luz y meterse en la cama, sin

importarle lo que yo hacía. Me habría gustado que Humam se hubiera quedado a vivir con nosotras, ya que quería que me viera quemando todas mis metáforas, pero mi padre había insistido en llevárselo a Beirut. Me quedé sola; el silencio presagiaba la soledad de un otoño que pasaría en compañía de Mariam y de Radwan.

Los pasos de Radwan engendraban melancolía. Vino a sentarse a mi lado y me preguntó si quería té a la menta. Me aparté de él y regresé a mi habitación para ahogarme en el olor de mi almohada y tratar de ahuyentar la obsesión de partir hacia cualquier parte. ¿Qué sentido tenía acudir todas las mañanas a la facultad, donde los estudiantes me miraban con recelo y se alejaban de mí como si tuviera la peste? «Ya no valemos para vivir», le dije a Sulafa. Ella me cogió del brazo, me hizo entrar en el café más próximo y habló con entusiasmo de nuestro derecho a la vida, al amor, al trabajo y al aire del país. Sin embargo, yo intuía que sus ojos mentían y rehuían los míos para ocultar su propia frustración.

Al salir de la cárcel, Sulafa había ido a casa de Mudar, lo había esperado en los escalones de su lujosa vivienda y, al verlo llegar, se había lanzado sobre él y le había espetado: «¿Por qué te has casado con la hija de mi enemigo?». Ante el prolongado silencio de Mudar, ella le escupió en la cara. «¿Por qué mientes? ¡Lo sigues queriendo!», le dije mientras estábamos tendidas juntas en mi cama. No levantó la vista del álbum que contenía mis escasas fotos y las de Hussam, que mi madre había reunido tras la dispersión de nuestra familia. Yo lo había encontrado en un hatillo que mi madre había dejado en el armario de Mariam el día que se marchó para reunirse con mi padre en Beirut. Sulafa no volvió a hablar de Mudar; quería olvidarlo, como si no fuera más que una mentira inventada para entretenerme durante las noches en la cárcel. Cerró el álbum y propuso a Mariam que preparasen la cena. Mi tía aceptó con alegría, y Radwan se sentó en el umbral de la cocina, listo para ejecutar nuestras órdenes, riéndose de forma excesiva con las bromas de Sulafa. También Mariam se reía mucho de sus chistes sobre los nativos de Homs. Me reproché la melancolía en que había sumido a mi hogar, que tanto anhelaba la alegría. Sulafa pidió a Mariam que le dijera cómo se preparaba el *kibbeh* al zumaque y mi tía se lo explicó con todo lujo de detalles, en los que también

participó Radwan. Este nos dejó a medianoche, tras haber cantado con su voz clara algunos pasajes en alabanza del Profeta y una estrofa de una canción de Abdelwabab. La alegría que nos esforzábamos por instaurar despertó nuestra esperanza de superar el sufrimiento.

Me alegraba cada vez que Sulafa venía a nuestra casa. Mariam la abrazaba efusivamente y le preparaba los platos que le gustaban, y Radwan había encontrado en ella una sustituta de Safah. Esta nos había enviado una carta conmovedora en la que describía la miseria en que vivía en Kandahar. Me alarmó lo indecible ver su foto: llevaba burka y, detrás de la rejilla que le ocultaba el rostro, se distinguían las ojeras. En su primera carta expresaba la tristeza que sentía por estar tan lejos y su terror a los cohetes que caían por la noche alrededor de su casa de adobe. En la segunda, que recibimos un año más tarde, empleaba palabras secas, como si hiciera una alocución ante un público invisible. Nos hablaba del sueño de los muyahidines de convertir Afganistán en un modelo de estado del califato.

«Llévanos al hammam», le dije un día a Radwan, pues deseaba recuperar nuestras antiguas costumbres, que Mariam tanto apreciaba. Sorprendida por mi petición, mi tía preparó a toda prisa el hatillo y nos recomendó que no riéramos por la calle. Cambió el itinerario y Radwan, envejecido, no parecía tener ganas de retomar un papel que todo el mundo había olvidado. El camino había perdido su alegría, los dueños de las tiendas ya no lo detenían para saludarlo y él no levantaba la cabeza con el orgullo de ser el guía de unas mujeres a las que todos cedían el paso con respeto. Sulafa y yo parecíamos turistas que buscaran los restos del pasado en las estrechas callejuelas de Yallum. Mariam se sentía extranjera ante los arcos de piedra, que sin embargo eran testigos de su vida desde hacía cincuenta años. En el hammam la trataron como a una clienta cualquiera, sin atenciones especiales. Me reproché haber transformado un recuerdo íntimo en un absurdo acto folclórico con el pretexto de enseñar a Sulafa la imagen idílica de la que le había hablado.

«Olvida a Mariam y ocúpate de tu vida», me dijo Marwa. Me habló de su desaliento, de las cosas que ya no significaban nada para ella y de la ausencia de toda esperanza. No criticó los colores de mi ropa, que en un primer momento la habían sorprendido, y expresó extraños

puntos de vista, como si deplorase su vida, que se le escurría entre los dedos sin que siquiera se diera cuenta; era como si dijese que todo aquello con lo que había soñado no era más que una ilusión. Me pareció distinta, elegante sin afectación, el rostro sonriente. Contaba chistes picantes con notable pudor. Mariam asentía riendo, insistía en que Nazir se alojara en casa, no en el hotel o en otra parte, y celebraba la presencia de ambos. Incluso dejó a Omar la tarea de disponer a su antojo las macetas y ya no lo hostigaba para que volviera a casarse. Las visitas de Marwa devolvían la alegría a nuestro hogar, que, habitado por una tristeza mortal, me impulsaba a plantearme seriamente la posibilidad de marcharme. Mariam ya no deseaba abrigar nuevas ilusiones, estaba siempre distraída, como si aguardase noticias que no llegaban. En invierno, rara vez salía de su habitación. Ni siquiera me oyó cuando le dije que había que cambiar la tela asfáltica del tejado de la cocina. Se acostaba temprano, imperturbable ante las tormentas que a mí me hacían suspirar por un hombre cuyos rasgos dibujaba a diario, para luego rasgar las hojas. Yo abría la ventana para contemplar la lluvia y esperaba que Mariam abriera su puerta y saliera a hacer su inspección, de la que tanto nos habíamos burlado en otro tiempo. Mi tía ya no soportaba vivir para nosotros, que se lo habíamos trastocado todo. Me preguntaba por los estudios con voz neutra y, sin esperar la respuesta, iniciaba un largo discurso sobre las conservas de berenjena y la confitura de calabaza; llamaba a Omar y le ordenaba que viniese a comer, contenta de tener teléfono, que él había hecho instalar para saber de nosotras. Por lo demás, su hermano nunca le negaba nada.

Pese a que aún no había cumplido los cuarenta y cinco, Omar tenía el cabello cano, que le confería un aire de distinción y dignidad. Por otra parte, no había dejado nunca de divertirse con un reducido número de amigos en el mayor de los secretos. Mi tío Salim, por su parte, se sentaba delante de la tienda como un fanático de Dios y paraba a los viandantes y a los clientes para venderles talismanes de su invención; las mujeres de la ciudad acudían a él porque creían en su capacidad para traer de nuevo a los ausentes, librarlas del mal de ojo y curar a los enfermos. Su hijo Yalal se dedicaba a reparar las alfombras y estaba siempre pendiente de las noticias sobre los notables que

vendían sus bienes a bajo precio antes de emigrar.

«Dime, ¿odias a tu amigo de la infancia?», le pregunté a Nazir. Le sorprendió mi pregunta y me habló de sus sueños destruidos por la irreflexión del comandante, su amigo de la infancia, que antes de marchar al exilio había vaciado las arcas del Estado, disuelto las Brigadas de la Muerte y dispersado a sus hombres. Habló largo rato de las nuevas mariposas que había cazado con Marwa en el campo. Yo tenía la impresión de que parecían un par de amigos más que una pareja, ya que vivían su amor en secreto y nunca confiaban sus secretos a nadie.

Los pasillos de la facultad de medicina eran tristes, el color cardenillo de las paredes me impulsaba a perdonar a los estudiantes su expresión ceñuda. Convencidos de ser la flor y nata de la sociedad, se movían con lentitud. En el laboratorio de química reinaba el olor a fetos conservados en tarros de cristal que se guardaban en un armario de madera con puertas chirriantes, como una tumba singular expuesta a nuestras miradas. Por la mañana entraba en él y me sentaba lejos de los otros alumnos, sin ganas de entablar conversación. Los oía cuchichear sobre mí, inventar historias acerca de mi vida, mi familia, mis compromisos, al tiempo que intentaban acercarse a mí. Me encantaba esa imagen misteriosa que tenían de mi persona, al igual que el rigor del ayudante y sus gruesas gafas. Era tan callado como yo y no apreciaba demasiado los comentarios de los estudiantes, a los que nunca respondía. Venía hasta donde yo estaba para corregir mi trabajo, se acercaba en exceso, casi se pegaba a mí. Yo percibía el aroma de su agua de colonia, que recordaba el olor de los muertos. Una vez describí a Radwan ese olor como hacía Mariam. Él agradeció que por fin reconociera su valía como perfumista. Se dirigió a la cocina y me dijo: «Coge una cebolla y aplástala». A continuación sacó de una bolsa albahaca seca que había perdido su fragancia y prometió que me conseguiría el olor de los muertos. Al día siguiente me esperaba a la puerta de mi habitación con un frasquito; lo abrí y aspiré un olor a muerto distinto. Mientras recorría la calle de Yandak camino de la universidad, me dije: «Ese extraño olor me va estupendamente». Me gustaba ir a pie a la facultad. Iba tarareando una canción cuya extraña letra me había venido de pronto a la mente. Era una canción

española cantada por una mujer en un lugar insólito: una catedral abandonada, guardada por un monje loco que cocinaba testículos de caballo y los devoraba con glotonería. El olor a pollo asado que salía por la mañana de las tiendas nuevas que encontraba a mi paso remataba la idea de la muerte en mi cabeza. Solía fisgonear en el depósito de cadáveres, aguardaba con impaciencia las clases de anatomía para librarme de mi obsesión, de ese olor a muerte que me embriagaba y respiraba en el cuerpo del ayudante. Silenciosos ambos e impregnados del mismo perfume, elaborado por un ciego cuyas elegías ya no tenían ningún valor, nuestros movimientos nerviosos revelaban cierta repulsión.

El ayudante se llamaba Salah al-Buryi. Se pegaba tanto a mi pierna que casi sentía estremecerse su miembro. En cierta ocasión me tropecé con él por casualidad en el mercado de pescado. Salah buscaba un pescado negro, muy caro y difícil de encontrar. Parecía nervioso. Lo acompañé sin que me lo hubiera pedido y me dije: «Si me invita a su casa y se muestra amable, iré». No me invitó, pero me fui con él de todos modos. Atravesamos juntos la plaza de Bab al-Faray, donde paró un taxi y subí con él. Abrió la puerta de su habitación y percibí un olor que conocía muy bien. Febril, se tendió en la cama. Enjugué el sudor que le perlaba la frente y dije: «Voy a preparar una sopa». Llegó su amigo Muhannad, elegante como siempre, y le preguntó fríamente por el pescado negro. Los tres llevábamos el perfume de los muertos. Salah se durmió y oí sus ronquidos mientras la noche entraba por la ventana abierta, que daba a una calle que olía a pastrami. «Son fabricantes de pastrami y de vez en cuando me regalan alguno —me dijo Salah cuando se despertó. Y añadió—: Les echo una mano con el secado. Saco del laboratorio un producto que deja tierno el pastrami e impide que quede demasiado seco.» Decidí que en adelante evitaría mirarlo en el laboratorio y dejaría de equivocarme adrede en las pruebas para que no se acercara más a mí. Había intuido su tendencia a la melancolía. «¿Qué ciego te ha preparado ese perfume?», me preguntó un día a la puerta de la facultad. «Radwan», respondí. Como de costumbre, no hizo ningún comentario.

Cuando cursaba tercero, me enteré de que un día, tras salir de la facultad, había sacado tranquilamente una pistola y se había suicidado

ante la entrada del hospital universitario. Los enfermeros lo transportaron a toda prisa al depósito de cadáveres. Muhannad, que estudiaba sexto, visitaba su tumba y le ponía flores recordando la cama que durante cinco años habían compartido como amantes.

Ante mi primer cadáver del curso de disección, descubrí que amaba la profesión de médico, que me impedía denigrar la muerte y glorificar la vida. Tras haber diseccionado ranas, ratones y conejos, nos enfrentamos a un cadáver humano. A las chicas de mi clase les entraron náuseas, mientras que yo me sentía jubilosa. Pedí permiso al profesor, un cirujano célebre, para diseccionar el brazo izquierdo. Se acercó hasta casi pegarse a mi pierna, que no retiré. Su perfume caro me dio arcadas. Me llamó a su despacho durante la pausa del almuerzo. Acudí, él me estaba esperando, me quité la blusa y me tendí en la camilla. Me estrujó los senos pero no gemí, estaba fría como el hielo. Viéndose incapaz de excitarme, me golpeó y me dijo que me largase. Yo sentí placer al ser golpeada por un hombre frustrado. En la calle me reí sola, compré en Manchiyeh cacahuetes que fui picoteando con deleite y seguí deambulando hasta las nueve de la noche. Me detuve en una tienda que vendía vaqueros y compré una blusa ceñida y unos pantalones de lycra. Cuando volví a casa, donde reinaba el silencio, Radwan me aguardaba para cenar y hablar de Safah. Mariam se había acostado, la luz de su ventana estaba apagada. Dos años después de mi excarcelación, ya no me esperaba ni me preguntaba si quería especias con los calabacines rellenos. Replegada en sí misma, se ocupaba de organizar su nueva vida de sexagenaria y se negaba a creernos cuando le decíamos que seguía teniendo la vivacidad de una mujer de treinta años. Fue a una carpintería alejada de nuestro barrio y encargó un ataúd bastante ancho cuya tapa permitía a la persona que lo ocupara respirar con facilidad. Estaba obsesionada con esa idea extraña, que debía de permitirle escapar de las pesadillas que la despertaban por la noche, en las que veía, aterrada, cómo mi madre y mi abuela se acercaban a ella vestidas de bailarinas orientales, los senos saltarines como los de las prostitutas de una casa de citas.

Cuando mi tío Salim vino a visitarnos, no pudo soportar quedarse con nosotros los tres días inicialmente previstos. Sentada a su lado,

Mariam se echó a llorar. La segunda noche, mi tío se refugió en su celda de la mezquita otomana, donde Dios se hallaba más cerca y se presentaba al amanecer para verlos a él y a sus compañeros. Con el corazón fortalecido, tocaban las panderetas y recitaban los himnos de Ibn Arabi, y en toda la ciudad se oían sus voces rotas y piadosas, que parecían cantar la elegía de los tiempos pasados. Mariam le contó sus pesadillas, describió el rostro de mi madre, pintarrajeado con cosméticos baratos, y el vestido de mi abuela, bordado con hilos dorados, verdes y de otros colores chillones. Salim sonrió, golpeó el suelo con el bastón, del que nunca se separaba, y dijo: «Son las amadas de Dios, son dichosas». Ella insistió y le besó la mano. Le llevó el hatillo, lo esperó a la puerta de la mezquita y, agarrándolo del brazo, lo trajo casi a rastras a casa. Estaba contenta con su visita e intentó convencerlo de que viniera a vivir con nosotras. A mí me gustaba la dulce sonrisa del tío Salim, y también su ternura, que le confería un talante afable y tolerante, casi femenino. Nunca se metía donde no lo llamaban y abrazaba a todos los descarriados, a quienes no odiaba. Su apego al sufismo y al gran maestro Ibn Arabi le había abierto las puertas del gozo eterno. Vivía en los textos, su angustia había cesado y se entregaba al placer de la lengua. Todo el mundo había vaticinado que se sumiría en la locura, pero había contradicho esa sombría predicción.

Yo me colgaba de su cuello y recitaba con él la sura de la Vaca. Mi voz se exaltaba de placer con el texto cuando él me miraba sonriente y me llamaba la atención sobre un error lingüístico o una entonación incorrecta; luego proseguíamos al unísono, mientras Radwan se limitaba a mover los labios y asentir con el cabeza, sumido en el éxtasis. Su voz se elevaba en algunos pasajes y bajaba en otros.

Durante toda una noche celebramos un *mawlid* en recuerdo de nuestros muertos, a los que rememoramos con alegría, como nos ordenó Salim. Es maravilloso sentir que la muerte no es tan mala. Omar también estaba presente. Intentó convencer a su hermano de que se quedara a vivir con nosotros, pero él respondió con sarcasmo: «Ya no puedo vivir con los ciegos». Aquella noche Salim durmió en la habitación de Mariam y miraron juntos sus viejas fotos. Salim guardaba silencio, Mariam hablaba de mis abuelos, de mi madre y del

resto de la familia. Consciente de que no podía vivir con nosotros, los ciegos, como él decía, se marchó al día siguiente, tras la plegaria de la mañana. Todos aquellos a quienes queríamos nos abandonaban para volver a sus celdas.

Con gran dificultad Mariam explicó al carpintero su petición, que era tan extraña como conmovedora. «Querría un ataúd», dijo. El carpintero la miró con perplejidad, pero ella prosiguió: «Tómeme las medidas y fabríqueme un ataúd. Y que sea lo bastante ancho para que pueda darme la vuelta». Se alegraba por anticipado de abandonar su inmenso lecho regio con columnas de cobre en las que se entrelazaban ramas de todas las clases para formar las fauces de un león sonriente en la cabecera y las de un león sollozante en los pies, como las dos famosas esculturas de la ciudadela de Alepo. Pocos días después, los aprendices del carpintero se presentaron con el ataúd y lo colocaron en la habitación de mi tía, en el lugar de la cama, que desmontaron y bajaron al sótano, arrumbándola junto a un espejo roto cuyo marco plateado brillaba en la oscuridad. Mariam no permitió que nadie se acercara a su ataúd, los ojos le destellaban de satisfacción al observar cómo los aprendices fijaban la tapa, en la que habían practicado agujeros a fin de permitirle respirar libremente. Era un ataúd bastante sencillo, de color oscuro y madera de nogal, cuyo olor perfumaba la habitación. Mariam encargó un colchón de lana y un edredón de un blanco deslumbrante. Extendió sobre el féretro las sábanas como si se tratara de un lecho a un tiempo sobrio y cómodo. La primera noche se acostó con cierta aprensión y recitó en voz baja unas breves suras antes de sumirse en un sueño profundo. Al día siguiente despertó llena de alegría y vigor; al parecer las pesadillas la habían abandonado por fin. No se había dado la vuelta ni una sola vez en su nuevo lecho y los espectros de nuestros muertos no la habían asaltado. Me preparó el desayuno y permitió a Radwan compartir nuestro café en la cocina. Nos sentamos a la gran mesa, que yo había insistido en trasladar a la cocina para refugiarme allí a estudiar y hablar con Radwan sin molestar a mi tía. Aquella mañana Mariam se mostró solícita, alabó a Radwan, al que llamó «mi hermano», y le pidió que la perdonara. Él agradeció sus palabras elogiosas y murmuró que, efectivamente, eran hermano y hermana y que la muerte se acercaba a ambos a zancadas.

Hicieron las paces durante una ceremonia que no olvidaré jamás: con intensa emoción contenida, se hicieron un corte en el dedo como dos chiquillos, mezclaron su sangre y, con un suspiro, juraron que olvidarían sus antiguas desavenencias. Yo fui testigo de aquella fraternidad que ponía fin a un período de tensión durante el cual Mariam se había quejado de vivir sola con un extraño en la gran casa. Radwan ya no era un subalterno ajeno a la familia, sino uno de mis tíos; yo lo llamaba «mi amigo Radwan» para huir de las metáforas engañosas, y Mariam lo llamaba «mi hermano» con tono sincero y cariñoso. Ambos necesitaban celebrar los cincuenta años que habían vivido juntos, sin abandonar jamás aquel lugar. Me di cuenta de hasta qué punto sus vidas habían quedado selladas e intuí que Mariam lamentaba no haberse tomado en serio el consejo de Bakr de que se casaran. Ahora todo había acabado para ellos.

Escribí a Safah varias largas cartas seguidas sin esperar respuesta. Le decía cuánto la echaba de menos, le describía las lágrimas de Mariam y Radwan cuando mezclaron su sangre e intercambiaron cumplidos, como si se tratara de una ceremonia de coronación aplazada durante medio siglo. Con palabras misteriosas que solo ella podía entender, le hablé de mis días de estudiante apasionada de la medicina y de los productos químicos que los antiguos egipcios utilizaban para embalsamar las momias. En mi cuarta carta le confesaba mi deseo de un amor que me arrastrara al abismo y me trastornase por completo. La respuesta de Safah tardó más de seis meses, hasta la llegada de una larga carta sorpresa redactada con su pulcra letra, que recordaba los dibujos infantiles. En ella me reprochaba severamente mi desvergüenza y hablaba de los muyahidines con profunda admiración, citando numerosos hadices relativos a su papel, y describía las casas de adobe de Kandahar y la vida sencilla que llevaban sus habitantes siguiendo el modelo de la vida del Profeta. Luego, con palabras un tanto exageradas, afirmaba que añoraba a Radwan y que se enorgullecía de mis años en la cárcel, con la que yo había pagado para que se alzara la bandera del islam.

La perdoné porque supuse que no se atrevía a escribir otra cosa por temor a que interceptaran sus cartas e intenté descifrar señales que no comprendía. Me sorprendió tanto la seriedad de Safah, quien tantas

veces había intentado inculcarme la ironía, que en adelante nos escribimos en contadas ocasiones. Me resultó muy duro perder a un ser tan alegre como ella y aceptar su nueva imagen.

Al final del quinto curso, estaba preocupada por los resultados de los exámenes. Cuando Mariam se hubo retirado a su habitación, me senté en la escalera. Esperaba que sonara el teléfono para oír la voz de Firas, el joven que afirmaba que yo era la mujer que buscaba desde hacía tiempo. Sabía que mentía, pero ansiaba tanto creerle… Ningún hombre me había dicho jamás que llevaba años esperándome. Dibujaba en mi mente el contorno de sus labios, pintaba el misterioso color de sus ojos, que le daban aspecto de predador. «Si repite su petición de ayer, huiré con él», pensaba. En las noches de verano tenía un terrible dolor de cabeza y unas ganas locas de salir de casa para irme a la montaña. Sin embargo, mis pies seguían clavados en el sitio, me pasaba el tiempo durmiendo, soñando despierta o fumando en los peldaños de la escalera.

La salud ya no permitía a Radwan permanecer largas horas en vela sentado a mi lado. Las rodillas le temblaban, sus manos ya no podían sujetar el bastón; envejecía y se iba acercando a la muerte. Se advertía sobre todo en su forma de hablar, apenas unas frases lacónicas dirigidas a Mariam. Los dos aguardaban la muerte, que los transformaría en un par de aves que volarían sobre las verdes planicies del paraíso. Me sobrecogía observar hasta qué punto se parecían, como gemelos a los que era imposible distinguir; habían intercambiado la piel y las venas, se comprendían en un instante, farfullaban que esperaban una muerte que tardaba en llegar. Como Mariam le había aconsejado que cambiara su cama porque chirriaba cuando se daba la vuelta, Radwan le pidió permiso para tenderse en el ataúd a fin de probarlo y, para mi gran sorpresa, ella accedió a dormir en mi habitación, donde colocó el colchón de las visitas. Antes de acostarme, ayudé a Radwan a tumbarse en el ataúd y bajar la tapa. Me pidió con insistencia que leyera una sura del Corán por su alma. «¡Larga vida tengas!», le dije. Como casi me lo suplicó, cogí el Corán que había junto al ataúd, me senté en el suelo y, en la oscuridad, empecé a leer la sura titulada «La familia de Imran». Le oí respirar ruidosamente,

como si luchara con la muerte. De repente, levantó la tapa, se incorporó y recitó conmigo algunos pasajes que se sabía de memoria. Finalmente lo dejé solo, pero lo observé a hurtadillas desde la ventana. Vi que sacaba el colchón del ataúd, lo dejaba en el suelo y se ponía a dar vueltas por la habitación que le había estado vedada desde la muerte de mi abuelo, tras haber pasado cuatro años a su lado en ella. Sus fantasías lo impulsaron a acercarse a la ventana y contemplar la respiración de Mariam. Aquel anciano había soñado tanto con estrecharla entre sus brazos, con embarcarse en su cuerpo, que un día fue joven y cálido como un campo de guindillas maduras… Me dije que aquella noche deseaba cumplir su antiguo sueño de respirar el olor de su adorada, como me había confesado un día de invierno, cuando a Mariam le entró la obsesión con la muerte, tras hacerme jurar sobre el Corán que no revelaría su secreto. Me contó de nuevo la historia de su extraña infancia y la de su no menos extraña juventud. Observé su rostro mientras me hablaba con humor de su sueño de ser cantante, inventando de cabo a rabo la vida que le habría gustado vivir. Aquel invierno, el placer de los relatos nos ayudó a vencer el aburrimiento: un narrador y una mujer que escuchaba.

Iba con frecuencia a Beirut, a casa de mi padre, con la complicidad de un taxista amigo de Omar. Intentaba revivir con él un pasado que yo ignoraba, pero mi padre se limitaba a decir generalidades sobre mis abuelos, a los que describía como personas honradas. Llevaba a mi hermano Humam a los zocos, reía con él por las calles y en los cafés de la calle de Hamra. Trataba de acercarme a la esposa de mi padre, Marina, ganarme su amistad, pero tuve que contentarme con su neutralidad respecto a mí. Percibía el orgullo de mi padre cada vez que llamaba inopinadamente a su puerta y me arrojaba en sus brazos. Ahora tenía los rasgos relajados de una persona cuyos sueños se han apaciguado por fin. Marina deseaba conservar a su hombre tras la muerte de su primer marido, asesinado durante la guerra civil, y la marcha de su hija a Chipre con un griego que le había prometido una vida de lujo. La joven, que aún no había cumplido los dieciocho, se había fugado con un pasaporte falso en compañía del griego sexagenario, que le había dicho que la amaba. Una vez en Chipre se enteró de que era un rufián que recogía a muchachas inocentes para

enviarlas a los burdeles de Roma.

Marina había decorado con gusto el pequeño apartamento, situado en un edificio casi destruido cerca de Jandak. Se lo habían alquilado a un hombre de las milicias que se había hecho con él cuando sus propietarios partieron precipitadamente hacia Australia dejándolo todo atrás, incluso sus recuerdos. Mi padre agradecía que Marina tratara a Humam como a su propio hijo, y este apreciaba a aquella madre que le enseñaba tantas cosas y sobre todo lo ayudaba a olvidar a la familia de mi madre, cuyo pasado pesaba sobre los que aún vivían en la casa.

Radwan estaba contento de haberme contado de manera deshilvanada su historia, que fue ampliando con entusiasmo durante los años que siguieron a aquel invierno. No cesaba de hacerme preguntas: «¿Qué dije sobre mi amigo Saber, el ciego?». Yo le respondía con malicia: «Dijiste que era un ladrón que robaba monedas del platillo de sus compañeros recitadores en la mezquita de los Omeyas». Él corregía mi versión tras pedir perdón al Señor y reconstruía para mí la personalidad de su amigo. Yo sabía que solo se trataba de un prólogo para enmendar la información relativa al amor de Safah por nuestro vecino, el aviador Ussama, y los mensajes que él se encargaba de llevarle en el mayor de los secretos. Era el aviador al que nuestra Organización había asesinado porque pertenecía a la otra comunidad. Pregunté a Radwan sobre las cartas del aviador a Safah, pero no soltó prenda.

Aquella noche se tendió en el colchón junto al ataúd, su respiración se volvió regular y no tardó en dormirse. Me apresuré a reunirme con Mariam, que me esperaba en mi habitación. Corrí a su lado, apagué la luz y me cobijé en sus brazos. Bromeé con ella, elogié su belleza; ella se echó a reír y me ayudó a conciliar el sueño pasándome la mano por el cabello y cantándome algunas canciones de *haya* Radiya, que en ocasiones venía a casa y dormía junto al ataúd de Mariam, en el colchón previsto para las visitas. La conversación era fluida entre las dos mujeres, que guardaban silencio al percibir el ruido de mis pasos que se acercaban a su ventana. Yo las había oído elogiar la calidad del sueño en el ataúd.

A la mañana siguiente Radwan hizo sus abluciones tras haber devuelto el colchón a su sitio. Se zafó de la propuesta de Mariam de que encargase un ataúd para él y se mostró indeciso durante varios días. Mi tía olvidó su propuesta y ambos siguieron conversando sobre su deseo de una buena muerte. «¿Qué convierte en buena a la muerte?», me preguntaba yo al ver las prisas de Mariam por encerrarse en su cuarto al caer la noche para dormir en una caja cerrada. Esa decisión ya no me intrigaba, si bien suscitaba la ironía de Omar en las contadas ocasiones que venía a vernos. La mayor parte de las veces se contentaba con una rápida llamada telefónica, y procuraba hacernos llegar numerosos artículos por mediación de Yalal. Este me miraba de reojo como si yo fuera una víbora en una jaula; las miradas desconfiadas que me dirigía me hacían sentir hasta qué punto era una extraña en aquel lugar, y un día le pregunté a bocajarro: «¿Por qué me miras como si te diera miedo?». Se puso colorado y se disculpó diciendo que la historia de mi encarcelamiento le había llevado a pensar que me había vuelto loca. Añadió que su madre apreciaba mucho mi inteligencia. Su reserva y sus recelos perpetuos me irritaban; por eso no le hacía caso y lo trataba como a un dependiente de Omar que tenía permiso para entrar en nuestra casa y hacer recados para Mariam. Esta le prohibía cruzar el umbral de su puerta, como a muchas otras personas, y ya no se preocupaba de justificar sus actos. Me dolía que mi tía se hubiera vuelto tan solitaria, hasta el punto de que ya no prestaba atención cuando los demás hablaban. «Echo de menos a Safah», le dije en cierta ocasión. Ella asintió con la cabeza y, señalando con el dedo el canalón roto, comentó con tono inexpresivo: «Hay que repararlo antes del invierno». Todos los años comprobaba qué reparaciones había que hacer y luego las olvidaba, convencida de que no pasaría del invierno. Seguía con sus preparativos para recibir debidamente a la muerte. Compró una mortaja bastante ancha por si su cuerpo se hinchaba, la midió con *haya* Radiya y soltó alegremente: «Siete codos serán suficientes». Compró otra para Radwan, pero este no soportaba tenerla en su habitación y se apresuró a tirarla a la basura. Ya no se sentaba tan a menudo con ella para no tener que oírla hablar sin cesar de la muerte, se alegraba al oír ruido en el patio, reía con nosotras a carcajadas y nos contaba extrañas historias inventadas

sobre reyes que aconsejaban a sus hijos que evitaran las malas compañías y sobre princesas enamoradas de sus sirvientes que habían muerto a causa de su frustración. Sulafa y yo lo llevábamos a los zocos, contentas de disfrutar de su compañía. Radwan saludaba a los comerciantes cantando, imploraba la misericordia divina para el alma de los muertos, palpaba nuestras compras, sorbía una limonada como un niño.

Un día entró en mi cuarto, me lanzó las cartas que el aviador Ussama había escrito a Safah y se marchó sin decir nada. Me asomé a la ventana y vi que salía presuroso de casa, como si huyera para atenuar la sensación de haber traicionado a la amiga que le había confiado sus secretos más íntimos. Yo ya no tenía ganas de leer aquellas cartas, así que las metí en el cajón de la cómoda, donde permanecieron bastante tiempo. La presencia de los suspiros de mi querida Safah en un cajón cerrado me obsesionaba. «¿Por qué me has dado las cartas?», le pregunté a Radwan. Se echó a reír y me respondió con su ironía habitual: «Moriré el invierno que viene; a los ciegos les gusta morir bajo la lluvia». Unos días más tarde me trajo un paquete de hojas multicolores, con suma cautela, como si me confiara secretos importantes.

—¿Duerme ya Mariam? —preguntó.

—Desde hace un buen rato. ¿No la oyes roncar? —le respondí desde la cama.

Se sentó en el suelo, vació una gran bolsa de plástico, cogió unas hojas y me las tendió.

—Son mis cartas —dijo—, te las entrego.

Conocía bien a Radwan; se refugiaba en mí cuando lo embargaba el miedo a la soledad, así que salté rápidamente de la cama y dije:

—Voy a preparar té.

Me cogió la mano con firmeza.

—Son mis secretos, ¡no los traiciones!

Lo tranquilicé riendo por su tono apremiante, que me imploraba que no revelase los secretos que había confiado a mis tías mediante ridículas metáforas.

La canícula estival nos obligaba a Radwan y a mí a refugiarnos en el

húmedo sótano a mediodía, como dos puercoespines asustados por el ruido de pasos en un huerto de sandías. Charlábamos durante horas a la espera de que llegara la fresca del atardecer. Aquella noche tomamos mucho té, sacamos un plato de fruta al patio y estuvimos levantados hasta el alba. Radwan habló sin interrupción y sin nexo alguno entre las palabras que sacaba de un diccionario desfasado. Elaboró para mí la historia de su hijo, del que no sabía nada, y de su mujer, y me dijo que mi abuelo había actuado de testigo en su boda. Yo siempre tendía a creer a Radwan, y Mariam se burlaba de mi ingenuidad y me contaba la continuación de una historia que él me había hecho jurar que guardaría en secreto. Aquella noche, me pidió que leyera las cartas de Safah y las suyas antes de irse a la mezquita para la plegaria del alba. Lo seguí corriendo y recé después de él. Nadie me preguntó quién era yo para acompañar a aquel ciego famoso en toda la ciudad. Estaba convencida de que la leyenda de Radwan había quedado destruida por su amor a Mariam y su deseo de permanecer cerca de ella. Cuando volvíamos a casa, lo agarré del brazo y observé que le enorgullecía caminar cerca de mí, a él, que siempre había deseado que un brazo de mujer —hermana, esposa, amante o hija— lo guiase por las callejuelas, lo avisara de los agujeros que había en la calzada y le evitara la compasión de la gente hacia una ceguera que lo deshonraba.

Pasé las noches de aquel verano con las cartas, incluso me acompañaban durante mis breves estancias en casa de Marwa y Nazir. Me gustaba mucho estar con ellos, su casa daba a un valle profundo y unos bosques que se extendían hasta el horizonte, donde el rocío de la mañana impedía ver el mar, que parecía brumoso. Mis costillas aspiraban el amanecer, las oía crujir, me sentía sosegada en aquel apacible entorno campestre. Marwa, que parecía haber nacido en aquel lugar y se sentía a gusto con sus costumbres y olores, me presentó al jeque Abbas, a quien yo temía conocer. Su sonrisa benévola redujo las distancias y nos hicimos amigos. Recitamos los poemas de al-Maari e incluso reímos contando chistes. Cuando un venerable jeque ríe de todo corazón, te hace sentir que Dios es hermoso. Al atardecer se retiró a su habitación y me dejó con las amigas de Marwa, que habían venido a darme la bienvenida e

invitarme a que las acompañara a la cascada que había cerca de allí. Marwa aprobó mi propuesta de que dedicara una habitación de la casa a las mariposas para conmemorar su primer encuentro con Nazir, que más tardé la había ayudado a cazar más. Sus amigas habían empezado su propia colección para decorar sus casas. Marwa las miraba con conmiseración cuando hablaban de la belleza de las mariposas situadas junto al mueble del televisor. ¡Si hubieran sabido lo que significaban las mariposas, no las habrían humillado de aquella manera!

Me había librado del sentimiento de culpa que me embargó en mi primera visita. ¿Cómo habíamos podido asesinar a toda aquella gente cuya dulzura afloraba hasta en las manos y los rasgos del rostro? ¿Qué habían hecho los políticos del país? Amaba la sensación de vivir libremente, de manera sencilla, sin afectación. Mariam nunca me preguntaba cuándo iba a volver, consciente de que, habiendo pasado de los treinta, tenía derecho a vivir como se me antojase. Para ella solo éramos personas que se habían cruzado en su vida sin haber tenido el privilegio de acompañarla por el camino del paraíso. Yo pensaba que Safah sería la única capaz de salvarla del placer de tumbarse en un ataúd al que me prohibía incluso quitar el polvo a fin de que se confundiera con la tierra.

Safah llegó mientras yo contemplaba las estrellas sentada en el umbral de mi habitación, con las cartas de Radwan dirigidas a Mariam al lado. «Mi reina, que pasa a mi lado sin verme, a mí, el ciego…», le había escrito. Y: «La luz surge del fondo de su oscuridad y le permite ver a la amada, quien lo quema con la llama de su perfume de naranja…». La intensidad de sus expresiones me dejó estupefacta. Radwan describía el dolor de estar tan cerca de ella como de su propio aliento y tan lejos como del astro rey en el cielo. Releí las cartas varias veces, hasta me planteé enviárselas a Mariam por correo. Pero era demasiado tarde, las confesiones ya no tenían valor. Yo observaba a esos dos seres y comprendía que habían echado a perder su vida esperando el momento propicio, que se les había presentado miles de veces pero no habían sabido atrapar. De pronto oí girar la llave en la cerradura y entró una mujer acompañada de un muchacho alto que vestía de

manera extraña. Tardé en reconocerlos. Safah cerró la puerta, corrí hacia ella y me arrojé en sus brazos. Mi tía me abrazó muy fuerte y nuestros sollozos despertaron a Radwan, que se echó a llorar al oír la voz de Safah. Abracé a su hijo y lo ayudé a llevar la maleta a mi habitación. La necesitábamos tanto…, a aquella princesa con burka, con ropas austeras confeccionadas con una tela de lino basta, de mirada febril, piel áspera y talones encallecidos. Una mujer sencilla, casi una desconocida, que había perdido la alegría y miraba con tristeza las plantas de tallos marchitos. Mariam la besó, la tomó del brazo para llevarla a su cuarto y le describió las ventajas del ataúd. Emir lo miraba todo intentando recordar los detalles del lugar donde había nacido y que Safah le había descrito muchas veces cuando lo llevaba como carabina para poder salir de casa. Mi tía se había acostumbrado a vivir entre escombros y trataba de ayudar a los pequeños afganos que habían perdido a sus padres en las sucesivas guerras. Abdallah le había prohibido salir sola de casa tras la proclamación de las consignas de los talibanes, que habían conquistado Kandahar y decretado extrañas normas cuya legitimidad Safah defendía con convicción.

Safah había sido siempre nuestra hermosa flor primaveral, una mujer que amaba la vida. Yo creía que no le bastaría una sola vida para llevar toda la ropa de seda que le gustaba, que no dispondría de suficientes veladas en una sola existencia para disfrutar sentada en el umbral de su puerta pelando pepitas de sandía y tarareando las canciones de Umm Kalzum.

Se reunió toda la familia. Vinieron Marwa, Omar y la familia de Salim y tratamos de eludir juntos la realidad de la muerte de tantas cosas: nuestros pequeños sueños, nuestras sonrisas y nuestras risas, nuestras discrepancias, nuestro amor al ajetreo y nuestra violencia. Reinaba en la casa una tristeza imperceptible, e intenté desempeñar un papel sin darme cuenta de que lo heredaba de Mariam. Me pasé la mayor parte del tiempo en la cocina con Marwa, preparando banquetes con todas las variedades posibles de *kibbeh* y cociendo *frikeh* en cantidades dignas de nuestra antigua mesa. El olor a carne guisada o asada flotaba en la cocina, donde nos habíamos refugiado para no gritar a la cara de aquella desconocida que afirmaba ser Safah.

Durante tres días preparamos nuestros viejos manjares, y sin embargo las okras salteadas en aceite, que era el plato favorito de Omar, acabaron en el cubo de la basura sin que nadie las probara. La comida terminó en un cuarto de hora, recogimos los platos y las fuentes de cobre estañado para guardarlos en el fondo de un armario tan lleno de polvo que Marwa se asustó al verlo. El armario era un reflejo de Mariam, que estaba sentada al lado de Safah. Hablaban tranquilamente como dos extrañas, intercalando frecuentes silencios, y se llamaban mutuamente *haya* de forma muy estirada. Durante diez días Safah no tuvo ni un respiro, pues recibió a las madres de jóvenes que se habían unido al Estado del califato promulgado desde Kandahar para tranquilizarlas. Su manera de hablar como un líder me recordó a *haya* Suad, que no cesaba de musitar versículos del Corán y extractos de los hadices. Su bello rostro había envejecido, parecía triste y duro, y su delgadez destacaba la fina nariz, que semejaba el pico de un gallo. En ocasiones susurraba a su hijo unas palabras en urdu, sin duda para ordenarle que fuera a rezar sus oraciones. El muchacho obedecía, para gran contento de Mariam, que oraba con devoción después de él. Yo esperaba que Safah viniera a acostarse a mi lado para bromear y hablar de los secretos y los deseos de las mujeres, como en otro tiempo. Radwan, que no podía soportar la nueva imagen de mi tía, se limitó a jugar con Emir y a asentir a las palabras del muchacho, que exhibía ante nosotros su pasión por las metralletas y disertaba con ardor sobre los modelos de bombas y de cohetes. Abdallah esperaba en Islamabad el regreso de su esposa. Nos llamó por teléfono y, con su cortesía habitual, se interesó por nuestra salud y nos tranquilizó respecto a su situación con palabras misteriosas. Safah se apresuró a hacer la maleta y nos dejó a toda prisa para dirigirse al aeropuerto de Damasco.

Durante aquel verano solitario, suspiraba por oír la voz de Firas, que había invadido mi vida de golpe y porrazo. Había adivinado mis deseos y no tardó en cruzarse en mi camino para decirme que tenía dedos de reina. La víspera de la partida de Safah, me telefoneó por la noche y estuvimos hablando hasta el amanecer. Me propuso entre risas que me reuniera con él en plena noche. En cuanto a mí, recién

cumplidos los treinta y tres, me sentía de un humor juguetón. Los largos años pasados en prisión se me antojaban una pesadilla irreal inventada para justificar mi amor a una vida disoluta en la que dudaba en sumergirme. Firas era un paciente que había acudido al servicio de urgencias. Cuando llegó, nos reunimos a su alrededor junto con el profesor de medicina interna y lo examinamos por turnos. Sus ojos intentaban atrapar una presa; lanzaba falsos gemidos y juraba por todos los dioses que la mujer que tenía delante era la que siempre había buscado. Su dolencia era leve y no requería que lo transportaran en camilla. Me gustó su mirada traviesa, así como su insistencia en conocerme. Me aburrían los pasillos de la facultad y las expresiones ceñudas de mis colegas del hospital universitario, donde había transcurrido todo mi sexto curso. Al principio me había agradado el ambiente e incluso había pensado que me pasaría la vida en sus habitaciones, antes de que me obsesionara el deseo de irme lejos. Ya no soportaba la monotonía de la vida en nuestra casa, que adquiría el aspecto de un cementerio al que solo le faltaban las estelas.

La visita de Safah, que tanto había anhelado, me había aterrorizado. Veía mi antigua imagen en las venas de sus manos como serpientes que reptaran en una tierra árida. Le propuse que fuéramos al hammam, pero lo consideró un lujo escandaloso al recordar que sus hermanos muyahidines vivían en cuevas. Abdallah ya no tenía autorización para entrar en el país, y Omar, enfrascado en el trabajo, evitó invitarlo. A mi tío no le gustó la metamorfosis de Safah y dejó de venir a casa. Yo veía los años transcurridos como una larga pesadilla que me negaba a perpetuar.

Deambulaba por el inmenso hospital, iba al depósito de cadáveres y sentía en mi interior una fuerza capaz de vencer a la muerte, de alejarla de mi vida. El aire era denso, los cadáveres yacían, silenciosos y resignados, en armarios metálicos refrigerados, sin temer a los insectos ni esperar a nadie. A los muertos les traía sin cuidado el tiempo; al árbol quemado no le preocupa saber en qué dirección se dispersarán sus cenizas.

Todas las mañanas tomaba café con el viejo Saleh, que abría los cajones y me mostraba el rostro de los recién llegados. Hacíamos unos chistes después de que yo examinara a conciencia la causa de la

muerte. Un día el médico forense responsable del depósito de cadáveres, al verme allí sentada sin temor alguno, me preguntó mi nombre, tomó café con nosotros y habló del arte de descubrir los secretos de los cadáveres. Para él, yo era un futuro cadáver como los demás. Su rostro recordaba el de un perro sarnoso, siempre triste, pero cuando reía, volvía a ser un chiquillo que se burlaba de los sueños de los adultos. El viejo Saleh me contó que el doctor Hani se había divorciado de su segunda mujer y vivía de nuevo con su anciana madre en un pequeño apartamento cerca del hospital Fricho, donde ella trabajaba aún como enfermera jefe. Al salir del trabajo, regresaba a casa totalmente resignado y pasaba la velada charlando con su madre como dos solterones que temen el silencio. Yo lo veía a menudo en el café al-Qasr, leyendo los periódicos sin mirar a la calle en ningún momento. A las siete de la tarde se dirigía a su consulta, a la que acudían unos pocos enfermos de paso o algunas personas que intentaban sobornarlo para que modificara su informe médico sobre la causa del fallecimiento de un allegado. Le entregaban mucho dinero a cambio de informes falsos que él redactaba sin pestañear. «Salvo a mí, a nadie le interesa la verdad de los cadáveres», me dijo. Muchos habían tratado de competir con él, pero ninguno había conseguido desbancarlo. Sabía mucho sobre las muertes que se habían producido en la ciudad y sus causas, sobre altos responsables implicados en crímenes misteriosos cuyas víctimas él había examinado antes de redactar informes falsos para los jueces, que archivaban el caso y echaban la culpa a las personas fallecidas. Los informes verdaderos permanecían ocultos en una vieja cómoda junto a su cama y lo protegían de posibles competidores. La dirección del Partido lo había propuesto para diversos cargos importantes. Su capacidad para enumerar los logros del Partido lo había conducido al comité directivo de la sección del mismo en la universidad. Un día lo oí arengar a la multitud hablando como Nasser e imitando sus gestos. Se pavoneaba por el depósito de cadáveres con Safia, la enfermera de treinta años y cuerpo rellenito. En cuanto ella llegaba, el viejo Saleh me cogía de la mano para que dejara el campo libre. Al doctor Hani le atraía Safia, y desde hacía cinco años todos los que trabajaban en el hospital conocían su relación y sabían que ella le imploraba que no hicieran el

amor en el depósito, pero él hacía oídos sordos. Echaba el cerrojo y la tumbaba sobre una manta en el suelo tras haber sacado los cajones refrigerados para que los cadáveres los mirasen. La respiración de ambos se aceleraba durante unos minutos, él eyaculaba rápidamente y dejaba a Safia en el suelo, abrochándose el sujetador. Ella se levantaba, juraba que no volvería, y el doctor Hani, sin discutir, le daba otra cita para al cabo de tres días. Safia no podía dejarlo, su nombre iba asociado al extraño carácter del médico desde que había contado a sus amigas las proezas sexuales de este, su amor por ella, las veladas a las que la llevaba, donde la presentaba por su nombre y añadía: «Mi amada». Las amigas de Safia sabían que esta se alojaba en el internado y solo salía con la autorización del doctor Hani.

En la época en que los combates causaban estragos en la ciudad, el doctor Hani depositaba su revólver sobre la mesa de la sala de conferencias, insultaba a nuestra Organización y desde el fondo de la estancia los jóvenes paracaidistas vitoreaban al Partido y al comandante. Después de la conferencia, marchaban al compás detrás de él con sus uniformes de camuflaje, pateando el suelo con violencia, la mano sobre el revólver. Lo miraban como si fuera un dios, tomaban el té con él y le presentaban sus informes verbales sobre los profesores y otros estudiantes que se habían matriculado en medicina gracias a sus notas y no a los privilegios que a ellos les habían concedido el Partido y el comandante de las Brigadas de la Muerte. Los paracaidistas habían recibido como prima sesenta y cinco puntos cada uno, que se sumaban a la media de las calificaciones obtenidas en el bachillerato, con lo que pasaban a engrosar los efectivos de las facultades de medicina e ingeniería, donde castigaban a los enemigos del Partido como una escuadra nazi siempre dispuesta a golpear a los profesores y humillar a los alumnos. Fueron momentos de locura en nuestra facultad, dirigidos con energía por el profesor Hani, que desarrollaba sus ideas caprichosas en la calma del depósito de cadáveres. Durante los últimos días de clase, parecía un hombre sin memoria, solitario, animado por su pasión por Salwa, mi única amiga de cuarto curso.

Habíamos coincidido con frecuencia en los pasillos y laboratorios sin cruzar ni miradas ni saludos, ignorándonos a sabiendas. Salwa la

impetuosa era distinta de todas las demás chicas, reía a carcajadas, llevaba vaqueros rasgados, fumaba con avidez, se dejaba la parte superior de la blusa desabrochada, se pintaba la uñas de colores extraños y no ocultaba sus relaciones sexuales. Los chicos le iban detrás, pero ella descubría todos sus tejemanejes y los enviaba a tomar viento. Vivía con su amante fotógrafo en un apartamento con una sola habitación y una amplia cocina donde recibían a sus amigos. Habíamos intercambiado unas cuantas palabras. Nos reencontramos más tarde, después de que le suspendieran la asignatura de disección por haber hablado del doctor Azmi. El doctor Azmi había sido expulsado de la universidad por haber prohibido a los estudiantes paracaidistas entrar en el aula con sus uniformes militares y haberse burlado de sus malas notas y de sus limitados conocimientos médicos. Cuando lo despidieron, se apresuró a vender sus muebles a precio de saldo y se marchó a Estados Unidos llevándose tan solo una tela de su amigo el pintor Luay Kayyali. Dejó al rector de la universidad y al doctor Hani una carta que Salwa difundió por doquier, en la que los describía como cerdos repugnantes.

Salwa poseía una sensualidad desbordante. Excitaba a los hombres con su voz ronca y sus labios carnosos, que al abrirse mostraban unos dientes blancos y brillantes. Durante las sesiones de disección nos sentábamos juntas y sencillamente nos hicimos amigas. Me daba un beso al llegar y se apresuraba a contarme lo que cuchicheaban nuestros compañeros de clase sobre mi misterioso pasado. Yo le había hablado de la cárcel como si fuera una película cómica y nos habíamos reído. Vino a mi casa, que le gustó mucho, al igual que Radwan. Cuando le devolví la visita, me sorprendieron su seriedad y el gusto tan especial con que había decorado su habitación: una ancha cama sin cabezal, un kilim de colores chillones y un armario de solo sesenta centímetros de altura que había fabricado ella misma con madera reciclada y sobre el que había velas con forma de frutas o de serpiente. Todo en su casa era de colores vivos: los platos y los cubiertos, los juegos de cama y los cojines, las paredes y los muebles; un universo alegre que me liberaba de la pesadez del mobiliario de mi hogar. Salwa no era una muchacha frívola ni una ramera como afirmaban los estudiantes que la temían. Era todo un universo mágico de feminidad

cuya sencillez me fascinaba. Jeannot, su compañero, acogió nuestra incipiente amistad primero con neutralidad y luego con calidez. Nos contamos nuestros secretos y visitamos el pueblo de Nazir, donde dormimos en los huertos y nos tiramos a la cabeza naranjas cogidas de los árboles. El padre de Salwa, asesor jurídico del tribunal penal y diplomado por la Sorbona, se había ido a trabajar a Dubai. Le había resultado insoportable la idea de pudrirse bajo las pilas de expedientes polvorientos en un sótano infestado de ratas. Lo habían trasladado al departamento de archivos por haberse negado a exculpar al sobrino de un responsable de los servicios secretos que había violado y matado a una joven de diecisiete años. Numerosos ciudadanos habían liado el petate y abandonado el país —médicos, ingenieros, juristas y otros muchos— porque ya no aguantaban vivir a la sombra de las banderolas que ensalzaban al Partido.

Salwa era un torbellino de sensualidad y un ser independiente. Se burlaba de los paracaidistas que le cerraban el paso con diversos pretextos. El doctor Hani la había invitado a afiliarse al Partido y ella se había limitado a replicar: «¡No me gustan ni vuestro olor ni los trajes de safari que llevan los soplones de vuestro partido!». Él no se arredró, la persiguió por todas partes. Salwa se citó con él y avisó a los estudiantes para que fueran a su encuentro y lo vieran en el cruce de Aziziye, donde, con un periódico bajo el brazo, sudaba a mares y consultaba una y otra vez el reloj. Incluso intentó violarla, pero ella se vengó grabando un casete en el que él le imploraba que dejara de atormentarlo. Salwa le había exigido que le declarase su amor e insultara al director de la sección universitaria del Partido; luego, con coquetería, le pidió que imitara el ladrido de un perro. Lo grabó todo con un pequeño magnetófono. Cuando él oyó el casete, sintió pánico y se resignó a alejarse de ella. Salwa lo torturó paseándose ante él del brazo de su amado.

Un día el doctor Hani me preguntó por Salwa y yo le dije, satisfecha con mi pequeña venganza: «Se marcha a Estados Unidos y se casa con Jeannot». Él agachó la cabeza, se puso la mascarilla y entró en el depósito de cadáveres. Quise seguirlo, pero la puerta estaba cerrada por dentro. Recorrí el largo y húmedo pasillo, entré en el ascensor y

subí al séptimo piso. No sabía por qué estaba allí. Contemplé Alepo, que estaba cubierta por una espesa capa de polvo. «Voy a abandonar esta ciudad siniestra», me dije. Pensar en el viaje me aliviaba. Detestaba al doctor Hani y ya no soportaba cruzarme con él en el hospital. Fingía no ver a Firas. Lo único que le interesaba era tumbarme sobre un fardo de mercancía en la trastienda de su padre para desnudarme los senos, frotarse contra mi cuerpo y eyacular en mi falda. Nunca había hecho el menor esfuerzo por llevarme a una habitación acogedora y quitarme la ropa lentamente, como a mí me habría gustado. Sus llamadas telefónicas por la noche y sus palabras dulces ya no me conmovían, para él solo era la sombra de una mujer que se había sometido a su encanto, casi la sirvienta que se arrodillaba para acariciarle el pene hasta que eyaculaba, tras lo cual él se abrochaba la bragueta y corría a casa de su madre, que lo esperaba para comer. Yo me decía que mi cuerpo, entregado a pequeños placeres que no conducían a nada, estaba renunciando al deseo. Mis senos perdían firmeza, mi vientre ya no poseía su antigua tersura morena. Las huellas de los latigazos no habían desaparecido de mi espalda, se habían convertido en cicatrices alargadas que se mezclaban con las secuelas de la viruela. ¿Cómo se había incrustado en mi cuerpo toda aquella fealdad? Sulafa y Salwa mentían cuando alababan mi tez mate y mi cuerpo esbelto.

Me quedé en mi habitación varios días seguidos releyendo las cartas de Ussama a Safah. Envidiaba las tiernas palabras que el aviador había escrito a mi tía cuando volaba por encima de la ciudad y la campiña circundante: «Pienso en ti al ver los campos de Ifrin, los olivares y el río, me habría gustado que estuvieras conmigo». Ussama evocaba el placer del enamorado al sobrevolar la casa de su amada: «Hoy he volado sobre el barrio y he visto vuestro patio, he infringido las normas al descender tanto, ¿has percibido hasta qué punto te echaba de menos?». Safah siempre saludaba con la mano a los aviones que pasaban por encima de nuestro patio. Tras la muerte de su amado no volvió a levantar la vista hacia el cielo.

Sentí lástima de Mariam y Radwan al leer las cartas que este había dictado a Safah, poemas de versificación coja que reproducían versos enteros de los himnos que se sabía de memoria. Las contadas ocasiones

en que Mariam abandonaba el ataúd, se paseaba lentamente por el patio. Se había vuelto dura de oído, o bien prefería no oír nuestro parloteo. En la cocina hacía un frío glacial y ya no teníamos paciencia para aguantar el barullo que armaban los niños. Mariam ya no reconocía a los miembros de la segunda generación. En la boda de Yalal parecía una persona ajena a la familia, hasta el punto de que la gente se sorprendió al ver que los novios se acercaban a ella y le besaban la mano, que a continuación ella les puso sobre la cabeza. A mi espalda, una mujer dijo: «Es su abuela», y por primera vez me di cuenta de que había envejecido hasta convertirse en una abuela virgen.

Las cartas de Safah se iban espaciando, ya no nos apresurábamos a leerlas. Yo explicaba a los demás lo que contaba en ellas y les transmitía sus saludos añadiendo algunas mentiras. No acababa de creerme su entusiasmo por el gobierno de Kandahar y no cesaba de recordar las palabras que se le habían escapado en los momentos de solaz en su mullida cama. Mientras su mano acariciaba la colcha de seda, evocaba la primera vez que llegó al aeropuerto de Islamabad, envuelta en su *abaya* de seda negra, con su hijito de la mano, y percibió el olor de los mozos paquistaníes que se habían precipitado hacia su maleta. Wassim acudió a su encuentro, la saludó brevemente y no volvió a dirigirle la palabra durante todo el camino ni a levantar la vista hacia ella. A través de la rejilla del burka, Safah percibió su elegancia. El viaje continuó, debían llegar a Peshawar antes de medianoche. Abdallah la esperaba a la puerta de una casa de adobe, vestido con una túnica blanca y un gorro de cachemira. Parecía extenuado y solo dirigió unas breves palabras a su esposa. Safah permaneció despierta hasta el amanecer al lado de Abdallah, que se había dormido tras haberle hecho el amor con una violencia y un pudor a los que no estaba acostumbrada. Observó al hombre dormido y se preguntó qué había cambiado en él. No sabía nada sobre sus últimos viajes. Parecía preocupado y su rostro reflejaba tensión. Se pasaba el tiempo en los campos de entrenamiento secretos de las montañas y Wassim lo seguía a todas partes como si fuera su sombra, con una pistola debajo de la ropa, siempre preparado para intervenir.

Abdallah le entregaba mensajes y dinero para que los llevara a los jefes de las tribus afganas, le enseñaba a escuchar, a dudar de las intenciones de los otros y a mirar a su interlocutor a los ojos con el fin de desestabilizarlo. Safah se instaló en un apartamento de alquiler cerca de la estación de autobuses amueblado deprisa y corriendo. Como Abdallah no le permitió pintarlo, comprendió que su vagabundeo no iba a acabar allí. Dos meses después de su llegada, la invadió una profunda melancolía que puso en guardia a su marido, quien le propuso que volviera a su lujoso piso de Riad o bien a Alepo. Ella se negó en redondo a dejarlo solo en aquella ciudad llena de moscas y mugre. En ocasiones Abdallah no salía del apartamento de ventanas cerradas y los hombres de las diversas tribus iban a verlo, se sentaban en el suelo y conversaban durante horas. Wassim les escuchaba, ofrecía dátiles y té verde del Yemen, que tanto gustaba a aquellos hombres acostumbrados a manifestar ruidosamente su optimismo y su satisfacción. Una tarde, Abdallah parecía más preocupado que de costumbre debido al retraso de un huésped importante. Safah vio al recién llegado y supo que se trataba de Philip Anderson, que había envejecido mucho en los últimos años. El cabello gris y su corpulencia le conferían la distinción de un profesor universitario. Los dos hombres se abrazaron efusivamente y Wassim sonrió cuando Philip pidió un café árabe bien fuerte. Estuvieron conversando y examinando papeles que llevaban numerosos sellos y tampones hasta el amanecer. Wassim aguardaba órdenes de Abdallah en la habitación contigua. Safah se hallaba en su dormitorio, consumida por la inquietud. Recordó su encuentro en Beirut y a la estirada esposa del americano, cuya nariz aplastada recordaba el pico de una oca. Le pareció que a Philip no le iban bien las cosas, pues volvió con frecuencia a ver a Abdallah y, cada vez que se marchaba, tenía el ceño fruncido. En su última reunión, Abdallah bajó a acompañarlo hasta el coche que esperaba junto a la estación de autobuses y se estrecharon la mano como dos comerciantes que no han conseguido cerrar un trato. Abdallah se dirigió a continuación a la cercana mezquita, desoyendo los consejos de Wassim, que lo previno de los peligros de salir de noche por las calles de Peshawar. Después de la plegaria, Abdallah se leyó entera la sura del Botín. Wassim lo

observaba como un hijo cariñoso. Sentía un profundo afecto por aquel hombre tranquilo que le había enseñado la importancia del sueño y la precisión en el trabajo. Safah, que ignoraba dónde se hallaba su esposo, salió del apartamento en su busca. Abdallah la encontró corriendo alrededor de la estación, deshecha en lágrimas, mientras los hombres de la calle la miraban con perplejidad. La reprendió severamente y la llevó a casa. Los hombres no comprenden el alcance de la inquietud de las mujeres. El intenso sentimiento de ser una extranjera hizo que Safah tuviera la impresión de haberse vuelto loca. Unos días más tarde, Wassim le dijo que hiciera las maletas y se preparase para partir esa misma noche, tras lo cual enmudeció y no respondió a ninguna de sus preguntas. A Safah le pareció oír las voces de los *yinn*. Por la ventanilla, vio por última vez las vastas llanuras y las montañas lejanas, que en la penumbra del anochecer tenían el aspecto de una leyenda impenetrable.

Aquella fue la noche de las montañas, como la llamó Safah. El jeep avanzaba por caminos sinuosos esquivando con habilidad las trampas tendidas. El chófer afgano no despegaba los labios y, a su lado, Wassim desgranaba su largo rosario, como un anciano. Safah apretaba la mano de Abdallah y buscaba en ella su antiguo calor; su hijo Emir dormía profundamente en el asiento de atrás, al lado de un hombre armado. Las enormes precauciones tomadas convirtieron el viaje en una pesadilla para Safah. No disfrutó del fresco amanecer, que dejaba entrever a lo lejos las montañas azules y las cuevas. En Kandahar tuvo una enfermedad intestinal aguda, Abdallah la obligó a descansar y no la consultó sobre la casa de adobe donde la instaló. Safah dejó en ella el equipaje como si fuera una residencia provisional. No imaginaba que pasaría allí largos años, en el curso de los cuales Emir crecería hasta llevar un fusil al hombro como un verdadero combatiente, le saldría una fina pelusa en el mentón y sus delicadas pestañas dejarían entrever la dureza de su mirada.

Wassim pidió a Abdallah que le buscara una esposa y de ese modo Safah tuvo una misión que alivió un poco su soledad. Nos contó con detalle aquella empresa y, mientras tanto, yo intentaba evocar los rasgos de Wassim, al que con frecuencia imaginaba sentado a mi lado en el umbral de mi habitación. Safah entró en los hogares de los

líderes afganos árabes y conoció a sus esposas, que estaban al corriente de la vida que llevaban los combatientes; se adentró con convicción en aquel universo donde personas con el rostro cubierto de polvo trataban de imitar la vida del Profeta y sus Compañeros. Hizo muchas amigas, con las que tomaba té y a las que en ocasiones ayudaba cuando asistían a una parturienta. La tarea de encontrar una esposa para Wassim le hizo pensar en Mariam y en los rituales de Alepo, recuerdos sepultados en lo más profundo de su memoria. Buscó entre las escasas familias alepinas, apreció la tez lechosa de la hija de Abu Muhyen, pero cambió de opinión cuando la muchacha le dijo que suspiraba por las canciones de Najat al-Saghira. La joven escuchaba en secreto las emisoras de radio enemigas y movía la cabeza al ritmo de las canciones inglesas. Aconsejaron a Safah que buscara entre las hijas de las familias de los muyahidines afganos, que, según decían, eran dóciles y obedientes. El consejo no fue de su agrado y prosiguió su búsqueda, hasta que finalmente conoció a una reservada muchacha argelina que hablaba árabe clásico y francés. Comprobó su piedad observándola durante largos días antes de hablar de ella a Abdallah, que se hizo cargo de las gestiones. La joven pareja se instaló en un apartamento cercano y Safah se convirtió en una madre para ellos. Su sentimiento de ser una extranjera desapareció y su nostalgia de la casa de sus padres disminuyó. Se ocupó de los problemas de las mujeres afganas y acató las leyes del gobierno de los talibanes. Umm al-Muminin, la Madre de los Creyentes, la visitaba en sueños y le informaba de que el Profeta le había abierto las puertas del paraíso con su propia mano. El sueño agradó y tranquilizó a Abdallah, que pensó que por fin habían acabado los tormentos de su mujer. Sin embargo, las incesantes fetuas de los talibanes le hacían temer que Safah lo abandonara para ir en busca de las comodidades de una gran casa. Amaba su nueva alma, que lo animaba y lo unía aún más a ella, como un niño que encuentra la salvación entre unos brazos familiares.

Safah dejó de enviarnos cartas y yo ya no las esperaba. ¿Era su dureza o la mía la que nos había alejado? ¿Era su sueño sobre la Madre de los Creyentes y el paraíso, o mi sueño de vivir en la duda? Ignoraba cómo se habían invertido los papeles.

Habíamos envejecido de golpe: Mariam, Safah, Marwa, Omar, Salim,

Radwan, yo misma, las ventanas de la casa, las piedras, los canalones y la puerta de madera de la entrada, que había sido sustituida por otra de metal con un frío timbre eléctrico. Habían tirado la puerta, cuya cerradura tanto me gustaba; tenía forma de animal fantástico y había sido forjada especialmente para mi bisabuelo, quien no aceptaba en su casa nada que se pareciera a lo que tenían los otros comerciantes de la ciudad. Ahora nuestra casa se asemejaba a todas las demás casas de la ciudad vieja, que sus habitantes habían abandonado para irse a los barrios nuevos de Alepo. Nuestro barrio era ahora el de los pobres y ya no conocíamos a nuestros vecinos, que en las habitaciones de arriba criaban corderos cuyo olor se esparcía por el espacio abierto de una ciudad que se había sumido en el silencio.

Tras licenciarse, Salwa escupió a la facultad de medicina y emigró a Estados Unidos llevándose sus escasos efectos personales y sus recuerdos. Cuando nos despedimos en la estación de autobuses, me dijo: «Te esperaré en cualquier lugar del mundo, no quiero pudrirme aquí». Jeannot me animó a que me reuniera pronto con ellos. Vi lágrimas en los ojos de ambos cuando el autobús partió hacia el aeropuerto. Yo estaba sola y ya no esperaba nada.

Sulafa me llamó para invitarme a ir a la playa, a nadar y a correr por la arena. Entonces le propuse que escribiéramos nuestra experiencia en la cárcel. Calló un momento antes de decir: «Pensaré en ello y volveré a llamarte». Sus visitas y sus llamadas telefónicas eran cada vez más escasas desde que se había casado con un taciturno ingeniero que no paraba de sonarse la nariz y de toser como si fuera asmático. Yo había asistido a su boda y Mariam le había regalado un juego de cama de seda natural. Era una reliquia de su ajuar, que había empezado a repartir tras haber experimentado el placer de dormir en un ataúd. A mí me dio un Corán caligrafiado con tinta de oro puro y metido en un estuche de encaje bordado con hilos de lana del Turquestán, además de una tela de seda blanca para confeccionar un suntuoso vestido de novia, orgullo de las hijas de las familias importantes. Mariam había extendido ante mí sus numerosos tesoros y yo me había preguntado cómo se las había arreglado para ocultarlos durante cuarenta años a nuestras miradas fisgonas y a los ojos de las patrullas que habían registrado nuestra casa. Mi tía me dio sus

instrucciones: la jofaina de cobre, las toallas y las chinelas principescas eran para Zahra. Luego, sin dejar de dar vueltas alrededor de sus cosas como una anciana que se despide de sus ilusiones, dijo: «Este sobre es para Marwa». Al palparlo supe que contenía las fotos del hijo del samarcandés y las tarjetas postales que había enviado. Otras pequeñas cosas que solo servían de recuerdo: frascos de perfume, pendientes de plata, guantes de encaje, pantalones saruel parecidos a los del traje tradicional circasiano, cinturones de castidad, botecitos llenos de plantas secas que ya no servían para nada, un velo de cachemira que mi abuelo había traído de los alrededores de Asjabad, ungüentos de masaje, talismanes para el regreso de los ausentes escritos con tinta china. Me mostró todos sus objetos y asintió con un gesto cuando le propuse ocuparme yo misma del reparto. Fue como si se librara de un pesado fardo. Como no soportaba ver su armario vacío, con un fuerte olor a naftalina y las puertas abiertas de par en par, pidió a los hijos de Salim que lo llevasen al sótano y lo dejaran junto a la cama de cobre, que había perdido su lustre y yacía bajo una espesa capa de polvo. Aquella noche durmió feliz en la amplia estancia desprovista de las vanidades del mundo, si bien conservó junto al ataúd una lujosa escupidera de cobre esmaltado que no permitía a nadie limpiar. En las paredes de la habitación vacía se hallaban las fotos de mi abuelo y de mis tres tíos, colocadas según un orden preciso.

Intenté convencer a Mariam de que fuera conmigo a Damasco para asistir a la boda de Sulafa y luego a casa de Nazir y Marwa. Estuve a punto de conseguirlo, pero en el último minuto, al oír que Radwan la animaba, mi tía sonrió y dijo: «Solo saldré de aquí hacia mi última morada». A continuación agregó de manera dramática: «Allí se encuentran todos aquellos a los que quiero». Radwan me entregó un frasco de perfume «raro», según dijo, como regalo para Sulafa.

Hacía años que no veía a mis amigas de la cárcel. Um Mamduh estaba sentada junto a la madre de la novia y parecía una segunda madre. Se comportó con gran serenidad, arregló el velo a Sulafa en varias ocasiones y saludó a los invitados con aplomo. Fue como si celebrásemos nuestra libertad: nos hicimos fotos juntas, reímos a carcajadas y bailamos. Como pareja recurrimos a nuestro niño, que había crecido mucho y llevaba un terno de rayas y una corbata

ridícula, que le arreglé para darle un aspecto más elegante. Ya no podíamos besar sus labios como antes, los signos de virilidad eran evidentes pese al pudor del muchacho. Con un sentido innato de la responsabilidad, nos sacó a bailar a una tras otra y se plegó a todas nuestras exigencias de madres. La belleza de Suheir había madurado. Se había casado con un comerciante damasceno y vivía en un amplio piso que daba a la autopista de Mezzeh. Nos invitó a ir a desayunar a su casa al día siguiente y añadió con un guiño que los recién casados estarían ocupados en otra parte. Um Mamduh se quedó a dormir con ella y yo me fui con Sulafa, la acompañé hasta la habitación nupcial y los abracé a ella y a Issam, su marido, antes de ir a pasar la noche a casa de Racha, que conservaba la lozanía y la vitalidad de antaño, pese a algunas sombras de decepción que no pudo disimular. Fumando, tomando vino y café y rumiando nuestros desengaños, vimos amanecer desde el balcón de su pequeña vivienda, que daba al monte Kassiun. Necesitábamos aquel ambiente festivo para arrancar las últimas secuelas del odio pasajero que habíamos alimentado las unas contra las otras durante los últimos años en la cárcel. Suheir se había comportado como una dama respetable, se sentía tranquila respecto a su futuro, el de su hijo y el de la hermanita que le había dado con su segundo marido. Nos enseñó la foto de este colgada en el salón: un hombre sonriente de rostro bondoso. Racha me dio codazos en las costillas y me susurró: «¿No te recuerda a un ratón?». Suheir rió con nosotras cuando se lo repetí y, entre carcajadas, imitó su voz cuando la llamaba a la cama. Planeamos visitas que jamás llegamos a realizar porque preferimos huir del recuerdo de nuestro encuentro; nos limitamos a ponernos en contacto de tarde en tarde, como si pretendiéramos deshacer los lazos con un lugar que ya quedaba lejos pero cuyo olor a moho todavía nos impregnaba.

Como un sapo repulsivo, deambulé por la ciudad silenciosa y me detuve en un puente para contemplar las ventanas iluminadas. En mis sueños, la pesadez de mi cuerpo me impedía volar y a mi alrededor, en el vacío de las inmensas llanuras, yacían gacelas muertas que los buitres comenzaban a devorar. Temía dormirme, los sueños me asaltaban, me obligaban a permanecer sentada en la cama, inmóvil,

como si esperara ser transformada en un cadáver. Mi cuerpo temblaba de terror ante las imágenes que desfilaban a toda velocidad, como los títulos de crédito de una película.

«Tengo que irme de una vez», me dije mientras tomaba café con el viejo Saleh, los dos acodados en el carro donde yacía el cuerpo de una mujer obesa que esperaba los papeles oficiales para ser introducida en un cajón metálico y frío de un depósito de cadáveres en el que reinaba el silencio. Safia se había marchado con un enfermero kurdo al hospital de Qamishli abandonando al doctor Hani a sus episodios de delirio, ahogado en el polvo de los informes falsificados. El viejo Saleh me dijo fríamente: «No te irás».

Aquel día, salí de la facultad de medicina por última vez y escupí al triste edificio. De ese modo me vengaba de las chicas de mi grupo que no me habían perdonado que saliera con la cabeza descubierta y de la dureza de los paracaidistas entrenados por el comandante de las Brigadas de la Muerte. No miré atrás para no tener que lamentar haber permanecido tanto tiempo en aquel lugar. Era una extranjera en la ciudad y ya no necesitaba las lágrimas, le dije a Omar convencida de que no me oía. Parecía cansado y nuestros cambios bruscos ya no lo sorprendían. Su entrada prematura en el túnel de la soledad recordaba mucho a mis arrepentimientos tardíos. Preparó con calma mi partida sin tratar de convencerme de que me quedara. Pagó cuantiosos sobornos a fin de conseguirme un pasaporte válido para un solo viaje, me dio dinero de sobra para vivir tres meses en Londres y me dejó tiempo suficiente para recogerme ante la tumba de mi madre. Leí para ella la Fatiha antes de detenerme junto a la sepultura de Ghada, de donde arranqué sollozando las hierbas secas para que no pareciera tan abandonada y descuidada. En la cárcel la imagen de Ghada no me había abandonado jamás, era la única capaz de salvarme de las metáforas que tanto detestaba; sus risas surgían de un tiempo impalpable, sus senos nadaban en un mar que imaginaba azul y límpido, ella me tiraba del brazo para que la atrapase corriendo por la arena. Había atesorado mucho tiempo aquella imagen e intentado proseguir en su honor la vida que ella no había vivido. Tenía que escribirle una biografía donde se mezclaran los relatos de las presas que conocía y los de otras cuyos rasgos había recreado. Disfrutaba de

su destino, lo dirigía, y temía perderla por segunda vez. Me dije que la prisión nos transformaba en un ser que no reconocía lo visible. No había abierto las últimas cartas de Safah, que nos llegaban con meses de retraso. Huía de las noticias de Wassim y su esposa, a quien mi tía describía con detalle; tenía la impresión de que esa mujer me había robado a mi hombre. Mariam elogiaba su estilo y su piedad mientras Omar le leía las cartas con indiferencia. Metí en el equipaje las cartas del aviador Ussama y las de Radwan, que deseaba que fuera el único testigo de su historia. Dos días antes de mi partida, mientras preparaba la maleta, lo vi dando vueltas alrededor de la habitación de Mariam como una vieja águila ciega. Me acerqué y lo cogí del brazo. Él sonrió y me preguntó si de verdad iba a abandonar aquellas ruinas, repitiendo la expresión que utilizaba Sulafa. Se sentó frente a la silla de Mariam, en el mismo sitio donde todas las tardes ambos tomaban una manzanilla que, según mi tía, proporcionaría a su cuerpo un aroma agradable si morían de repente sin haber tenido tiempo de prepararse. Radwan se sometía a los deseos de su ama, que lo llamaba «hermano» con insistencia, como si ese modo fuera a transformar el tratamiento en una realidad. Su rostro cansado y sus arrugas me recordaban una tierra seca y árida. Se sacó del bolsillo la foto de un muchacho ataviado con un *qombaz* de rayas que lucía el gorro de los recitadores. Dijo que era su hijo y que esperaba que, con mi ayuda, pudiera instalarse en nuestra casa. Me quedé sorprendida al ver que volvía a su cuarto y cerraba la puerta tras de sí; me negaba a creer que esas fueran las últimas palabras que me dirigía antes de mi marcha. Me apresuré a guardar la foto en la maleta. Al día siguiente pasé unas horas paseando con Sulafa por los zocos y comprendí que ya nos lo habíamos dicho todo. Dejé mi habitación tal cual, solo me llevé la pequeña alfombra, que deslicé en la maleta a escondidas de Mariam para que no se diera cuenta de que no pensaba volver a mi cuarto. Dejé toda mi ropa, cogí únicamente algunas camisetas y vaqueros, así como mi cuaderno de dibujo y mis cuadros. Mariam me abrazó cariñosamente y me regaló el anillo de plata que llevaba desde hacía cincuenta años, pues no encontró nada más valioso entre sus pertenencias de este mundo. Su mirada parecía decir que no volvería a verme y que no le quedaba mucho tiempo para despedirse de todos

aquellos a quienes amaba.

Radwan se negaba a creer que me fuera de verdad. En el último momento sus ojos se llenaron de lágrimas, me estrechó entre sus brazos, me llamó «hija mía» y farfulló que Omar me esperaba en el coche con Sulafa. Me pidió que aguardase una hora a fin de que pudiera elaborar para mí el Perfume de Salvación, y sus lágrimas me impidieron prorrumpir en carcajadas. De repente me embargó una inmensa pesadumbre de la que no conseguí librarme hasta que el avión aterrizó en Heathrow y vi a Bakr, a Zahra y a sus dos hijos, que me hacían señas desde el otro lado del cristal. Ya no había modo de dar marcha atrás y desandar el camino hasta mi habitación vacía. Había dejado mi ropa en un armario sin naftalina, con la esperanza de que se la comieran las ratas que correteaban por toda la casa desde que Mariam hacía caso omiso de sus chillidos y sus salidas nocturnas. Las plantas se habían marchitado, los tallos de albahaca se habían quebrado y el murmullo del agua ya no alegraba a Safah, que pensaba que nuestra casa abandonada simbolizaba las fases de su propia vida.

Sobre el velador de la sala del pequeño apartamento de Bakr, había una foto de Safah y su familia. Los ojos de mi tía centelleaban por la rendija del *niqab* y Abdallah, con un *salwa kamiz* inmaculado y un turbante, blandía un fusil. Junto a ellos aparecía Emir, que miraba con dureza a la cámara. Era la típica foto de una familia de muyahidines, como otras muchas que se publicaban cada vez con mayor frecuencia en las páginas de los periódicos. El rostro inescrutable de Safah en la foto me desanimó, y los largos e inesperados silencios de Bakr me hicieron pensar que ya solo me quedaba Zahra. Esta me llevó por las calles comerciales de Londres y me invitó a una cafetería frecuentada por africanos, me comentó que le apasionaba su música; sonriente, me hizo un guiño cuando una camarera de Sierra Leona nos trajo los cafés, y me dijo que olía a especias. No me dejó mucho tiempo para reflexionar sobre su propuesta de que me fuera a vivir con su madre, Wissal, y el marido de esta, John, que a sus ochenta años no había perdido la vitalidad. Especialista en antigüedades sumerias, viajaba por todo el mundo y pronunciaba conferencias en las academias interesadas por sus conocimientos, los cuales ofrecía asimismo a los

aficionados a las antigüedades y a los ladrones que robaban peines de oro en Bagdad para venderlos en Londres.

Necesitaba fundirme en el tropel de una ciudad extranjera, los rostros de la gente me hacían sentir una vez más la amargura de los largos años de cárcel, cuando nos peleábamos en aquel lugar minúsculo mientras la vida bullía en el exterior. Las personas que caminaban presurosas por el puente de Berkeley no eran conscientes del milagro que suponía respirar libremente. Unas semanas después de mi llegada, volví a caer en el aislamiento, convencida de que esa soledad opresiva cuya amargura compartía con millones de seres humanos que por la tarde volvían a casa en el metro, con la cabeza gacha, la mirada perdida, era la única forma de escapar del pasado. No me apetecía visitar los museos ni los monumentos. «No quiero sentirme como una turista», le dije a Wissal. Me entrevisté con el profesor Jim Carlton, especialista en medicina interna del hospital Queen Mary. Me miró con asombro, como si yo fuera una foca, y al estrecharme la mano me preguntó si realmente había soportado todos aquellos años de cárcel y torturas. Farfulló unas palabras que expresaban su admiración por mi inquebrantable voluntad. Su mirada bondadosa me infundió cierto optimismo.

Por la noche hablé con Salwa por teléfono sobre esa nueva vida. Aprovechamos la ocasión para maldecir en voz alta al doctor Hani y a sus paracaidistas, contentas porque no había nadie que pudiera censurar nuestro derecho a gritar. La vida siempre nos brinda excelentes oportunidades para mofarnos de nuestros enemigos cuando conseguimos escapar de ellos con vida. Al rato la conversación derivó hacia el amor y el sexo. Me habló de Jeannot, del trabajo de ambos y de la casita en que vivían, que daba al océano. Los echaba terriblemente de menos.

Me sentía a gusto con Jim Carlton y su mujer, apasionada de la danza oriental. Los visité el domingo y comí con ellos. Su compasión por todos los sufrimientos que yo había vivido era evidente. Sonreí cuando ella me habló de su perro, que estaba envejeciendo. A aquella inglesa sexagenaria le resultaba imposible imaginar que los seres humanos pudieran ser encerrados durante un montón de años en jaulas metálicas como los animales del circo.

Yo evitaba hablar con Bakr, pero escuchaba con suma atención a Wissal, que me contaba los múltiples episodios de la historia de su vida. Había bajado del carguero *Mercury* en el puerto de Nueva York con un marinero español. La travesía había sido atroz: había embarcado como cocinera y unos marineros desaprensivos la habían violado en la sala de máquinas. Los maquinistas la evitaban como si fuera una apestada, cubrieron su cuerpo de harapos cuando perdió el conocimiento tras haber sido violada por el quinto hombre.

No tardó en reincorporarse a la cocina, donde pelaba cebollas y ayudaba al cocinero guatemalteco a preparar sopa de pescado, siempre infecta. La echaron del camarote tras cuatro noches de insomnio durante las cuales Wissal chillaba para alejar su miedo. Habló con el capitán, le suplicó llorando que le permitiera proseguir el viaje y no la arrojaran al mar tras haber sido acusada de haber penetrado en sus dominios. Nadie creyó que aquella mujer a quien el capitán había prohibido subir a cubierta y deambular por los pasillos fuera la compañera del marinero de mirada triste y siempre borracho que le había dicho que la buscaba desde hacía mucho tiempo para abandonar el mar y los barcos y partir a la aventura con ella por las calles de Nueva York, como dos vagabundos en busca de placeres amorosos. «Llegué a creer de verdad que se moriría si embarcaba solo», me dijo tendiéndome una foto en la que aparecía, con aspecto de vagabunda, delante de un bar de Nueva York. Intentó reunir el dinero necesario para comprar un pasaje a Inglaterra antes de decidirse a enviar un telegrama a John pidiéndole que le reservara una plaza en el primer avión que saliera para Londres. John leyó sus palabras orgullosas y pensó que se trataba de una nueva aventura condenada al fracaso. No obstante, no la abandonó a su errar solitario, siguió pendiente de sus metamorfosis, incapaz de convencerla de que llevara una vida tranquila y reposada y de que se mostrara más cordial con sus amigos, que evocaban con insólito entusiasmo a los antiguos reyes de Babilonia.

Wissal se estremeció al hablar de los veinte días en el mar y al recordar el olor de las ratas, el ruido de las máquinas y el que provocaban los tiburones al chocar contra el casco del barco. Era como si quisiera dejar atrás aquellas nubes oscuras que pesaban sobre ella,

hundirlas en el fondo del océano.

Me gustaba aquella mujer sentada frente a mí, una santa que relataba sus sufrimientos e intentaba atenuar la duda que había arraigado en mi corazón como una planta invisible y cuyas sombras no me permitían creer en el amor. Mientras Wissal me hablaba, sentada junto a mi cama en la pequeña habitación que John me había ofrecido con cariño, yo descubría la amargura de la candidez, me liberaba por fin de toda pertenencia, volaba como un águila sobre países y pensamientos llevando entre las alas el odio como el doble del rostro del amor que ya no buscaba.

Pregunté a Wissal, que estaba conmocionada por su propio relato: «¿Echas de menos a Jalil?». Meneó la cabeza y dejó que me sumiera en un sueño plácido que ansiaba desde hacía mucho tiempo.

De camino al hospital, pensé en Radwan y en Mariam como si fueran mis hijos. En la estación de metro, entré en una cabina telefónica y, mientras marcaba el número, los imaginé a los dos moviéndose por la casa. Me llegó la voz de Mariam, débil y lacrimosa como siempre que la llamaba. Me recomendó que me abrigase. Oí también a Radwan, que le pedía que le pasara el teléfono, pero ella le mandó callar y me informó de que Salim vivía ahora con ellos y que los tres eran felices esperando la muerte que los liberaría y los llevaría al paraíso, que se puso a describirme olvidando los miles de kilómetros que nos separaban. Con su delicadeza habitual, Radwan se limitó a decir unas breves palabras, me hizo algunas preguntas y me transmitió la alegría que le había producido la visita de Sulafa, que había dormido en mi cama y lo había acompañado a los jardines. Mi amiga le había pedido permiso para transcribir las invocaciones que *haya* Radiya recitaba de nuevo todos los viernes en el patio de nuestra casa, que había resucitado. En una carta que me escribió después de esa visita, Sulafa me explicaba los extraños rituales de sus moradores, su forma de identificarse los unos con los otros, de asumir extraños papeles que ella no comprendía, sus acciones para organizar el mundo a su alrededor como un féretro que los transportaría a los jardines colgantes del cielo, donde los ángeles esperaban la llegada de los Puros para elevarlos al séptimo cielo.

Salim no se puso al teléfono. Mariam me dijo que estaba demasiado ocupado conversando con Ibn Arabi, que se hallaba frente a él, en el sofá reservado para sus invitados, los santos, a los que nadie más veía y que jamás lo abandonaban. Mi tía afirmó que percibía cuando entraban en la estancia acompañados del sonido de las panderetas y el polvo de tiempos pasados. Pensé en la dicha de vivir con los ángeles y los santos que volaban por el aire llevando sus palanquines a la espalda como viajeros en busca de un sentido de pertenencia. Jim Carlton y su mujer se quedaron atónitos al verme tan convencida de que los ángeles, al igual que yo, buscaban cierta pertenencia en un país extranjero. Necesitaba un guardián celestial mientras me abría paso entre la barahúnda de Londres, yo era aquel sapo liberado de la ropa negra que me había lastrado durante años. De pie en el puente, contemplé el Támesis, que corría con serenidad. Ya era tarde para coger el último metro y proseguí mi paseo solitario por los pubs londinenses, celebrando la libertad de vivir lejos de todos aquellos rostros de los verdugos, los carceleros y las presas que veía reflejados en la superficie del agua. Como una vagabunda, me alejé de aquel lugar misterioso llevando encima las secuelas de mis pecados, perdida entre los borrachos en calles extrañas. Oí música africana en bares atestados de gente y sonreí a un bailarín en pleno trance, dispuesta a unirme a él. Cuando volví a mi habitación, Wissal me esperaba y nos dijimos unas palabras antes de irnos a dormir. Por la mañana le comuniqué que quería vivir sola. Ella comprendió mi deseo y me ayudó a encontrar una pequeña habitación cerca del hospital. Bakr no discutió mi decisión. Se mostraba más locuaz, volvía a ser el tío de antaño, si bien durante tres meses continuó esquivando los reproches que yo guardaba en mi corazón y las conversaciones íntimas. Un día me llamó al hospital y me invitó a cenar con él. Me esperaba a la salida, sonriente, y me llevó a un restaurante libanés a cuyos propietarios conocía. Aunque hasta entonces habíamos evitado hablar de los errores de la Organización, le pregunté a bocajarro: «¿Hussam quería salirse de la Organización y tú no le dejaste?». La mirada de Bakr y sus breves palabras me hicieron lamentar que le hubiera responsabilizado de la muerte de Hussam y de mi madre. Compadecía a aquel hombre exiliado que buscaba su alma perdida en un lugar que

nunca había amado. Me habló de su exilio, me dijo que añoraba las mañanas en casa de mi abuelo y tomar el café con Radwan. Echábamos enormemente de menos esos pequeños instantes, efímeros e insignificantes. Estuve a punto de confesarle que yo también echaba en falta hacer rabiar a Radwan y aspirar el olor de las especias en la despensa. Me dije que Bakr había envejecido prematuramente al ver las arrugas de sus manos y escuchar sus palabras. Ya no era aquel combatiente nacido para luchar en silencio. Todo le dolía: los recuerdos, el alma de las víctimas y los gritos de los presos, que lo perseguían en sueños. Añadió que había escrito largos artículos en los que ponía en entredicho la experiencia de la Organización, iba a publicarlos en el periódico *al-Shark al-Awssat*. Miró el plato de sopa que tenía delante y dijo que él se parecía a aquellos guisantes machacados, sin consistencia alguna. Se le quebró la voz y lo dejé divagar sin intervenir. Se sacó un sobre grande del bolsillo y me lo tendió diciendo que era una carta que Safah me había enviado. Yo ardía en deseos de leerla y, al mismo tiempo, temía encontrar de nuevo la imagen de Wassim, que había dibujado a mi antojo en los últimos años. No sabía si besar la carta o tirarla a la papelera. «¿Volveremos a reunirnos alguna vez todos alrededor de la mesa para comer?», pregunté a Bakr. Él no respondió. Creyendo que no había oído bien mi voz trémula, repetí la pregunta y esta vez contestó con absoluta convicción: «Nada volverá a ser como antes. Nuestra antigua vida se ha derrumbado para siempre». Intuí su resentimiento contra Omar, que se había vuelto huidizo, evitaba verlo y le enviaba muy poco dinero, justo lo necesario para vivir frugalmente. Recordé sus continuas peleas por cualquier menudencia, que parecían constituir una parte grata de sus vidas. Sin embargo, el abismo que los separaba parecía haberse hecho más profundo durante los últimos años.

Una vez fuera del restaurante, pregunté a Bakr si se arrepentía de algo. No respondió, y me costó admitir que aquel rostro de mármol era el del tío que yo conocía. Me dije que las diversas imágenes de aquellos a quienes amamos nos permiten reconstruir los pesares y los actos de los que no quieren hablar. Me alegraba haber dejado de ser la niña que miraba a Bakr como a un dios salvador. Me había convertido en una amiga que abordaba las cosas con una mirada diferente. Percibí

la satisfacción en su rostro cuando le hablé de la familia, de las otras comunidades, del amor, de la cárcel y de Sulafa. Me escuchó con interés; tal vez me veía por primera vez como a una mujer que solo conservaba de la niña que había sido el brillo de los ojos.

Me dejó en la estación de metro como le había pedido y corrió a coger su tren. Desde lejos me dio la impresión de que lloraba, sentí lástima de él, como si fuera mi hijo pródigo. Pasé largo rato deambulando y perdiéndome por los laberintos de Londres en busca de mi identidad como mujer solitaria, ajena a los ruidos que me rodeaban y que de forma ineludible me devolvían al silencio de la gran casa. Volví tarde a mi habitación, a la que todavía no me había acostumbrado, con sus paredes de color marfil que no significaban nada para mí. Un período pasajero en un lugar pasajero. Traté de convencerme de que aquel reducido espacio de apenas diez metros cuadrados bastaba para acomodar todos mis deseos. Sonreí bajo el chorro de agua caliente que salía de la ducha al recordar las duchas de la cárcel y los empujones que nos dábamos, con nuestros harapos en la mano, por un delgado hilillo de agua. ¡Era imposible escapar de aquel recuerdo!

Me acosté desnuda en la estrecha cama y de pronto recordé la carta de Safah. La abrí y empecé a leer sus palabras escogidas con buen gusto y sus frases compuestas como un poema. Solo las últimas palabras, tiernas y dulces, me recordaron a la antigua Safah, que se había perdido en el polvo de Kandahar. Rompí la carta y me costó conciliar el sueño, pues no paraba de darle vueltas a mi larga conversación con Bakr. Oí toser a mi vecino nigeriano, que al verme llegar con la maleta me había dicho que me pudriría si me quedaba en Londres. Yo lo había mirado con compasión pensando que tal vez había huido de una guerra civil o había soñado con un extraordinario futuro profesional como gran matemático antes de ir a parar a un cuarto minúsculo y tener que vivir con las doscientas libras que le entregaba el gobierno. Me habría gustado mucho acercarme a él.

Desde hacía unos meses, anotaba en una libretita el dinero que ganaba en el hospital como médico en prácticas y, en la página opuesta, mis gastos y mis ahorros. Deseaba visitar París y Roma, y propuse a Salwa y a Jeannot que me acompañaran. Salwa me

respondió unos días más tarde que vendrían a principios de verano y que iríamos juntos a París y a España. Me envió una foto que le había hecho Jeannot, en la que aparecía riendo y fumando con visible placer un carísimo puro cubano. Se la veía muy feliz. Dejé la foto junto a la cama. Echaba de menos el sentido del humor y el vocabulario obsceno de Salwa.

Recibí mi trigésimo cuarto año con gran optimismo. Sulafa me llamó por teléfono y evocó con calidez nuestros recuerdos. Zahra insistió en organizar una pequeña fiesta a la que invitó a Jim Carlton y a su mujer, quien me reprochó que les hubiera ocultado la fecha de mi cumpleaños. Bakr recibió a los escasos invitados vestido con su traje de *tweed* inglés de rayas, y no vaciló en abrir él mismo la botella de champán que trajeron los Carlton junto con un bonito mantel bordado que era la especialidad artesanal de un pueblo de Belfast. Me conmovió su afecto. Apagué las velas y los besé a todos. Subida a una silla, levanté mi copa y me la bebí de un trago sin poder pronunciar una sola palabra, enmudecida de emoción. Bailé con los dos hijos de Bakr y luego sola hasta que me dio vueltas la cabeza y solo veía sombras a mi alrededor. Los ojos de Zahra brillaban de alegría, Jim Carlton y su mujer elogiaban mi forma de bailar y los platos preparados por la anfitriona. Zahra les habló de mi pasión por las especias y, en su precario inglés, describió la casa de mi abuelo, a Mariam y a Radwan, mientras ellos la escuchaban con interés.

Cuando regresé a mi casa, oí que sonaba el teléfono. Era Safah. Me senté en el borde de la cama y permanecí muda mientras ella se desgañitaba para decirme que llamaba desde un lugar cercano a Kabul y que no había olvidado mi cumpleaños. Estuve tentada de preguntarle si realmente pensaba lo que escribía o si temía que los muyahidines leyeran su correspondencia. Pregunté por Abdallah, pero la comunicación se cortó. Me reproché mi extrema frialdad.

Bakr evitaba preguntarme qué pensaba de los afganos árabes y del gobierno de los talibanes, que acababa de declarar el nacimiento de un Estado islámico en Kabul. Yo solo deseaba que Safah y Abdallah regresaran sanos y salvos. Tenía ganas de escribir mi opinión y enviarla a un periódico, como había hecho Bakr sobre la experiencia de nuestra Organización, lo que lo había liberado del pesado fardo que

lastraba su alma. En sus artículos reconocía los errores de la Organización, si bien echaba la culpaba de las miles de víctimas al régimen y al comandante de las Brigadas de la Muerte, al que calificaba de fascista y criminal de guerra. Sus textos provocaron reacciones tormentosas entre algunos miembros de la Organización y una gran satisfacción entre los demás. Recibió numerosos comentarios de políticos de izquierdas que vivían en el país y leyó con interés las réplicas publicadas en algunos periódicos libaneses. Puso en orden sus apuntes y participó en largos debates sobre diversos conceptos de la acción política y sobre los errores criminales del régimen. Tras leer sus artículos, le aconsejé con calma y sin vacilar: «Deberías disculparte ante la otra comunidad para conseguir tu salvación y la nuestra». Asintió con un movimiento de la cabeza y me enseñó las cartas que le habían enviado de nuestro país con la petición de que devolviera a la Organización al buen camino de la acción política.

Después de mi cumpleaños, Bakr se sumió de nuevo en sus preocupaciones y dejó de acompañar a Wissal a los parques para dar de comer a los patos y tomar el té con ella en los cafés.

Yo, por mi parte, me sentía liberada, libre de toda atadura, como un ave que surca el cielo sin la amenaza de que la atrapen en una red.

Volvía a ver el antiguo rostro de Bakr, el brillo de sus ojos, su fe absoluta en la necesidad de instaurar un Estado islámico, su silencio obstinado y su continuo temor. Había visto a sus amigos encaminarse hacia la muerte, sus cadáveres arrastrados por la calzada, hasta que no quedaban de ellos más que unos cuantos huesos que se arrojaban a los perros. Zahra me contó que Bakr se levantaba por la noche, recorría de arriba abajo el pequeño apartamento, respiraba hondo para no ahogarse y se quedaba hasta el amanecer en la alfombrilla de oración murmurando largas invocaciones.

Mi metamorfosis no lo sorprendió. Al principio lo había contrariado, pero el precio que mis amigas y yo habíamos pagado bastaba para no mencionar nunca más la cuestión de nuestro compromiso. De vez en cuando me llamaba «emira» en broma. Sonreía y me preguntaba si echaba de menos el título de princesa, y yo me acordaba de la época en que experimentaba un orgullo inconmensurable al oírlo. Prefería echarme a reír antes que ponerme a hablar con él de temas que ya no

me concernían. El rostro de mi madre se alzaba trágicamente entre nosotros, al igual que el de Hussam, que seguía sin cadáver, como si se hubiera evaporado. Con la desaparición de mi padre, me sentía de nuevo huérfana, y Bakr no quería recordarme que él cargaba con la responsabilidad de todas aquellas almas errantes que buscaban un lugar donde descansar. Me parecía imposible volver sobre un pasado tan dramático. Bakr me había dejado discretamente encima de la mesa la orden emitida por la Organización, según la cual debía cubrirme de nuevo la cabeza, ya que me consideraban un símbolo para los creyentes. No la mencionó nunca, pues tras nuestra charla en el restaurante había comprendido que la Organización ya no me interesaba. Le había dicho que el takfirismo, movimiento que lanzaba el anatema sobre quienes no pensaban como nosotros y que se hallaba cada vez más extendido en el mundo musulmán, era la causa de nuestro desastre. En sus ojos había percibido una chispa de orgullo por el médico que yo había llegado a ser y por aquella que desafiaba las miradas escépticas de los paracaidistas y los soplones. Hablé a Jim Carlton y a su mujer de las secciones de los servicios secretos a las que debíamos presentarnos con regularidad tras nuestra puesta en libertad, de los interrogatorios en los despachos de los inspectores, de las miradas de los hombres de los servicios secretos que profanaban nuestro cuerpo y tantos horribles momentos que habían quedado atrás como una pesadilla. Mientras se lo explicaba, me pregunté: «¿Realmente soportamos todos esos sufrimientos?».

Cruzo el canal de La Mancha en el tren de alta velocidad junto con Salwa y Jeannot, que se besan y discuten sobre el mejor ángulo para hacer una foto. Pocas horas después de que aterrizaran en Londres, metí en la maleta algunas cosas y tomamos el tren de las dos de la tarde. Queremos llegar antes de la noche, libres y ligeros, para recorrer ciudades lejanas y frías. No hablamos mucho, tendremos todo el tiempo del mundo para explicarnos nuestra vida de los últimos meses. Observo a los demás pasajeros para no dejarme llevar por los recuerdos. Pregunto a Jeannot si soy una buena modelo de mujer triste para fotógrafos locos. Me guiña un ojo y responde en inglés que yo ya no necesito metáforas. Me siento aliviada, Salwa no le ha ocultado mis

cartas y Jeannot ya no es únicamente el compañero de Salwa. Me digo que está bien tener un amigo que no necesita explicaciones para comprender mi inquietud. Salwa se duerme apoyada en mi hombro y Jeannot hace de improviso fotos extrañas. Los viajeros clavados en sus asientos no aprecian demasiado la algarabía de la lengua árabe a bordo del tren, que entra en la estación mientras el sol desciende sobre París y perfila la ciudad legendaria. París me recuerda al samarcandés, y el triste rostro de Mariam se dibuja ante mí como una Gioconda que nadie más puede ver.

Los necesito para sentir que el frío de Londres no va a acabar conmigo. Por la noche no consigo separarme de Salwa, me acuesto a su lado y Jeannot nos deja solas sin protestar. Ella me habla de su vida tranquila y de su trabajo. Parece haber perdido el entusiasmo por las cosas y me dice con tristeza: «Tal vez haya vivido demasiado», y yo pienso que he vivido demasiado poco. Hablo por los codos sobre el amor que no he conocido, sobre mi vecino nigeriano que me anima a abandonar Londres por un lugar más soleado, sobre mi aventura de Nochevieja, cuando acogí en mi habitación a un borracho y al despertar por la mañana vi que se había marchado llevándose el poco dinero que tenía en el bolso. Nos reímos de mi chasco y recordamos Alepo y sus noches. Nos entran ganas de pasear de nuevo por las calles de Yeideh. He hablado a Salwa del confidente de la embajada que cuando me dirigía al hospital se cruzó en mi camino para invitarme a ir a ver al embajador. Perdí los nervios y maldije al embajador, al Partido, a las Brigadas de la Muerte y a los servicios secretos. Le he contado que el hombre se marchó pitando como una rata asustada. Al día siguiente rompí el pasaporte, que de hecho estaba caducado, y lo envié a la embajada junto con una breve carta donde los amenazaba con recurrir a la policía inglesa si se empeñaban en seguir vigilándome. Salwa me cuenta chistes para expulsar de nuestro viaje el espectro de aquella gente y al tercer día consigo olvidarlos. Cedo a Jeannot el sitio junto a Salwa y vuelvo a mi habitación en mitad de la noche. En París he comprado pequeños regalos que he enviado a Mariam, a Radwan y a Salim, otros para Sulafa y su marido, una blusa de hilo para Marwa, una preciosa corbata de seda para Nazir, un álbum para las pinturas del jeque Abbas, a quien he escrito una carta

que empieza con las palabras «Amigo mío». He dedicado mucho tiempo a buscar un regalo digno de Omar y finalmente he encontrado una colección de pipas de ébano. No sé por qué he pensado que le gustaría ese extraño regalo. Siempre lo imagino sentado junto a la estufa de leña en su propiedad, con los ojos cerrados y fumando buen tabaco mientras espera a una hermosa mujer que ya está en camino. Le he escrito unas palabras para decirle cuánto le quiero y cómo me habría gustado viajar con él a ciudades desconocidas. Lo he llamado por teléfono y he oído su voz apagada, como si acabara de despertar, y luego su risa y el calor de sus palabras, a las que solo he podido responder riendo y llorando a la vez. Su voz rebosaba ternura, como de costumbre, se sentía tranquilo al saberme fuera del alcance de los servicios secretos, que lo habían llamado en varias ocasiones para hacerle las mismas preguntas sobre mí y sobre los movimientos de Bakr. Ya está acostumbrado; tuvo que contemporizar con ellos y untarles la mano para que cerrasen de una vez por todas aquel expediente. Era un hombre apacible al que nuestra maldición persiguió durante mucho tiempo. Su tristeza y su disipación pasada me atormentaban sin cesar, deseaba ardientemente verlo para expresarle todo lo que ansiaba decirle desde hacía tiempo. Mientras paseamos por la orilla del Sena después de tres días de mucho ajetreo, le digo a Salwa: «Querría un hombre que se pareciera a Omar». Como de costumbre, se niega a tomarse en serio mis deseos, me deja con mis fantasías y me recuerda mi feminidad, que se va marchitando como una planta abandonada en una tierra árida. La cuarta y última noche en París, comprendo que no he amado nada tanto como la casa de mi abuelo; de pronto me ha embargado una terrible nostalgia y he anhelado volver a mi cama, pero no puedo confesar a Salwa y a Jeannot que no consigo adaptarme a Londres, que tengo la sensación de seguir siendo una extranjera.

De camino hacia España, Salwa propone ayudarme para que me marche a Nueva York. Le recuerdo que no tengo pasaporte y que mi permiso de residencia en Inglaterra no me permite viajar fuera de Europa. Me habla de su breve visita a Alepo para ver a sus padres, que habían regresado de Dubai con la intención de pasar el verano. Me dice que las calles parecían una cuadra de mulas y que no piensa

volver jamás. Está decidida a quedarse en Nueva York, aunque sin excesivo entusiasmo. En Granada, burla la vigilancia de los guardias, se tumba sobre el borde de la fuente de la Alhambra y cierra los ojos. Jeannot da vueltas a su alrededor haciendo fotos. Salwa sueña que es un pájaro y no un sapo repulsivo como yo. Con su cuerpo esbelto, como un grácil cisne, camina con la seguridad de una mujer hermosa, lo que ya era en los pasillos de la facultad. Me parece que ni ella ni Jeannot oyen a la gente alrededor suyo, que construyen su amor con sencillez, como si bebieran juntos un vaso de agua. Sus divertidas discusiones y sus apasionadas chanzas los han transformado en una pareja de animales domésticos que se parecen enormemente.

Vuelve a embargarme la tristeza al recordar que sigo siendo virgen y que probablemente sea la única virgen que recorre Sevilla en busca de farolillos andaluces. Me ahogo de nuevo en la nostalgia, las costumbres de la cárcel aún no me han abandonado. Los folletos turísticos que Jeannot es un experto en consultar nos han conducido a un hotel barato en la ciudad vieja que se ajusta a nuestro presupuesto, escaso después de la estancia en París. El hotel huele a flores secas, lo frecuentan turistas alemanes que disfrutan del ambiente andaluz como auténticos guiris. Apenas soporto el alboroto que arman durante toda la noche y me siento muy sola. La alegría de Jeannot y su insistencia en sacarme a bailar no logran mejorar mi estado de ánimo. Abandono la fiesta improvisada por los clientes del hotel, en la que el propietario participa aportando varias botellas de vino de la tierra y aceitunas. Antes de dormirme recuerdo los lugares estrechos en los que no podía tenderme todo lo larga que soy ni darme la vuelta, que me esclavizaban y me dejaban el cuerpo baldado. Hago lo posible por salir de ese estado a fin de no estropear las breves vacaciones que hemos organizado durante más de seis meses. En las cartas afirmábamos que íbamos a pasárnoslo pipa y a vociferar por las calles de Europa, el viejo continente que abría las puertas a nuestros sueños. Los siguientes días, me siento relajada, no me separo de Salwa, hablo por los codos, y ella me escucha con atención, como si fuéramos dos ancianas que lo han perdido todo excepto el habla.

De vuelta en Londres, Salwa y Jeannot pasan la última noche en mi casa. Les dejo mi cama y duermo sobre unos cojines colocados en el

suelo de la habitación. No quiero pensar que voy a estar sola otra vez y trato de no llorar cuando los acompaño a Heathrow. Preocupados por nuestro futuro, evitamos mirarnos a los ojos. Abrazo a Salwa llorando y Jeannot bromea conmigo al darme un beso.

Regreso sola a mi habitación y telefoneo de inmediato a mi profesor para preguntarle si puedo volver al hospital antes de que terminen mis vacaciones. La secretaria me responde que se ha ido a Grecia con su mujer para celebrar los treinta años de casados. Es una buena ocasión para que les exprese mi agradecimiento.

Me quedan cinco días de vacaciones para callejear. Llamo a Zahra y hablamos un buen rato, le ruego que me deje a mi aire esos pocos días y le prometo que la acompañaré de compras más adelante. Evito hablar de la partida de sus dos hijos, que han encontrado trabajo en Arabia Saudí. Zahra logra que no me sienta como una huérfana, agradezco su comprensión. Se parece mucho a Wissal, a quien también me apresuro a telefonear. Le pido que dé un beso de mi parte al tío John y le diga que nunca me cansaría de oírle hablar de los mitos de los reyes de Babilonia.

Liberada del lastre del deber, me digo que mi pequeña alfombra es adecuada para expresar mi gratitud a Jim Carlton y su mujer, pero al mismo tiempo temo separarme de ella. Sin embargo, ha llegado el momento de que me libere de las ataduras que han labrado mi desgracia. Doblo la alfombra y voy a una tienda de artesanía próxima a mi casa, donde trabaja mi vecino nigeriano, al que no he vuelto a oí toser, hasta el punto de que temía que hubiera muerto. Pido que me confeccionen un cofre para guardar la alfombra arrollada. Veo a mi vecino en un rincón de la tienda y le sonrío. Me pregunta si sigo decidida a vivir y a pudrirme aquí. Cojo la alfombra y el cofre adornado con una cerradura antigua y llamo a la puerta de Jim Carlton. Me abre el ama de llaves india, que me sonríe con afecto. Le entrego la alfombra y le pido que la ponga sobre la cama de sus señores; he añadido una carta en la que he escrito en inglés y en árabe: «Con todo mi agradecimiento». Pienso cada vez más en aquellos que están lejos, los echo terriblemente de menos, y me digo que debo dedicar más tiempo a escribirles.

Paso horas enteras en los cafés escribiendo largas cartas llenas de

contradicciones a Radwan y a Mariam para decirles que soy feliz. Describo la belleza de la naturaleza y les digo cuánto los quiero y cuánto echo de menos los platos con especias de Mariam. Escribo doce páginas a Sulafa y le pido que vaya a la tumba de Ghada para ocuparse de ella y arrancar las hierbas secas, pero su respuesta, que no tarda en llegar, me hace comprender que soy una perdedora.

Al día siguiente Zahra me llama a las seis de la mañana, su voz cansada me indica que no ha dormido en toda la noche. Me dice que me vista y espere a Bakr. Nada más llegar, mi tío me dice fríamente que suba al coche, y me lleva al hospital Saint-Louis sin abrir la boca. Su silencio y sus murmullos me hacen temer lo peor. Todavía no sé que voy a ver a Safah, envuelta en negro. A través del burka afgano, sus ojos brillan, y al besarla noto lo derrengada que está. Retrocede para permitirme ver a Abdallah tendido en la cama, inconsciente. Quiero acercarme, pero la enfermera me lo impide. Le digo que soy médico y que ese hombre es mi padre. Entonces me deja consultar la historia clínica y me explica que el estado del otro paciente, Wassim al-Helwani, es mucho peor. Añade que ambos han perdido mucha sangre antes de llegar a Londres, los primeros auxilios que les han prestado en Pakistán no han sido suficientes. «¿A qué se dedica tu padre?», me pregunta de pronto. «Es diplomático saudí», respondo tranquilamente. Me vuelvo hacia Safah y Bakr para tranquilizarlos sobre el estado de Abdallah, sin mencionar que tal vez tengan que amputarle el brazo izquierdo. Deseo estar sola para poner en orden mis pensamientos y reflexionar sobre mi reencuentro con Abdallah. Propongo a Bakr que lleve a Safah a casa para que descanse porque Abdallah no despertará antes de mediodía; yo me quedaré a su lado. Safah me da el número de la habitación de Wassim y acepta ir a dormir un poco a casa de Bakr. Cuando se marchan, voy a hablar con el médico, que me entrega todos los informes de que disponen. Me lleva a ver a Wassim a la unidad de cuidados intensivos y me dice: «¡No podremos salvarlo! Habría sido mejor dejarlo morir en Kandahar». Advierto en sus ojos que no es tonto y que no se ha tragado que yo sea la hija de Abdallah y la hermana de Wassim. Me gustaría poder contarle la verdadera historia de aquel hombre tendido en una cama de un hospital extranjero que ha sufrido con sus dudas y

que fue a buscar a Dios a una tierra lejana.

Cuando Abdallah despierta a mediodía, tomo su mano derecha entre las mías. Al principio se niega a creer que de verdad sea yo, tan nublada tiene la vista. Safah vuelve con Zahra, no quiere descansar sin saber cómo se encuentran Abdallah y Wassim. Su firmeza nos hace callar. Evitamos hablar de Wassim y miento a Abdallah sobre él. Al día siguiente pido permiso a su médico para entrar a verlo. Lleva una mascarilla de oxígeno. Le acaricio la mano y la frente pensando en cuánto se ha retrasado nuestro encuentro. Durante los días siguientes me asombra a mí misma mi deseo de permanecer a su lado. Miro sus ojos cerrados, se los abro y veo lo guapo que es, mucho más guapo que la imagen que me había hecho de él. Las enfermeras se quedan sorprendidas al verme contemplarlo de ese modo, deben de pensar que yo le pertenezco, aunque no sepan de qué manera. Asiento a todas sus suposiciones, sin precisar si soy su hermana, su mujer o su novia. Soy la única que tiene permiso para quedarse con él toda la noche, un vínculo empieza a nacer entre nosotros y entrelaza nuestras almas. Nadie sabe hasta qué punto me fascinan sus ojos, las venas de esas manos que acaricio, sentada a su lado, mientras vigilo los aparatos de respiración asistida, que pueden detenerse en cualquier momento. Rezo para que el silencio se prolongue entre nosotros.

Tras la operación de Abdallah, nos dicen que su brazo izquierdo no tiene arreglo, pero que no es necesario amputarlo. Más tranquila, Safah se marcha del hospital y, tras dormir diez horas seguidas, reaparece con el rostro más relajado. Abdallah hace un esfuerzo para hablar con Bakr, le refiere brevemente cierta batalla contra los impíos en el sur de Afganistán. Al cuarto día consigue levantarse y me pide que lo lleve a la unidad de cuidados intensivos. Le digo que no podrá entrar y suplico al médico que no le dé la autorización para que no vea a Wassim en coma.

Jamás habría imaginado que Safah y yo nos reencontraríamos en los pasillos de un hospital inglés como dos desconocidas que coinciden en un lugar frío e inhóspito. El doctor Jim Carlton, que buscaba la ocasión de darme las gracias por el precioso regalo que le he hecho, ofrece sus servicios a Bakr y a Abdallah. Los médicos le han dicho que Abdallah podrá abandonar el hospital dentro de tres días, pero que es

imposible salvar a Wassim, junto al que paso las noches sentada en una silla, negándome a creer los informes médicos, convencida de que lo que está ocurriendo constituye la mejor prueba de que durante todos estos años no he estado sola. Tras mi jornada en el hospital, voy a casa de Bakr para ver a Abdallah, a quien han ido a visitar unos desconocidos. La gente le envía un telegrama tras otro interesándose por su salud y él les responde siempre: «Bien, si Dios quiere». Su mirada se ha vuelto sombría y triste a la espera de un atisbo que le permita confiar en que su joven amigo despertará. Soy la única que sabe que no será así. Tengo autorización para pasar la noche al lado de Wassim y me uno al equipo de enfermeras de cuidados intensivos, comparto su cena, hablamos de la vida, la muerte, la danza y la cocina. Soy la única que sé que él me oye. Es como si nos hubiera faltado el tiempo necesario para conocernos y entrar del brazo en nuestra cámara nupcial. Al décimo día Jim Carlton me aconseja que deje de velar al enfermo, pues me ha notado distraída durante la ronda diaria en nuestro departamento. «¿Es este el hombre del que me ha hablado?». Su pregunta directa me pilla desprevenida. Asiento con la cabeza y digo: «Aunque nunca lo he conocido». El último día unjo su cuerpo con aceites perfumados evitando el corazón, que ha dejado de latir hace una hora. Le toco los ojos y se los abro por última vez para grabar en mi mente su color antes de cerrárselos para siempre. Le cubro el rostro y llamo al médico, que no necesita ninguna palabra para comprender que Wassim al-Helwani va a dejar libre la cama. No participo en los preparativos de su funeral en Kandahar ante la insistencia de Abdallah, que pide a todo el mundo que no avisen a su familia.

Jim Carlton me toma la mano y la besa, luego me besa la frente y se ofrece a acompañarme al aeropuerto con su mujer para que nos despidamos de Wassim. Le doy las gracias y le pido permiso para ausentarme durante tres días a fin de cumplir con los rituales del duelo. Accede e insiste en que los pase en su casa de campo. No puedo articular ni una palabra. Llego al aeropuerto. Clavada en el sitio junto a la puerta de carga, veo el féretro de Wassim, llevado por los sanitarios de la ambulancia. Entre la multitud diviso a Abdallah, con el brazo vendado. Deposita un beso en el ataúd, luego se despide de

Zahra y Bakr y se encamina hacia el avión con destino a Karachi. Levanta el brazo sano para saludarnos; a su lado hay una mujer vestida de negro que se llamaba Safah. El féretro desaparece de mi vista y regreso sola al centro de Londres. Cae la noche, cierta languidez invade mi cuerpo, estoy sola y sigo buscando el rostro de mis muertos y esas palabras que podría intercambiar con los demás. Sigo siendo un bicho repulsivo. Y virgen.

Khaled Khalifa, autor polémico y combativo con las autoridades de su país, nació en 1964 en Aleppo. Licenciado en derecho, dejó la carrera de lado para participar activamente en la revista *Aleph*, censurada pocos meses después de su aparición. Actualmente vive en Damasco y es muy conocido como guionista de programas de televisión. *Elogio del odio* fue Finalista del Premio Internacional de Ficción árabe pero no pudo publicarse en Siria porque el autor había osado plantear en la novela los trágicos acontecimientos de principios de los ochenta, un momento de lucha política entre el gobierno y los radicales islamistas, que acabó con la muerte de diez mil personas.

Título original: *Madih al-karahiya*

Edición en formato digital: junio de 2012

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Traducido de la edición francesa

Diseño de la cubierta: Marta Borrell / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de la cubierta: © Trevillion Images

ISBN: 978-84-264-2114-2

Composición digital: Barcelona edicions digitals

www.megustaleer.com

Índice